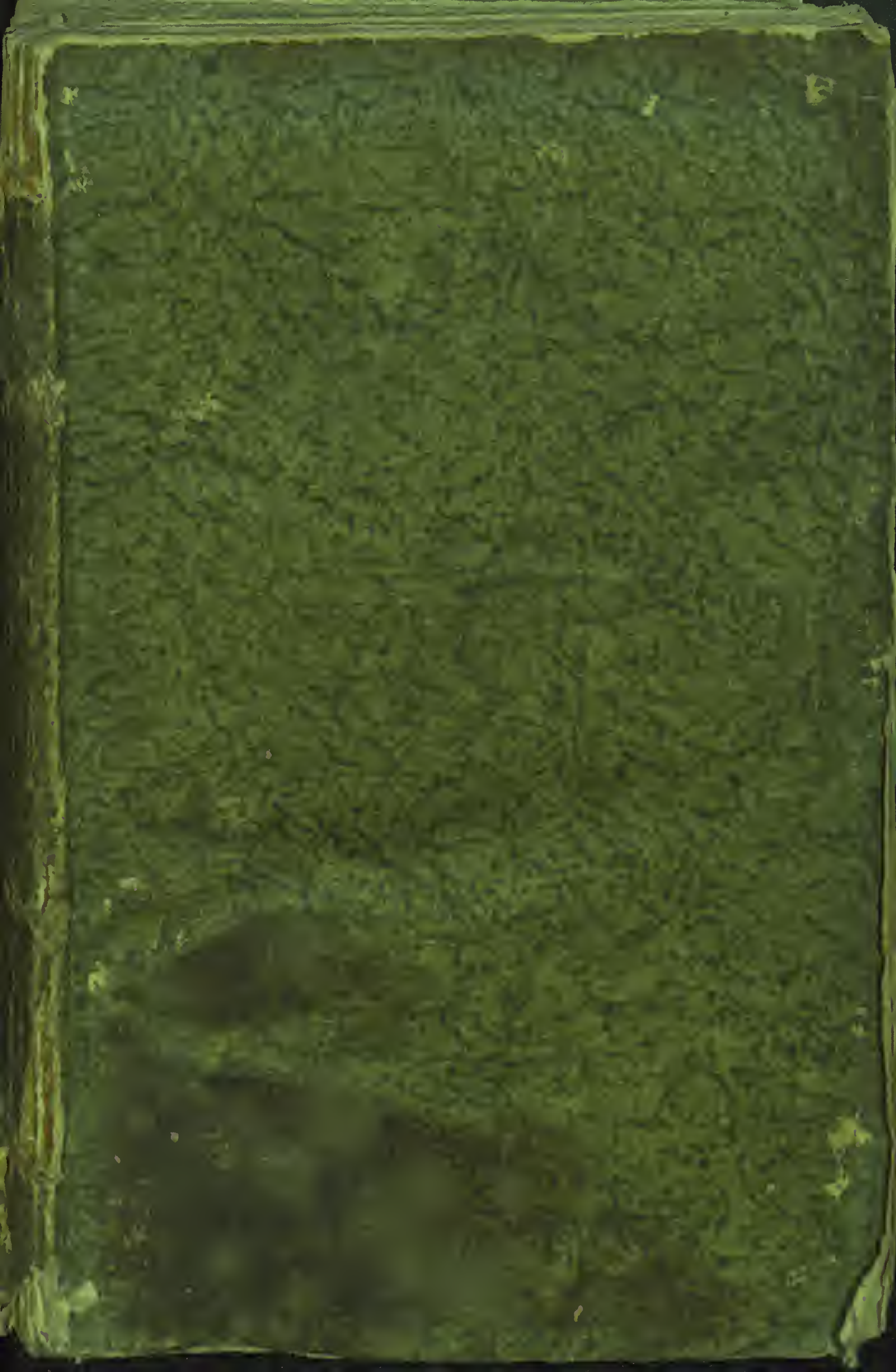


EL VIAGERO UNIVERSAL.

QUADERNO XXII.

EL

VIAGERO UNIVERSAL,

Ó NOTICIA DEL MUNDO

ANTIGUO Y NUEVO.

OBRA RECOPILADA

DE LOS MEJORES VIAGEROS

POR D. P. E. P.

TOMO VIII.

MADRID.

IMPRENTA DE VILLALPANDO.

1796.

EL VIAGERO UNIVERSAL,

ó

NOTICIA DEL MUNDO

ANTIGUO Y NUEVO.

CARTA LXXXVIII.

Continuacion de los Kabiboqueses.

En mi ultima carta os comuniqué, Señora, mi resolucion de exâminar por menor todas las naciones Salvages de esta parte del Africa, de las quales hasta ahora ningun Viagero ha hablado con fundamento. A pesar de las grandes dificultades que á cada paso se oponian á mis designios, he logrado informárme por mi mismo de lo mas importante que se observa en su caracter, usos y costumbres.

Volviendo á los Kabiboqueses, cuya relacion dexé interrumpida en mi anterior, ninguna nacion de las que hasta entonces habia-

visitado, me pareció mas esmerada en sus adornos que esta. No veia entre ellos aquellas sartas de cuentas de vidrio del Cabo, porque el comercio de estas bujerías no llega hasta aquel país. Solamente observé dijes de cobre, y sartas de vidrio en tubos, que sin duda les venian de la costa occidental, las quales les traian unos Negros, cuya lengua no entendian, pero eran perversos y ladrones, contra los quales se veian precisados á pelear muchas veces, porque quando se volvian á su país despues de haber vendido sus mercaderías, procuraban robarles sus ganados, y todo lo que podian. Los efectos de esta naturaleza que yo traia, eran desconocidos en este aduar, y por el mérito de la novedad no podian menos de agradar: apenas mostré algunos, se los disputaron á porfia, y todos querian adquirirlos, principalmente las mugeres no podian contenerse. En fin, se podrá hacer juicio de su afan en esta parte con decir, que en un solo dia adquirí casi por nada veinte bueyes; pero la mejor adquisicion que hice, fue la de un buey de guerra que compré al caudillo.

Este animal no tan notable por su corpulencia gigantesca como por sus soberbias formas, era el mas bello de quantos habia visto. Su cabeza magnificamente armada, tenia dos inmensas astas, que separándose una de otra simétricamente para formar dos semicírculos,

perfectos, elevaban sus dos puntas, distando entre sí quatro pies y ocho pulgadas. El mismo caudillo era el que le habia adestrado, por lo que le estimaba mucho; pero le presenté tantos objetos diferentes, que no pudo resistir á la seduccion, y me lo vendió por un poco de tabaco, algunas sartas de cuentas, dos brazaletes de laton, y algunos clavos. Pero al dia siguiente quiso deshacer la venta, por haber visto en mi poder otros objetos que le agradaron mas; y este deseo natural de poseerlo todo fue el origen de un suceso, que estuvo cerca de serme funesto, por lo que lo referiré con alguna extension.

Aunque yo dexaba crecer mi barba, no obstante me afeitaba el vigote de quando en quando: esta operacion era para mí un refrigerio, y procuraba hacerlo con freqüencia, mayormente despues que la cercanía del trópico hacia los calores intolerables. Estaba, pues, ocupado en bañarme el vigote, quando el caudillo entró en mi tienda con dos de sus parientes ó amigos: continué mi operacion, y ellos que no comprehendian lo que estaba haciendo, quedaron sorprendidos. Esperaban en silencio el resultado, y miraban con atencion todos mis movimientos; pero su admiracion llegó al exceso, quando vieron que pasaba la navaja por el vigote, y desaparecia la barba. Para hacerles aun mas

perceptibles los efectos de la navaja, cogí un extremo de su manto de pieles, y en un instante dexé raso un pedazo del ancho de la mano. Este Salvage era un hombre de muy buena razon, y que tenia mas inteligencia de la que comunmente se observa en sus semejantes. Desde luego conoció de quanta utilidad le seria esta navaja para raer un manto de verano sin ninguna dificultad: manifestóme con señas muy expresivas su grande admiracion, y despues me dió á entender con no menor claridad el deseo que tenia de poseerla.

Esta era la primera vez que nos hablamos sin intérprete, pero su pantomima era tan enérgica, que no tenia necesidad de que nadie me interpretase lo que queria decirme: sin embargo, no podia hacerle comprehender quan inutil le seria la nueva adquisicion, pues en poco tiempo la quitaria el filo. El tal caudillo impaciente por mi negativa, habia ya enviado á uno de sus camaradas á su choza, para que traxese los géneros que yo le habia dado por su buey. En medio de esta altercacion, oimos disparar cerca de nosotros un fusilazo; y al mismo instante dar horribles gritos. Salí precipitadamente de mi tienda para averiguar la causa de todo esto, y ví á un Kabiboqués, que apartándose de uno de mis cazadores huia con la mayor velocidad, al mismo tiem-

po que á cien pasos de allí tres hombres daban alaridos muy lamentables, y junto á ellos habia una moza tendida en tierra. Hice señas á mi cazador para que viniese; pero el ruido del fusilazo y los lamentos de aquellos hombres habian alarmado á todo el aduar. Gritaron traicion, acudieron á las armas, y yo me veía en términos ó de ser asesinado con los mios, ó de armar á estos para executar una carniceria. Mi situacion era tanto mas crítica, quanto ni yo ni alguno del aduar sabia qual era el verdadero motivo de este trastorno; y aunque yo lo hubiese sabido, ¿cómo pudiera darme á entender?

En medio de este embarazo cogi al caudillo por la mano, y me dirigí con él hácia el *kraal*: se veía el espanto pintado en su rostro: tenia los ojos bañados en lágrimas, y me hablaba con la mayor conmocion. Probablemente creía que le habian armado algun lazo; se me quejaba y acusaba á los mios de traicion, pero me seguia sin violencia. Como me presenté con él y sin armas, me recibieron sin recelo, y mi presencia calmó por un momento la irritacion de sus ánimos. Mis Hotentotes que me habian visto dirigirme al *kraal*, acudieron de tropel para defenderme, y su número causó temor á los amotinados. En fin, todo se aclaró, y supimos qual habia sido la causa de aquel tumulto.

Un Kabiboqués habiendo encontrado á uno de mis cazadores que volvia con su fusil, habia querido exâminar aquella arma, rogándole que se la mostrase. Pero al manejarla, tocó en el gatillo, se disparó el fusil, y el Salvage espantado del estruendo impensado, arrojó el fusil, y escapó corriendo. Por desgracia se hallaban á unos cien pasos de allí en la direccion del tiro tres Salvages del aduar con una jóven: tocola á ésta un perdigonazo en una mexilla, y á los otros tres algunos perdigones en los muslos y en las piernas. El mismo autor de este desórden confirmó y aclaró estas noticias, con lo que se aquietaron los Salvages: dexaron las armas, y yo me hallé rodeado de amigos como antes. Solo restaba reconocer á los heridos, y suministrarles los socorros necesarios: sin perder tiempo fuí á verlos, acompañado del caudillo, y encontramos á la muchacha que volvia al kraal muy afligida y llorosa: el perdigon no habia pasado del pellejo, y apretándolo con los dedos, se lo extraxe. Los tres hombres heridos estaban revolcándose en el suelo, dando horribles alaridos con la mayor desesperacion. Estrañé mucho estas demostraciones de dolor en unos hombres tan acostumbrados á sufrir; pero no hacian estos extremos por el dolor que les causasen los perdigones, el qual debia ser muy leve, sino porque como ellos envene-

nan sus saetas, creian que estaban envenenados los perdigones, y por consiguiente esperaban morir en breve. No me costó poco trabajo el desengañarlos, y para acabar de convencerlos, les mostré algunos perdigonazos que yo tenia en una pierna, los quales recibí por casualidad en una cacería con un amigo, que me disparó un tiro, creyendo que era un conejo.

Klaas se acercó tambien á los heridos, y sin perder tiempo en discursos que ellos no hubieran comprendido, sacó de su bolsa unos quantos perdigones, y mostrándoselos, se los tragó: esta demostracion concluyente, que no me habia ocurrido, hizo un efecto prodigioso: cesaron al punto los gritos, serenaronse los tres heridos, y no se habló mas de las heridas. Sin embargo, yo temia no fuese que aun les quedasen algunas semillas de sospechas y encono: pero quando vieron que los heridos marchaban hácia el kraal sin novedad, empezaron á mofarse de esta aventura, la qual no produxo mas efecto, que el inspirar tal horror á los fusiles, que ninguno se atrevia á tocarlos. Por la noche, luego que se encendieron mis hogueras, todos los Salvages vinieron á danzar y á conversar como antes acostumbraban, si es que puede llamarse conversacion la algaravia de una multitud de hombres, que hablaban seis lenguas diferentes. Todos pro-

nunciaban la terrible palabra *kaabug*, nombre que habian dado mis Hotentotes al fusil: entre los Kabiboqueses, unos imitaban con la voz la explosion del fusil, otros hacian la pantomima del que apunta para disparar. Estas diversiones duraron toda la noche, y asi terminó sin consequencia una aventura, que á haberme yo precipitado, hubiera sido trágica y sangrienta.

Los Kabiboqueses no tienen la nariz aplastada ni las prominencias de los juanetes de la cara como los Hotentotes, ni aquel color bazo, que no siendo blanco ni negro, los hace distintos de una y otra raza de hombres. No se untan tampoco el cuerpo con aquellas grasas asquerosas, que no permiten acercarse á los Hotentotes sin ensuciarse y padecer nauseas. Los Kabiboqueses, que son tan altos como los Cafres, tienen tambien el color tan negro como ellos. Yo dibuxé á uno de estos Salvages con toda su pompa, esto es, con su cuerpo labrado de rayas, con sus adornos y joyas, y armado como para pelear. Confieso que quando le ví entrar en mi tienda, con la aljaba al hombro, embrazado el escudo, cubierto de un gran manto que le llegaba al suelo, y apoyado gallardamente en su lanza con el cuello erguido, y el semblante denodado, quedé sorprendido de su aspecto noble y marcial.

Sus cabellos muy cortos y ensortijados estan adornados de granos de cobre, colocados con simetría y arte: en vez del delantal, que hacen los Hotentotes de piel de jakal para tapar sus vergüenzas, los Kabiboqueses se las cubren con un pedazo de cuero redondo, cuyos contornos estan adornados de un cerco de cobre, y les añaden otros adornos con cuentas de vidrio. En tiempo de los grandes calores este delantal es lo único que llevan sobre su cuerpo; y como está mal asegurado, no cumple con su destino, por lo que me he convencido por mis propios ojos de que no practícan la circuncision.

Sin embargo de esta desnudez, tienen mucho pudor y honestidad: las mugeres son muy honradas y recatadas: mis Hotentotes acostumbrados á la franqueza que habian observado en las Namaquesas, estrañaron mucho la severidad y honestidad de las Kabiboquesas, siéndoles mas sensible esta conducta, porque estas son mucho mas bellas que las Namaquesas. Las solteras, que entre los Namaqueses son muy poco reservadas, como ya os he dicho, aquí eran tan honestas y recatadas como las casadas. A la verdad ellas tenian aquella alegria que es propia de la juventud, y que aumentaba sus gracias; pero no pasaban de ser alegres. Quando se concluian las danzas, y sus pa-

dres se volvian al kraal, ellas se marchaban tambien sin que ninguna se quedase en mi campamento, como sucedia en otros aduares.

Las Kabiboquesas no se labran el rostro, como los hombres, ni adornan sus cabellos con cuentas ó granos de cobre: llevan siempre los pies descalzos, aunque los hombres gastan sandalias. Su vestido consiste en un delantal que las llega hasta la mitad de los muslos: un kros, que pasando por debaxo de los brazos, se ata sobre el pecho, y un gran manto largo como el de los hombres. Estos mantos son de pieles con su pelo; y el kros de piel curtida como nuestros guantes. Llevan brazaletes de cuentas de vidrio, y sartas al cuello, que baxan hasta el estómago, adornando tambien el delantal con otras que las llegan hasta los muslos. Como estos adornos son de mucha duracion, la costumbre de verlos hace á las mugeres poco sensibles al placer de poseerlos. Las bujerías que yo las di, las agradaron al principio por la novedad; pero luego que las presenté tixeras y agujas, prefirieron estos objetos á todos sus adornos, lo qual prueba el juicio de las Kabiboquesas, que así como su caudillo preferian lo útil á lo agradable, conducta que debe causar confusion y vergüenza á nuestras mugeres, que hacen todo lo contrario.

No me contenté con mostrarles las agujas, sino que tambien las enseñé su uso, lo qual aprendieron al punto, usando en vez de hilo, de unas cuerdas sutiles que hacen de tripas de animales. Lo que mas estrañé fue que aunque les agradaba el tabaco y el aguardiente, no mostraban la misma ansia que los demas Salvages, y no se tomaban el menor trabajo por adquirirlo: aun mas que el aguardiente, apreciaban los frascos en que yo lo llevaba, creyendo que eran de hielo, por lo que les di todos los que tenia vacios.

Por su parte no querian cederme en generosidad, y no he visto nacion mas desinteresada que ésta. Todas las noches traian á mi campamento gran cantidad de leche; y para regalar á mis Hotentotes, con quienes pasaban la noche, traian algunos carneros para sus cenas. Vi á muchos de ellos dar de regalo y sin ningun cambio varias reses de sus ganados, y quando marchamos de este aduar, muchos de los mios llevaban carneros y bueyes, que les habian regalado sin interés. ¡Qué diferencia tan grande entre esta nacion tan franca y generosa, y los grandes Namaqueses que con un aspecto lastimero estan continuamente alargando la mano como mendígos, pidiendo todo lo que ven!

A pesar de estas costumbres tan nobles

los Kabiboqueses son guerreros: sus armas son saetas envenenadas, y una lanza con el hierro largo, diferente de la azagaya Hotentota. En las batallas llevan por armas defensivas dos escudos, el uno muy grande y tan alto que pueda cubrirles todo el cuerpo, y el otro mas pequeño, ambos de pieles muy gruesas, capaces de resistir á las flechas. Este escudo pequeño, redondo y de unas doce á quince pulgadas de ancho, va metido en la parte anterior del brazo para rechazar los tiros; pero quando en el combate se hace inutil, se lo suben por cima del codo hácia el hombro. Para adornarlo, le guarnecen con un cerco de cobre al rededor; y en el centro ponen varias cuentas, y lantejuelas á su arbitrio. Por medio de estas diferencias cada qual tiene su escudo distinto del de los otros; y asi como las personas de este aduar se distinguen unas de otras por su diverso modo de labrarse el rostro y cuerpo, asi tambien se reconocen por la especie de blason que distingue sus escudos.

El valor de los Kabiboqueses no solo se muestra en las batallas contra sus enemigos, sino tambien en sus cacerias contra las fieras. No emplean sus armas contra los elefantes ni los rhinocerontes, porque como estos animales son herbívoros, no tienen que temer nada de ellos contra sus personas ni

ganados; pero á los tigres, leones, hienas y pantheras, que son carnívoros, les declaran una guerra mortal, y los persiguen continuamente. De las pieles de estos animales carniceros hacen sus escudos, cinturones, mantos y sandalias, lo qual tienen por mucho honor, y no hacen caso de las pieles de elefante ó de rhinoceronte. Si alguna vez cazan á estos últimos animales, es unicamente por aprovecharse de su carne, y los cogen con las trampas que abren en el suelo, como regularmente lo practican los Hotentotes.

Los Kabiboqueses juntan con su natural valor la mayor actividad: son agiles como ciervos, nada los arredra ni las mayores fatigas, ni las carreras mas largas y penosas: he cazado muchas vezes con ellos, y los he experimentado infatigables. En vista de esta osadia y valor, parecerá que son feroces é indómitos; pero entre todas las naciones que he visitado en esta parte del Africa, no he visto otra mas obediente y sumisa á sus caudillos, porque el verdadero valor lejos de oponerse á la subordinacion, va siempre acompañado con ella, y quando esta falta, el valor no es mas que una brutal ferocidad. El caudillo de los Kabiboqueses no es como entre los otros Salvages, el primero entre sus iguales, sino un Soberano en medio de sus vasallos. Una palabra, una

mirada bastan para ser obedecido al punto: jamas se contraviene á sus órdenes, qualesquiera que sean. Lo mismo observé en las familias particulares: cada padre de familias es obedecido por los suyos con la misma puntualidad que el caudillo por todo el aduar. En su casa es un Soberano, y en público un vasallo sumiso. Por aquí conocereis, Señora, quanto importa para la tranquilidad, y buen órden de los estados civiles el acostumbrarse los hombres á obedecer á sus padres.

Aunque este aduar era muy numeroso, la prudencia con que era gobernado, y el buen órden que se observaba, me hacia conocer, que el caudillo que le gobernaba, tenia una capacidad muy superior á la de todos los Salvages que hasta entonces habia visto, y no conozco sino al anciano Haabas, aquel Nestor de los Gonaqueses, que pueda compararse con este caudillo.

Su habitacion anunciaba su dignidad suprema: á la verdad, no era mas que una choza cubierta de pieles como las de sus vasallos; pero era mucho mas grande y elevada, y ademas junto á ésta, que era propiamente su habitacion, habia otras seis destinadas para su familia.

La sequedad del pais los ha precisado á abrir pozos para conservar el agua; pero como éstos á veces se secan, tienen que

emigrar á otros paises menos áridos, porque el *rio de los pezes*, aunque caudaloso en tiempo de lluvias, regularmente está seco en los grandes calores. Los largos viages, á que los condenan estas freqüentes emigraciones, y las relaciones que éstas les proporcionan con otros Salvages, deben necesariamente darles ideas que no pueden adquirir las naciones sedentárias; y á este aumento de ideas se debe atribuir la superioridad de inteligencia que los eleva sobre sus vecinos, añadiéndose á esto la mejor constitucion de los Kabiboqueses, pues otros Salvages que se hallan en la misma necesidad de emigrar, se mantienen sin embargo en su estado salvage y tosco.

Entre todas las Naciones Africanas esta es la única en que he encontrado alguna idea confusa de Dios, pues creen que sobre los astros exîste un Ser poderoso, que ha hecho y gobierna todas las cosas. Este conocimiento sublime que los aproxîma mucho á las Naciones civilizadas, no sé decir si les proviene del trato con otras naciones, ó si le han adquirido en fuerza de su reflexîon, considerando las admirables obras del Criador.

Despues de haber hecho en este aduar todas las observaciones que pude, y haber aumentado mis colecciones con las varias producciones de aquel pais, proseguí mi viage, habiéndome dado el caudillo algunas

guias de su aduar. En el camino tuvimos una tempestad de lluvia, truenos, relampagos y rayos tan horrible, que aunque yo y los mios estabamos muy acostumbrados á las espantosas tempestades del Cabo, que le hicieron dar el nombre de *Cabo de las Tormentas*, y á las de la Cafreria, no habiamos visto cosa que se pareciese á esta. Un horrible huracan derribó mi tienda y los carros; nos envolvimos como pudimos entre los lienzos: parecia que toda el Africa se anegaba: el cielo que parecia deshacerse en agua, estaba continuamente encendido con los relampagos que ocupaban toda la atmosféra, y los continuos rayos que caian junto á nosotros, nos hacian temer á cada instante quedar reducidos á pavesas. Mas de una hora permanecimos tendidos con estas angustias mortales: al cabo de este tiempo cesaron los truenos, y aunque continuaba la lluvia, sacamos las cabezas, y nos mirabamos unos á otros como si acabaramos de resucitar. Solos mis guias Kabiboqueses celebraban con aplausos la tempestad: acostumbrados á experimentarlas aun mas terribles, solo consideraban la utilidad que les acarreaba ésta, que seria llenar de agua sus pozos, y producir nueva hierba para sus ganados. Asi que, la habian considerado como una gran felicidad, y su alegria habia sido tanta, que habian permanecido sentados

tranquilamente, expuestos á la furia de la tempestad, sin buscar ningun abrigo.

Habiendo recogido nuestros ganados dispersos, y no pudiendo mantenernos en aquella llanura inundada, proseguimos nuestro camino, aunque continuaba la lluvia, y llegamos á un bosque donde encendiendo varias hogueras, secamos nuestros vestidos y efectos. Distabamos como unas tres leguas del aduar que ibamos buscando, y algunos de los Salvages que le componian, habiéndonos descubierto, se acercaron á nuestro campamento para reconocerle. Bien pronto distinguiéron á mis Kabiboqueses, sus vecinos y amigos, y se acercaron á visitarnos. Procuré grangearme su amistad con algunos regalos, y les di para su caudillo una racion de tabaco, encargándoles le dixesen que al dia siguiente iria á visitarle.

En efecto, al otro dia marchamos, y el caudillo me estaba esperando con todo su aduar junto á un arroyo. Quando me presenté, excité entre ellos la misma curiosidad que en el otro aduar. Nada hablaré sobre éste, porque era tambien de Kabiboqueses, y por consiguiente, usos, costumbres, caracter y todo lo demas era lo mismo en éste que en el primero. La única diferencia que observé, es que en el primer aduar no vi mas que algunos con sandalias, en vez de que en éste todos, hombres, mu-

geres y niños los usaban. Por lo demas, este uso no es en ellos un objeto de luxo ni de molicie, sino una precaucion necesaria é indispensable por lo aspero del pais, y por las muchas Mimosas de que abunda, y que cubren de espinas todo el terreno.

No era tan numeroso este aduar como el otro, pues solo constaba de unas 200 personas; tambien tenia menos ganados, asi porque hay pocos pastos, como por las freqüentes incursiones de los Huzuanas, que se los robaban. Hacia poco tiempo que habian venido, y se habian llevado unos 30 bueyes: en vano el caudillo habia hecho tomar las armas á todos los suyos, pues no habian podido recobrar mas que seis, y éstos tan heridos de saetas y azagayas, que habia sido preciso matarlos.

A pesar de su pobreza, éstos Salvages tenian el mismo desinteres y generosidad de su nacion: aunque no les habia distribuido mas que algunas vagatelas, todas las noches me trahian gran cantidad de leche. Durante los ocho dias que permanecí en su kraal, unos me acompañaban á la caza, y otros se empleaban en cazar aves é insectos para aumentar mis coleciones, solo con el animo de complacerme. Por mi parte yo procuraba corresponderles, haciendo que mis cazadores los acompañasen á la caza de fieras, y de gazelas.

Lo que mas temor causaba á estos Salvages eran los Huzuanas, y no oia hablar de otra cosa que de ellos, refiriéndome continuamente sus excursiones y crueldades. Esta nacion activa, mas temida que temible, tenia un establecimiento á unas 20 leguas de allí hácia el Norte, y ocupaba la cordillera de montañas que se extienden de Norte á Este. Como la esterilidad del terreno que ocupan, no les permite formar aduares numerosos y regulares, estaban divididos en pelotones, mas ó menos considerables segun las circunstancias de los lugares. Pero como esta misma situacion los reduce muchas veces á una grande escasez de viveres, hacen excursiones contra sus vecinos, y les roban sus ganados. Estos salteadores, que viven de lo que roban, son tan temidos en los contornos, que una corta quadrilla de ellos hace huir á todo un aduar de 200 hombres bien armados; y si quando se retiran con su presa, les siguen los pasos, mas bien es por asegurarse de su retirada que por acometerlos. Aun los mismos Kabiboqueses aunque aguerridos contra ellos y mas valerosos que todos los Salvages de los contornos, no se atreven contra ellos, porque como desde niños están acostumbrados á temerlos, juzgan que es inutil toda resistencia, y no toman ninguna precaucion para evitar ó rechazar sus ataques.

Sin embargo, acababan de ajustar con la division mas cercana un convenio de paz, y para asegurar su tranquilidad, se habian obligado á pagar á los Huzuanas anualmente un tributo de cierto número de reses. Esto parece un principio de civilizacion; pero estas viles y vergonzosas condiciones, apenas se hicieron quando se quebrantaron. Los Huzuanas de las divisiones mas lejanas pretendian que este tratado no se entendia con ellos, y por consiguente continuaron sus excursiones y robos. Acusaban tambien á la que habia contratado, de que cooperaba á sus incursiones, avisándoles de los momentos favorables, y que repartian con ellos el fruto de sus hurtos. Esto hace ver la miseria de los hombres que viven aislados, donde no se conoce mas derecho que el del mas fuerte; y quan indispensable es el derecho de gentes para asegurar la tranquilidad de los hombres.

Luego que el caudillo vió el efecto de mis fusiles, y conoció quanta ventaja teniamos sobre sus enemigos, procuró irritarme contra ellos, y obligarme á tomar parte en sus desavenencias. Como yo deseaba conocer á esta famosa nacion, le hacia muchas preguntas con intencion de ilustrarme; pero él no contestaba á ellas sino con quejas y consejos para irritarme contra ellos. Por otra parte temia que luego que yo me

alejase, los Huzuanas vendrian á vengarse en ellos por haberme enseñado sus guaridas; pero todas sus reconvenciones no servian mas que para darme nuevos deseos de conocer á los Huzuanas.

Llevando yo una caravana tan numerosa, con las cacerías tan lejanas y freqüentes, y con las grandes hogueras que se encendian en mi campamento, no podia ser desconocido por mucho tiempo de unos hombres tan errantes como los Huzuanas; y sino habian venido á atacarme, seria por miedo de mis armas. Mis Hotentotes y Namaqueses habian concebido el mayor horror á los Huzuanas, y quando les hablaba de mi deseo de ir á visitarlos, mostraban la mayor repugnancia á seguirme, de suerte que vinieron á despedirse de mí todos, y yo con mucha serenidad les respondí riendo, que podian volverse á sus paises quando quisiesen. Bien sabia yo que no me abandonarian, porque para volverse tenian que atravesar el pais de los Bosismanes, á quienes temian mas que á los Huzuanas, y en efecto no se atrevieron á volverse.

En medio de las grandes dificultades que se oponian á proseguir mi viage, quise consultar á mi fiel Klaas, que era mi único consejero y toda mi confianza para semejantes empresas atrevidas. Escuchóme con la mayor atencion, y dándome una palmada en el hombro, aprobó todas mis disposicio-

nes, y particularmente el dexar los carros, y no llevar mas bagages que bueyes de carga. »Por lo que hace, añadió, al deseo que »tienes de visitar á los Huzuanas, no tengo »necesidad de decirte que estoy pronto á »marchar contigo al instante: ya sabes que »Klaas te seguirá con gusto adonde quiera »que fueres; pero si deseas llevar contigo »algunos otros hombres fieles, yo salgo por »fiador de otros cinco compañeros mios, con »quienes prodrás contar."

Con esta seguridad, al dia siguiente dispuse mi caravana para marchar: por la noche habian tenido su consulta los Namaqueses, y resolvieron acompañarme, no tanto por zelo, como por temor de volverse por el pais de los Bosismanes. Mis Hotentotes que se tenian por superiores á los Namaqueses, se picaron, y ninguno de mi comitiva reusó seguirme.

Atravesamos por un terreno cubierto de una costra de sal, que nos fatigó en extremo: todos se acobardaban y desmayaban, exceptuando las mugeres, que nada perdieron de su alegría y buen humor por las inmensas fatigas del camino. Siempre retozonas y joviales caminaban como yo á pie, y se divertian en mofarse de la cobardia y descaecimiento de los hombres, y esta alegría de las mugres era para mí el mayor estímulo para tolerar tantas incomodidades.

CARTA LXXXIX.

Los Huzuanas.

Al cabo de algunas jornadas, en que padecimos los trabajos mas increibles, llegamos junto á las montañas en que tenian sus aduares los Huzuanas. Siguiendo algunos rastros, llegamos á un arroyo que conducia á un desfiladero, á cuya orilla pacian algunas vacas, y á poca distancia de allí habia algunas chozas. A la sazon no habia en aquel aduar mas que algunas mugeres, las quales al vernos dieron gritos, convocando á los suyos, los quales salieron al punto de sus chozas armados de arcos y flechas, y fueron á colocarse sobre un cerrillo para observarnos. Como yo estaba muy distante, no podia hacerme oir, y ademas, ¿qué habia de decirles ignorando su lengua? Empleé pues el lenguage de los signos naturales; haciendo las mayores demostraciones y ademanes de amistad; pero no comprehendieron este lenguage; y fue preciso acudir al último recurso que fueron los regalos.

Marché hácia sus chozas, las quales encontré vacias, y á la puerta de una de ellas dexé algunas porciones de tabaco, y de

cuentas de vidrio, como un cebo, despues de lo qual me retiré á mi primer puesto. Durante esta operacion, se habian alejado aun mas; pero quando me retiré, se acercaron y recogieron el regalo que les habia dexado. La atencion con que le exâminaron, y la alegria que les causó, me hicieron creer que podia ya sin peligro acercarme á ellos. Adelantéme pues, pero al acercarme, volvieron á retirarse, aunque no tan léjos como la primera vez. Observé que estaban conferenciando entre sí, y creí que no tardarian en venir á hablarme, por lo que sacando una nueva porcion de tabaco y de cuentas de vidrio, se las mostré, y me fuí acercando hácia ellos. Este medio produxo el efecto deseado: uno de ellos se separó de la tropa, y acercándose hácia mí como á unos cien pasos, me preguntó quien era yo, y qué queria. Observé con admiracion que este hombre era negro á distincion de todos los demas, hombres, mugeres y niños, que eran de color aun mas claro que los Hotentotes; pero lo que mas estrañé fue que me habló en Hotentote. Respondí en la misma lengua, que yo era un viagero, que deseaba conocer aquel pais en que habitaban, y buscar en él amigos.

Entónces se acercó á mí: mis quatro compañeros hicieron lo mismo, y quedaron no menos admirados que yo al ver á uno

de su nacion. Trabaron conversacion con él; le aseguraron de la verdad de lo que yo le habia dicho, y le ganaron tanto la confianza, que al punto hizo una seña á los Huzuanas para que se acercasen. Las mugeres, mas desconfiadas ó circunspectas, permanecieron amontonadas junto á sus chozas, mirándonos con mucha curiosidad; pero los hombres acudieron todos. Repartí entre ellos el tabaco y las sartas de vidrio, que les habia mostrado, y estos hombres á quienes me habian pintado como unos lobos feroces, se me mostraron tan mansos como corderos.

Sin embargo, en el instante en que acababa de amansarlos, me era preciso separarme de ellos: habia empleado mucho tiempo en mi marcha, faltaba poco del dia, y temí que si dilataba mas mi ausencia, se alarmarian los mios; y además era una temeridad exponerme á perderme por la noche en un pais desconocido. Participé pues á los Huzuanas, que al dia siguiente vendria á acamparme junto al arroyo, y les aseguré de nuevo que hallarian siempre en mí un amigo pronto á favorecerlos y defenderlos: añadí que yo salia por fiador de que ninguno de los mios les haria el menor insulto ni agravio; pero al mismo tiempo les protesté, que si me hacian la menor ofensa, haria uso de todas mis fuerzas, las

quales eran muy superiores á las suyas.

El Hotentote fue quien les interpretó mi discurso, y me volvió la respuesta muy satisfactoria de los Huzuanas, y debo advertir que además de la lengua Hotentota hablaba muy bien el Holandés. En fin se ofreció á servirme de guia hasta mi campamento, pasar allí la noche, y volver al dia siguiente conmigo al aduar. Estaba lleno de regocijo por haber encontrado gentes de su nacion con quienes poder hablar; no lo estaba yo menos de haber encontrado tal intérprete, y de la confianza que de mí tenia, por lo qual admití con gusto su oferta, y marchamos.

Bien presumireis, Señora, que mi primer cuidado seria informarme de la causa de hallarse entre los Huzuanas. Contóme en efecto, que habiendo nacido en las cercanias de Camis, habia vivido por bastante tiempo sirviendo á la Compañía Holandesa; pero que habiéndose escapado con un Negro esclavo de su mismo amo, por el mal trato que les daba, despues de largos viages habia venido á buscar asilo y proteccion entre los Huzuanas. El Negro habia muerto de una saeta emponzoñada en un combate que aquel aduar habia tenido con sus enemigos, y el habia continuado viviendo con los Huzuanas, entre los quales habia llegado á ser por su valor como un caudillo.

Yo le desaprobé que hubiese venido á juntarse con unos vandidos, que únicamente se mantienen de robos y muertes; á lo qual me respondió así.

„Los Huzuanas no son, como creis, unos asesinos y ladrones de profesion. Si alguna vez derraman la sangre humana, es una especie de represalia, porque siendo perseguidos por otras naciones, se han visto precisados á refugiarse en lugares inaccesibles y estériles, donde solamente ellos pueden vivir. Quando encuentran caza, quando los hormigueros ó la langosta les dan abundantes provisiones, entónces permanecen quietos en sus guaridas; pero si les faltan víveres, guay de las naciones comarcanas. Desde lo alto de sus montañas extienden la vista por todos los contornos, y en descubriendo algun ganado, van á robarlo; pero aunque roban, jamas matan á nadie, á no ser en defensa de sus vida, ó para vengar alguna antigua injuria.

„Sin embargo, á veces sucede que despues de excursiones muy largas y penosas, se vuelven con las manos vacías, ya porque no encuentran presa, ya porque son rechazados. Entónces las mugeres irritadas con el hambre, y por los gritos de sus hijos hambrientos, se vuelven furiosas: les dicen mil injurias y denuestos: les amenazan que quieren separarse de ellos para buscar

otros maridos de mas valor que sepan alimentar á sus mugeres é hijos: en fin, despues de haber apurado todo lo que les dicta la rabia y desesperacion, se quitan el lakal ó delantal, y dan furiosos golpes con ellos á sus maridos en los rostros. De todas las afrentas posibles que se les pueden hacer, ninguna les es mas dolorosa, y no tienen resistencia para aguantarla. Enfurecidos se calan su casquete de guerra (que hacen de la piel de la cabeza de la hiena, cuyo pelo les cae sobre la frente) y marchan como frenéticos hasta que encuentran y roban algun ganado. Quando vuelven bien cargados, las mugeres salen á recibirlos, haciendoles muchas caricias y engradeciendo su valor. Entónces no se piensa mas que en banquetes y diversiones, y olvidan los males pasados, hasta que otras nuevas necesidades hagan repetir las mismas escenas."

Con estas razones procuraba el Hotentote justificar la conducta de los Huzuanas. Quando llegamos á nuestro campamento, es increible la admiracion que causó la vista de este Hotentote á mi gente: le rodearon todos: le hacian continuas preguntas, no le dexaron descansar en toda la noche, y despues de haberle regalado bien, al dia siguiente marchamos al arroyo mencionado, y plantamos allí nuestro campamento.

La vuelta del Hotentote tranquilizó á

los Huzuanas, y los informes que les dió de mí, les inspiró la mayor confianza. Apenas llegué al arroyo quando todos vinieron á visitarme con el mayor cariño. Parecia que hacia muchos años que nos tratabamos con la mayor familiaridad; pero no sucedió lo mismo con los de mi caravana. El nombre de Huzuana los habia llenado de tal terror, y esta preocupacion habia echado en ellos tan hondas raices, que no los podian mirar sin horror y espanto, y esto duró por todo el tiempo que allí permanecimos.

Igual habia sido en mi primer viage el horror que habian concebido contra los Cafres, y no esperé poder adelantar mas ahora en desimpresionarlos que en aquella ocasion. El Salvage rodeado de enemigos y de riesgos debe ser desconfiado y suspicaz: si entre sus enemigos hay algunos verdaderamente temibles, entónces concibe el mayor terror: su nombre solo les hará temblar, y creerá sobre ellos las fábulas mas absurdas, y por consiguiente va ya medio vencido. Basta una primera expedicion brillante para establecer el imperio de una de estas naciones sobre otra, y esta es la fortuna de los Huzuanas. Su nombre pasa con horror de boca en boca, y llega de region en region hasta el Cabo, en donde se refieren de ellos los cuentos mas inverosimiles. Su vida errante los acredita aun mas, y la im-

posibilidad de conocer sus verdaderas fuerzas, las aumenta en el concepto de los demas Salvages.

Su aduar poco considerable de suyo, lo era mucho menos á la sazon por la ausencia de una parte de los que le componian, los quales habian ido á buscar provisiones, como ellos dicen, y no habian quedado en el *kraal* mas que unos veinte y siete hombres, siete mugeres y algunos niños. Estos esperaban la vuelta de sus compañeros para retirarse de aquel establecimiento, y pasar todos juntos hácia la desembocadura del rio de Orange.

Los Huzuanas son de una talla pequeña, y es ser muy alto entre ellos el tener cinco pies; pero estos hombres pequeños, perfectamente proporcionados, reunen con una agilidad asombrosa un valor y denuedo, que causa respeto, y me agradaba infinito. De todas las razas de Salvages que he visto, ninguna me ha parecido mas activa é infatigable.

Su rostro, aunque tiene los caractéres principales de los Hotentotes, sin embargo es mas redondo por la barbilla: son tambien menos negros: en fin, sus cabellos, mas ensortijados, son tan cortos, que al principio me parecieron pelados. Por lo que hace á la nariz, la tienen aun mas aplastada que los Hotentotes, ó por mejor decir, no tie-

nen nariz, pues no consiste mas que en dos agujeros chatos, que quando mas tienen cinco ó seis líneas de elevacion. Por esto, yo que era el único de todos que tenia una nariz Europea, parecia á su vista una criatura maltratada por la naturaleza: sus ojos no podian acostumbrarse á esta diferencia, que consideraban en mí como una deformidad monstruosa, y en los primeros dias los veía mirarme con una admiracion verdaderamente risible. De esta nulidad de nariz resulta, que el Huzuana mirado de perfil es tan feo que parece un mono. Mirado de frente se observa en él á primera vista algo de extraordinario, porque la frente parece que ocupa la mitad de su rostro; pero su fisonomía es tan animada, y tiene unos ojos tan rasgados y vivos, que su vista es bastante agradable.

Como el calor del clima los escusa de todo vestido, andan todo el año desnudos, á excepcion de un jakal muy pequeño atado á los riñones con dos correas. Endurecidos con esta costumbre constante de desnudez, se hacen tan insensibles á las impresiones de la atmosféra, que quando desde los arenales abrasados se trasladan á los paises cubiertos de nieve y hielo, parece que no perciben la diferencia.

Sus chozas no se parecen á las de los Hotentotes: estan cortadas verticalmente, de

suerte que una choza Hotentota haria dos de los Huzuanas. En las emigraciones dexan en pie las chozas, para que si llega allí alguna tribu de su nacion pueda servirse de ellas. En el camino los emigrantes no tienen mas abrigo, que una estera apoyada sobre dos palos, y por lo regular duermen sobre la dura tierra: todo basta para unas gentes, cuyo temperamento resiste á las mayores fatigas. Sin embargo, si se detienen en algun parage, y hallan materiales para la construccion de sus chozas, fabrican un kraal; pero quando se marchan, le abandonan como á los otros. Esta costumbre de trabajar para sus semejantes anuncia un caracter social, y unas inclinaciones benéficas. En efecto, no solo son buenos padres y maridos, sino tambien fieles compañeros: todos habitan en un mismo kraal, y ninguno posee en propiedad ninguna cosa; todo es comun. Quando encuentran otras tribus de su nacion, se amparan, favorecen y socorren en todo lo necesario; en fin se tratan como hermanos, aunque jamas se hayan visto.

El Huzuana, naturalmente agil y desembarazado, tiene por diversion el trepar por las montañas y picos mas escarpados, de lo qual saqué gran ventaja. El arroyo en que yo estaba acampado, tenia un sabor á cobre, y un hedor que causaba nauseas, por

lo que no se podia beber aquel agua. Mis bueyes acostumbrados á las malas aguas del país, se contentaban con ella; pero temiendo yo que hiciese mal á mi gente, no les permití que la bebiesen. Los Huzuanas no tenian leche para proveerme, pues no poseian mas que algunas malas vacas que habian robado. Preguntéles, si en aquellas cercanías habria mejor agua, y sin responderme palabra, treparon por una montaña, y en menos de dos horas me traxeron todos mis odres y vasijas llenas de agua excelente. Durante todo el tiempo que permanecí junto al arroyo, me hicieron el mismo favor con igual zelo y presteza. Uno de estos viages hubiera costado á mis Hotentotes un dia entero.

Quando van de camino, no se inquietan por la falta de agua aun en medio de los desiertos. Saben por un arte particular descubrir la que se oculta en las entrañas de la tierra, y su instinto en este punto es muy superior al de los demas Africanos. Los animales en igual caso conocen donde hay agua, pero como no la descubren sino por el olfato, es preciso que alguna avenida de ayre les traiga los efluvios, y por consiguiente es preciso que el agua se halle en la direccion del viento. En mi primer viage mis Salvages me habian dado pruebas varias veces de esta habilidad, y yo tambien la habia adquirido, como ya os escri-

bí. El Huzuana, mas hábil que los Hotentotes, no necesita mas que de su vista para estos descubrimientos: se tiende en el suelo boca abaxo, extiende la vista á lo lejos, y si en el espacio de terreno que ha registrado, hay algun manantial subterráneo, se levanta y señala con el dedo el parage. Para descubrirle, le bastan aquellas exhalaciones sutiles, que se evaporan de todo depósito de agua, quando no está muy profundo: perspicacia de que nosotros estamos muy distantes.

Por lo que hace á las lagunas, y á otros depósitos exteriores, formados por las lluvias, tienen una evaporacion sensible, que los hace descubrir, aunque esten detras de algun collado. Si es agua corriente, como arroyos ó rios, sus vapores aun mas abundantes, se los descubren tan sensiblemente, que pueden indicar su corriente, y aun delinear sus tortuosidades.

Intenté aprender este arte de los Huzuanas, y habiéndome exercitado despues segun su exemplo y lecciones, logré adquirir unas señales seguras. Sin embargo, mi talento no tenia la misma extension que el suyo, pues sea debilidad natural de mi vista, ó falta de costumbre, no podia distinguir el agua en pasando de la distancia de trescientos pasos, quando ellos la percibian á distancias muy considerables.

Los Huzuanas no tienen mas armas que el arco y las saetas : éstas son muy cortas, y las llevan al hombre en una aljaba de cerca de diez y ocho pulgadas de largo, y quatro de diámetro. La hacen de corteza de aloes, y la cubren con la piel de un lagarto muy grueso, que se halla con freqüencia en aquellos parages.

Viéndome precisado á mantener una tropa tan numerosa, y deseoso de que el aduar participase de la abundancia de mi caza, iba diariamente á cazar, acompañado siempre de gran número de Huzuanas. Seguianme á todas partes con una intrepidez infatigable, ya trepase por las montañas, ya corriese á caballo por las llanuras. Mis Hotentotes, preocupados contra esta nacion, temblaban al verme en medio de ellos ; se imaginaban continuamente que iban á asesinarme, para matarlos despues á ellos ; y siempre que yo volvia á mi campo, me recibian con las mismas demostraciones que si me hubiera escapado de la muerte. Por mi parte yo veia á estos Salvages afanados por obsequiarme y servirme, por lo que me reia de los vanos terrores de los mios. En todo el largo viage que hicieron conmigo, siempre se mostraron los mismos, y en muchas cosas me parecieron semejantes á los Arabes, que siendo igualmente pastores, valerosos y salteadores, son de una fidelidad inalterable en

su palabra, y defenderán hasta la última gota de sangre al Viagero que se ajusta con ellos, y se pone baxo de su proteccion. Si mi proyecto de atravesar toda el Africa del Norte al Sur hubiera sido practicable, no podia serlo sino en compañía de los Huzuanas: estoy convencido de que cincuenta hombres de esta nacion sobria, infatigable y valerosa me hubieran bastado para executarlo; y sentiré siempre haberlos conocido demasiado tarde, en que tantas circunstancias y desastres me habian precisado á abandonarlo por entonces.

Como los Huzuanas no son conocidos en el Cabo sino por sus incursiones y robos, los confunden generalmente los Colonos con los Bossismanes. A veces tambien por causa de su color medio blanco los llaman *Hotentotes Chinos*, y este doble nombre puede inducir en error á los Viageros, causando confusion en sus relaciones, como se ve en Sparmann. Su verdadero nombre, que ellos se dan á sí mismos es Huzuana, y nada tienen de comun con los Bossismanes, que son un conjunto de foragidos y desertores. Jamas se casan sino con personas de su tribu: casi siempre en guerra con las naciones vecinas, jamas se confunden con ellas, y si consienten en admitir en sus aduares á algun estraño, solo es despues de largas pruebas, en que muestren su fidelidad y va-

lor. El Hotentote que encontramos en aquel aduar, habia pasado por este noviciado, y el lauro con que habia salido le habia grangeado mucha reputacion.

Aunque los Huzuanas son errantes en su país, y pasan gran parte del año en emigrar y hacer viages lejanos, sin embargo tienen una espaciosa comarca que habitan, de la qual son los únicos habitantes, y creo que no habrá nacion que intente desalojarlos de ella. Esta comarca es aquella parte de Africa que de Este á Oueste se extiende desde la Cafreria hasta el país de los grandes Namaqueses. Por lo que hace á su extension del Sur al Norte, yo la ignoro, pero la creo muy considerable, así porque una nacion nómada necesita de una gran extension de país, como porque esta nacion es muy numerosa.

En el Cabo se supone que su número es muy corto, y la razon en que se fundan es, que quando pasan sobre las costas del Oueste, sea para establecerse ó para robar; no se ven tropas numerosas de ellos. Pero esto es entre los Huzuanas un ardid de guerra: temiendo ser acometidos, si se supiese su número, ocultan su marcha todo lo posible. Caminan por cerros y montañas, y freqüentemente no caminan sino por la noche, de lo que nace que siempre los estan temiendo, y suponen que aun estan cercanos,

quando ya distan unas doscientas leguas.

Yo me inclinaria á creer que la raza de los Huzuanas es el tronco de donde se han derivado todas las demas de los Salvages de esta parte del Africa, lo qual deduzco de su fisonomía, y del chasquido de la lengua al hablar, que es mas distinguido entre ellos que entre los demas Salvages. Pero estas no son mas que débiles conjeturas, y para establecer este hecho, serian necesarias demostraciones decisivas. Esta nacion nada sabe acerca de su origen: en vano les hice sobre esto varias preguntas, pues siempre respondian que ellos habitaban donde habitaron sus abuelos, y nada mas pude sacarles. Solamente al volver al Cabo, adquirí algunas noticias de los Colonos viejos, que habitan hácia el Este, las quales referiré como tradiciones antiguas, de cuya verdad no salgo por fiador.

Quando los primeros Europeos se establecieron en el Cabo, los Huzuanas habitaban el Cambdebo, las montañas nevadas, y el país que divide estas montañas de la Cafreria. Luego que la Colonia se extendió, y se hicieron vecinos de los Europeos, vivieron al principio pacificamente con los Colonos, y como tenian mas actividad y talento que los Hotentotes, los empleaban con preferencia en los desmontes y otros trabajos del establecimiento. Pero bien pronto fue

perturbada esta tranquilidad por aquella tropa de foragidos, que fueron enviados de Holanda para poblar la Colonia. Estos hombres viciosos y holgazanes quisieron gozar de los frutos de la tierra sin tomarse el trabajo de cultivarla, y llenos de las preocupaciones Europeas, creyeron que los hombres de distinto color que el de los Blancos, habian nacido unicamente para servirles de esclavos. Por consiguiente los condenaron á los trabajos mas penosos sin ningun salario, pagándoles unicamente con malos tratamientos: los Huzuanas abrumados de tantas fatigas, reusaron obedecerles, y se retiraron á los desfiladeros de las montañas. Persiguiéronlos de mano armada, los asesinaron cruelmente, y se apoderaron de sus ganados y país. Los que se escaparon de estas atrocidades, se trasladaron al país que ocupan actualmente; pero al retirarse de sus antiguas posesiones, juraron en su nombre y en el de toda su posteridad, que se emplearian en exterminar á sus tiranos usurpadores: y he aquí por que una nacion pacífica y laboriosa se ha vuelto guerrera, vengativa y feroz.

Este ódio contra los Blancos se ha perpetuado de generacion en generacion, aunque los Huzuanas del dia ignoran la causa primitiva. Criados con una aversion increible contra los Blancos, solo saben que su

ocupacion debe ser robarlos y destruirlos; pero como ignoran el motivo que tuvieron sus mayores para esta venganza, la exercitan maquinalmente, y aunque son crueles contra los Colonos, no dexan de ser humanos y serviciales entre sí.

Todo lo que os he referido acerca de los Huzuanas, así en lo fisico como en lo moral, prueba que en el dia forman una nacion aislada; pero lo que mas me sorprendió en ellos son aquellas enormes nalgas de las Huzuanas, que las distinguen de todas las naciones conocidas. Ya habia yo observado muchas veces entre los Hotentotes en general, que á medida que van creciendo en edad, esta parte posterior va aumentándose considerablemente, y adquiere un tamaño que excede á toda proporcion. Como los Huzuanas son una raza de Hotentotes, se pudiera creer que estas monstruosas nalgas son lo mismo que las de las Hotentotas, aunque en extremo mas aumentadas; pero debo advertir que en las Hotentotas es una excrescencia lenta y tardía, y como una enfermedad de la vejez, siendo así que en las Huzuanas es una deformidad de nacimiento, y un caracter original.

Al principio creí que aquel fenómeno procederia de una disposicion particular, como una prominencia de los huesos del lomo ó del hueso sacro, que hacien-

do una salida muy grande hácia atras, harian sobresalir las caderas fuera de su nivel, pero pronto me convencí de lo contrario. Todos los huesos de aquella parte estaban en su situacion natural, y no habia en ninguno de ellos la menor salida fuera del nivel; en suma aquellas enormes posaderas no eran mas que unas grandes masas carnosas, que á cada movimiento del cuerpo hacian una oscilacion y undulacion muy singular, de lo qual me convencí en una niña de tres años.

Las madres llevan una piel de animal que les cubre desde los riñones toda la parte posterior hasta cerca del tobillo: quando tienen que marchar con sus niños de pecho, los colocan sobre sus ancas. Yo ví á una correr así; y su hijo que tenia tres años, se mantenia en pie sobre las ancas de la madre, del mismo modo que un lacayuelo á la trasera de un birlocho.

A pesar de esta deformidad monstruosa las Huzuanas tienen las manos y pies muy pequeños; sus brazos son perfectamente torneados, y en todas las demas partes de su cuerpo se advierte la mas bella proporcion. Como tienen que seguir á sus maridos en todas sus emigraciones, usan de sandalias como ellos, y ambos sexôs se cubren la cabeza con una gorra de piel de jakal. Van tambien enteramente desnudas, á

excepcion del manto posterior, y de un pequeño delantal: al lado llevan un estuche de madera, de marfil ó de concha para la grasa con que se untan; en la extremidad de un palo ponen una cola de qualquier quadrúpedo, para limpiarse el sudor del rostro ó del cuerpo. Por lo demas, no vi en ellas ningunas sartas de cuentas, ni otro adorno, á no ser que demos este nombre á algunos brazaletes de cuero.

Sin embargo, como el deseo de agradar parece una qualidad peculiar de todas las mugeres, las Huzuanas apenas vieron las bujerias con que iban adornadas las mugeres de mi caravana, quisieron tambien tenerlas: repartí algunas entre todas, y al punto se adornaron con el mayor gusto.

He dicho que se untan el cuerpo con grasa, y esta costumbre es comun á hombres y mugeres, porque creen que esto es necesario para conservar la flexîbilidad de los miembros, como lo practicaban los antiguos atletas. Emplean en esto la grasa de los animales que matan; y quando no la tienen, frien las ninfas de las hormigas, llamadas *termitas*, y guardan aquel aceyte.

Al tercer dia de mi llegada á aquel sitio, llegaron del aduar cinco hombres y dos mugeres, que venian de correria, y traian dos carneros vivos: habian robado tres, pero el tercero se les habia escapado en el ca-

mino. Venian conduciendo sus dos carneros hácia el kraal, quando descubriendo de repente mi campamento, quedaron aterrados: abandonaron su presa, y retrocedieron con la mayor precipitacion; pero viendo la tranquilidad de los suyos, se acercaron, y en breve se me hicieron tan familiares como los otros.

Deseando yo hacer una excursion por aquel país, propuse á los Huzuanas, que si querian acompañarme hasta el rio de los peces, les daria quatro vacas: al punto se conformaron, y solamente me pidieron cinco dias de término para juntar á los suyos. Por la noche se esparcieron por las montañas, trepando hasta las mas altas cimas, para encender hogueras que sirviesen de señales á las quadrillas esparcidas. Las hogueras por la noche son una lengua particular, conocida y practicada por la mayor parte de las naciones salvages; pero ninguna ha adelantado tanto en esta arte como los Huzuanas, porque ninguna otra tiene tanto interés en perfeccionarla. Quando es necesario anunciarse unos á otros alguna noticia favorable ó adversa, la llegada ó la marcha de un aduar, ó alguna necesidad de socorro, en un momento lo participan y se dan á entender, ya por el número de las hogueras, ya por el modo de colocarlas. Tambien tienen la industria de variar sus seña-

les de tiempo en tiempo, para que sus enemigos sabiéndolas y haciendo uso de ellas, no los sorprendan. No sé en qué consiste esta lengua tan ingeniosa, y no pregunté ninguna de sus circunstancias, porque regularmente no me lo hubieran dicho. Lo único que puedo decir es, que tres hogueras encendidas á veinte pasos una de otra, formando un triángulo equilátero, anuncian una reunion; por lo menos, en los cinco dias que se emplearon en convocar y esperar á los demas dispersos, no se puso otra señal.

Probablemente estas quadrillas de salteadores estaban tan distantes, que no las advirtieron, pues ninguno de ellos acudió, pero su falta no nos detuvo para marchar el dia señalado. Sin embargo, dexaron las chozas en pie, y para dar parte de su marcha, dexaron en ellas quatro hombres, para que encendiesen hogueras, con órden de que viniesen á juntarse con nosotros por la noche, luego que encendiesen las hogueras. Todas estas disposiciones hacian temblar á mis Hotentotes, temiendo que las guias no nos llevasen á alguna emboscada, en donde todos pereciesemos. En fin no habia peligro alguno que su imaginacion no les hiciese temer, y era tan grande su cobardia, que no se atrevian á separarse del campamento, aun de dia, y asi no pude conse-

guir que mis cazadores saliesen á cazar sino en mi compañía.

Al cabo de algunas jornadas, observamos algunas hogueras hácia el S. O. las quales nos anunciaban alguno de aquellos aduares de que me habian hablado los Huzuanas, y di órden de marchar hácia ellos. No quise enviar delante ningun aviso, como lo acostumbraba, porque no era posible dar este encargo á ninguno de los mios, pues sin intérpretes no hubieran podido desempeñar la comision; y si iban acompañados de Huzuanas, nos darian muy mala recomendacion al vernos en tan mala compañía. Por este motivo me resolvi á no dar ningun aviso de prevencion, y llegamos á las nueve de la noche á vista del aduar: inmediatamente estableci mi campamento sin mas prevencion á doscientos pasos del aduar.

Una llegada tan repentina no podia menos de causar mucho sobresalto, y quizá se hubieran dispersado al instante; pero á pesar de su espanto, una gran desgracia les impedia huir, la qual era una epidemia pestilencial, que habia ya quitado la vida á muchos. Los que aun exîstian, estaban todos tocados de la peste, como tambien sus ganados: cubiertos de llagas de pies á cabeza yacian postrados en sus chozas, exhalando un hedor cadavérico é intolerable.

Esta peste, decian, habia tenido su ori-

gen en las comarcas del Oueste, donde habia causado horribles estragos, y allí la habian contraido ellos. Hacia pocos dias que los del aduar, que se creian sanos, se habian retirado hácia el Sur, huyendo de la epidemia, pero como llevaban ya consigo el germen del contagio, probablemente se manifestaria en el camino. Esta huida explica aquellas aserciones absurdas, que han esparcido algunos Viageros, los quales aseguran que las naciones salvages en sus emigraciones abandonan á los viejos y enfermos que no pueden seguirlos. Esta es una calumnia, como ya os dixe en otra carta, la qual queda refutada con la relacion que acabo de haceros.

El espectáculo horrible que teniamos á la vista, causó la mayor consternacion en mi caravana, y principalmente entre los grandes Namaqueses, que siendo mas susceptibles de terror, por ser los mas cobardes y pusilanimes, tenian ademas alguna experiencia de este azote, que habia afligido á su nacion, y conocian bien sus terribles efectos. Protestaronme, que si no mudaba de camino, se separarian de mí al dia siguiente; que el temor de ser acometidos por los Bossismanes era nada en su concepto en comparacion de una muerte horrible, que miraban como inevitable. Parecieronme fundados sus terrores, y seguramente no tenia yo

mucho deseo de exponerme á una enfermedad, que en tres dias podia acabar con todos nosotros. En efecto al dia siguiente nos alejamos con intencion de atravesar hácia el Este, para evitar el contagio.

De toda mi caravana no habia mas que los Huzuanas que mostrasen algun valor y fuerza despues de las fatigas que padecimos en estas marchas; todos los demas poco acostumbrados al trabajo, y sin robustez suficiente para tolerarlos, estaban rendidos de cansancio. Iban arrastrando con mucha fatiga, y se hacian conducir alternando en los bueyes. Los grandes Namaqueses no tenian aliento ni aun para hablar, pero me daban á entender con su semblante abatido y melancólico, lo mucho que sentian haberse empeñado en seguirme. En fin mi caravana parecia un hospital ambulante: nuestros animales y perros iban tan estropeados, que apenas podian moverse.

Por la noche no tuvimos mas novedad que el descubrir algunas hogueras sobre las montañas, que por las esperanzas que nos daban, me inspiraron alguna alegria; principalmente mis Huzuanas mostraron el mayor regocijo, porque creyeron que eran señales de sus camaradas; pero despues de algunas observaciones, no reconociendo su alfabeto, convinieron en que aquellas hogueras habrian sido encendidas por la gente de

algun aduar, que ellos no conocian.

El descanso y el sueño de la noche no habian bastado para restaurar las fuerzas de mi gente: al dia siguiente todos se quejaban de estar estropeados, y temi que me seria preciso permanecer en aquel sitio; pero habiéndoles advertido, que no nos faltaba mas que una jornada para llegar al aduar, cuyas hogueras habiamos descubierto, y prometiéndoles que allí nos detendriamos muchos dias, recobraron ánimo y proseguimos nuestra marcha.

A las cinco de la tarde llegamos á las cercanias del aduar; los bueyes y los perros sintiendo el agua, echaron á correr, sin poder detenerlos, y se dirigieron al kraal. Su olfato no les habia engañado: hallaron efectivamente pozos, pero estaban cerrados, y asi se vieron precisados á contentarse con olismear dando vueltas al rededor. Es facil de concebir quanta seria la admiracion y sobresalto del aduar al ver de repente á aquellos animales; pero el terror se aumentó increiblemente quando nos descubrieron, y observaron aquella tropa de Huzuanas tan temidos con un Blanco entre ellos, quizá no tan formidable, pero mas estraño para unos hombres que jamas habian visto ninguno de este color. Pasmados y llenos de consternacion á vista de este espectáculo, no tenian valor para huir, ni se atrevian á acercarse á nosotros.

Para sacarlos de esta situacion tan penosa, me dirigi á ellos, y sin hacer misterio de su turbacion les hice preguntar, si habia entre ellos algunos inficionados de la peste. Mi pregunta los dexó pasmados de miedo: conocian por experiencia esta terrible epidemia; sin embargo, no habia llegado allí el contagio, y en virtud de su respuesta, mandé plantar mi campamento. En el espacio de quatro dias mis animales habian andado mas de quarenta leguas sin haber comido ni bebido mas que una sola vez en el aduar apestado. Como hallé aquí pastos, me propuse permanecer algunos dias, segun habia prometido á los mios, para que se restableciesen. Para este fin deseaba grangearme la amistad de aquellos Salvages, lo que al principio me pareció muy dificil: ni por la tarde ni por la noche vino ninguno de ellos á mi campamento, y esta conducta me pareció muy estraña, porque en ninguna otra nacion salvage la habia experimentado. No sé si procederia de temor á los Huzuanas, ó á mí, ó porque veniamos de país apestado; pero esta desconfianza era tan grande, que por la noche estuvieron deliberando, si se retirarian á las montañas.

Klaas, que continuamente se esmeraba en servirme, habia ido á hacer sus descubrimientos al amanecer, y vino á participarme una observacion importante. El aduar

era muy considerable, y no habia visto mas que un corto número de ganados, incapaz de proveer á la subsistencia de tanta gente, de lo qual inferia que habian ocultado ó hecho desaparecer la mayor parte de ellos. Esta conjetura me pareció fundada, pero las sospechas de estos Salvages me causaban mas pena que admiracion. Para disiparlas, hice convocar á los Huzuanas: les prescribí la conducta que debian observar con aquellos Salvages, y les protesté, que si daban motivo para la menor queja, no solo dejaria yo de ser su amigo, sino que me uniria con los del aduar para acabar con todos ellos. Aseguraronme que en nada faltarian á la fidelidad que me habian prometido: y debo asegurar, que ni en esta ocasion ni en todo el tiempo que me acompañaron, jamas me dieron el menor motivo de queja.

Asegurado de parte de los Huzuanas, fui á tranquilizar á los del aduar: la confianza que anunciaba mi conducta, disipó todos sus temores. Bien pronto volvieron á aparecer todos sus ganados, y aun me traxeron algunos carneros que yo pagué liberalmente con tabaco: compré tambien cinco bueyes y quatro vacas, que entregué á los Huzuanas, para cumplir el contrato que habia hecho con ellos. En fin, al dia siguiente todo el aduar vino á visitarme á mi

campamento con el afecto mas cordial. Para confirmar esta benevolencia, dispuse para el dia siguiente una caceria general, para la qual se asociaron todos sin excepcion. Matamos muchas gazelas, y en la distribucion de la caza traté liberalmente á todos los del aduar.

La mansion que hice en este sitio, abundante de buenos pastos, restableció bien pronto á toda mi caravana, por lo que ya nada se oponia á mi partida: pero antes de marchar, quise hacer un servicio á aquellos Salvages, proponiéndoles que hiciesen un tratado de paz y alianza con los Huzuanas. Estos se prestaron gustosos á hacerlo; los otros como tan interesados convinieron en el ajuste, y dando á los Huzuanas un buey y quatro carneros, se prometieron ser siempre amigos.

Los Huzuanas se ofrecieron á conducirme al *rio de los pezes* bien pronto, si me resolvia á atravesar la cordillera de montañas: yo deseaba llegar quanto antes á aquel parage, y por otra parte no tenia la menor sospecha de los Huzuanas, por lo que al punto admití la proposion. Pero mi gente se alarmó, esparciendo el terror los grandes Namaqueses, nacion tímida, incapaz de dar ningun socorro en un aprieto, y que se espanta del menor riesgo. Aunque estos terrores me parecieron extravagantes, sin

embargo no hallaba razones que pudiesen hacerles fuerza. Consulté á mi fiel consejero Klaas, si habia observado en los Huzuanas alguna cosa que pudiese darme desconfianza acerca de la proposicion que me habian hecho. Klaas bien lejos de estar intimidado como los demas, procuraba animarme á mí mismo: me hizo observar, que los Huzuanas por la conducta que habian observado hasta entonces, mostraban que no habian concebido ningun proyecto de traicion; que marchaban siempre con nosotros mas bien dispersos que reunidos; que eran los primeros en cuidar de mis ganados, en ayudar á mi gente, y en procurar á toda la caravana la comodidad de tener agua, trayendola en odres de las montañas mas escarpadas; que las hogueras que tanto terror habian inspirado á mi gente, no podian ser señales dirigidas contra nosotros; y que en todo caso era mas prudente continuar viviendo como hasta entonces, que inspirarles de repente con una conducta distinta la idea de que los temiamos.

Este discurso de un hombre tan sensato como fiel y valeroso acabó de resolverme: poco me importaba que los Namaqueses y sus semejantes me siguiesen ó no; yo estaba resuelto á tomar el camino que me indicaban los Huzuanas, abandonándome

ciegamente á su conducta. Por otra parte, yo estaba bien seguro de que los cobardes me seguirian de puro temor, como en efecto sucedió.

Solamente una nacion tan activa é infatigable como los Huzuanas era capaz de intentar el atravesar aquellas montañas, y de salir con su intento. Por lo que á mí hace, desde los primeros pasos hallé tantas dificultades y obstáculos, que á no haber llevado tales guias, hubiera vuelto atras, teniendo por locura el pasar adelante. Pero como ellos preveian este primer efecto, todo su cuidado era animarnos: yo los veia correr delante, trepar sobre las rocas para descubrir los pasos menos dificiles, y volver á mostrarnoslos. No temian redoblar sus fatigas, á fin de disminuir las nuestras; y lo hacian esto con tanto zelo, atencion é inteligencia, que la admiracion que me causaban, me hacia olvidar el penoso trabajo de la marcha.

En fin, despues de inmensas fatigas llegamos al otro lado de las montañas á un valle fresco y ameno, regado por un arroyo, donde hicimos alto, y entonces los cobardes de mi caravana se avergonzaron de su miedo y de sus falsas sospechas. Proseguimos nuestro camino, y al medio dia nos hallamos á la orilla de aquel rio tan deseado. Los Huzuanas me advirtieron que

ya se habia cumplido su contrato, y que iban á retirarse á su pais al dia siguiente: yo nada podia exîgir de ellos, porque habian cumplido su promesa, pero no queria separarme de unas guias tan fieles, sin darles alguna prueba de mi agradecimiento, y solamente estaba indeciso en lo que pudiera serles mas agradable.

Mi provision de tabaco se hallaba tan apurada, que me veia precisado á usar de la mas severa economía en las distribuciones; y ademas esta es una privacion que cuesta poco á aquellos hombres sóbrios, y que están acostumbrados á carecer de este objeto de luxo. Por lo que hace á las buxerias, no hacen ningun caso de ellas: lo que ellos mas hubieran querido, serian cuchillos, pero no me quedaban mas que una media docena, y no podia contentar á todos. Resolví pues distribuirles quatro, y para que ninguno quedase descontento, propuse que tirasen al blanco con sus saetas, y los llevasen los que mas atinasen.

Aprobaron la proposicion; y escogieron cada qual de ellos la saeta que les pareció mas propia para el caso. Luego que asestaron los arcos, los ví encogerse sucesivamente, metiendo la cabeza entre las rodillas, saltar á un lado y otro, como para evitar las saetas de sus enemigos, hacer regateos, mirar al blanco, acercarse, reti-

rarse, y tomar mil actitudes diferentes que al principio me parecieron pantominas ridiculas, pero realmente eran observaciones para medir la situacion y distancia del objeto. A cada movimiento esperaba yo que iban á disparar; pero de repente retrocedian, y empezaban de nuevo sus saltos y ademanes, y quando yo menos espera disparaban la saeta. Así fueron disparando todos, y cada vez repetian todos este mismo exercicio de su táctica militar. Luego que repartí los premios entre los que mas se habian acercado al blanco, quise darles una prueba de la superioridad de mi destreza y armas, y disparando algunos balazos, todos dieron en el blanco, lo que ninguno de ellos habia conseguido con sus saetas.

Despues que les hize comprehender bien mi superioridad, les advertí quán prudentes habian sido en recibirme como amigo, y el gran peligro á que se expondrian los que me hiciesen el menor agravio; protesteles, que en qualquier parte en donde encontrase á alguno de los suyos le trataria como amigo. En fin, les recordé los beneficios que les habia hecho, y les dí afectuosas gracias por los que de ellos habia recibido. Todos me renovaron la protestacion de su amistad, en su nombre y en el de todos los suyos; y las mugeres mostrando sus adornos que yo las habia dado;

me dixeron que siempre los llevarian puestos para hacer conocer á todos los Huzuanas lo que era el hombre blanco, amigo de su nacion.

Hubiera yo deseado sacar al Hotentote, nuestro interprete, de aquella vida errante y peligrosa, para lo qual empleé todas las razones mas poderosas; pero dexaba entre los Huzuanas una muger y dos hijos, y los gritos de la naturaleza inutilizaron todos mis discursos. En fin, los Huzuanas se separaron de mí, apretándome la mano, y los tímidos Namaqueses mostraron mucho gusto de verse libres de su compañia. Yo, que lejos de temer á los Huzuanas, me habia acostumbrado á vivir con ellos, y á amarlos, no pude separarme de ellos sin mucho sentimiento, pues veia en ellos unos hombres activos, laboriosos y sagaces, hombres dispuestos á obsequiar, que jamás encuentran obstáculos, y que son superiores á los demas en valor é intrepidez. Pero lo que me los hacia mas amables era su aspecto franco y risueño, y es tal el estado habitual de su fisonomia, que jamas observé en ellos los lineamentos de la tristeza, inquietud ó desconfianza. Los Huzuanas á la verdad tienen pasiones muy violentas, y quando están irritados, se pinta la cólera en su semblante de un modo enérgico y muy distinguido; pero estas tempestades son

pasageras, y quando se serena no se observa en ellos mas que el aspecto de la franqueza y de la fidelidad.

En todos los Salvages del Africa habia observado una idiotez fatua, que los hacia quedarse extáticos á vista de todos los objetos que yo llevaba: los Huzuanas los miraban con aquella curiosidad que es natural, pero esta curiosidad nada tenia de la admiracion estúpida, ni de la codicia pueril de las demas naciones. Solamente mis armas les causaron admiracion, y siempre fueron el objeto de su atencion y de sus conversaciones. Pero es preciso advertir, que yo habia procurado inspirarsela con los efectos de mas terror; y jamas se las dexé tocar, y principalmente me guardé bien de mostrarles su mecanismo y uso. Si hubieran aprendido su manejo, se habrian apasionado á ellas, y quizá las hubieran adquirido; y entónces qué seria de los Colonos?

Estos hombres formidables son sin embargo los que me han inspirado mas cariño y estimacion: con ellos hubiera yo emprehendido sin temor atravesar toda el Africa, si por fortuna los hubiera conocido antes. El placer que tengo en hablar de ellos os hará conocer, Señora, el gran sentimiento que tuve quando nos separamos.



CARTA XC.

Continuacion de los Hotentotes.

Resuelto ya á volver al rio de Orange, donde habia dexado mis carros y otros efectos al cuidado del anciano Swanepoel con algunos Hotentotes, proseguí mi camino, y al cabo de dos jornadas llegamos á un kraal de Salvages, situado en un pais delicioso y abundante de pastos. El caudillo del aduar vino á visitarme, y me dió muy buenas noticias de mi campamento de Orange, donde no habia sucedido ninguna novedad en mi ausencia, las quales habia sabido por los de otro aduar, que habian venido al suyo. Dixóme que los suyos estaban llenos del mayor sobresalto, porque un leon y una leona habian venido á establecerse cerca del kraal en un matorral muy espeso. Todas las noches salian de sus guaridas, y acometian no solo á los ganados sino tambien á los hombres, haciendo mucho estrago. Confiado en mis armas de fuego imploró mi auxîlio para desalojar á aquellos vecinos tan perjudiciales. Habian hecho ya los Salvages varios esfuerzos para hacerles abandonar aquella guarida, pero nada habian adelan-

tado; lo qual me hizo sospechar que tenian hijos. Estos animales que siempre son formidables, en esta circunstancia tienen una ferocidad, á que nada resiste: animados con el deseo de defender y alimentar á sus hijuelos, no temen ningun peligro, y resistirian á un exército entero.

Sin embargo, al dia siguiente fuí á acometerlos con toda mi gente y la del aduar: no pudiendo atacarlos en sus guaridas, era preciso intentar el hacerlos salir de ellas. Como ningun Salvage se atrevia á penetrar en la espesura, discurrí hacer entrar por fuerza á todos los bueyes del kraal. Quando todos estuvimos colocados en nuestros puestos de trecho en trecho, hicimos entrar los bueyes en la espesura á fuerza de golpes y gritos. Al mismo tiempo entraron mis perros, y para espantar mas á los leones, hice disparar algunos pistoletazos. Los bueyes conociendo por el olfato á sus enemigos, retrocedieron, pero rechazados por nuestros gritos y golpes, se pusieron furiosos y apretándose unos con otros bramaban horriblemente. Los leones se irritaron á vista del peligro, y daban rugidos espantosos; se les oia por todas partes, pero no se atrevian á salir de la espesura. Los bramidos de los bueyes, los ladridos de los perros, los rugidos de los leones, y nuestros gritos formaban un concierto horrible el qual duró

la mayor parte de la mañana: ya empezaba yo á desesperar del suceso de nuestra empresa, quando de repente oí por el lado opuesto al mio unos gritos agudos, á los quales siguió inmediatamente un fusilazo. A este tiro sucedieron al punto grandes gritos de alegría, que repetidos de unos en otros me anunciaban la victoria. Acudí al parage, y encontré á la leona espirando: habia salido furiosa de la espesura, y se habia lanzado contra mi gente; pero Klaas que se hallaba en aquel puesto, la habia atravesado de parte á parte. Tenia las tetas muy hinchadas y la arrastraban, lo que me dió á entender que no me habia engañado en mi conjetura de que estaba criando.

Los leoncillos, inquietos por no ver á su madre, corrian de un lado á otro dentro de la espesura, rugiendo: el leon redoblaba sus rabiosos rugidos: le vimos presentarse por un instante á la salida de la espesura, echando fuego por los ojos, con la melena erizada, y sacudiéndose grandes golpes en los lados con la cola; pero por desgracia estaba muy léjos de mí; uno de mis cazadores le tiró, pero no le mató, y despues de este tiro desapareció, sea que estuviese ligeramente herido, sea que cobrase temor á una tropa tan numerosa. Aunque los leones, quando tienen cachorros, son mas intrépidos y feroces que en las demas

ocasiones; pero nunca lo son tanto como las hembras.

Esperamos todavia largo tiempo á ver si salia el leon, pero inutilmente; y como ya era tarde, nos volvimos á nuestro campo, llevándonos la leona que tenia quatro pies, quatro pulgadas y seis lineas de alto, y diez pies, ocho pulgadas de largo. Luego que la desollaron, Klaas se revistió con la piel, premio debido á su valor y acierto, y marchaba con los ademanes de un Hércules en medio de las aclamaciones de todos.

El caudillo me suplicó aceptase en agradecimiento quatro carneros y dos bueyes: yo hice matar los quatro carneros para celebrar con un banquete la victoria, y regalé los dos bueyes á Klaas, que tan bien los habia merecido, pero él rehusó mucho admitirlos, y fue necesaria toda mi persuasion para que los aceptase. El banquete se celebró por la mayor parte con la carne de la leona, que probé y me pareció muy mala: despues del banquete empezaron las danzas y cánticos que duraron toda la noche, lo qual me hacia acordar de los juegos Neméos de la Grecia, que tuvieron este mismo origen. No volvimos á oir los rugidos del leon ni de sus cachorros, porque se huyeron por la noche.

Satisfecho de haber librado á aquel aduar de tan terribles enemigos, marchamos há-

cia nuestro destino, y en el camino encontramos un rebaño de ganado vacuno, cuyos pastores echaron á huir, luego que nos descubrieron. Esta huida no me causó admiracion; y despaché tras los fugitivos á mis guias, para que los tranquilizasen antes que llegasen á alborotar su aduar. Efectivamente me esperaron, me dieron muestras de amistad, y fueron á dar aviso en el kraal de mi venida. Hombres, mugeres y niños, todos vinieron á visitarme: los Salvages respecto de los estrangeros no conocen mas que dos afectos, ó una desconfianza excesiva, ó una confianza sin límites, pasando de un extremo á otro. Aquella astuta reserva, que llamamos prudencia y circunspeccion, son cosas que ellos no conocen: y así se presentan segun son en sí, y nadie puede equivocarse en si son amigos ó enemigos.

Tenia yo necesidad de comprar bueyes, pero me faltaba tabaco para darlo en cambio; por fortuna las mugeres se prendaron tanto de mis cuentas de vidrio, que lo hubieran dado todo por adquirirlas, por cuyo medio pude comprar los bueyes que necesitaba.

Aquí fue donde experimenté uno de los fenómenos mas asombrosos, y una de las plagas mas terribles del Africa, que es un viento impetuoso de S. E. Empezó por la mañana, y aumentando de impetuosidad por

momentos, levantó nubes de polvo y arena que nos cegaban, y no nos dexaban andar. Su violencia acrecentada mucho mas por la resistencia que le oponian las altas montañas que teniamos al Este, fue tan furiosa, que fue preciso amontonar todos nuestros fardos y cargarlos de grandes piedras para que el viento no los arrebatase. Nos fue imposible plantar ninguna tienda, y hallándonos sin ningun abrigo, tuvimos que tendernos en el suelo, no respirando mas que la arena que nos cegaba. Pasamos la noche sin hogueras, porque el viento las destruia, y con la mayor angustia y sobresalto por temor de las fieras. Esperabamos con impaciencia la salida del sol, pero su presencia léjos de serenar la atmosféra, aumentó mas la violencia de los vientos á proporcion que se elevaba sobre el horizonte; y aunque no habia ninguna nube, sin embargo la atmosféra estaba obscurecida por los torbellinos de arena.

Este fenómeno no era una tempestad ni un huracan, sino un verdadero y espantoso *typhon*. Paterson, que experimentó otro mas allá del rio Orange, dice que arrancó los árboles que estaban al rededor; no habia árboles junto á nosotros, pero veía yo que el viento formando remolinos socababa hoyos profundos, levantando la arena y la tierra, que despues llovia sobre nosotros. Nuestra comida estaba tan cubierta de are-

na, que no pudimos probarla. Mis ganados reunidos en pelotones permanecian inmobiles sin querer comer, y lo peor era que no teniamos gota de agua. Para salir de tan penosa situacion, mandé cargar los bueyes, y proseguimos nuestro camino, pero la fuerza del viento era tan grande, que nos hacia torcer la direccion que llevabamos, arrastrándonos á hombres y bestias. Esto no causará admiracion á los que hayan estado en esta parte del Africa, donde es muy comun este fenómeno, y hay paises y montañas, en que no se descubre ningun vegetal, porque todos los arranca el typhon.

En fin, cesó este terrible viento por la noche, lo qual nos proporcionó algun descanso. Al dia siguiente nos dirigimos á un kraal de Namaqueses, donde apenas hubimos llegado, quando empezó el viento de nuevo. Al acercarme al kraal, quedé sorprehendido al ver me recibian como á un conocido antiguo: supe que algunos de los Hotentotes que yo habia dexado junto al rio de Orange, habian venido allí á comprar bueyes, y el caudillo de este aduar habia enviado á mi campamento á comprar tabaco y quincalla. Diéronme noticias de Swanepoel y de sus compañeros: todos ellos despues de haberme esperado con impaciencia, empezaban á concebir grandes recelos por mi tardanza.

El viento continuó furiosamente por tres dias continuos, por lo que hube de detenerme en aquel parage hasta que se aplacó. Sin embargo de la grande incomodidad que nos causaba, no quise perder este tiempo, y emprendí algunas cazerías en que aumenté mi coleccion de animales.

Al llegar cerca del kraal de los Namaqueses quise experimentar que efecto produciría en ellos mi repentina llegada, por lo que no quise anticiparles el aviso. Al vernos, se quedaron como pasmados, y á esta suspension sucedieron los gritos, saltos y demas demostraciones con que los Salvages manifiestan su alegría. Estos extremos de regocijo fueron seguidos de las danzas por la noche: se abrazaban unos á otros, y oian con el mayor pasmo á mis compañeros de viage, que les decian los habia yo llevado hasta el fin del mundo, y les contaban los mayores prodigios. Aunque todo lo que referian era cierto en el fondo, adornaban sus relaciones con unas circunstancias tan extraordinarias, y con unas imágenes poeticas tan extravagantes, que me parecia que estaba oyendo fábulas. Jamas me he divertido tanto como aquella noche con semejantes relaciones, y confieso que fue para mí uno de los mayores placeres que experimenté en mis viages.

Despues de haber despedido á los Na-

maqueses, y haber hecho algunos regalos á las mugeres y niños del aduar, volví con mi gente al rio, y continuamos nuestro camino por su orilla. Aunque este era un parage que teniamos bien recorrido, nos pareció enteramente nuevo, porque las llubias habian convertido en amenidad y lozanía aquel árido desierto. A vista del término de nuestro viage volvió á levantarse la misma gritería, que el dia anterior en el aduar de los Namaqueses: mis compañeros dieron grandes gritos para que sirviesen de aviso á los de mi campamento, y al mismo tiempo hicimos una descarga de fusilería. Esta doble señal fue entendida, y al punto acudieron todos á la orilla del rio, correspondiendo con iguales alaridos.

Solo Swanepoel se habia quedado á la otra orilla del rio, porque como era muy viejo no tenia fuerza para pasarle á nado, por lo que fue preciso pasarle, y al punto vino á arrojarse á mis brazos, derramando lágrimas de alegría, y me contó todas las inquietudes que le habia causado mi tardanza. Los quatro meses que tardé en volver le habian parecido un siglo, y aunque yo le habia dicho que me esperase cinco ó seis, habia estado por volverse á Namero, mayormente por haberle dicho los Namaqueses, que habian ido á llevarle los bueyes que yo compré en el camino, que qui-

zá yo me alargaría tanto en mi viage, que no volviese jamas por allí. Dixóme, que venia yo muy flaco y demudado, lo qual no es estraño despues de tantas fatigas. Abrasado de dia por un sol ardiente, precisado á atravesar por arenales y peñascos, durmiendo por la noche en el suelo sobre una estera, y no teniendo mas bebida que agua salobre, no era ciertamente esta vida para engordar; pero aunque estaba flaco, jamas me he sentido tan sano y robusto.

Observé en mi campamento entre los Salvages que me servian unos treinta desconocidos, y á corta distancia ví algunas chozas nuevas: dixeronme que estos nuevos Salvages habian venido de los aduares vecinos á pedir tabaco; y por lo que hace á las chozas, habian sido construidas por otros Salvages, que para estar seguros de los Bossismanes, habian venido á establecerse baxo la proteccion de Swanepoel, y habian construido aquel pequeño kraal. Así se formaron las ciudades al principio del mundo: algunos hombres débiles buscaron un asilo junto á otros que eran fuertes: poco á poco fue aumentándose la sociedad: el comercio atraxo á los estrangeros, y acrecentándose insensiblemente el número, poder y riquezas de la sociedad, se formó un gobierno.

Faltaba que hacer una operacion algo dificil, qual era la de pasar los bueyes el rio,

porque como era muy ancho no se atrevian á vadearlo. Dí órden para que se buscase un parage mas angosto, y que los hiciesen pasar al dia siguiente. Dadas estas disposiciones, creí que no habia mas que hacer, y fuime á dormir á mi tienda. Dormia yo con mucha tranquilidad aun por la mañana, quando Klaas vino á dispertarme de sobresalto, diciéndome que me levantase al punto. Pregúntele si habia pasado el ganado: »no se trata de eso, me respondió, to»do se ha perdido. Los guardas se han dor»mido por la noche, y han dexado apagar »las hogueras. Los Bossismanes, que es»taban en espera, se han aprovechado de »este descuido para robar todo el ganado. »Por casualidad uno de los guardas dispertó: »advirtió el robo, y gritó al arma. Todos »corrieron tras los ladrones, pero estos eran »muchos; y su retaguardia, que protegia la »marcha de los otros, ha disparado tantas »saetas, que despues de algunos fusilazos los »nuestros han retrocedido, trayendo sola»mente tres bueyes maltratados que se ha»bian quedado atras. No nos queda mas que »un recurso, y es correr todos tras los la»drones; pero es preciso no perder tiempo."

Esta desgracia era para mí de la mayor importancia, pues ademas de la pérdida considerable que me ocasionaba, me privaba de todo medio para volver al Cabo. Apenas

se divulgó la noticia por mi campo, los mios preocupados contra los Huzuanas, les echaron la culpa: yo no dí ningun crédito á estas sospechas, y el suceso acreditó que eran infundadas.

Dí al punto mis órdenes para perseguir á los ladrones: no sabiendo quanto tardaria en esta expedicion, pero bien seguro de que no tendria efecto sino executándola con la mayor prontitud, hice algunas provisiones y marchamos aceleradamente. Mi destacamento consistia en mi fiel Klaas, en quatro de mis mejores cazadores, y en ocho Hotentotes armados de arcos y saetas. Klaas y yo ibamos á caballo, y ademas llevabamos nuestros mejores perros. Atravesamos el rio, y llegamos adonde estaban los guardas del ganado: quedaron confundidos con mi presencia; pero aun quando yo hubiera tenido tiempo para detenerme en reprenderles su descuido, me lo hubiera impedido el dolor y vergüenza que manifestaban. Ademas habia entre ellos algunos Kaminuqueses, que habiéndome alquilado sus bueyes para el viage, los habian tambien perdido en el robo. Estos me suplicaron les permitiese juntarse con la tropa para perseguir á los ladrones, en lo qual consentí, mandando á los demas guardas que llevasen al campamento los tres buyes estropeados, que habian podido recobrar.

No podiamos equivocarnos en el camino, pues nos guiaban las huellas que habian dexado estampadas en la arena mis bueyes, y las seguimos por espacio de seis horas caminando rio arriba: en fin observamos que se apartaban del rio, dirigiéndose tierra adentro. Como se acercaba la noche, resolví hacer alto en aquel parage: hice encender hogueras, y tomé algunas otras precauciones para no ser sorprendido; y durante este tiempo me adelanté con Klaas para reconocer el rastro, y asegurarme de su direccion. Despues de una hora de camino observamos que el ganado habia sido dividido en dos partes, la una se habia dirigido hácia el Este, y la otra mas numerosa hácia el Norte. Como esta era la mas considerable, resolvimos seguirla, y para alcanzarla mas pronto, marchar antes de amanecer. Esto dispuesto, volvimos al sitio en que habiamos hecho alto, y despues de una noche muy tranquila, nos pusimos en camino dos horas antes de salir el sol. Aunque la obscuridad nos ocultaba las huellas, yo estaba seguro de no extraviarme, dirigiéndome siempre hácia el Norte, y en caso de que nos apartasemos algo del rastro, era facil volver á encontrarle, lo qual no se verificó. Luego que amaneció, vimos que le habiamos seguido exâctamente, pero despues de quatro leguas largas observé que se inclina-

ba mucho á la derecha, como para reunirse con la division que se habia apartado hácia el Este. Un Hotentote, que durante mi ausencia habia recorrido aquella comarca, me dixo que reconocia aquel país, y que á corta distancia habia un aduar de Kaminuqueses, al qual él habia ido á comerciar. Segun las señas que nos dió, conocí que aquel aduar estaba situado entre los dos rastros: mis compañeros mas desconfiados y maliciosos que yo, creyeron que los dos caminos iban á parar al aduar, y que por consiguiente los Kaminuqueses eran los ladrones. Me era duro formar sospechas de una nacion que en todos los tratos que habia tenido con ella, se habia mostrado fiel y leal. Por otra parte, el ir á su *kraal*, como lo proponian los mios, era apartarme del rastro, y quizá perder un tiempo precioso; pero como toda mi tropa era de esta opinion, cedí á ella, y marchamos derechamente al *kraal*.

No me habia engañado en la buena opinion que habia formado de aquellos Salvages: luego que me acerqué á ellos, conocí en la serenidad de sus semblantes y en el afecto con que me recibieron, que mis compañeros se habian engañado en sus sospechas. Bien pronto ellos mismos quedaron convencidos, y confesaron su injusticia. Sin embargo, tenian noticia en el aduar del ga-

nado robado : uno de los Salvages le habia visto pasar el dia anterior, escoltado por gran número de hombres, que parecia se dirigian hácia el rio, y creia que tenian su habitacion á la otra orilla. Dos de ellos se ofrecieron á guiarme hasta el rastro, y conducirme al otro lado del rio. Acepté su oferta : pero no sabia yo á que desgracia exponia á estos infelices. Por otra parte fue una ventaja para mí el haberme dirigido á este kraal, pues el buey que conducia nuestras provisiones y efectos estaba tan cansado, que no podia pasar adelante ; y así alquilé otros dos bueyes, aumenté mis provisiones con dos carneros, y marchamos.

Fue preciso andar quatro leguas hasta encontrar el rastro : encontrámosle en fin, y nos conduxo hasta el rio de Orange, donde los ladrones le habian atravesado con el ganado. El hecho parecia indubitable, pero los dos Kaminuqueses para asegurarse mas, le pasaron á nado. No dudando yo que los Bosismanes habitarian al otro lado del rio, determiné pasar la noche en la ribera en que me hallaba : habiamos andado trece leguas sin habernos detenido mas que en el kraal, por lo que todos teniamos necesidad de descanso. Nuestras dos guias volvieron despues de haber encontrado el rastro, y haberle seguido por dos horas ; pero al volver, vieron junto á la ribera un buey ahogado, que

hicieron acercar hácia nosotros. Era uno de los mios, y Klaas lo reconoció por la marca.

Por la noche me ocupé en disponer los medios para pasar el rio, porque en aquel parage era muy ancho y profundo, de donde inferí la astucia de aquellos ladrones en haber escogido para pasarle el parage mas dificil y peligroso. Lo que mas admiracion me causó fue que hubiesen logrado hacer pasar el ganado, siendo así que los mios con todos los medios imaginables no habian podido hacerlos entrar en el agua en un parage mas estrecho y menos profundo. Esto me irritó mas contra aquellos Salvages, y efectivamente yo necesitaba de ser exâltado, para no acobardarme con las dificultades y peligros del paso. Pero mi cólera no me cegaba tanto que no los conociese, y para disminuirlos en parte, subí rio arriba para buscar un parage no tan dificil, donde le atravesamos. Volvimos á encontrar el rastro, y le seguimos por cinco leguas: pero en este término, mis Kaminuqueses se pararon como pasmados, porque las huellas en vez de continuar hácia el aduar que ellos sospechaban, hacia un recodo, y volvia otra vez hácia el rio. Este contratiempo nos consternó á todos; el asombro fue general, y nos estuvimos mirando por largo rato sin hablarnos palabra; entonces los guias preci-

sados á confesar la inocencia del aduar, al qual atribuian el robo, echaron la culpa á otro que habitaba á cinco leguas del rio, al otro lado de donde veniamos.

Todas estas dificultades y contradicciones eran bastantes para desanimarme; pero no produxeron mas efecto que irritarme y estimularme mas. Atravesamos el rio por tercera vez, y despues de habernos detenido para tomar algun alimento, volvimos á seguir el rastro, que al principio por espacio de una legua nos conduxo hácia el N. O., y despues acercándose al Orange por un gran rodeo, nos volvió á poca distancia del parage en que le habiamos pasado el dia antes. Así que por la quarta vez despues de tantas vueltas y revueltas, despues de tres dias de camino y fatigas, nos veiamos precisados á volverle á pasar. Los ladrones con una astucia de las mas refinadas, habian pasado y repasado tres veces el rio para ocultar su marcha, y por este medio me habian precisado á hacer tantas marchas forzadas para buscar tan lejos á un aduar, que solo distaba unas diez y ocho á veinte leguas de mi campamento, y que habitaba sobre la misma ribera. Si yo hubiera tenido conocimiento de estos ardides, me hubiera excusado tantas fatigas; ¿ pero quién lo adivinaria? y ¿quién no se hubiera engañado? Aun mis guias, confundidos con tanta astucia,

temian que yo sospechase de ellos que estaban de acuerdo con los ladrones para darles tiempo de huir. Para demostrarme su buena fe, pasaron el Orange antes que yo, y solo despues de haber observado que el rastro continuaba por la otra parte, volvieron á exôrtarme que los siguiese.

En este ultimo paso estuve cerca de perecer en el rio: yo le pasaba sobre mi caballo, al qual conducian de la brida dos nadadores. En medio del rio se le rompió el bocado; hizo un movimiento de cabeza, que hizo soltar la brida á uno de los nadadores, y se dexó llevar de la corriente por espacio de un quarto de hora: por fortuna la corriente que debia ahogarle, le llevó á la ribera opuesta, pero tan fatigado, que no fué posible hacerle mover en todo el dia y la noche. Para darle tiempo de recobrar sus fuerzas, no marché hasta el otro dia muy entrada la mañana: volvimos á seguir el rastro qne nos conduxo por espacio de quatro leguas hácia el Este, donde encontramos una senda que conducia al aduar, en la qual senda se reunian las huellas de nuestros bueyes, por lo que no dudamos que los habitantes de aquel aduar eran los ladrones.

Mis dos conductores Kaminuqueses me suplicaron les permitiese no pasar adelante, temiendo que si los veian llegar con noso-

tros, los reconocerian, y atribuyéndoles la culpa de haberme conducido, fuese un motivo de guerra entre las dos naciones. Su temor era fundado, y consentí en su demanda; pero esto fue causa de su perdicion. Convenimos en que permanecerian en aquel parage en que nos hallabamos, y que allí nos esperarian; sin embargo, como no era prudencia marchar de dia descubiertamente, resolví esperar hasta la noche, porque la senda estaba bien clara para poderla seguir, aun por la noche. Marchamos á las dos de la mañana con el mayor silencio, y bien pronto descubrimos unas hogueras, que juzgamos distarian unos tres quartos de legua. Segun ibamos acercándonos oiamos las canciones, los gritos de regocijo, y risas descompuestas: los ladrones se holgaban y banqueteaban á mi costa. Sin embargo, su algazara produxo un buen efecto: mis perros al acercarse á ellos, empezaron á ladrar tanto, que fue preciso ponerles frenos; pero á no haber sido por el gran tumulto que ellos traian, nos hubieran descubierto. Aquí, pues, me teneis, Señora, por la primera vez en estado de guerra con un aduar salvage, y resuelto á combatirlos con arte, si me oponian fuerzas superiores. No siendo favorable el actual momento para embestir, dilaté el ataque hasta el amanecer, y para hacerlo con mas ventaja, fui á atrincherar-

me con mi tropa detras de un matorral muy espeso, el qual era bastante espacioso para emboscar á todos mis fusileros: y cada qual nos formamos una tronera detras de un árbol para poder hacer fuego sin peligro.

En esta disposicion esperamos con paciencia y silencio el punto del ataque, al qual favorecieron los malvados con su conducta. Poco á poco se disminuyó su algazara; en fin, cada qual de ellos se retiró á su choza para dormir. Amaneció, y vimos que habiamos escogido mal nuestro puesto, porque distabamos mucho del kraal, y nuestros tiros no podian hacer efecto, por lo que fue preciso abandonarle y acercarnos mas. Dexamos allí nuestros dos bueyes y los dos caballos con un hombre que los guardase, para servirnos de ellos en la ocasion. Con la seguridad de que todos estaban sepultados en el mas profundo sueño, marchamos á cuerpo descubierto, y nos apostamos enfrente del kraal á tiro de fusil. El kraal era considerable, y tenia como unas quarenta chozas, construidas á la falda de una montaña muy elevada. Teniamos cargados nuestros fusiles, pero no era mi intencion empezar las hostilidades con la efusion de sangre: solo intentaba espantar á los ladrones, obligándolos á huir con el susto de un ataque impensado. En conseqüencia mandé que dispara-

sen al ayre, prohibiendo que apuntasen á ningun hombre, á no ser que yo lo mandase.

Yo di principio al asalto, disparando un fusilazo, cuyo eco repetido por las montañas, causó un estruendo horrible. Esperabamos que al ruido de este tiro todo el aduar huiria espantado, y mi gente se disponia á aumentar el terror con una descarga general: pero con admiracion nuestra ninguno pareció. En vano se repitieron los tiros, pues nadie se movia, sin que yo supiese á qué atribuirlo. Este sosiego no era mas que aparente: al mismo tiempo que todo daba á entender la paz y el sueño, en lo interior estaban llenos de confusion y espanto. Pero por un ardid infernal, al qual sin duda estaban acostumbrados aquellos malvados, ninguno queria presentarse hasta que todos estuviesen en estado de defensa, y probablemente para este caso tenian una señal para avisarse.

Luego que estuvieron todos armados, salieron de repente y á un mismo tiempo de sus chozas, dirigiéndose contra nosotros y dando horribles alaridos: dispararon contra nosotros una nube de flechas, las quales no llegaron á nosotros, y yo correspondi con una descarga de fusilazos al ayre. Los Salvages, viendo que ninguno de ellos habia sido herido, imaginaron que nuestras armas no po-

dian alcanzar á ellos, por lo que se reunieron y avanzaron con furor. Esperelos á pie firme: mi tropa les gritaba que me volviesen mis bueyes, pero creo que el ruido les impedia oirnos: y llegando á tiro, nos dispararon otra descarga de flechas, que llegaron cerca de nosotros. Entonces creí que ya no era tiempo de contemporizar, contentándome con un vano ruido. Mandé pues que disparasen á ellos haciendo un fuego graneado, y bien pronto vimos á aquella gran tropa esparcirse como hormigas, huyendo cada qual por su parte, dando unos ahullidos, que ya no eran señal de su osadia, como los primeros, sino indicios de desesperacion. Sin embargo, no tardaron en reunirse: se subieron á lo alto de las montañas, y juntando el ganado que se hallaba esparcido, huyeron con él. Las mugeres y los niños se habian ya reunido antes del combate, y en un instante desaparecieron todos.

Lo peor que podia sucederme era esta retirada, la qual me privaba otra vez de mi ganado, inutilizando todas mis fatigas: era preciso no perder tiempo: si los Salvages lograban ganar los desfiladeros de las montañas, perdia mi ganado sin recurso. Hice pues traer mis dos caballos, y despachando tres cazadores para que por un atajo cortasen á los que conducian el ganado, corrí con Klaas á cortarlos por otra parte. Bien

pronto vi á los Salvages, que baxaban por la falda de la montaña, y se dirigian á una llanura en que habia un bosque. Luego que nos vieron, aceleraron el paso, y desaparecieron otra vez, pero los que conducian los ganados, no pudiendo huir con tanta velocidad, y viéndose proxîmos á ser rodeados, los abandonaron, y escaparon á juntarse con sus compañeros. Lo que aceleró mas su huida fue la llegada de mis tres cazadores, que llegaron bastante cerca de ellos, para disparar y tender á uno de ellos en tierra. Durante este tiempo yo llegué con Klaas por el otro lado, y nos apoderamos de nuestro ganado.

Era muy posible que los fugitivos, volviendo de su primera sorpresa, y avergonzandose de haber cedido á tan corto número de hombres, volviesen á embestirnos. Ademas, á falta de valor, tenian astucia y ardides; podian acometernos en la retirada, y hacernos perder por menor el fruto de la victoria: por lo qual sin detenerme un instante, puse dos hombres sobre la montaña para observar los movimientos del enemigo, y fui á juntarme al kraal con lo restante de mi tropa, haciendo llevar delante de nosotros el ganado.

Casi todas las bestias estaban estropeadas, ya por las fatigas excesivas de las marchas forzadas que las habian hecho hacer,

ya por los golpes y heridas que las habian dado para obligarlas á andar. Sin embargo, era para nosotros una gran felicidad el haberlos recobrado: los Kaminuqueses reconocieron sus bueyes: ninguno de los mios faltaba, excepto el que se habia ahogado, y mi buey de guerra. Este magnifico animal habia sido degollado para el banquete, y vimos su cabeza tirada junto al kraal. El ganado del aduar estaba en su redil: me era facil valerme de la ley del talion, llevándomelo todo entero, y mis gentes me exhortaban á hacerlo. Segun ellos, esta presa era legítima, y los Colonos en iguales casos no dexaban jamas de executarlo: pero estos principios no me acomodaban: en recompensa de mi pérdida me contenté con tomar una vaca recien parida, y dos carneros, no tanto por indemnizacion del robo, como por dexarles un testimonio auténtico de mi equidad escrupulosa.

Tomada esta satisfaccion, hice retirar á los que habian quedado en atalaya, y me preparé para la partida. Siendome preciso volver por la senda que habiamos traido, tomé varias precauciones para evitar emboscadas; y estas cautelas eran muy necesarias, porque los bueyes cansados de tantas marchas, y debilitados por las heridas no podian caminar sino con mucha lentitud y unos tras otros. Envié delante á Klaas con

dos fusileros, y yo con los demas me quedé en la retaguardia, y con este órden nos dirigimos á la llanura. Esperaba encontrar á los dos Kaminuqueses en el parage en que los habiamos dexado; pero al acercarnos, oimos unos gritos horribles, que me llenaron de espanto: acudi prontamente y vi un espectáculo lastimoso, cuya imagen hasta ahora me llena de horror. Estos dos infelices Salvages, que tan generosamente se habian ofrecido á conducirme, estaban tendidos en tierra y revolcándose en su sangre. Mi primera idea fue que habian sido descubiertos por algunos del aduar, y los habian sacrificado, pero acercandome mas, quedé desengañado. El uno de ellos tenia la mandíbula inferior destrozada y casi arrancada: los pedazos que aun le restaban, y la lengua le colgaban por el cuello y el pecho: estaba espirando, y no daba mas señales de vida que el movimiento de la arteria. Pero la prodigiosa hinchazon de su cabeza, la alteracion horrible de su rostro le habian desfigurado tanto, que no conservaba apariencia humana, y me causaba su aspecto tanto horror como lastima. Su compañero tenia muchas mordeduras en el cuerpo, y el brazo roto en muchos pedazos: pero su estado no era tan deplorable, y aun conservaba el habla.

Preguntamosle la causa de su desgracia,

y nos dixo que despues que nos separamos de ellos, habian apagado sus hogueras para no ser descubiertos por los Bossismanes; quedóse dormido: poco despues le despertaron los gritos de su compañero, y habiendo acudido al socorro, le halló luchando con un leon, al qual hirió con su azagaya en un lado; pero el animal sintiéndose herido, se arrojó á él, y le dexó en el estado que veiamos. Esta relacion me llenó de espanto, y lo que aumentaba mas mi dolor y desesperacion era que habiendo yo aceptado sus ofertas, habia sido la causa inocente de su muerte. ¡Quánto sentí entonces el no poder dar á estos infelices otro alivio que el acabarlos de despenar!

Sin embargo, hice pedazos mi camisa, con los quales hice bendas, y sujeté lo mejor que pude las heridas del moribundo: lo mismo hice con el brazo de su compañero; pero como era muy peligroso el detenernos mucho tiempo en aquel parage, estando tan cerca el aduar, tuve por conveniente alejarme quanto antes. Hice colocar á los dos heridos, sobre mis dos caballos y continué á pie mi camino yendo en la retaguardia; y como no teniamos que atravesar el rio para ir á nuestro campamento, nos dirigimos hácia él. Despues de cinco leguas de marcha, hallamos una llanura rasa en donde resolví hacer alto para pasar la noche, á fin de que

descansasen los heridos. El movimiento del camino los habia empeorado ; el uno de ellos estaba ya en la agonia, por lo que hice ponerle en tierra para que espirase tranquilamente. Por lo que hace á su compañero, sus heridas le hacian dar los gritos mas agudos, y varias veces me rogó en el camino que le acabase de matar de un balazo. Quitéle las ligaduras, y por la hinchazon conocí lo mucho que padecia. Mis Salvages fueron á buscar yerbas que ellos conocian, y machacándolas se las aplicaron como cataplasma: yo habia dispuesto que le entablillasen el brazo; pero ellos usaron de un medio mucho mas ingenioso, cuya sencillez me admiró. Escogieron un arbol tierno del mismo grueso que el brazo fracturado, le quitaron la corteza abriéndola á lo largo, y en esta especie de estuche metieron el brazo, sujetándole con una correa. Admiré la prontitud y novedad de la invencion, porque yo ignoraba que ya se usaba en algunas partes de Europa, y que los Cirujanos usaban con el mejor suceso la corteza de encina para este efecto. Aquí vereis, Señora, como la naturaleza, tan sencilla y benéfica, es siempre la última á que recurrimos, y son necesarios siglos de luces y de estudios inmensos para aprender á olvidarnos de ella.

Al acercarse la noche, hice encender

grandes hogueras, que dispuestas en círculo á mas de doscientos pasos de distancia del centro, formaban una grande extension. Esta claridad ofreciendo á nuestra vista un campo inmenso, nos libraba de toda sorpresa, y en caso de que viniesen los enemigos, nos ponia fuera del tiro de sus flechas. A las dos de la noche espiró el herido moribundo, y su muerte causó en mis Salvages una tristeza muy melancólica. Yo me retiré á mi tienda, pero mi alano que estaba tendido junto á mí, mostró una inquietud, que me sobresaltó mucho. Apliqué el oido, y sentí los rugidos de un leon, el qual sin duda era el que habia causado el estrago del dia anterior, pero le espantamos con algunos fusilazos. Poco despues se renovó el susto por el movimiento desordenado de las bestias, las quales se apiñaban unas con otras con bramidos espantosos y lastimeros. Al principio creimos que seria el leon que se acercaba, y disparamos algunos tiros para espantarle; pero su espanto, que continuaba siempre, nos anunciaba otra especie de enemigos. Aunque mi perro mostraba mucha inquietud, yo no hacia caso de su aviso, y permanecia echado sobre mi estera; pero habiendo sentido un golpe en la manta que me cubria, eché la mano, y me quedé asombrado al coger una flecha.

No me quedó duda de que los Bossis-

manes aprovechándose de la noche para seguirnos, disparaban contra nosotros. Grité al arma, y al punto toda mi gente se puso en defensa; pero como la hoguera que ardia junto á mi tienda, nos exponia á mucho peligro, hice apagarla. De este modo nos hallamos á obscuras, y con el resplandor de las otras hogueras podiamos ver á los enemigos, si se acercaban á nosotros. Ninguno de ellos se presentó; pero de quando en quando disparaban flechas contra mi tienda.

Mi gente queria que la quitasemos, pero lejos de permitirlo, me alegraba de que su blancura la hiciese visible para que disparasen á ella, pues para evitar todo peligro, nos bastaba alejarnos á cierta distancia. Ademas, quanto mas disparasen, mas pronto apurarian sus aljabas, y por consiguiente se verian precisados á retirarse. Mi único temor era, que sabiendo ellos que eramos tan pocos, y siendo ellos muchos, no redoblasen el ataque; y ciertamente si hubieran formado un cordon, y nos hubieran rodeado con órden, hubieran acabado con todos nosotros. Pero su táctica no llegaba hasta este punto: lejos de imaginar semejante plan, sus flechas venian todas de una misma parte, lo que anunciaba que todos estaban reunidos.

Esta imprudencia de su parte me daba

sobre ellos una gran ventaja, indicando un punto fixo para nuestros tiros. Los Hotentotes que tenian saetas me suplicaron que les permitiese hacer uso de ellas, pero yo no lo consentí, pues ademas de ser inútiles por entónces aquellas descargas, nos dexaban desarmados para la ocasion, y suministraban armas á los enemigos. Lo mas seguro era esperar con paciencia á que consumiesen las suyas: la mayor parte de ellas caían á veinte pasos de nosotros, y las que llegaban, no podian hacer mella en nosotros, estando yo envuelto en mi capa, y los Hotentotes en sus mantos de pieles.

En fin, sucedió lo que yo habia previsto: los enemigos apuraron sus municiones, y no pensáron mas que en retirarse antes de amanecer.

Es cierto que estando desarmados y sin defensa corrian mucho riesgo, y si al amanecer hubiera seguido su alcance, pudiera haber muerto muchos; mi gente me exhortaba á esto con el mayor ardor, ¿pero qué adelantaba yo con aquellas muertes? Ya habia yo recobrado mi ganado; y al amanecer me causó gran placer aquel dia, porque librándome de un ataque peligroso, me permitia proseguir mi camino sin haber derramado sangre humana. Mis Hotentotes se ocuparon en recoger las saetas, de las que encontraron gran número y todas envene-

nadas: tres habian entrado en mi tienda; diez y siete de ellas habian penetrado el lienzo, y todas las demas estaban esparcidas al rededor. Solamente un buey habia recibido dos flechazos, y como por causa del veneno sus heridas aunque ligeras eran mortales, hice matarle para nuestra provision. Antes de partir quise que se diese sepultura al pobre Kaminuqués; pero los de su nacion me suplicaron les permitiese llevarse el cadaver, no fuese que volviendo los Bossismanes á buscar sus saetas, le descubriesen, é hiciesen con su cuerpo algun sortilegio funesto. Esta es la costumbre, añadian, de los Bossismanes; y estos bárbaros logran por este medio destruir una familia. Estas observaciones me daban á entender una ignorancia y supersticion groseras; pero no pudiendo desengañarlos de su preocupacion, consentí en lo que me pedian. Envolvieron el cadaver en su manto, y le atravesaron sobre un buey: hecho lo qual nos pusimos en camino.

Seguí siempre la misma direccion, apartándonos de los árboles de la ribera por temor de emboscadas, y despues de quatro horas de marcha, hice alto para tomar algun alimento, porque hacia ya veinte y quatro horas que no habiamos comido nada, sin haber descansado ni dormido. Durante nuestra comida vimos pasar por allí cerca

tres Salvages de la nacion de los Geisiqueses, la única de las Hotentotas, que me habian asegurado practicaba la semi-castracion: su aduar distaba seis leguas de nosotros al S. E. y se dirigian á visitar algunos aduares de los grandes Namaqueses. Pero quando supieron nuestra aventura con los Bossismanes, juzgaron que estos vandidos se mantendrian por muchos dias en campaña para inquietarme en mi marcha, y no atreviéndose á proseguir su camino, se volvieron atras. Yo que tenia que pasar aun dos noches antes de llegar á mi campamento, y temia ser acometido por los Salvages, creí que debia seguir la conducta de los Geisiqueses, y seguirlos hasta su aduar. Con esta marcha obliqua podia engañar á los Bossismanes, y en caso de que me siguiesen por el rastro, debia presumir que dexarian entónces de perseguirme, viéndome defendido por un aduar numeroso. Propuse mi idea á mi gente, y al punto la aprobaron: sin embargo, aquel cadaver que llevabamos con nosotros, me causaba alguna inquietud, temiendo que los del aduar no lo tuviesen por motivo de alguna supersticion, y nos recibiesen mal. Para evitar este inconveniente propuse á los Kaminuqueses que le enterrasemos, y ellos consintieron sin reparo. Ademas del manto ó kros en que iba envuelto, le pusieron otro sobre el rostro, y le cu-

brieron de piedras : en fin cumplieron, segun lo permitian las circunstancias, con todas las obligaciones prescritas por el uso de su nacion.

Llegamos al aduar al ponerse el sol, y fuí recibido con la misma amistad que en todas las demas; pero apenas supieron nuestra aventura, quando todos se sobresaltaron. Creian que los Bossismanes vendrian por la noche á intentar otro ataque; por lo que no solo apartaron sus ganados del kraal, sino que tambien pusieron mis bueyes separados, haciendo que los guardasen á cierta distancia del kraal. Estas precauciones se fundaban en la mala opinion que tenian de los Bossismanes; segun decian, su aduar no era mas que una guarida de asesinos, un asilo de ladrones, desertores de mil naciones diferentes, y tanto mas temibles, por quanto siendo muy numerosa su tropa, acometian abiertamente y sin distincion á qualquier aduar donde hallaban presa. Estas quadrillas de Bossismanes no se parecian á las que yo habia visto al Este del Africa: éstas compuestas de fugitivos y foragidos, que desconfian unos de otros, son muy poco numerosas, y no forman mas que unas quadrillas cortas aisladas, de las quales solo hay que temer alguna sorpresa nocturna. Al contrario, estos Bossismanes formaban un cuerpo de nacion muy temible, y yo estrañaba,

que una sociedad de hombres sin freno, sin disciplina y sin amigos pudiese subsistir. Pero lo que mas admiracion me causaba era que pudiesen subsistir impunemente, y tuviesen un domicilio tranquilo en medio de veinte aduares diferentes, que continuamente estaban sufriendo sus tropelías. De aquí podeis inferir la gran felicidad de vivir en un estado civilizado y poderoso, cuya política y poder nos aseguran nuestras vidas y bienes de semejantes insultos. Por lo que hace á mi robo, me contaron algunas particularidades que yo ignoraba. Dos malvados Colonos, llamados Bernfry, y Moodel, á quienes yo conocia y habia visto varias veces, habian dado el consejo y concertado el plan: estos dos infames tenian relacion con los Bossismanes, y les daban aviso de las empresas que podian executar, dirigian sus operaciones, y participaban de la ganancia. En particular Moodel, intimamente coligado con los Bossismanes, era su espia y protector: hacia que le guardasen sus ganados, y en efecto todos los que ví en el aduar de los Bossismanes, tenian su marca.

Tomé varias precauciones para defender mis bueyes aquella noche; pero sea que los Bossismanes hubiesen perdido el rastro, ó que nos temiesen, no parecieron mas. Para llegar á mi campo, me faltaban aun unas diez y seis leguas segun mi cómputo, y quisie-

ra haber andado todo este espacio en un dia, pero el cansancio de mis bueyes no me lo permitia, y estaban tendidos en el suelo sin tener aliento aun para pacer. Fue pues la mayor felicidad para mí el hallarme en aquel aduar, donde no tenia que temer á los Bossismanes, y que proporcionaba á mis bueyes el restablecerse con el descanso y los buenos pastos. Al mismo tiempo nuestro herido podia descansar y curarse: su brazo estaba tan hinchado, que fue preciso acomodarle otra corteza mas ancha. Mis Hotentotes continuaban aplicándole cataplasmas compuestas de grasa y yerbas machacadas, con lo que esperaban curaria.

Por lo que hace á los Geisiqueses, si se ha de juzgar por su fisonomía y por los chasquidos de su lenguage, son de nacion Hotentota, y tienen ciertos caractéres que los asemejan mucho á los Gonaqueses. Comparando estas analogías, creo que proceden de la mezcla de los Namaqueses y de los Cafres, asi como los Gonaqueses proceden de los Hotentotes y de los Cafres. Lo que me confirma en esta conjetura es, que el país que habitan los Geisiqueses es confinante de la Cafreria. Los de este aduar me mostraban al Este una larga cadena de montañas, que se perdia de vista hácia el Norte, y que habitada por sus principales aduares, los separaba de los Cafres, ó á lo me-

nos de los Briqueses y de los Bremas, á quienes tienen por Cafres. La lengua Geisiquesa me pareció con corta diferencia la misma que la de los grandes Namaqueses, y sin embargo, no habia visto naciones mas desemejantes entre sí que estas dos.

Por lo tocante á los caractéres que no son originales ni provienen de la naturaleza, como la forma del vestido, las armas, &c. los Geisiqueses no se distinguen en esto de las demas naciones que los rodean. Solamente han adoptado para sus adornos un color distinto del suyo natural, pues todos son blancos, compuestos de huesos de carnero, á los quales saben dar una blancura muy lustrosa. Como ellos se fabrican así collares, y los demas objetos de luxo, no tienen necesidad de que les traigan de la Colonia las primeras materias; por lo que su nacion es la menos conocida de todas.

Las mugeres son bien hechas, de genio alegre, y siempre dispuestas á reir y danzar: pero juntamente con este caracter alegre, tienen una gran reserva y modestia. No he visto nacion mas generosa que esta: nada tenia que darles en cambio, y sin embargo, en los dos dias que me detuve allí, todas las mañanas y noches me trahian abundancia de leche. El caudillo me precisó á que aceptase un cordero, y aunque mi gente tenia todavia carne del buey

que matamos, los obligó á que tomasen unos carneros para regalarse.

Los Geisiqueses son la única nacion que práctica la semi-castracion, y lo executan generalmente todas sus tribus y aduares. De esta verdad no solo me aseguraron todos ellos, sino que yo mismo me convencí por la inspeccion de muchos. Algunos Viageros han escrito acerca de esta operacion extravagante, pero no están de acuerdo ni sobre los motivos que la han hecho inventar, ni aun acerca de las naciones en que se practica. Kolbe, que jamas se conforma con nadie, y que muchas veces no está de acuerdo ni aun consigo mismo, nos la representa como una *ceremonia religiosa*, y como una *ley general y sagrada para todos los Hotentotes sin distincion.* Segun este Autor, „un Sacerdote está encargado de esta ope„racion: no hay memoria de que jamas haya „sido violada, y guai del que se quisiese „substraher de ella, pues le quitarian la vida. „Las preocupaciones sobre esta obligacion, „añade, son tales, que ninguna muger se „casaria con un hombre que no la hubiese „sufrido." No hay palabra en toda esta relacion de Kolbe, que no sea una fábula, sin embargo de que asegura, que fue muchas veces testigo de esta operacion, la qual consiste principalmente segun él, en la extraccion del testiculo izquierdo, y aun des-

cribe muy por menor todas las circunstancias. Esta es otra falsedad, y en el Cabo, donde todos saben que jamas salió de la Ciudad, esta impostura es de notoriedad pública.

Por lo que hace á los motivos que han podido determinar á estos Salvages á esta operacion, ya he dicho que los Viageros no están de acuerdo: unos lo atribuyen á querer hacerse mas ágiles en la carrera, otros al deseo de impedir la excesiva propagacion de su especie. Kolbe parece que se inclina á esta última opinion, y lejos de confirmarla con razones, la impugna asegurando que no por eso son menos freqüentes los partos de dos mellizos.

Aunque yo he tenido la proporcion de preguntar sobre el origen de esta operacion á los mismos Salvages que la practican, no me lisongeo de saberlo mejor que los demas Viageros. Los Geisiqueses á quienes pregunté sobre esto, me dieron una razon tan absurda, que casi me averguenzo de referirla: segun ellos, esto fue una señal de distincion, que sus mayores, estando en guerra con sus vecinos, adoptaron para reconocerse. Comprehendo que en igual caso unas naciones casi semejantes en la fisonomia y color, necesitan de algunas señales para distinguirse. Con esta mira la mayor parte de los pueblos que contribuyen para el asiento de los Negros, los Loangos, Pombos,

Abos, Papas, &c. se cicatrizan el rostro, los brazos, el pecho, y la parte anterior del cuerpo: el órden y la forma de estas señales es tal, que á primera vista se puede distinguir á lo lejos cada una de estas naciones; y he visto en Suriñam venderse los esclavos mas ó menos caros segun estas cicatrices que designan las castas. Esto es facil de comprehender; pero que una nacion haya imaginado para distinguirse una señal tan dificil, y ocultada por el pudor, esto es lo que me parece absurdo é increible.

Por lo demas, hay dos modos de hacer la operacion, y como la una es mas dolorosa que la otra, las usan segun la edad y fuerzas del paciente. No quiero detenerme en una explicacion por menor de esta amputacion, pues se executa como pudiera entre nosotros, y las resultas son como se puede presumir. Solamente observaré que el padre es el que se encarga de la operacion, y regularmente la executan luego que nace el niño. A veces la dilatan hasta que tiene tres años, y aun mas tarde, y entonces usan de otras precauciones. Pudiera yo haber asistido á esta ceremonia, pues una muger del aduar estaba para parir; pero esta detencion era contraria á mis deseos de volverme quanto antes á mi campamento. Por otra parte temia ponerme en camino por temor de los Bosismanes; y para ha-

cerlo con mas seguridad, supliqué al caudillo del aduar me diese algunos hombres que me acompañasen: aunque esperaba una negativa, tuve el gusto de ver que muchos de ellos se ofrecieron voluntariamente á conducirme, y aun el caudillo hizo que me acompañase una de sus hijas, para que la entregase el regalo que le destinaba.

Marchamos pues, y mis compañeros mostráron el mayor valor, luego que salió el dia, echando grandes brabatas; y á las quatro de la tarde llegamos al rio, habiendo andado diez leguas en aquella jornada. Escogí un matorral para establecer nuestro campo, bien atrincherado contra todo asalto de los Bosismanes. Pasamos tranquilamente la noche, sin oir mas ruido que los ahullidos de las hienas y jakales, lo qual nos daba seguridad de que por allí no andaban Bosismanes. No quise continuar mi marcha hasta salir el sol, porque todavia teniamos que temer las emboscadas de los enemigos. A la mitad del camino oimos algunos fusilazos, que disparaban algunos de mis cazadores, los quales avisados de mi venida, salieron á recibirnos con grandes demostraciones de alegria. Mi larga ausencia habia causado gran sobresalto en mi campo, y Swanepoel no habiendo tenido noticias de mí, creia que nos habrian degollado los Bosismanes.

CARTA XCI.

Continuacion de los Hotentotes.

Luego que llegué á mi campamento, empecé á hacer mis preparativos para volverme al Cabo: despedí á los Geisiqueses, dando á cada uno lo que les habia prometido, y á la hija del caudillo el regalo para su padre. Apenas se marcharon estos Salvages, vino una nueva quadrilla de otros compuesta de 36 personas entre hombres y mugeres. Estos eran Hotentotes que habitaban en los confines de la Colonia, y que comprando á los Colonos algunos géneros, iban despues á los aduares de los Salvages en lo interior, para cambiarlos por ganados, los quales revendian á los Colonos. Algunos Blancos se ocupan tambien en este tráfico, pero no lo hacen con tan buena fé como los Salvages de que hablo. Esta quadrilla venia de los paises del Este, donde habia adquirido unas 60 reses; y habiendo oido hablar de mí, venian á buscarme para reunirse con mi caravana, y poder volverse con mas seguridad á sus habitaciones. Consentí en su pretension, con la condicion de que esperarian hasta que yo resolviese marchar.

Mientras todo se disponia para mi vuel-

ta, me divertí en recoger y dibuxar varias flores y hierbas raras, sintiendo mucho no tener los conocimientos necesarios para hacer una coleccion completa. No sucede en el Africa lo que en las regiones que llamamos templadas en Europa: aquí la naturaleza no da vegetacion á la tierra sino por una parte del año, y en todo lo restante está muerta; pero en el Africa no hay interrupcion: el terreno caldeado con los calores continuos, es siempre fértil, y cada mes tiene sus plantas, flores y frutos peculiares.

En fin, nos pusimos en marcha, y al cabo de algunas jornadas llegamos á un terreno en que habia estado establecido un aduar: la frescura de un bosque, la amenidad del terreno, las varias flores que le esmaltaban y perfumaban el ayre con sus aromas, junto con los arroyuelos que serpeaban por todas partes me convidaron á descansar por algun tiempo de mis fatigas: pero quién me diria que baxo de aquellos Eliseos se ocultaba un infierno! La explanada espaciosa que ocupabamos habia servido de redil por mucho tiempo á los ganados: los excrementos de estos animales acumulándose habian formado una capa de algunos pies de grueso, la qual con el tiempo se habia convertido en un banco de turba sulfurea é inflamable. Ninguno de nosotros reparó en

esto: pero apenas encendimos nuestras hogueras, este estiercol fue encendiéndose por debaxo poco á poco; hasta que á media noche con la ayuda del viento se manifestó el incendio por todas partes. Los primeros que vieron las llamas, gritaron *fuego*, para ponernos á todos en movimiento. Yo dormia en mi carro: disperté á los gritos espantado, y podeis hacer juicio quánto seria mi terror, quando ví levantarse del suelo mil columnas de fuego, y á mis Hotentotes correr por medio de las llamas para levantar sus tiendas y recoger los ganados, los quales no podian dar un paso sin hundirse en el suelo, y hacer salir nuevas llamas. Mi primer pensamiento en medio de aquel espectáculo tan horrible fue que se habia abierto algun volcan, y que nos hallabamos en medio de su crater. Por fortuna el fuego estaba lejos de mis carros, pues á haber estado cerca, se hubiera encendido el carro en que yo dormia, y en que llevaba mi provision de pólvora, y me hubiera volado. Ningun hombre pereció en este incendio; solamente algunos de mis bueyes salieron con grandes quemaduras, y uno de ellos pereció sin que se le pudiese socorrer. Fue para mí un espectáculo igualmente horroroso que sublime el ver á aquel enorme animal revolcándose en medio de las llamas, dando bramidos espantosos, en medio de los qua-

les espiró. El fuego era tan violento, que quedó asado hasta las entrañas, y despues del incendio mis Hotentotes se lo comieron sin mas preparacion.

Prosiguiendo nuestro camino llegamos despues de quatro horas á la entrada de un desfiladero, en cuyo interior encontramos una casita quadrada cubierta de paja, y cuyas paredes de tierra estaban trabajadas con esmero, y se conservaban en muy buen estado. Hallamosla abandonada, y sentamos el campo junto á ella. Cerca de la casita habia una fuente de muy buena agua, detras un huerto medio herial, pero en medio de los hierbazos se veían aun lechugas y otras hortalizas. Los pastos de los contornos eran excelentes, y cerca de allí corria el rio de Orange: en suma, el ermitaño que allí se habia establecido, habia escogido el sitio mas fértil y agradable. Kláas que conocia aquel lugar, me dixo que aquella casita habia sido construida por un Colono, que en su vida errante habia construido otras semejantes junto al Orange, y habia abandonado esta por temor á sus enemigos.

Abandonamos esta agradable mansion, y siguiendo nuestro camino encontramos á una quadrilla de Kaminuqueses: queria yo bosequiarlos, pero no teniendo mas que una escasa provision de aguardiente, solo repartí un poco entre el caudillo y quatro

ancianos de la tropa. Entónces fue quando observé aquel rasgo de humanidad, de que ya os hablé en otra carta. El caudillo no queriendo participar él solo de aquel licor, tomó un sorbo quanto cabia en la boca, y fue repartiéndolo con su boca á los demas compañeros sin reservar para sí mas que la sensacion y el gusto del paladar. No necesito, Señora, repetiros la tierna sensacion que me causó esta inaudita humanidad.

En una de las mansiones que hicimos, vino Klaas á avisarme que habia descubierto á lo léjos un carro que parecia se dirigia á nosotros. Este carro venia tirado por diez bueyes, y conducido por cinco Hotentotes; detras venian tres vacas muy flacas y algunos carneros. Los Viageros eran marido y muger con dos hijos; pero hombres, ganado y ropage todo anunciaba la mayor miseria. Yo al verlos me sentí enternecido, pero ellos al contrario mostraron el mayor regocijo, y contaban por la mayor fortuna el haberme encontrado. Aunque yo deseaba saber el motivo de su viage, no quise satisfacer mi curiosidad hasta llevarlos á mi tienda, y hacerles tomar algun alimento. Entramos despues en conversacion, y supe que el marido, natural de Africa así como su muger, era uno de aquellos hombres sin caracter, que deseoso del descanso y comodidades de la vida, pero naturalmente pere-

zoso, solo aspiraba á enriquecerse prontamente para gozar quanto antes de una vida tranquila y feliz. Pero viendo que en la Colonia no hallaba proporcion para hacer una fortuna tan rápida como él deseaba, y oyendo hablar del pais de los Namaqueses, como de un paraiso terrenal, donde le esperaban todas las riquezas del universo, habia resuelto ir á establecerse allí. A la verdad algunos Colonos confirmándole las fábulas que se cuentan de este miserable pais, en donde suponen que hay abundantes minas de oro, le habian asustado al mismo tiempo con los grandes obstáculos que habia que vencer. Le habian hablado de los Bosismanes, de los tigres y demas fieras, y esto era, decian, lo que impedia á los Colonos el ir á establecerse allí. Al principió concibió algun terror; pero la sed del oro le habia en fin cegado, y la esperanza de poseerlo le habia traido hasta este parage. Habia oido hablar de mí en la Colonia, y acababa de saber, que yo habia recorrido la ribera del Orange, por lo que se habia dirigido á buscarme.

No hay necesidad de advertiros, que la mayor parte de la conversacion fue sobre aquella tierra de promision, en que por todas partes debia encontrar oro, plata y piedras preciosas á cargas, y me hablaba con el mayor entusiasmo de aquellos pre-

tendidos tesoros. Creyendo sin duda, que mis carros vendrian llenos de estas riquezas, me rogó tuviese la bondad de mostrarselas. Yo le dexé repetir á su placer todas las locuras, con que le habian trastornado la cabeza; y para disipar todas sus ilusiones, hice traer algunas muestras de los minerales, aves, insectos &c. que habia yo recogido, y le dixe: he aquí las únicas riquezas que encontrareis.

Esto fue como un rayo que aterró á los dos esposos. Exâminaban los objetos que yo les presentaba, y despues se miraban con un aspecto de abatimiento y consternacion, que es mas facil de imaginar que de escribir. Hubiera sido en mí una crueldad el tenerlos en este estado de afliccion; creí que ya era tiempo de esforzar su ánimo, substituyendo proyectos mas razonables á aquellas quimeras insensatas. La ignorancia en sus informes engaña igualmente acerca del bien y del mal, porque no pudiendo apreciar lo uno ni lo otro, todo lo exâgera. Quando habian anunciado á estos dos esposos aquellos tesoros imaginarios, los habian asustado al mismo tiempo con terrores y y peligros igualmente infundados. Era preciso pues ante todas cosas disipar sus temores, y mostrarles la verdad del pais que iban á habitar. Les hice una relacion sucinta de todo lo que me habia sucedido, y

lo que yo mismo habia visto, contando lo bueno y lo malo sin exâgerar uno ni otro; y concluí diciéndoles, que si en lugar de perder el tiempo en buscar oro y plata que no hallarian, querian fixarse y fundar un establecimiento, les seria facil criar á sus hijos, y pasar una vida feliz y tranquila. Les habian inspirado mucho miedo á los Salvages, pero yo les hice ver con mi exemplo quán facil es adquirirse su amistad, y procurarse por este medio mil recursos, imitando mi conducta. En fin les advertí, que huyesen del trato con los Blancos, que hallarian en aquellas cercanías, como Brenfry y Moodel, los quales eran los únicos enemigos á quienes debian temer.

Mis razones convencieron á aquel hombre, y confesó que para adquirir el oro, es mejor procurarselo con su industria y trabajo, que pretender encontrarlo hecho; pero le detenia un grande embarazo, y era su gran pobreza. Hallándose sin ningun recurso, ¿qué seria de él en aquel desierto? Todos sus utensilios consistian en un fusil viejo, y en un cofre que contenia sus ropas maltratadas. Para dar una prueba á estos infelices del interes con que miraba su felicidad, les propuse fuesen á establecerse en aquella casita abandonada junto al Orange, donde yo habia pasado tan buenos dias. Los dos esposos admitieron esta proposicion con

el mayor agradecimiento, y despues de haber tomado un refrigerio, se dispusieron para marchar en busca de aquella casa segun las señas que les dí.

Antes de este encuentro habia sentido yo los síntomas de una enfermedad que desprecié por el pronto, y sin embargo me detuve en esta larga conversacion, y en proveerlos de todo lo que necesitarian para establecerse, añadiendo una buena provision de quincalla, de laton para brazaletes, de clavos, pólvora, plomo y todo lo demas que pudiese serles útil para los cambios con los Salvages. Ademas les dí quatro carneros, una cabra que estaba para parir, dos gallinas y un gallo con un perro. Al tiempo que ellos marcharon, yo tambien hice uncir mis bueyes para ponerme en camino; mis dolores se habian aumentado tanto, que no pude ponerme á caballo, y me tendí en mi carro; en este estado llegué al arroyo Kausi donde hicimos alto. La fatiga del camino me habia empeorado: sentí una calentura muy ardiente y un gran dolor de garganta, que creí fuese una angina, pero pronto se declaró ser esquinancia. Yo me tuve por muerto: esta enfermedad en Africa casi siempre es mortal, y en medio de un desierto, donde no podia aplicar ningun remedio, me consideré perdido y me abandoné á la Providencia. La lengua y la garganta se me ha-

bian hinchado tanto, que ya no podia hablar sino por señas, y la respiracion era tan dificil que por momentos esperaba quedar ahogado.

Hacia ya ocho dias que estaba luchando con la muerte, quando Swanepoel vino á participarme que habian llegado algunos pequeños Namaqueses de un aduar cercano; estos buenos hombres habiendo sabido mi enfermedad, venian á ofrecerse para curarme por un efecto de su amistad hácia mí, proponiéndome un remedio de cuyo buen suceso salian por fiadores. Hice señas de que consentia, y mis curanderos empezaron á preparar el medicamento el qual consistia en una cataplasma de cierta hierba, con cuyo cocimiento debia al mismo tiempo hacer gárgaras. Yo tenia mucha repugnancia á envolverme el cuello con aquel aparato; pero el gargarismo tenia un olor tan agradable, y un gusto tan suave y balsámico, que la naturaleza lo apeteció al punto con el mayor placer, y el un remedio me obligó á adoptar el otro. Renovaron varias veces aquella noche la cataplasma, y repetí aun muchas mas las gárgaras: en fin, quando amaneció me sentí muy aliviado. Ya respiraba con facilidad: la inflamacion se habia disminuido mucho: por instantes se aumentaba la mejoria, y en fin ya pude tragar: entónces mi Esculapio me mandó que bebiese leche fria.

Al tercer dia me hallé sano, sin quedar rastro de inflamacion ni de fiebre; solamente me quedaba una gran debilidad que me hacia conocer lo mucho que habia padecido, y la obligacion que debia á mi buen Médico: quise verle y me le traxeron. Esta era la primera vez que yo le veia y que entraba en mi tienda: bien diferente de los Médicos de Europa, que tienen necesidad de tomar el pulso, tocar la lengua, registrar la orina, y hacer otras mil pantomimas cientificas; este se habia contentado con informarse de mi estado, y curarme por medio de otros; pero él me curó. Ví pues que mi Médico era un hombre pequeño, que en nada se distinguia de los otros: acerca de mi curacion no sabia mas que los otros, y así me pareció mas sensible al placer de verme bueno, que á la gloria de haber hecho una curacion.

Durante todo el tiempo de mi enfermedad, noté en todos mis Hotentotes el mayor afan y cuidado por mi salud: se habian abstenido de cantar y danzar, y ni aun oí una carcajada. Igual atencion observaron durante mi convalecencia, y estos frutos de la amistad que me tenian, fueron para mí un placer muy delicioso.

Mi primer cuidado luego que pude andar, fue ir á reconocer la yerva, á la qual debia mi salud: mostrómela el Médico, y

ví que era una especie de salvia, de cerca de dos pies de alto, que tiene casi el mismo olor que nuestra salvia ordinaria, pero su hoja es mas lisa. Swanepoel me aseguró que esta planta es muy comun en el Cabo, y en las Colonias, donde se la conocia con el nombre holandés de *Saali*; pero los Botánicos han comprendido baxo esta denominacion general de salvia tantas plantas diferentes, que no sé á qué familia pertenece esta *Saali* del Cabo. Yo me inclino á creer, que esta se distingue en el olor y el gusto de la salvia comun de Europa, y he aquí la razon de esta conjetura. Entre las naciones Européas que comercian con la China, hay una que adquiriendo en este Imperio mucho thé, dá en cambio hojas de salvia. Por un efecto de aquella estimacion que se tiene en todos los paises á lo que viene de lejos, los Chinos estiman mucho mas estas hojas estrangeras que los Ingleses su thé, y este es un comercio en que se ganan doscientos por ciento. Pero lo que ignoran los Franceses y otras naciones Européas es que en sus provincias meridionales es donde se cria esta preciosa yerba, que tan cara se vende en la China. En el Cabo se conoce muy bien la grande ganancia que se saca de este comercio, y hay abundancia de *saali* en aquel país: de donde infiero, que si la *saali* del

Cabo tuviese las propiedades de la salvia de Francia, la nacion de que hablo, la exportaria con preferencia á la China, pues entonces la ganancia seria mucho mas considerable.

Como quiera que esto sea, la yerba que me habia curado de mi esquinancia, es tambien saludable para todo género de heridas, como me lo aseguró mi Esculapio; pero me añadió, que para poner la herida en estado de cicatrizarse es preciso añadir á la cataplasma la grasa de qualquier animal, sin lo qual es inutil.

¿No es cosa bien estraña, que entre la multitud inumerable de plantas, que cubre la superficie del Globo, haya tan pocas de virtud conocida, y que en el jardin Botánico mas bien surtido y completo, apenas hay trescientas cincuenta que ofrecen al hombre medicamentos ó sustento asi para él como para sus animales? Pero lo mas estraño es que en este corto número de plantas utiles, el descubrimiento de su utilidad se debe á los Salvages ó á los animales, y de ningun modo á los Botánicos. Ya se vé, estos profundos sabios no se cuidan mas que de hacer exâctas descripciones de ellas por sus cálices y estambres, y petalos, y la demas algaravia de su nomenclatura; y creerian degradarse, si descendiesen á exâminar los

usos que de cada una pueden hacer los hombres.

Como en el discurso de mi enfermedad y convalecencia, que duraron veinte dias, mi gente no habia salido á caza, me consumieron todos mis ganados para alimentarse, de suerte que me fue preciso proveerme de nuevo ganado. Por fortuna habia alli cerca un aduar amigo, y resolví ir á él, despues de haber recompensado generosamente al Namaqués á quien debia la vida. El caudillo salió á recibirme: traia al pecho su gola, y un baston con puño de cobre. Al ver estas señales de autoridad y de esclavitud, que me anunciaban un capitan Hotentote establecido por la Compañia Holandesa, conoci visiblemente que ya iba á entrar en la Colonia. El abatimiento de este hombre me hizo conocer quan acostumbrado debia de estar á la sumision y al abatimiento: el tono suplicante con que me habló, me dió á entender, que venia á quejarse ó de sus súbditos ó de sus vecinos, y en efecto se quejó de unos y otros.

Poco despues llegaron algunos del aduar quejandose de él: picaronse de palabras unos y otros, y en medio de aquella algazara yo solamente pude comprender, que todos tenian razon, ó por mejor decir, ninguno la tenia. El caso era que los Colonos los mal-

trataban y oprimian de mil modos, y ellos echaban la culpa de todo al pobre caudillo; y lo peor era que aun querian despojarlos del poco terreno que les quedaba, precisan doles á que fuesen á establecerse á otra parte.

En estas tristes circunstancias ¿qué podia yo hacer? Conocia la injusticia de los Colonos: estaba bien persuadido de que aunque se quejasen los pobres Hotentotes al Gobierno de la Colonia, no se les haria justicia; y asi me reduxe á consolarlos lo menos mal que supe, exhortandolos á la paciencia con todos aquellos lugares comunes, que hacen tanta impresion en quien los escucha como en el que los emplea.

A pesar de lo mucho que habian usurpado los Colonos á aquel aduar, aun poseía numerosos ganados: el caudillo me suplicó aceptase dos bueyes, quatro carneros y una vaca: no quise admitir los bueyes, pero destiné los carneros y la vaca para el banquete de aquella noche. Apenas degollaron á estos animales, empezaron las danzas que duraron toda la noche, y les hicieron olvidar las altercaciones que habian tenido, reconciliandose todos con su caudillo, para lo qual contribuí yo principalmente, pues habiendole dado entre otras cosas un gran rollo de tabaco, él lo distribuyó á partes igua-

les entre los suyos, y con esta generosidad se grangeó su afecto. Antes de marcharme de este aduar compré los carneros que necesitaba.

Dirigime á hablar á un Colono, cuya habitacion distaba como unas tres leguas, para ver si conseguia de él alguna cosa á favor de los pobres Salvages. Habria andado como una hora, quando descubrí en un valle una choza Hotentota, enteramente aislada, cerca de la qual pacia un ganado. Acerqueme á la choza, y quedé admirado al encontrar en ella á una jóven gallarda y muy bella, que era hija del Colono. Era una cazadora infatigable, y á caballo daba alcance á la mas veloz gazela. Quando se presentaban Bossismanes, tomaba un fusil, los perseguia y mataba á fusilazos donde quiera que los encontraba. Quando tenia alguna queja de algun aduar, le trataba como á los Bossismanes, y asi era temida en toda la comarca. A la sazon habitaba la choza solitaria del valle, y guardaba los ganados de su padre, sin mas muebles que una estera y un fusil. Ya la conocia yo anteriormente, pero ella á la primera vista no me reconoció por lo desfigurado que estaba, principalmente con una barba de catorce meses.

Detuveme poco con ella, y fuí á hablar á su padre, que me recibió con todas las

demostraciones de amistad, convidandome á que me detuviese alli hasta acabar de restablecerme, lo que admití. Esta fue la primera vez al cabo de un año, que probé el pan, pero nada conseguí á favor de los Salvages.

Despues que hube descansado aqui algunos dias, proseguí mi marcha hácia el Cabo, dirigiéndome por camino distinto del que habia traido á la venida, para reconocer nuevos paises. El primer objeto que encontramos fue una tropa de elefantes, y persiguiendolos, matamos dos, uno yo, y el otro el anciano Swanepoel, que se aplaudió mucho de su valor y acierto, y desafiaba á los jóvenes á hacer otro tanto. Ambos elefantes eran machos, y tenian igual tamaño, esto es, unos diez pies de alto. Este es el tamaño ordinario de los elefantes de Africa; son muy raros los que tienen de once á doce pies.

Llegamos despues de una marcha muy penosa al pie de una montaña muy escarpada, muy propia para guarida de Bossismanes, por lo que tomé las mayores precauciones, pero á pesar de ellas, me engañaron. Mientras se sentaba mi campo, me separé un poco para cazar, quando de repente oigo disparar tres fusilazos en señal de alarma. Extendí la vista, y descubrí á los

mios que corrian desordenadamente, y por otro lado ví unos Bossismanes, que habiendo robado mis bueyes, los conducian hácia un desfiladero en el qual iban á desaparecer. Acudí precipitadamente y encontré á Klaas que venia á avisarme de la desgracia, y me dió su caballo. Monté en él, y apenas habia andado 50 pasos, quando tropezando en un hoyo, me arrojó por la cabeza: mi caida fue tan fuerte, que al levantarme no pude hacer ningun uso del brazo izquierdo, y me volví al campamento encargando á Klaas la empresa. Esta no se concluyó hasta la noche, y supe con dolor que habian quedado muertos dos Bossismanes: todos mis bueyes fueron recobrados, pero al dia siguiente al partir echamos menos tres de ellos.

Viéndome ya cerca de la Colonia quise hacer una excursion solo con Klaas y cinco Hotentotes, sin ninguna provision, contando con que tendriamos suficiente con lo que cazasemos: pero habiéndonos metido en una montaña, no encontramos mas que algunas cogujadas, que apenas bastaban para mí y para Klaas: los demas padecian el hambre mas rabiosa. Entónces ví á lo que puede obligar esta cruel necesidad. He oido contar á un célebre naturalista, que en el sitio de Pondichery en 1761, se vió precisado á tener por la mayor dicha el haber compra-

do á peso de oro unos calzones viejos de ante, que repartió con tres oficiales de sus amigos, para comerselos. Conservaban mis Hotentotes la piel de una gazela, y á falta de otro alimento la cogieron, y sin mas preparativos la echaron á asar en el fuego, y la devoraron toda. El hedor del pelo quemado me removia el estómago; aun los mismos Hotentotes mostraban asco, pero á pesar de todo los veía despedazarla con dientes y manos, y devorarla. En otras circunstancias, la repugnancia y convulsiones con que acompañaban aquellos esfuerzos, me hubieran parecido muy risibles; pero entónces me despedazaban el corazon de dolor, y me dieron una idea de los horribles apuros á que puede reducir el hambre.

En esta situacion tan deplorable, tuvimos la felicidad de descubrir en la llanura varias habitaciones de Colonos: baxamos al punto, y llegando á la mas cercana, estuvimos en mucho riesgo porque nos tuvieron por Bossismanes; pero habiendo acudido el amo de la casa, me reconoció por Europeo, y nos acogió con la mayor afabilidad y hospitalidad.

Deseoso de volver al Cabo con la mayor prontitud posible, despedí á muchos de los Hotentotes que me habian acompañado en mi viage, pagándoles el salario concer-

tado, y dándoles ademas varios regalos. Hallándome cerca de la bahía de Santa Helena no quise pasar sin visitarla, para lo qual dí órden á Swanepoel que conduxese mi caravana á la alqueria de mi amigo Slaber, y que allí me esperasen todos. Solamente encargué á Swanepoel que pasase al Cabo á participar á mis amigos mi vuelta, y traerme las cartas que me hubiesen llegado de Europa.

Para registrar la bahía de Santa Helena no llevé en mi compañía mas que los cazadores que me habian acompañado en mi última excursion. Luego que llegué á la bahía, la visité toda, recorriendo todos sus senos. Kolbe, que no era mejor geografo que naturalista, y que habia visto la bahía de Santa Helena lo mismo que las Colonias, dice que el rio Berg desagua al Norte de esta bahía, y así lo representa en su mapa. Kolbe se engañó en esto como en otras muchas cosas: el Berg tiene su desembocadura en la parte del Sur de la bahía. Este rio que he registrado hasta bastante distancia, está cubierto de espesos cañaverales, en los quales se emboscan los hipópotamos. El Gobierno Holandés temiendo que se destruyese esta especie, ha prohibido su caza sopena de una multa pecuniaria.

Registrada la bahía de Santa Helena pasé á la de Saldaña, y desde allí me dirigí á la alqueria de mi buen amigo Slaber. Su honrada y amable familia salió á recibirme con las mayores demostraciones de regocijo, pero éste se hallaba mezclado con el sentimiento de estar su padre desauciado de una disenteria, que en el Cabo es funesta para todas edades, pero es mortal en los viejos.

Swanepoel volvió y me trajo cartas de mis amigos del Cabo, y en particular del Coronel Gordon, mi íntimo amigo, que me exhortaba á que fuese á descausar á su casa por algunos dias. Tambien me traxo varias cartas de Europa, y entre otras una que trastornó todos mis proyectos, y las disposiciones que tenia tomadas para un tercer viage por esta parte del Africa. Era de un amigo mio de Amsterdan, el qual me participaba, que iba á salir un navío de aquel puerto con destino para el mar Roxo; y que debiendo este navío tocar en el Cabo para hacer aguada, y tomar víveres, podia yo avocarme con el Capitan, á quien me habia recomendado, y ajustarme con él, si es que me acomodaba viajar por la Abisinia. Quedé sumamente agradecido á la prevencion de este amigo, tan conforme á mi gusto. A la verdad, este

nuevo proyecto desconcertaba los que yo tenia formados antes ; pero ademas de proporcionarme el visitar un país desconocido, me ofrecia otras comodidades que yo no pudiera imaginar. Desistí , pues , por entónces de mi intento de visitàr lo interior de esta parte de Africa , y no traté mas que de los preparativos para el nuevo viaje , los quales me fueron muy faciles , pues mi buen amigo todo lo habia ya arreglado. Como ya me eran inútiles los carros , bueyes , y demas aparatos , me deshice prontamente de todo , repartiendo liberalmente mis bueyes á Klaas , á su muger y á Swanepoel. En fin despues de diez y seis meses de ausencia volví al Cabo , y fuí recibido por el Coronel Gordon y su amable familia con las mayores demostraciones de amistad. El nombre de este grande hombre que ha enriquecido la historia nàtural y otras ciencias con nuevos descubrimientos , adquiridos en sus viages , debe durar perpetuamente en la memoria de los que se interesan en los progresos de los conocimientos humanos.

Antes de concluir esta carta debo daros parte de un fenómeno que observé en la bahia de Saldaña , que aunque muy comun para los marineros de aquel parage , era nuevo para mí. Un enorme pez , del género de las rayas , vino á nadar junto á nuestro na-

vío : se distinguia sin embargo de la raya ordinaria en que su cabeza formaba una media luna, y á cada extremo del semicirculo salian dos especies de brazos muy prolongados que los marineros llamaban *cuernos*, que teniendo dos pies de ancho en su origen no tenian mas que cinco pulgadas en la extremidad. Dixeronme que este pez se llamaba *diablo marino.* Algunas horas despues vimos otros aun mayores, que tendrian de 50 á 60 pies de ancho. Cada uno de ellos nadaba solo, y le rodeaban otros pezes pequeños, llamados *pilotos* por los marineros. En fin, cada qual de ellos llevaba sobre cada uno de sus brazos un pez blanco, del grueso de un brazo, de unas 18 pulgadas de largo, que estaban allí como de centinela. Parecia que estas dos atalayas estaban colocadas allí para cuidar de la seguridad del pez grande, advirtiéndole de todos los peligros, y dirigiendo todos sus movimentos. Quando se acercaba mucho al navío, dexaban sus puestos, y nadando delante de él con velocidad, le obligaban á alejarse : si se elevaba demasiado sobre el agua, pasaban y cruzaban sobre su espalda hasta que le obligaban á undirse lo necesario. Si al contrario, se undia demasiado, desaparecian porque sin duda iban á tocarle por debaxo como antes le habian tocado por

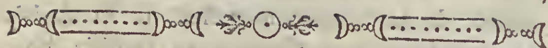
encima, y quando el gran pez volvia á sobrenadar, los dos atalayas volvian á ocupar sus puestos. Estuvimos observando todas estas maniobras por espacio de tres dias que estuvimos en calma, siendo los movimientos uniformes en todos estos monstruos.

Deseando yo haber á las manos uno de ellos para exâminarle de cerca, prometí á los marineros una docena de botellas, si le cogian, y al punto se dispusieron para esta pesca, logrando clavar un harpon en la espalda de uno de ellos, y le subieron al navío. Era el mas pequeño de todos, y no tenia mas que 28 pies de ancho: la boca era tan ancha, que podia tragarse un hombre entero. Se reguló que pesaria unas 2@ libras. Tenia sobre su cuerpo unas 20 rémoras pequeñas, que estaban tan pegadas á la piel, que al subir el animal al navío, no se desprendieron. Sentí mucho no poder pescar ninguno de los dos centinelas, pues apenas sintieron herido al *diablo marino*, se escaparon. Intentamos pescarlos con anzuelos pero aunque acudian al cebo, retrocedian luego que advertian el anzuelo.

Vedme, pues, Señora, dispuesto á hacerme á la vela para un nuevo viage, quizá mas peligroso que todos los anteriores; pero mi ánsia de viajar me hace mirar con

indiferencia todos los peligros. Dexo con sentimiento á estas naciones salvages, con las quales ya me habia connaturalizado en cierto modo; y voy á visitar una nacion civilizada, aunque no al modo Europeo, y de las mas antiguas del mundo. La Abisinia en fin será el asunto de mis cartas siguientes.

Fin del Quaderno XXII.



EL VIAGERO UNIVERSAL.

QUADERNO XXIII.

CARTA XCII.

Historia de la Abisinia.

Llegué felizmente, Señora, á mi destino despues de un viage largo y mezclado de varios sucesos, que omito por no molestaros; pero antes de entrar á referiros lo que he observado en la Abisinia, se hace preciso daros alguna idea de la historia de esta nacion, que es una de las mas antiguas y famosas del mundo; pues sin este preliminar no seria posible entender lo que en adelante iré refiriendo.

Los Abisinios conservan una tradicion, que aseguran es de tiempo inmemorial, y es admitida igualmente por los Judios y Christianos, esto es, que poco tiempo despues del diluvio universal Cush, nieto de Noé, pasó con su familia por el baxo Egipto, entonces despoblado, y llegó hasta el pais elevado, que separa la comarca de

Atbara de las altas montañas de la Abisinia. Añaden, que Cush y su familia horrorizados del diluvio, y temiendo verse expuestos otra vez á semejante calamidad, quisieron mas habitar en las cavernas de las montañas, que establecerse en la llanura. Por consiguiente, fabricaron con una industria asombrosa y con instrumentos que no conocemos, unas habitaciones no menos cómodas que admirables en las montañas de aquellos montes de mármol y granito, de las quales moradas se ha conservado gran número enteras hasta el presente, y parece deben permanecer hasta la consumacion de los siglos.

Estas casas de tan singular estructura se extendiéron bien pronto por las montañas vecinas, según iba multiplicandose la descendencia de Cush. Los Abisinios dicen ademas, que los Cushitas fabricaron la ciudad de Axûm, algun tiempo antes del nacimiento de Abrahan. Bien pronto extendieron su colonia hasta Atbara, donde sabemos por Herodoto, que cultivaron las ciencias en tiempos muy remotos y con grandes progresos. Estos Cushitas ó Trogloditas se extendiéron tambien hacia el Sur: como eran muy dados á la Astronomia, tenian necesidad de alexarse de las lluvias del trópico, y de un cielo nublado, que les impedia hacer sus observaciones. Continua-

ron sin embargo construyendo sus habitaciones debaxo de tierra, y mas felices que sus hermanos, que se habian extendido hacia el Norte, hallaron que su nuevo pais tenia muchas minas de oro y plata, que fue el motivo de su aplicacion á beneficiarlas, y el origen de sus riquezas.

Con el discurso del tiempo los Cushitas abandonaron sus cabernas, y fabricaron ciudades en un terreno negro y fuerte; pero quando empezaban las lluvias del trópico, un fenómeno espantoso los privaba de sus ganados. En todo este terreno craso nacian inumerables enjambres de moscas venenosas que matan á todo animal á quien pican. Este insecto, que aun no ha sido descrito por ningun Naturalista, se llama *Zimb*: es algo mayor que una abeja, y su cuerpo es menos largo, sus alas mas anchas que las de la abeja, y separadas como las de las moscas ordinarias, son de una membrana semejante á la gasa, sin ninguna mancha ni variedad de color. Tiene la cabeza gruesa: la parte superior de la boca es cortante, y termina en un pelo muy fuerte y puntiagudo, de cerca de un quarto de pulgada de largo. La parte inferior de la boca está tambien armada con otros dos pelos semejantes, y estos tres pelos juntos son tan duros como una fuerte cerda de puerco: sus piernas están inclinadas

hacia adentro, enteramente cubiertas de vello, y de un color moreno.

Luego que se presenta esta mosca, y se oye su zumbido, todas las bestias dexan el pasto, y corren despavoridas por la llanura hasta que caen muertas de terror, cansancio y hambre. No se puede evitar esta plaga, sino dandose prisa á abandonar el terreno negro, y conduciendo los ganados á los arenales de Atbara, donde los dexan por toda la estacion de las llubias. Este cruel enemigo nunca sale del terreno en que nace. Sus picaduras son siempre mortales, y no hay remedio para preservar de ellas al ganado. Los camellos, á pesar de tener tan dura la piel, y cubierta de un pelo espeso y fuerte, no pueden resistir á la picadura del *Zimb*, pues luego que les pica, su cuerpo, cabeza y piernas se llenan de tumores, que se excorian, se pudren y quitan la vida al animal. Aun los elefantes y rhinocerontes no son impenetrables á las cerdas de esta fatal mosca, pero como no pasan de la epidermis, solo producen algunos tuberculos, que he notado en todos los animales de estas dos especies que he visto en estos parages. Las naciones de la ribera del mar desde Melinda hasta el cabo de Gardefan ó Guardafú, y á lo largo de la costa del Sur del mar Roxo se ven precisadas á abando-

nar sus habitaciones luego que empieza la estacion de las lluvias, y trasladarse á los arenales vecinos, para evitar la destruccion de sus ganados por el Zimb. Los habitantes de todo el pais que se extiende por la parte del Norte de las montañas de Abisinia hasta las riberas del Nilo, tienen que emigrar todos los años para buscar un asilo seguro contra estas moscas en los arenales de Beja.

Las montañas que atraviesan el pais de los *Pastores*, dividen las estaciones tan exâctamente, por una linea tirada á lo largo por sus cimas, que al mismo tiempo que el lado del Este está inundado de lluvias por espacio de los seis meses que hacen nuestro invierno en Europa, el lado del Oueste goza de un cielo siempre sereno. Despues por los otros seis meses, este mismo lado está cubierto de perpetuas nubes, y lluvias, y los pastores del Este apacientan sus ganados en prados cubiertos de la mas amena verdura con un tiempo siempre sereno sin temor del Zimb. Por consiguiente, estos Pastores están mudando continuamente de pastos; pero este inconveniente es tan leve, y el viage tan corto, que un pastor huyendo de las lluvias que caen al un lado, puede en el espacio de quatro horas gozar de otra estacion distinta al lado opuesto.

Ademas de las dos naciones de Cus-

hitas y Pastores hay en la Abisinia otra, que se comprenende baxo la denominacion de *Habesh*, que quiere decir estraños que han concurrido de varias partes á un mismo lugar. Segun la crónica de Axûm, que es una coleccion de antigüedades, y el libro mas venerado en esta parte de Africa despues de la Sagrada Escritura, la Abisinia no se pobló hasta 1808 años antes de la Era Christiana, y 200 años despues fue inundada por un diluvio.

Dexando aparte la historia antigua de la Abisinia, que me alejaria mucho de mi intento, prescindiendo del reynado de la famosa Saba, que reynó en este imperio, y dexó una larga succesion, solo diré, que segun el *Synaxar*, ó vidas de los Santos de este pais, la conversion de la Abisinia al Christianismo se concluyó el año de 333 de Christo, en cuya época la historia de este imperio empieza á proceder con mas claridad y orden.

El filósofo Meropio, establecido en Tyro, pero natural de Grecia, y Christiano, se embarcó con dos jóvenes llamados Frumencio y Edesio. El navio se estrelló sobre las costas de la Abisinia: Meropio pereció defendiéndose de los naturales del pais, y los dos jóvenes fueron conducidos á Axûm, donde residia á la sazon la corte de Abisinia. Aprendiéron bien pronto la lengua del

pais, y se hicieron distinguidos por la buena educacion que habian recibido. La Reyna, que entonces gobernaba, encargó á Frumencio la educacion del Príncipe heredero, y al mismo tiempo que instruia en las ciencias á su discípulo, le inspiró mucho amor á la Religion Christiana. Despues el mismo Frumencio pasó á Alexandria, donde encontró á San Atanasio que acababa de ser hecho Obispo de aquella ciudad, á quien refirió lo que le habia sucedido en Abisinia, y la buena proporcion que se ofrecia para convertir aquel Imperio. S. Atanasio abrazó esta ocasion con su zelo apostólico, y consagró á Frumencio por Obispo de Axûm: volvió éste á Abisinia, y bautizó al Rey. La mayor parte de la Abisinia siguió su exemplo; y la Iglesia de Ethiopia se mantuvo con el mayor espíritu de union y caridad hasta la muerte de este Santo Obispo. Parece que la conversion de la Abisinia se efectuó pacificamente y sin ninguna oposicion.

Las diversas naciones que habitan á lo largo de la costa del Océano, y del Golfo de Arabia tienen cabañas ó casas estables, de las quales voy á daros noticia, empezando por las que están al Norte, esto es, las mas cercanas á Atbara. La primera es la de los Ageeg, que toman su nombre de una isleta, situada junto á la cos-

ta enfrente de la montaña de Habab, Agág, ó Agaari, principal distrito de aquellos nobles y poderosos *Pastores*, de quienes yá he hecho mencion, y que se diferencian poco en los cabellos y color de los *Pastores* de la Thebaida. Despues están las varias tribus de los Toras, Shihos, Taltales, Azimos, y Azabos: todas estas naciones tienen el cabello ensortijado y lanudo. Se hallan despues sobre la costa del Océano otras muchas naciones, todas las quales tienen el color negro, que descienden de los Cushitas Trogloditas; pero sin mudar de domicilio en las varias estaciones, viven por la mayor parte en cavernas.

En los reynos de Adel y de Ausa los habitantes son de un color bazo, tienen el cabello liso, y se llaman *Gibertis*.

No hay moneda corriente en la Abisinia, y el oro se vende por peso. Todas las rentas del imperio se pagan en géneros ó producciones naturales, como bueyes, carneros, y miel, objetos de primera necesidad. Por lo que hace á los géneros de luxo, los adquieren por oro, mirra, café, colmillos de elefante, y otros objetos que envian á Arabia, y de allí traen en cambio las mercaderias que necesitan.

Cada rico Abisinio tiene un Giberti por factor: el mismo Rey tiene muchos de ellos, que regularmente son los mas inteligentes

de su profesion. Como éstos tienen mucho trato con los Arabes, conservan una mezcla de las facciones y color de los Arabes y de los Abisinios. Los Gibertis son los comerciantes de este pais: abrazaron el Mahometismo poco despues de la muerte de Mahoma. Los Negros son sus vasallos: les sirven para acarrear agua y leña, para criados domésticos, para conducir sus camellos en sus caravanas, y componen casi el total de sus tropas, quando tienen guerra.

Pero ademas de los Gibertis y de los Negros hay en estos paises otros habitantes, que no se deben confundir con los indígenas, por mas semejanzas que haya entre ellos. A esta tercera raza de habitantes de la Abisinia llaman *Moros* los Portugueses: estos hacian antiguamente el comercio en el occidente de Africa, y despues se esparcieron por la Abisinia.

La quarta especie de hombres que se ven en Abisinia, son los mercaderes Arabes, que vienen á comerciar. Estos son los mas ricos de todos, y suministran á los Gibertis el dinero y las mercaderías de que necesitan para comerciar en lo interior del Africa. Los Gibertis atravesando las montañas de la Abisinia van hasta el mar del Oueste.

Hay tambien en este Imperio una quinta especie de habitantes, de que no haria mencion, sino fuese por causa del mal que

hacen. Estos son los Abisinios, apóstatas del Christianismo, del qual se muestran los mas implacables enemigos, cuya ocupacion ordinaria es la milicia. En su pais los estiman muy poco; pero trasladados á la India adquieren reputacion de ser los mejores soldados del Oriente.

En fin, la última especie de hombres que ha sido trasladada á esta region, son los Turcos, que hace pocos años son conocidos en la Abisinia. Estos Turcos venian de la Grecia y de la Syria, quando fueron los instrumentos de las conquistas de Selim y de Soliman su hijo. Dispersados en pequeñas guarniciones en las fortalezas y principales ciudades del Egypto y de la Arabia, se casan unos con las hijas de otros, ó con las mugeres del pais, y forman una especie de milicia hereditaria, que de padres en hijos reciben de Constantinopla el mismo sueldo que en tiempo de Selim. Aunque estos Turcos se parecen en la fisonomía y en las costumbres á los de los naturales de varios países, en que sus familias estan establecidas desde el principio de la conquista, sin embargo conservan aun la superioridad por su destreza en el manejo de las armas de fuego, las quales siendo poco conocidas al principio entre los Arabes y Abisinios, dieron una gran ventaja á estos conquistadores.

Los que han escrito acerca de la Abisinia alaban mucho á los habitantes de este pais por no haber creido nunca en los hechiceros ni en la magia : yo no sé en que fundan esta asercion ; lo que sé bien es que ninguna nacion ignorante y bárbara ha estado esenta de esta supersticion, y que los Abisinios merecen esta censura mas bien que otros ningunos. Apénas se encuentra monge alguno cismático en los desiertos, que no pretenda poseer el arte de hacer daño ó de estorbar que otros lo hagan, y diferentes métodos para adivinar lo futuro. Además, todos los Moros de estos paises creen en la astrología judiciaria: llevan los brazos y el cuello cargados de amuletos y talismanes, con que pretenden librarse del mal que pudieran hacerles: sus mugeres tienen fama de ser todas hechiceras muy perjudiciales, y dicen que todos estos Moros, así hombres como mugeres, tienen grande habilidad para las adivinanzas. Los Falasas ó Judíos son tenidos aun por mas brujos que los Moros; y todos los Abisinios creen firmemente que las hienas, á las quales el hedor de los cadáveres atrahe en gran número por la noche á la ciudad de Gondar, no son otra cosa que los Falasas de las montañas vecinas que por encanto se transforman en las figuras de estos animales. Aun los mismos Galas, nacion estrangera, bárbara y enemiga de los

Abisinios; de los quales se diferencian en la religion y en la lengua, convienen con ellos en creer en la mágia. Los Galas creen igualmente que los otros, que por arte mágica se puede hacer enfermar á las personas ausentes, matarlas, destruir los sembrados, envenenar las aguas, y otras necedades igualmente absurdas y rídiculas.

Los Abisinios tienen un temor increible por la noche, por lo que rehusan caminar, y mucho mas pelear en este tiempo, en que imaginan que el mundo está entregado á ciertos genios ó espíritus enemigos del hombre, y muy propensos á vengarse quando se les interrumpe en sus operaciones nocturnas. Esta supesticion llega en ellos á tal extremo que nadie se atreve por la noche á derramar un vaso de agua en tierra por temor de que caiga sobre algun Genio ó duende. Los Moros al contrario, libres de estos ridiculos temores, estan acostumbrados á caminar á todas horas para su comercio, y regularmente prefieren la noche para evitar el calor. Se burlan de la supersticion de los Abisinios, pero ellos tambien tienen otras no menos rídiculas: un pasage del Koran cosido dentro de una bolsita de cuero, y atado al brazo ó al cuello, creen que es un preservativo de todo hechizo, y con esta ventaja siempre que estan en guerra, acometen á los Abisinios antes de salir el alba,

porque en este pais no hay crepúsculos, y en las varias guerras antiguas y modernas han conseguido grandes victorias contra ellos por este medio.

No quiero, Señora, molestaros con una larga relacion de la historia antigua de Abisinia, la qual podeis leer en otros Autores: solo advertiré de paso, que no sé en que se funda la opinion de algunos que afirman, que las naciones de este imperio antiguamente eran *nómadas*, que vivian en tiendas, y andaban errantes sin cesar. Si conociesen bien este pais, verian que este género de vida es imposible en la Abisinia, porque está llena de montañas, y los llanos por espacio de seis meses al año estan cubiertos de torrentes, que arrebatan hombres, ganados, y hasta los árboles. No se puede cultivar allí sino los campos que estan en cuesta, y el que pasa por estos campos en tiempo de lluvias corre peligro de ser arrebatado. Pues cómo era posible que en un pais de esta naturaleza 30 ó 40∂ hombres pudiesen vivir en campo raso, y subsistir sin tener domicilio fixo? De aquí es, que tienen fabricadas ciudades y aldeas en la cima de los peñascos y de las mas altas montañas, y nunca se tienen por seguros, quando hay un terreno mas elevado sobre ellos. En estas poblaciones se mantienen encerrados por toda la estacion de las lluvias, sin que ni los

paisanos ni los soldados tengan tienda alguna. Quando vuelve el buen tiempo los soldados salen á campaña, ya para cobrar los tributos de las Provincias, ya para pelear contra sus enemigos: y esta costumbre no es peculiar de sola la Abisinia, sino que es comun tambien en gran parte del Asia y del Africa.

Entre los Reyes de la Abisinia se distingue particularmente Zara Jacob, que empezó á reinar el año de 1434, y reinó hasta 1468. Quando ocupó el trono, tomó el nombre de Constantino, y se le considera en Abisinia como un Salomon. Segun lo que refieren de él las historias, este Príncipe no solo tuvo ocasiones favorables para instruirse en la política, religion y costumbres de las naciones estrangeras, si no que se aplicó á este estudio con el mayor ardor.

Los Abisinios habian fundado muchos años antes un Convento en Jerusalen, al qual Constantino envió grandes dones. Tambien consiguió del Sumo Pontífice permiso para establecer en Roma un Colegio de Abisinios. En nombre de este Príncipe, y conformándose con sus deseos, Nicodemo, superior á la sazon del Convento de Jerusalen, envió Diputados al Colegio de Florencia, en que se trató de la union de la Iglesia Griega con la Latina. Desde esta época se ve en la historia, que la Religion

Católica tuvo siempre un gran partido en la Abisinia, lo qual se debe atribuir al zelo de estos Diputados que asistieron al Concilio de Florencia, y al del Rey Constantino.

Aunque la Religion dominante de la Abisinia era la Christiana, segun el rito Griego de Alexandría, habia tambien otras varias sectas en aquel imperio. Los habitantes de las costas del mar Roxo y del Océano Indiano en las provincias cercanas al reyno de Adel, eran por la mayor parte Mahometanos. El Dembea, situado al Mediodia, y el pais escarpado de Samen al Oriente estaban llenos de sectas absurdas: los habitantes de los valles que se extienden hácia la Nubia, los Agous, que viven junto al nacimiento del Nilo, y la nacion del mismo nombre, que habita en las alturas de la provincia de Lasta, seguian la antigua religion de los Sabéos, es decir, que adoraban los planetas, las estrellas, los vientos, los árboles y los rios. Entre estos habia tambien otros idólatras, que contaban en el número de sus Dioses á las vacas y á las serpientes, y creian que por medio de este último objeto de su culto podian adivinar lo venidero.

Antes del reinado de Constantino los Reyes de Abisinia habian mirado con la mayor indolencia todas estas abominaciones. Este zeloso Príncipe fue el primero que es-

tableció un tribunal para juzgar, juntamente con su Clero y los principales Ministros, á los reos de religion. Además hizo proclamar un edicto en todos sus Estados, mandando que todos llevasen escritas sobre la mano derecha estas palabras: *yo renuncio del diablo por Jesu-Christo nuestro Señor*, sopena de confiscarseles los bienes y castigarlos personalmente. Despues este Monarca arregló el gobierno de sus Estados, distribuyéndolos en provincias, y estableciendo un estado fixo de sus rentas.

Reedificó varias Iglesias, que los Mahometanos habian destruido, y fundó otras nuevas, segun la costumbre de los Reyes de Abisinia, en el campo de batalla en que los enemigos de la Fé habian sido vencidos. El Patriarca de Alexandria le avisó, que la Iglesia, de la Virgen Maria de aquella ciudad, habia sido consumida por un incendio; y al punto este religioso Monarca, como para reparar esta pérdida, mandó construir en Abisinia una nueva Iglesia en honor de la Santísima Virgen.

A Constantino sucedió su hijo Beda Mariam, el qual renovó la costumbre antigua de la Abisinia de desterrar á una montaña á todas las personas de la familia Real. Esta bárbara costumbre habia sido interrumpida desde el siglo décimo, en que Judith habia hecho asesinar á todos los Príncipes de

sangre Real. Los hijos de los Reyes vivian con sus padres; pero la desconfianza de Beda le obligó á dar órden, para que todos sus hermanos fuesen desterrados por toda su vida á la montaña de Geshen, que se halla en los confines de las provincias de Amhara y de Begender. Esta montaña fue desde entonces destinada para prision de las Personas Reales, hasta que una mortandad igual á la que hizo Judith en la montaña de Damo, la hizo igualmente abandonar.

Al tiempo que este Rey se disponia á hacer la guerra contra los Mahometanos, se suscitó una heregia en Abisinia, que causó muchos escandalos. Despues del Concilio de Florencia muchos estrangeros habian venido á Abisinia siguiendo al Patriarca ó Abuna Imaranha Christos, y entre estos estrangeros habia muchos Monges de Syria y Egipto. Estos fueron los propagadores de la heregia que negaba la consubstancialidad del Verbo: el Clero de Abisinia formó Concilio, en que se condenó esta heregia, y los heresiarcas fueron castigados con el mayor rigor. El Clero tenia tambien otro motivo de disgusto: un pintor Veneciano, llamado Brancaleon, que se habia establecido en Abisinia en tiempo de Constantino, habia pintado varios quadros para adornar las Iglesias, y entre otros uno de la Virgen Maria con el Niño Jesus sobre el brazo iz-

quierdo, como se acostumbra en Europa. Pero en Abisinia la mano izquierda es mirada con horror, y en la mesa jamas usan de ella para comer. Los Monges Abisinios en virtud de esta preocupacion contra la mano izquierda, se indignaron mucho contra el Pintor, por haber hecho al Niño Jesus aquella afrenta, segun ellos juzgaban, y hubieran perseguido cruelmente á Brancaleon, si el Rey, enamorado de la belleza del quadro, no se hubiera opuesto á la persecucion.

Beda Mariam fue un Príncipe muy prudente y valeroso: derrotó en varias batallas á los Mahometanos, y fue gran protector de la Religion Católica. Pero ya es tiempo de hablaros de la entrada de los Portugueses en la Abisinia.

El Rey de Portugal con la noticia de que en Africa habia un poderoso Príncipe Christiano á quien daban el título de *Preste Juan*, le envió dos embaxadores, llamados Paiva y Covillan. Paiva, separándose de su compañero, murió en el camino, y Covillan llegó al cabo de muchos rodeos á la Abisinia. El Rey, que mandaba á la sazon, se llamaba Alexandro: hallabase en su exercito para precisar á sus vasallos rebeldes á que le pagasen el tributo que les habia impuesto. Recibió con mucho agrado á Covillan, y le llevó consigo á Shoa, donde residia la Corte.

Sin embargo, Covillan no volvió á Europa: una política cruel no permite que los estrangeros que entran en la Abisinia, vuelvan á salir. Covillan se casó en la Abisinia, y conservando el favor de Alexandro y de sus sucesores, consiguió los primeros empleos que desempeñó como era de esperar de un hombre de talento, probidad, é instruccion. Escribió freqüentemente al Rey de Portugal sobre todo lo que habia observado en sus largos viages, y particularmente describió los varios puertos de la India, enviando un mapa en que estaba bien delineado el Cabo de Buena Esperanza, lo qual dió motivo á las expediciones en que los Portugueses doblaron este importante Cabo, y facilitaron el deseado viage á la India.

Los Turcos que habian conquistado el Egipto, y otros paises del Oriente, amenazaban á la Abisinia, por lo que la Corte de este Imperio trató de grangearse la amistad y alianza de los Portugueses. Habia á la sazon en la Corte un Armenio, llamado Matheo, que era el factor del comercio del Rey y de los Grandes, y con este motivo habia estado en las principales plazas y puertos de la India. De todas las naciones esparcidas por el Oriente los Armenios son los mas distinguidos por su paciencia y sobriedad: hablan varias len-

guas : son fuertes, robustos, y muy fieles en el comercio. Este Matheo, pues, fue elegido por Embaxador á la Corte de Portugal, y marchó á este destino en compañia de un Abisinio, que murió en el camino. El Rey Don Manuel, que á la sazon reynaba en Portugal, recibió con todo honor al Embaxador Abisinio, y conociendo la gran ventaja que se le seguiria de esta alianza, envió con Matheo á Eduardo Galvan por Embaxador al Rey de Abisinia. Galvan murió en el camino, y el Almirante de la esquadra Portuguesa nombró en su lugar á Don Rodrigo de Lima.

Este nuevo Embaxador desembarcó en Abisinia en 1520, y se dirigió á los reales del exército, en donde se hallaba el Rey en persona haciendo guerra contra los Mahometanos ó Moros, segun los llaman los Portugueses. Despues de un viage tan penoso como habia hecho el Embaxador Portugues, atravesando casi toda la Abisinia para ver al Rey, esperaba que al punto le daria audiencia, pero se engañó. En vez de hacerle venir á su presencia, el Rey le envió á uno de sus oficiales, el *Hadugi Ras*, esto es, *el Comandante de los asnos*, empleo de mucho honor en la Corte; para que intimase á D. Rodrigo que plantase su tienda tres millas distante de los reales, y este Embaxador Portugues tuvo que esperar cin-

co años para que le diesen licencia para volverse. No es facil comprehender las razones que tuvo para esta conducta el Rey Danes vid, que en este tiempo reynaba en Abisinia; pero como le era preciso enviar una embaxada al Rey de Portugal, se vió en la necesidad de dexar marchar á Don Rodrigo. Sin embargo, no abandonó del todo la bárbara política de la Abisinia, pues hizo detener por fuerza al Secretario de la embaxada Juan Bermudez, y á un pintor de la comitiva del Embaxador Portugues.

Marchó con Don Rodrigo Zaga Zaab, Monge Abisinio, nombrado Embaxador para Lisboa, y llegaron felizmente á Masuah, donde hallaron una esquadra mandada por el Gobernador de la India Don Hector de Silveira, que estaba esperando á Don Rodrigo. En esto llegaron unos mensageros del Rey David con órden de hacer volver á los Embaxadores, y de llevar consigo á D. Hector; pero ni los Portugueses ni Zaga Zaab quisieron obedecer, y se hicieron á la vela.

El Abuna ó Patriarca Abisinio Marcos se habia hecho independiente de la Iglesia de Alexandría, y miraba con aversion á la Iglesia Griega. Algun tiempo antes de su muerte nombró por su sucesor, á instancia del Rey, al Portugués Juan Bermudez, y le consagró por Abuna, despues de haberle conferido todas las órdenes, porque era lego. Bermu-

dez aceptó el empleo, pero con la condicion de que el Papa lo aprobase, y partió para Roma atravesando la Arabia y el Egypto. Llegó felizmente á Italia, y Paulo III. le confirmó no solamente en el Patriarcado de Abisinia, sino que tambien le añadió el título de Patriarca de Alexandría y del mar. A estos títulos añadia Bermudez otro, pues habia sido nombrado por Embaxador del Rey David en la Corte de Portugal.

El nuevo Patriarca se embarcó en una esquadra Portuguesa para la India: el Rey de Portugal no habia prometido mas que quatrocientos cincuenta hombres para socorrer al Rey Claudio, que habia sucedido en el reyno á David. Don Estevan de Gama, Comandante de la esquadra, escogió por oficiales de esta tropa á los sujetos mas distinguidos, y éstos llevando consigo muchos criados, aumentaron el número de los quatrocientos cincuenta prometidos, y dió el mando de todos ellos á su hermano D. Christoval de Gama. Este habiendo desembarcado en la Abisinia, atravesó por caminos dificiles para unirse con el exército del Rey Claudio. El General del exército Mahometano le envió á desafiar con las expresiones mas injuriosas, á las quales respondió Gama en el mismo tono.

Buscáronse los dos exércitos, y se avistaron el dia 25 de Marzo de 1542: el exér-

cito de los Moros se componia de mil ginetes, cinco mil peones, y cincuenta arcabuceros Turcos, con algunos cañones. Gama ademas de sus Portugueses armados de mosquetes, tenia doce mil Abisinios, todos á pie, y un corto número de muy malos caballos. Como el enemigo era muy superior en la caballeria, el General Gama colocó su exército en la mejor disposicion para que obrase su fusileria, conducta muy acertada, pues los Abisinios se llenaron de terror luego que empezó el fuego. Grañé, General de los Moros, se adelantó á caballo hasta cerca de la linea de los Portugueses, para exâminar el parage por donde podia atacar su caballeria; y reconociéndole por oficial de distincion en su vestido, un Portuges llamado Pedro de Saa le disparó un fusilazo que le mató el caballo, y le hirió en una pierna. Esta desgracia ocasionó el mayor desorden entre los Moros, y su derrota hubiera sido completa, á no haber sido herido al mismo tiempo el General Portugues. Gama mandó á sus soldados que abanzasen y plantasen sus tiendas en el parage que los Moros habian abandonado; pero Grañé montó en otro caballo, y sé retiró sin ser perseguido, porque los Abisinios no hicieron mas que ser espectadores de la batalla.

Grañé volvió á juntar un exército mas

numeroso y fuerte, y desafió á batalla á Gama: éste á pesar de su corto número la aceptó temerariamente. Diose la batalla el 30 de Agosto: al principio los Portugueses llevaban lo mejor del combate, pero habiéndose espantado los Abisinios de la artillería de los Moros, echaron á huir, y dexaron solos á los Portugueses, los quales fueron rodeados por todas partes. Defendieronse con un valor asombroso, y hubieran inutilizado los intentos de los Moros, que habian ya perdido sus mejores oficiales, á no haber sido herido en un brazo el General Gama. Los Portugueses no cuidaron entonces mas que de salvar á su General, y poniéndole en una litéra, le retiraron á un bosque cercano, donde se obstinó en que le dexasen en tierra, á pesar de las exhortaciones que le hacian, manifestándole que la caballeria enemiga no tardaria en rodearle. Dexáronle pues allí, y llegando los Moros le prendieron y llevaron á su campo: el bárbaro Grañé despues de haberle llenado de injurias, le cortó la cabeza de un sáblazo, la qual envió á Constantinopla.

Los Portugueses que escaparon de esta batalla, eligieron por General á Alfonso Caldeira, y fueron á juntarse con el exército del Rey Claudio, instándole á que los llevase contra el enemigo para vengar la muerte de su General. Murió Caldeira de la

caida de un caballo, y le sucedió en el mando Arias Diaz. Claudio reuniendo sus tropas dió batalla á los Moros el 15 de Noviembre, y los derrotó matando á sus mejores generales. Rehicieronse los Moros, y volvieron á buscar á sus enemigos, y se dió otra batalla el 10 de Febrero de 1543. Los Portugueses con el ansia de vengar la muerte de su general Gama, pelearon con el mayor corage, y como la presencia del Rey contenia á los Abisinios, la vanguardia de Grañé fue rechazada. Esto causó el mayor desorden entre los Moros, hasta que Grañé salió de las filas, para restablecer el buen orden: pero reconocido por un Portugues que habia sido criado de Gama, llamado Pedro Leon, le atravesó de un balazo. El General Moro, conociendo que su herida era mortal, huyó á un bosque, donde Leon que le seguia, le vió caer muerto. Este valeroso Portugues, queriendo pelear todavia, no quiso cargar con la cabeza de Grañé, y se contentó con cortàrle una oreja que guardó, y volvió á la batalla. Luego que los Moros se vieron sin General, se pusieron precipitadamente en huida, persiguiéndolos hasta la noche los Portugueses y Abisinios, que hicieron en ellos gran mortandad.

Al dia siguiente, un oficial Abisinio encontró el cuerpo de Grañé, y cortándole la cabeza, se la presentó á Claudio, suponién-

dole que él le habia muerto. El Rey prometió premiarle generosamente esta hazaña: Pedro Leon permanecia tranquílo espectador de la impudencia del Abisinio; pero Arias Diaz, que sabia la verdad, dixo al Rey: »que »Grañé no era hombre que se hubiese de»xado cortar una oreja, sino por el que hu»biese podido cortarle la cabeza; y que asi »la oreja debia hallarse en poder de algun »otro, mas valeroso que el que habia traido »la cabeza." Inmediatamente hizo que Leon sacase la oreja: el Rey y todos los presentes hicieron los mayores elogios de este Portugues, no solo porque habia vengado á su amo, sino tambien por su modestia en no pedir ningun premio.

Al cabo de algunos años Claudio abandonado por los suyos en una batalla contra los Moros sin mas compañía que veinte ginetes y diez y ocho fusileros Portugueses, murió peleando juntamente con los Portugueses, y su cabeza fue llevada á la capital de los Mahometanos. Claudio reynó diez y nueve años, y fue uno de los mayores Reyes que ha tenido la Abisinia; y aun los Abisinios le pusieron desde luego en el catálogo de sus Santos.

En el reynado de este Príncipe habia sido enviado por Patriarca de Etiopia ó Abisinia un Jesuita Español, llamado Andres de Oviedo: este zeloso Misionero proseguia con

el mejor suceso en la conversion de la Abisinia á la Religion Católica, quando ocupó el trono Menas, hermano de Claudio. Este nuevo Rey, sea por adhesion á la religion Griega de su reyno, sea por instigacion de sus fanáticos é ignorantes Monges, hizo venir á su presencia al Patriarca Oviedo, y le mandó que no prosiguiese predicando. Reusando el zeloso Prelado obedecer á esta órden tan iniqua, Menas furioso se arrojó á él, le llenó de golpes é injurias, le arrancó la barba, y despues le desterró con su compañero el P. Francisco Lopez á una montaña desierta, donde estos constantes Misioneros padecieron los mayores trabajos por espacio de siete meses. El furor fanático de Menas no se contentó con este rigor: hizo publicar edictos muy crueles contra los Portugueses, prohibiendo que se casasen con Abisinias. Despues haciendo volver al Patriarca Oviedo, le prohibió con pena de la vida el permanecer en su reyno; pero el venerable Prelado, ansioso del martirio, y no queriendo abandonar la grey que se le habia confiado, protestó, que era primero obedecer á Dios, que á las órdenes injustas de los hombres, y diciendo esto, presentó sus espaldas y cuello al Rey, para que desfogase su cólera. En efecto el impío Menas iba á cortarle la cabeza, pero le detuvieron la Reyna y los presentes.

El Patriarca Oviedo despues de haber sido otra vez maltratado á golpes, fue desterrado de nuevo á la montaña, comprendiendo en esta sentencia á todos los Portugueses, los quales se retiraron á los dominios del Baharnagas, Gobernador de Masuah. Menas murió poco despues de enfermedad. Sucedióle su hijo Melec Segued, el qual no impidió á los Sacerdotes Católicos predicar, bautizar y hacer todas las demas funciones de su santo ministerio, y hablaba con mucho elogio de su moral, sobriedad, paciencia, y pureza de costumbres.

CARTA XCIII.

La nacion de los Galas.

En tiempo de este Rey los Galas hicieron una irrupcion en la Abisinia : esta es la ocasion de hablaros de esta nacion, que ha hecho mas daño á la Abisinia, que todos sus enemigos juntos. Los Galas son una nacion numerosa de pastores, cuyo origen no se sabe á punto fixo. Varias tribus de esta nacion se extendieron por diferentes provincias, rodeando la Abisinia de oriente á mediodia, y de mediodia á occidente. Hacen incursiones continuas en este Imperio, quemando, asolando, y matando á todos los que encuentran; y ademas tienen la brutal costumbre de cortar las partes vengonzosas á los hombres, las quales secan y cuelgan en sus casas. Su crueldad se extiende hasta no perdonar á las mugeres preñadas, á las quales abren el vientre, por matar al hijo varon que pueda tener. Esta nacion, la mas cruel que conozco, está sujeta á un gobierno muy severo : las menores altercaciones y disputas entre los particulares, son castigadas al punto con el mayor rigor.

La nacion de los Galas está dividida en

tres partes, y cada una tiene siete tribus: cada division de estas tres elige un Rey de siete en siete años. Tienen tambien una especie de nobleza, entre cuyas familias solamente se puede elegir el Rey; pero el mérito militar eleva á veces á las familias plebeyas á la clase de la nobleza, y al derecho de ser elegidos para el trono. Ninguno de estos nobles puede jamas ser elegido por Rey hasta haber pasado la edad de quarenta años, á no ser que haya muerto por su mano tantos enemigos como años le falten para esta eleccion.

Para elegir al Rey, el Consejo de cada tribu se junta separadamente en su distrito: exâmina quantos hombres conviene dexar en su territorio para guardarle, gobernarle y cultivarle; y despues todos los que han tenido mas votos, ván á juntarse con los demas representantes, en el parage donde reside el Rey, esto es, á la tribu, que siete años antes haya dado un Rey. Alli se sientan baxo de un arbol, consagrado por esta nacion, al qual veneran como á un Dios: se llama *vanzey*, tiene la flor blanca, las ramas muy espesas, y es muy comun en la Abisinia. Despues de varios escrutinios, el número de los candidatos queda reducido á quatro, y cesan los votos de las seis tribus; pero la séptima, á la qual toca por su turno el dar un Rey, le elige entre los quatro, le

corona con una guirnalda de *vanzey*, y le ponen en las manos un cetro tambien de *vanzey*, que llaman *buco*.

El Rey de los Galas occidentales se llama *Lubo*; el de los otros Galas es designado con el nombre de *Moati*. El Rey dicta á la junta que le ha elegido, los saqueos y estragos que debe emprender; pero la encarga, que dé la vuelta pronto, en caso de que la nacion tenga necesidad de su socorro. Los Galas son los mas propios para atacar de sorpresa, pero no tienen perseverancia. Hacen marchas increibles; atraviesan los rios asiendose á las colas de los caballos, exercicio á que ellos y sus caballos estan muy acostumbrados. Hacen en muy poco tiempo todo el mal que pueden á sus enemigos, y rara vez se vuelven por el mismo camino por donde fueron á la expedicion. Tienen una caballería ligera, que es excelente para hacer correrias.

El hierro es muy raro entre los Galas, de suerte que sus principales armas son palos puntiagudos, endurecidos al fuego, de los quales usan como de lanzas. Sus escudos son de piel de buey sin ningun forro, de suerte que en tiempo seco se encogen, y quando llueve se ponen muy blandos. Pero á pesar de estas faltas, la crueldad de los Galas habia hecho tal impresion en los Abisinios, que antiguamente no podian sostener su primer

choque. Ademas el estruendo que causan, los horribles alaridos que dan al embestir, espantaban tanto á los caballos y ginetes, que al punto se ponian en huida.

He oido muchas veces estos alaridos tristes y crueles en las batallas que ha habido durante mi mansion en Abisinia, como ya os contaré mas adelante.

Las mugeres de los Galas son muy fecundas, pero jamas hacen cama ni un solo dia despues de parir; se ocupan en sus trabajos domésticos, y salen al campo sin el menor reparo. Las mugeres se emplean en labrar la tierra, sembrar y coger la cosecha. Los bueyes sirven para acarrear el grano, y entonces los conducen los hombres, los quales tambien guardan los ganados. Las personas de ambos sexôs son de mediana talla, pero en extremo agiles. Hombres y mugeres se trenzan los caballos con tripas de buey, de las quales hacen tambien cinturones; y como estas tripas se pudren, exhalan un hedor intolerable. Se frotan la cabeza y todo el cuerpo con manteca ó con grasa derretida, la qual les corre y gotea continuamente. Esta costumbre prueba, que son oriundos de un país mas cálido que el que actualmente habitan, y tienen mucha relacion con los Hotentotes. Los Galas no llevan mas vestido, que un pedazo de pellejo con que cubren sus vergüenzas, y una

piel de cabra al hombro, dispuesta como un pañuelo de muger en Europa.

Gerónimo Lobo asegura, que los Galas no tienen ninguna religion; pero yo creo que sobre este punto no se han hecho las investigaciones necesarias. El *vanzey*, debaxo del qual eligen y coronan á sus Reyes, es adorado como un Dios por todas las tribus. Hay tambien ciertas piedras á las quales dan una especie de culto, el qual no he comprehendido bastante para poder explicarlo: pero lo cierto es, que adoran á la luna, principalmente quando es nueva, de lo qual he sido testigo muchas veces. Adoran tambien á algunas estrellas, quando estan en ciertas posiciones, y en diferentes tiempos del año: en fin, yo juzgo que conservan gran parte del antiguo Sabeismo. Todos creen que han de resucitar despues de muertos, y que han de volver á la tierra con sus mismos cuerpos, y que empezarán una nueva vida en un parage que no conocen, y en donde no podran padecer ni morir. No tienen mas que una idea muy obscura, ó por mejor decir, ninguna de los castigos de la otra vida; pero creen que su premio será una exîstencia dulce y tranquila en el seno de su familia y con sus amigos. Esta falsa creencia es tambien comun á otras muchas naciones, que he visto en el Africa.

Los Galas que habitan al Mediodia son

por la mayor parte Mahometanos; pero los del Oriente y los del Occidente permanecen idólatras. Se casan entre sí, y no permiten que ningun estrangero se establezca en su pais: sin embargo, á fuerza de paciencia y valor los Moros han tenido habilidad de traficar con ellos con bastante seguridad. Les llevan mirra, sal, y telas groseras azules, que sacan de Surate, llamadas *marouti*: pero la sal es el principal artículo de su comercio.

Los Galas se casan á veces con Abisinias, pero los hijos que nacen de estos casamientos, no pueden obtener ningun empleo entre ellos. He aquí como se hacen los casamientos en esta nacion. El novio se presenta á los padres de la novia, llevando en la mano derecha un puñado de yerba, y en la izquierda un hocico de vaca, y dice: „que „esto jamás entre, y esto jamás salga, si no „cumplo lo que prometo:" quiere decir, que la vaca jamás pueda comer la yerba para alimentarse, y que no pueda digerir la yerba que coma. Despues las obligaciones matrimoniales son muy sencillas: el novio jura á la novia que la dará de comer y beber mientras viva, y enterrarla quando muera.

La poligamia es permitida á los Galas, pero ordinariamente se contentan con una sola muger. Son tan moderados en esta parte, que las mugeres son las que instan á sus maridos para que aumenten el número de

sus mugeres. El amor al aumento de la familia prevalece en ellas á los zelos, heroicidad que no se verifica en ninguna otra nacion del mundo. Una muger que tiene ya dos ó tres hijos, suplíca al marido que tome otra muger; y para obligarle mas, le indica las jóvenes mas bellas que conoce, principalmente las que cree mas propias para aumentar la familia. Luego que el marido ha elegido á algnna, su muger va á la tienda de la doncella, y se sienta delante de la puerta en una postura humilde y suplicante, hasta que la descubren las gentes de la tienda. Entónces dice ella en alta voz; "yo soy "hija de fulano; mi marido posee todo lo "necesario para hacer feliz á una muger. No "tengo mas que dos hijos, y siendo mi fa- "milia tan reducida, suplico á la jóven fu- "lana que está en su tienda, que venga á "casarse con mi marido, para que nuestra "familia se haga poderosa, y en las batallas "mis hijos no sean presa del enemigo." Es preciso advertir que en efecto las familias de los Galas se reunen siempre para pelear, ya en las guerras civiles, ya en las estrañas.

Quando la primera muger ha conseguido otra segunda para su marido, ella misma la conduce consigo á su choza; la entrega á su marido, y dá un banquete á los padres de su nueva compañera. Hace venir á sus hijos, y cada uno de los hombres les va

poniendo las manos en la cabeza, y se obliga con juramento á vivir y morir con ellos como con sus propios hijos. Despues de esta especie de adopcion, los hijos son conducidos á visitar á todos sus parientes, en lo qual emplean siete dias, número misterioso para los Galas. Durante todo este tiempo el marido permanece en su casa con su nueva muger, y pasados los siete dias, dá un banquete, en que la primera muger se sienta junto á él, y la segunda sirve á la mesa. Desde este punto la primera recobra todos sus derechos, y la segunda es tratada por ella cómo una hija querida. ¿Quánto tiempo os parece, Señora, que debia pasar hasta que se estableciese entre nosotros esta costumbre?

Quando muere un Gala y dexa muchos hijos, el primogénito hereda todos sus haberes, sin que los demas participen de nada. Si vive el padre quando un hijo empieza á raparse la cabeza, que es prueba de la edad viril, le regala dos ó tres vacas, y aun mas, segun sus haberes y calidad. Estas vacas, con todo lo que producen, es propio del tal hijo, y quando muere el padre, el primogénito debe entregarselas. Este tiene tambien obligacion de dar á sus hermanas, quando se casan, todo lo que su padre las habia destinado en vida, con lo que haya producido.

Quando un Gala por vejez no puede

aguantar las fatigas de la guerra, está obligado á ceder á su hijo primogénito todo la que posee sin mas obligacion que el mantenerle. Si muere el hijo mayor y dexa muchos hermanos, el mas jóven de ellos debe casarse con su viuda, si está en edad de parir; pero los hijos de este matrimonio son siempre considerados como propios del primogénito; y además el casamiento del mas jóven con la viuda del primogénito no le dá ningun derecho á la herencia de este.

Las principales tribus de los Galas occidentales son los Djavis, los Edjous y los Tolumas: estos eran los que hacian la guerra en el tiempo de mi viage en Abisinia. Son por la mayor parte idólatras; pero algunos de sus hijos, que quedaron en la Corte, se han hecho los mejores Christianos y los mas valerosos soldados de la Abisinia.

No os será molesto el saber como se alimenta esta nacion, y la facilidad con que conducen sus provisiones para atravesar desiertos inmensos, y asaltar de improviso las ciudades y pueblos de los Abisinios. Estas provisiones no son mas que café tostado y molido que mezclan con manteca de vacas, de lo qual hacen unas bolas bastante consistentes para llevarlas en sacos de cuero sin que se deshagan. Una de estas volas que será del tamaño de una vola de villar, mantiene y conserva, segun ellos aseguran, sus fuerzas y valor por

todo un dia de fatiga mucho mejor que el pan y la carne. En Arabia y en Abisinia llaman *bun* al café, pero este último es su verdadero nombre, derivado de Cafa, provincia meridional de Narea. El árbol del café es el mas comun en aquel pais, y se cria desde Cafa hasta las orillas del Nilo.

Es muy notable en los Galas, que su lengua se diferencia absolutamente de todos los idiomas usados en Abisinia, y es casi la misma en todas sus tribus. En adelante tendré muchas ocasiones de hablaros de los estragos causados por esta nacion, que ha conquistado algunas de las mejores provincias de la Abisinia, y que quizá dominaria actualmente en toda la extension de este vasto imperio, si la Providencia no hubiera interpuesto su poder de un modo inesperado, pero mas eficaz que los exércitos mas formidables, y que todas las fuerzas humanas.

Antes de su entrada en la Abisinia los Galas no tenian noticia de las viruelas: esta enfermedad los acometió en una de sus invasiones y causó en ellos tal estrago, que las provincias de que se habian apoderado, quedaron medio desiertas, y en los paises que ocupaban se vieron precisados á hacerse tributarios de la misma nacion, á la qual habian hècho temblar. Sin embargo, su sumision no tiene mas antigüedad que desde

principios de este siglo en el reynado de Yasus el grande, de quien hablaré despues.

Volviendo ahora á la historia de Melec Segued, fue un Príncipe humano, afable y muy diferente de la ferocidad de su padre Menas. Los demas sucesores merecen poca atencion hasta Socinios, que despues de una guerra muy sangrienta, en que venció á todos los que le disputaban la corona, quedó pacífico poseedor del trono de sus mayores. Perdonó benignamente á todos sus enemigos, y volviendo á su Corte se ocupó con el mayor esmero en corregir los abusos y remediar los daños que habia ocasionado tan larga guerra.

Su primer cuidado fue establecer en su imperio la Religion Católica, para lo qual hizo venir á su Corte al Patriarca Pedro Paez, Jesuita muy zeloso, habil y sábio en varios ramos de ciencias y artes. Hizo que en su presencia disputase con los Monges y Sacerdotes de la Iglesia Griega, y habiéndolos convencido, resolvió el Rey abrazar la verdadera religion. Socinios concedió al Patriarca Paez una cierta extension de territorio para fundar un Colegio de Jesuitas, sitio que llamaron Fremona: he aquí las formalidades que se practican quando el Rey concede un terreno en propiedad á alguno. Un Magistrado pasa de órden del Rey al lugar que se ha de ceder: hace venir á to-

dos los que tienen tierras en las cercanías, y registra con ellos los límites. Segun los van reconociendo, van matando de trecho en trecho una cabra, cuya cabeza entierran en los lindes, y esta es la señal de que el terreno se cede para siempre.

Para la mejor inteligencia de este suceso, es preciso que sepais que todas las tierras del imperio pertenecen al Rey; las dá á quien le parece, y las vuelve á recobrar del mismo modo. Quando el Rey muere, todas las tierras, exceptuando las del Abuna ó Patriarca Griego, vuelven á la Corona, y el sucesor dispone de ellas á su arbitrio. Quando muere el poseedor de alguna heredad, esta vuelve al dominio del Rey, y sus hijos nada heredan á no ser que el Soberano les continúe la posesion por un nuevo decreto. El que obtiene la gracia de alguna heredad, goza de ella por toda su vida ó por el tiempo que al Rey le agrada, con la obligacion de acompañar al Rey á la guerra, y de hacer á costa suya qualquier otro encargo que se les mande.

Los Abisinios quedaron sorprendidos al ver el Colegio de Jesuitas fabricado de piedra, de lo qual no tenian idea; pero fue mayor su admiracion quando vieron el palacio que el mismo Patriarca Paez fabricó para el Rey. Su mayor admiracion consistia en ver construir una casa sobre otra,

pues llamaban así á las casas que tenian varios altos. Paez mostró en estas obras toda su industria, y la grande extension de sus habilidades. Era á un mismo tiempo arquitecto, albañil, carpintero, herrero, y manejaba con la mayor destreza todos los instrumentos de estas artes.

Si Paez mostró su gran talento en la fábrica del palacio de Gorgora, mucho mayor zelo empleó en la conversion de la Abisinia á la Religion Católica. El Ras Sela Christos, hermano del Rey Socinios, se convirtió al catolicísimo, y fue el mas zeloso y constante defensor de la Fé. Socinios determinó enviar una embaxada al Sumo Pontifice, para darle parte de su conversion, y prestarle la obediencia, y juntamente para que pasase á España á hacer alianza con Felipe III.

El P. Antonio Fernandez, zeloso Misionero Jesuita, fue enviado para esta embaxada con un noble Abisinio. Partieron de la Corte á principios del año de 1613, y pasaron por la provincia de Gojam, donde era Gobernador Sela Christos, el qual les dió guias para atravesar las provincias de los Shatas y los Galas, que viven al Oriente de Narea.

Habiendo atravesado los viageros el Nilo, entraron en el reyno de Bizamo, habitado por los Galas, los quales les hicieron pa-

gar en sal y telas el derecho de pasar por sus estados. El reyno de Narea es la provincia mas meridional del Imperio de Abisinia, y siempre es gobernada por sus Príncipes naturales, que tienen el título de Beneros. Los Nareanos, que habitan en las montañas, son los menos morenos de todas las naciones que hay en la Abisinia, pues tienen el color tan claro como los Sicilianos; pero los que habitan junto á los lagos, son muy negros, y tienen el cabello lanudo, y las facciones de los Negros. Esta provincia, así en las montañas como en los llanos abunda en ganados, granos y provisiones de todas especies. El oro se vende al peso, y con él se hace el comercio interior. Esta nacion es muy valerosa, y el haber sido sojuzgada, ha consistido en haber sido atacada por otras muchas naciones, unas tras otras, que acometieron á los Nareanos con una numerosa caballeria que era nueva para ellos. Pero al presente, que se han retirado á sus montañas, y están rodeados de lagos y bosques, desprecian todos los esfuerzos de los Galas, y los rechazan siempre que se acercan á sus fronteras. En estas escaramuzas y correrias perpetuas, los Galas cautivan algunos Nareanos, que los mercaderes Mahometanos venden en Gondar. En Constantinopla, en la India, y en el Cairo, las esclavas Nareanas son las mas estimadas

de todas, y á los hombres los tienen por laboriosos, inteligentes y fieles. Los Nareanos de ambos sexôs son por lo general de genio alegre, y quando los tratan bien, cobran bien pronto mucho amor á sus amos. La lengua de las provincias de Narea y de Caffa es particular de estos dos reynos, y no tiene ninguna relacion con los diferentes idiomas de las naciones vecinas.

Seis dias despues de haber salido de Gondar, los Embaxadores de Socinios llegaron á la Corte del Benero: este Soberano de Narea recibió á los Embaxadores con mucha atencion, pero con bastante frialdad, lo qual provenia de las insinuaciones de un Monge Abisinio, que estaba en compañía del Benero. En virtud de la perfidia de este impostor, el Benero resolvió hacer apartar á los Embaxadores del camino derecho, y hacerles pasar por un camino mas largo y mas peligroso, por el reyno de Bali. Este reyno pertenecia antiguamente al Imperio de Abisinia, y esta fue la primera conquista de los Galas. Como los Embaxadores tenian que atravesar el Gingiro, y se hallaba en la Corte del Benero un Embaxador del Soberano de este pequeño estado, el Benero despachó á los Embaxadores con este Ministro, recomendándolos á su proteccion.

El territorio de Gingiro ó Zindero es

muy limitado, y los Embaxadores llegaron á este pais al cabo de seis dias de su partida de Narea. Segun la descripcion de Fernandez, el rio Kibbeé es mas caudaloso que el Nilo, y de corriente mucho mas rápida, de suerte que no se le podria vadear, si no fuera por los muchos peñascos de que está sembrado su cauce. Los Embaxadores le pasaron atravesando árboles de un peñasco á otro: sin embargo, este que parece un inconveniente, es lo que defiende el pais de la invasion de sus enemigos. Los Galas que le rodean por todas partes, le hubieran sojuzgado en menos de un mes, á no ser por la profundidad y rapidez de este rio.

Luego que los Embaxadores pasaron el rio, enviaron aviso al Rey de Gingiro, pidiendole licencia para presentarse; pero á la sazon se hallaba ocupado en un asunto para él de la mayor importancia, qual era hacer conjuros y otras supersticiones, sin lo qual este Soberano no se atreve á emprender nada. El Reyno de Gingiro puede ser considerado como el primero de esta parte del Africa, donde se halla establecida la absurda costumbre de adivinar por medio de la magia: la misma necedad insensata reyna en toda la costa del Océano Atlantico en los reynos de Congo, de Angola y de Benin. El Rey de Gingiro hallò por sus sortilegios, que debia dexar pasar

ocho dias antes de admitir á los Embaxadores á su presencia.

Quando fueron conducidos á la presencia del Rey, le hallaron sentado en una gran galeria abierta solamente por delante, á manera de un balcon, con una graderia delante. Luego que el Embaxador le habló de la carta que trahia del Rey de Abisinia, baxó por la graderia á recibirla de mano del Embaxador en muestra de su respeto á aquel Monarca. Preguntó por su salud, conversó con los Embaxadores por medio de un interprete, y despues subió á sentarse en su balcon, donde leyó la carta, y despues ya no habló con los Embaxadores sino por medio de unos mensageros que baxaban y subian. Dixoles que el Rey Socinios le pedia que los tratase bien, los protegiese, y les diese una buena guardia que los acompañase hasta salir de sus estados, lo qual prometió hacer.

Al dia siguiente los Embaxadores presentaron al Rey, segun la costumbre, un regalo de telas de la India, y otras cosas de que el Rey mostró hacer poco aprecio. En recompensa el Rey envió á Fernandez una doncella jóven, la qual no quiso admitir; y el Rey volvió á enviarle un esclavo y un mulo. Las costumbres de este pais son casi lo mismo que en toda la costa de Angola, aunque Gingiro está mucho

mas cerca del Océano Indiano, que del Atlantico. Los Gingiranos tienen el color obscuro, pero no tanto como los Negros: sus facciones son finas, y tan regulares como las de los Abisinios y los Europeos.

Nada se hace en este pais sin la intervencion de la magia, y por aquí podeis conocer quán degradada se halla la razon humana á tan pocas leguas de distancia. Los Ethiopes, que rodean toda la Abisinia, son mas negros que los Gingiranos, su pais es mas cálido, y son indigenas del pais que habitan; sin embargo, no adoran al diablo, ni pretenden tener comunicacion con él: no sacrifican hombres en sus altares, y en fin, no se halla entre ellos ningun rastro de estas horribles atrocidades.

En las partes del Africa, que tienen comunicacion abierta con el mar, se halla establecido el comercio de esclavos desde tiempo inmemorial; pero el Rey de Gingiro que se halla encerrado casi en el centro del continente, sacrifica al diablo los esclavos que no puede vender á los hombres. Aquí es donde empieza la horrible costumbre de derramar sangre humana en todas las solemnidades: no sé hasta donde se extiende esta atrocidad en el Mediodia del Africa; pero considero el reyno de Gingiro como el término geográfico de esta bár-

bara costumbre por el lado septentrional de esta península.

La Corona de Gingiro es hereditaria en una misma familia, pero no pertenece al primogénito. Se da por eleccion á uno de los Príncipes, y en esto los Gingiranos tienen la misma costumbre que los Abisinios.

Quando muere el Rey de Gingiro, envuelven su cadaver en una tela fina, y matando una vaca, cubren con su piel el cuerpo asi envuelto. Despues todos los Príncipes de la familia Real echan á huir, y se esconden en un bosque; los que están encargados de la eleccion van á buscarlos haciendo una batida. En fin, se aparece un ave de rapiña, que va á volar sobre la cabeza del Príncipe destinado á ser Rey, la qual grita y hace mucho ruido sin moverse de un sitio; por este medio encuentran al Rey, rodeado de tigres, leones, panteras y otras fieras. Esta maniobra, efecto sin duda del artificio de los impostores, ganados para esta supercheria, se atribuye á la mágia y al poder del diablo. Así el hombre ignorante es el juguete de los impostores!

Hallan pues al Rey como á una bestia salvage, y luego que le encuentran, continúa obrando como tal: se arroja á ellos furioso: hiere y mata ferozmente á todos los que le salen al encuentro, hasta que en fin, cediendo á la fuerza, es llevado

atado á su trono, en el qual se porta siempre de un modo análogo á estos principios.

Aunque muchos Gingiranos buscan á su nuevo Rey por el bosque, no por eso la persona que le encuentra, puede llevarle al trono, porque hay una familia que tiene el privilegio de disputar este honor á los primeros descubridores. Mientras están aun en el bosque, las personas de esta familia acometen á los que llevan al Rey: pelean furiosamente; hay muchos muertos y heridos; y si los que acometen pueden sacar al Rey de manos de los que le llevan, gozan de todos los honores debidos á los que eligen al Rey.

Antes de que entre en su palacio, es preciso sacrificar dos hombres, el uno al pie de un árbol que sirve de apoyo á la casa, y el otro en el umbral de la puerta, que riegan con la sangre de la víctima. He oido decir muchas veces á Abisinios, que han estado en Gingiro, que la familia que tiene el privilegio de suministrar víctimas en esta ocasion, está muy ufana por este bárbaro honor, y se ofrecen todos ellos á competencia. Pero volvamos á nuestros viageros.

Estos saliendo del reyno de Gingiro marcharon derechamente al oriente, y entraron en el reyno de Cambat, independiente del Imperio de Abisinia: detuvieronse en San-

gara, capital del país, donde residia un Moro, llamado Amelmal, que era el Gobernador. A la izquierda de Cambat habitan los Guragués, tribu que vive en algunas miserables aldeas, y principalmente en las cabernas de las montañas, los quales acometieron á la carabana, y aunque fueron rechazados, mataron á un jóven de la comitiva, pariente de Socinios. En Sangara un Abisinio Cismático alcanzó la carabana, con intencion de estorbar aquel viage, indisponiendo á Amelmal contra los Embaxadores. Esta oposicion fue causa de detenerse los Viageros tres meses en Sangara. Al cabo de este tiempo marcharon de aqui, y llegaron al territorio de Alaba, independiente del Rey de Abisinia, cuyo Gobernador era Moro. Vino tambien aqui el Abisinio Cismático, y logró irritar tanto á este Gobernador contra los Viageros, que mandó poner presos á todos los de la caravana. El Cismático le aconsejó, que les quitase la vida; pero prevaleció el dictamen de hacerlos volver á Cambat, desde donde tuvieron que volverse á la Corte de Socinios, sin que resultase de ésta embaxada otra utilidad que estas cortas noticias que recogieron en el camino.

Aunque Socinios abrazó el Catolicismo, y no omitió medio alguno para que sus vasallos abjurasen sus errores, castigando con rigor á los Cismáticos; sin embargo, al fin

de sus dias permitió la libre profesion de la secta griega, y renunció la corona en su hijo Facilidas. Este despues de la muerte de su padre volvió á abrazar el rito cismático de los Griegos, persiguió á los Misioneros Católicos, y los desterró de su reyno. En su tiempo padecieron martirio algunos Católicos, y entre otros Sela Christos, tio del apóstata Facilidas, que fue no solo el Católico mas zeloso de la Abisinia, sino tambien el mejor General en todo el reynado de su hermano Socinios.

No quiero cansar vuestra atencion con la enumeracion de los Reyes de Abisinia hasta ahora, y solo haré mencion de Ustas, qué sin embargo de ser un particular, ocupó el trono de este Imperio. Este usurpador que tomó el nombre de Tzai Segued, se conformó con las leyes antiguas de la Abisinia, y no quiso añadir mas novedades á la que le colocó en el trono. Segun una costumbre antigua estos Príncipes empiezan su reynado con una caceriá general. En esta ocasion el Rey acompañado de todos los Grandes del reyno, pasa revista á toda la nobleza, la qual se presenta con todo el aparato posible, con las armas mas brillantes, montada en los mejores caballos, y acompañada de gran número de criados. El sitio destinado para la cacería es el Kolla ó los paises llanos, donde abundan los animales mas cor-

pulentos y feroces, como elefantes, rinocerontes, leones, leopardos, pantheras, búfalos aun mas feroces que estos, javalies, asnos salvages y otras muchas fieras.

Luego que estos animales son ahuyentados de los bosques por los ojeadores y los perros, cada uno de los cazadores solo, ò juntándose con otros segun la grandeza y ferocidad del animal, le acometen armados regularmente con lanzas largas ó con venablos. El Rey (quando no es un niño) se mantiene á caballo en una altura, rodeado de sus oficiales mas ancianos, los quales le van nombrando á los cazadores que se distinguen por alguna hazaña. Cada cazador trae á la presencia del Rey una parte del animal que ha muerto, como la piel de un leon ó leopardo, las hastas de un gamo, el cuerno de un rinoceronte &c. La habilidad, fuerza y tiempo necesarios para arrancar los colmillos del elefante, para cuya operacion emplean el fuego, no permiten que se presenten estos despojos entre los demas. Los colmillos del elefante son destinados para el Rey, que hace de ellos brazaletes, y lleva siempre consigo gran porcion de estos adornos para distriburlos entre los que mas se distinguen en las batallas, y estos cuidan de conservarlos como pruebas de su valor. El honor no es lo único que hace apreciar estos brazaletes: la persona á quien el Rey,

la Reyna Gobernadora, ó algun Gobernador de Provincia da tantos brazaletes que pueda cubrir su brazo hasta la muñeca, se presenta en cierto dia delante de los doce Jueces supremos. Extiende su brazo cubierto de brazaletes, los quales el cocinero del Rey va cortando uno por uno con un cuchillo de cocina, y los Jueces entregan al poseedor de ellos una certificacion, por la qual tiene derecho á una heredad, cuyo producto debe valer mas de veinte onzas de oro, y jamas se le niega la investidura. Sin embargo, no todas las presas se pagan á un mismo precio: el que mata cuerpo á cuerpo á un Gala ó Shangala recibe dos brazaletes: el que mata un elefante, un rinoceronte, un búfalo, un leon, recibe igual premio de dos brazaletes; pero no se gana mas que uno por matar un leopardo, dos javalies, ó quatro fieras inferiores.

Regularmente hay muchas altercaciones en estas cacerías, para cuya decision hay todas las noches un consejo presidido por un Magistrado, llamado el *Dimshasha*, ó *gorra-encarnada*, por un pedazo de seda encarnada que le rodea la frente, y dexa descubierta la coronilla de la cabeza, porque nadie puede cubrirse enteramente la cabeza á excepcion del Rey, de los doce Umbares ó Jueces supremos, y de los principales Sacerdotes. Este magistrado, que está perfecta-

mente instruido en la genealogía é historia de todas las familias, arregla el orden de precedencia en los concurrentes. Cada qual defiende por sí mismo su causa ante el Consejo, y al punto se le sentencia. Es regla establecida, que el que dá el primer golpe al animal, y cuya arma queda clavada, es reputado por vencedor, aunque hayan concurrido otros muchos á matar al animal. Pero hay una excepcion de esta regla, y es quando el animal herido queda todavia con fuerzas para acometer y matar á un hombre ó un caballo. El que entonces evita esta muerte, ó la venga matando al animal, recibe el premio. Esta era antiguamente la única ocupacion de este tribunal, pero yo he hallado extendida su jurisdicion á otros casos. Se presentan á él los asuntos mas serios, y con el pretexto de arreglar el premio de un juego, se sentencia á destierro ó muerte á los principales sugetos del imperio. Las cacerías, de que hablo, no duran mas que quince dias.

El Rey luego que pasa revista á la nobleza, y vé su valor y destreza en la cacería, forma juicio del mérito de cada uno, para emplearlos en la milicia: y despues vienen los Monges y Sacerdotes Cismáticos á pronosticar si su reynado será feliz ó desgraciado.



CARTA XCIV.

Nacion de los Sangalas.

El Kolla ó llanos, donde se hacen estas cacerías, está cubierto de bosques y casi desiertos: las montañas no forman cordillera, sino que estan aisladas, rodeadas de espaciosas llanuras. Los grandes rios y torrentes que se precipitan de las montañas con la mayor violencia en la estacion de las lluvias, han arrebatado toda la tierra dexando las peñas á descubierto, formando grandes hondonadas, en que el agua queda estancada. Como son estas hoyas bastante profundas, y ademas estan rodeadas de grandes árboles, que jamas pierden la hoja, conservan el agua sin evaporarse. Estos árboles cuya altura y extension inmensa de sus ramas excede á toda imaginacion, son el pasto de los animales monstruosos, que son los únicos habitantes de estos parages, y sin ellos y los charcos de agua no podrian subsistir allí los elefantes ni rinocerontes.

En el Kolla viven varias naciones Negras, todas idólatras, y enemigas mortales de los Abisinios. La segunda parte de las cacerías de los nuevos Reyes de Abisinia, se dirige

siempre contra estos infelices Negros, y se escoge para esto la estacion que precede á las lluvias, es decir, el tiempo en que los pobres Salvages preparan al abrigo de un árbol sus miserables provisiones para retirarse á las cabernas, donde pasan el invierno en un perpetuo retiro, pero con la mayor seguridad. Todas estas naciones son Troglo-ditas, y los llaman Sangalas.

Esta nacion era antiguamente muy numerosa, dividida en varias tribus, cada una de las quales habitaba un territorio separado. Cada familia estaba sujeta á un caudillo, y todas obedecian á un Xefe supremo. En la estacion serena estos Sangalas no tienen mas abrigo que los árboles: doblan las ramas inferiores hasta que puedan clavar las puntas en la tierra: despues cubren estas ramas con pieles de animales, de suerte que forma un pavellon espacioso, cuya figura es muy pintoresca. Así, cada árbol es una casa donde vive gran número de Negros, hasta que empieza la estacion de las lluvias. Mientras que habitan en estas chozas, es quando van á cazar con una destreza singular elefantes, rinocerontes, y otros animales. Los Sangalas que habitan junto á los grandes rios ó lagos, exercitan su valor y destreza contra los hipopótamos, que son muy comunes en las aguas estancadas.

En los parages en que el Kolla tiene mas

anchura, ó en que los árboles son mas espesos, se hallan las naciones ó tribus mas poderosas, que á veces han vencido á los exércitos Abisinios, y qué talan y asolan constantemente las provincias de Tigré y de Siré, que son las mas pobladas y belicosas de toda la Abisinia.

El establecimiento mas considerable de los Sangalas es en Amba Tzaada, entre los rios Mareb y Tacazé, donde tienen grande abundancia de caza. En el buen tiempo hacen gran provision de ella para el invierno, cortando la carne en tasajos que cuelgan de los árboles para secarlos. Quando han de comerlos, los machacan con una estaca, despues los cuecen, y últimamente los asan sobre las brasas, y aun despues de todas estas operaciones estan tan duros como cuero.

Los Dobenas, que son los mas poderosos de todos los Sangalas, tienen una especie de autoridad sobre todas las demas tribus de esta nacion, y se alimentan de carne de elefante y de rinoceronte. En los paises en que hay poca agua, y menos árboles, estos Negros comen indistintamente carne de leones, búfalos, javaliés y serpientes. En el valle de Valduba hay una nacion que se alimenta por el invierno de crocodilos, hipopotamos, y todo género de pescados, y en el verano de langostas, cociéndolas primero, y despues las ponen á secar al sol en unos ca-

nastillos muy curiosos, y tan ingeniosamente trabajados que se mantiene en ellos el agua, como en los que ví en la Cafreria. Esta última nacion habita cerca del parage, que los Reyes de Abisinia escogen para sus cacerias; pero no atreviéndose á perseguir á los animales monstruosos, se mantienen á lo largo del rio Tacazé, y á las orillas de los rios que desaguan en éste, donde se alimentan de peces.

En la parte de estas regiones que se extiende hácia el Este, hay otra tribu de estos Negros, inmediatos á las provincias en que manda el Baharnagas, donde hay mucha caballeria. Estos infelices Negros no se atreven á perseguir á los animales, de que abundan sus bosques, por temor de caer en manos de sus enemigos que los persiguen continuamente, porque están obligados á pagar parte de su tributo en esclavos Negros.

La corriente extraordinaria que tiene el rio Mareb por debaxo de la arena, es causa de ver por aquellos parages gran cantidad de abestruces, de que se alimentan los Sangalas, como tambien de una magnífica especie de lagartos, que hasta ahora no ha sido descrita por ningun naturalista. Los Sangalas que se alimentan de estos lagartos, son los mas orientales; y debo advertir aquí, que los antiguos los cono-

cian mas bien que nosotros. Los Egipcios traficaban con ellos, y habia continuas caravanas de Sangalas en Alexandria en tiempo de los Ptolomeos. La mayor parte de las producciones de estos paises, y los mismos Sangalas se hallan citados en la descripcion de la famosa fiesta que dió Ptolomeo Philadelpho, quando subió al trono.

Como el Kolla se hace inhabitable por el tiempo de las lluvias, los Sangalas se ven precisados á buscar otro pais para el invierno. Abandonan entonces sus chozas, y se retiran con su provision de cecina á las cavernas de las montañas, las quales no están formadas como las de Egipto, de mármol, alabastro ó granito, sino de una piedra muy blanda, y facil de labrar, y así forman sus habitaciones como quieren. En estas cabernas, situadas en lo mas inaccesible de las montañas, habitan los Sangalas por todo el invierno, alimentándose con su cecina.

No puedo concluir esta relacion de los Sangalas sin representarlos al salir de sus cabernas, porque esta salida manifiesta una cosa de que hasta ahora no se ha hablado en Europa, y que da mucha luz para el conocimiento de la historia antigua. Apenas ha pasado el sol el zenith, dirigiéndose hácia el Sur, quando cesan las lluvias, y disipándose el velo espeso que por tanto tiem-

po ha obscurecido el cielo, empieza el sol á brillar, volviendo á aparecer toda la belleza del firmamento. Pocos dias bastan para secar tanto la tierra, que se hiende por todas partes, y la hierba se seca enteramente. Entonces los Sangalas saliendo de sus guaridas pegan fuego á la hierba, y este incendio recorre con una violencia increible todo lo ancho del Africa, pasando por debaxo de los árboles con tanta velocidad, que aunque quema la hierba seca, y hace caer las hojas, los árboles no perecen.

Toman varias precauciones para impedir que el incendio se acerque á sus habitaciones, y á los parages en que hay agua; y los Sangalas construyen sus chozas del modo que dixe arriba. No hay espectáculo mas agradable á la vista, que estas chozas cubiertas de la copa de los árboles, pero tienen un grande inconveniente; porqué como se distinguen facilmente desde las alturas, sirven para dirigir á los que quieren acometerlos.

Luego que el terreno se seca, empieza la caza, y con ella el peligro de los Sangalas. Todos los Gobernadores vecinos de estos infelices Negros, desde el Baharnagas hasta el que manda á las orillas del Nilo al Occidente, están obligados á pagar al Rey de Abisinia un tributo de cierto número de esclavos. Quando sorprenden uno

de estos aduares, deguellan á todos los hombres, y tambien matan á muchas mugeres: muchas de ellas se arrojan á los precipicios, otras se ahorcan, se matan de hambre, ó se vuelven locas. Solamente reservan á los niños de ambos sexôs, y á los jóvenes de menos de diez y seis años: el Rey los hace criar, é instruir en la Religion Cismática; y quando son jóvenes, pasan á servir á los principales Señores del Imperio. Los mas robustos, bellos, y que muestran mejores disposiciones, son reservados para el palacio del Monarca. En mi tiempo habia trescientos de ellos que servian á caballo: esta tropa lleva cota de malla, sus caballos son siempre negros, y los mandan estrangeros que sean muy afectos al Rey.

En el tiempo de mi estancia en Abisinia, puse el mejor cuidado en rectificar las costumbres de estos Sangalas, apartando de ellos todo mal exemplo, y premiando á los mas aplicados á la lectura, porque tenian mucho tiempo para leer, particularmente en invierno. Ademas de esto, el gran placer que el Rey tenia en conversar con ellos, animándolos y premiándolos, fue causa de que se hiciesen la mejor caballeria del mundo. Lo mas dificil era conservarlos, porque cada Grande queria tener en su casa uno de ellos para que le guardase la puerta, empleo que exîge mucha confianza en Abisinia.

Antes de que se os olvide lo que he dicho de la costumbre que tienen los Sangalas de quemar la hierba, voy á explicar un pasage del Periplo de Hannon, que se tenia por fabuloso. „Vimos, dice este „osado navegante, siguiendo la costa del „Africa, rios de fuego, que baxaban de „las montañas, y se precipitaban en el mar." Como los rios están cubiertos por las dos orillas de hierbas y cañaverales, el incendio sigue toda la corriente de los rios hasta el Océano, y realmente parece que son torrentes de fuego, como yo mismo lo he observado, y he estado á pique de ser víctima del incendio, y puedo asegurar que el viagero que ignore la causa, debe creer que vé rios de fuego.

Los Sangalas van del todo desnudos: cada uno de ellos tiene varias mugeres, que son muy fecundas. No las incomoda nada la preñez; y quando paren, en vez de meterse en la cama, van al rio ó lago á labarse ellas y el recien nacido en agua fria. Envuelven el niño en un pedazo de tela, hecha de fibras de la corteza de un árbol, y le cuelgan de alguna rama, para que no le devoren las serpientes y las hormigas gruesas de las llamadas termitas, que infestan aquellas regiones. Quando al cabo de algunos dias el niño ha adquirido algunas fuerzas, la madre le lleva á la espalda,

asegurándole con la misma tela con que le envolvió al nacer, y le da de mamar por encima del hombro, porque estas mugeres tienen el pecho de tal conformacion, que las mamilas las cuelgan hasta la rodilla.

Todas las tribus de esta nacion tienen un mismo lenguage, cuya pronunciacion es muy gutural. Adoran varios árboles, á las serpientes, á la luna y á las estrellas en ciertas posiciones, pero jamas he podido comprehender bastante bien su culto, para poder explicarlo: solo sé, que quando una estrella pasa cerca de la luna, se tiene por anuncio de la venida del enemigo. Hay entre los Sangalas sacerdotes, ó por mejor decir adivinos, pero los consideran mas bien como ministros de un espíritu maligno, que como servidores del Sér Supremo. No anuncian sino calamidades, y creen que pueden hacer todo el mal que quieren á sus enemigos, aun desde léjos. Los Sangalas llevan ordinariamente brazaletes de cobre.

He dicho que los Sangalas tienen muchas mugeres, pero esta costumbre no es efecto de una gran propension á los placeres, sino que procede de una causa mas noble. No son los Sangalas los que procuran aprovecharse de la libertad de casarse con todas las mugeres que quieren. Rodeados de enemigos vigilantes y temibles, que los consideran como bestias salvages, y que

los cazan como á las fieras ; colocados en un territorio estrecho, donde jamas pueden distar mas de veinte millas de sus crueles enemigos, que tienen la ventaja de sus caballos y armas de fuego, viven con el mayor sobresalto en la estacion serena del verano ; y durante el estío, quando los exércitos Abisinios siguen á su Rey á alguna expedicion fuera del reyno, los infelices Sangalas se ocupan continuamente en la caza penosa de los elefantes, los rinocerontes y las girafas : despues hacen cecina de la carne de estos animales para el invierno que pasan en sus cabernas, sin tener comunicacion con sus vecinos en los seis meses que duran las continuas lluvias y torrentes que todo lo inundan. En vista de esto no se puede imaginar que los Sangalas procuren multiplicar una casta de hombres, que saben serán tan infelices como ellos ; pero las mugeres de los Sangalas son las que los obligan á tener muchas mugeres para aumentar la familia y por consiguiente sus defensores, como ya os dixe de los Galas.

Los Sangalas, como he dicho, están divididos en varias tribus, y estas se subdividen en familias que se reunen contra sus enemigos comunes, que son los Abisinios y los Arabes. Quando pelean, van reunidas cada una de las familias, y la presa que cogen, se reparte entre los individuos de ellas.

Nò dudo afirmar, que todo lo que se ha escrito hasta ahora de los Sangalas, y de la mayor parte de las otras naciones Negras, es muy poco digno de fé. Para conocerlos bien, es preciso haberlos visto en sus bosques y cabernas con toda la sencillez de sus costumbres, alimentándose del producto de su caza, sin conocer mas licor que el agua pura. Quando los arrancan de sus paises y familia, reduciéndolos á la condicion de los brutos, y precisados á trabajar por un amo, que los trata como á bestias de carga, quando les han hecho necesaria la mentira, el robo, el fraude, y todos los demas delitos de los Abisinios, cuya lista es tan larga: quando han conocido el placer de beber licores fuertes, que aunque muy breve, es el único remedio para olvidar su estado miserable, impidiéndoles reflexìonar sobre el horror de su suerte; en fin, quando los han convertido en monstruos, los pintan como tales, olvidando que son, no como la naturaleza los hace, sino como los vicios de sus tiranos los han corrompido.

Se ha improperado mucho á las naciones Negras del Africa el exceso de la incontinencia; pero despreciando estas injustas acusaciones, yo no cuento sino lo que he visto. En el gran número de negros Sangalas que he visto en Gondar, no he ob-

servado en ninguno de los dos sexôs la menor muestra de incontinencia, y varias razones fisicas me persuaden que es preciso sean todo lo contrario de lo que muchos autores refieren de ellos.

Los Sangalas de ambos sexôs van enteramente desnudos hasta que se casan; pero despues llevan un pedazo de tela estrecha y ligera rodeada á la cintura. Los jóvenes de ambos sexôs, aunque sean grandes, andan desnudos en sus desiertos; pero á pesar de esta desnudez jamas se abandonan á ningun exceso. Las mugeres son ya casaderas á la edad de diez ú once años; pero su fecundidad rara vez pasa de la edad de veinte y dos años: una muger Sangala está mas arrugada, y desfigurada á los veinte y dos años, que una Européa á los sesenta.

Los Sangalas no tienen pan, y en su país no se crian ningunas legumbres ni granos. Desde la niñez se adiestran mucho en manejar el arco: estos arcos son mas gruesos que los comunes, de cerca de siete pies de largo y muy elásticos. Los niños usan de unos arcos tan grandes como los de los hombres, por lo que necesitan apoyarlos en el suelo. Sus saetas son de mas de una vara de largo, y tienen una punta de hierro grosera, y mal hecha. Esta nacion es la única de todos los Salvages que he visto, que no pone ningun esmero en adornar sus armas: para

hacer sus saetas, no emplea mas trabajo que arrancar ramas de palma sin mas pulimento ni ponerles alas.

Tienen estos Salvages una costumbre singular, y es que atan siempre á sus arcos una correa ó anillo de la piel de cada uno de los animales que matan. Poco á poco estos anillos cubren todo el arco, con lo qual se ponen tan duros que no pueden doblarlos, y entonces hacen otro, hasta que con este les sucede lo mismo. Quando muere un Sangala, entierran con él su arco, creyendo que quando resucite lo encontrará. Dicen que despues de resucitados tendrán mucha mas fuerzas, serán inmortales, no padecerán ningun dolor, y gozarán de todos los placeres.

Herodoto hablando de estos paises dice que hay en ellos una nacion llamada los *Macrobios*; pero este no es nombre particular de una nacion, sino un epiteto dado á los Sangalas por los Griegos por causa de que viven mucho.

Los Gubianos y Nubianos, y otras varias naciones Negras que habitan á la falda de las inmensas montañas de Dyre y Tecla, que se cree es el valle de los Garamantas de Ptoloméo, ocupan unos paises en que se halla el oro mas fino del mundo. Estos granos de oro, arrastrados por las lluvias, y esparcidos por los campos, son recogidos por los naturales, y le llaman *Tibar*, y mas co-

munmente *polvo de oro*. La mayor parte de esta preciosa mercaderia es llevada al reyno de Senaar por los comerciantes idólatras y Arabes de Fazuelos y de Sudan.

Aunque Herodoto llama *Macrobios* á los Sangalas, esto es, de *vida larga*, no he visto que alguno de ellos haya pasado de los sesenta años: pero he aquí lo que pudo dar motivo á este error. Algunas tribus de Sangalas matan á los que estan débiles, enfermos y á los viejos: otros honran y protegen á los viejos, y sin duda los Griegos llamarian *Macrobios* á estos últimos, al ver entre ellos mas viejos que en las otras.

En el Periplo de Hannon se dice, que al pasar junto á la costa, donde habitan estas naciones, observó por el dia tan gran silencio como sino hubiese allí ningun habitante; pero por la noche vió muchas hogueras, y oyó mucha algazara de cánticos y danzas. Este hecho ha parecido fabuloso á algunos críticos; pero no hay cosa mas cierta.

Por los parages por donde navegaba Hannon, no hay crepúsculo: las estrellas estan brillando con todo su resplandor, quando sale el sol, y las hace desaparecer de repente. Al salir el sol, el termómetro está de 48 á 60 grados, y á mediodia sube hasta 100 y 115: entonces una floxedad total, una languidez irresistible, y una aver-

sion invencible á toda accion y movimiento se apodera de hombres y animales. Les falta hasta el apetito de comer: el sueño y el reposo es lo único que entónces apetece el cuerpo. Pero luego que el sol desaparece, sucede una noche fresca á los ardores del dia: salen los hombres de sus chozas, encienden hogueras para espantar á las fieras y guisar sus comidas, y empiezan los cánticos y las danzas.

Volviendo á la historia del Rey Ustas, lo mas particular que hizo en su reynado, fue hacer venir á Abisinia Misioneros Católicos, por cuyo medio se convirtió á la verdadera religion, y la observó aunque en secreto. Estos zelosos Ministros del Catolicismo fueron martirizados en el reynado de David, sucesor de Ustas, que habia sido educado por los Monges Cismáticos, y que desde el principio de su reynado dió esta prueba de su fanatismo, haciendo entregar á los Misioneros en manos de sus mayores enemigos los Monges, que los mataron á pedradas.

Este Rey David fue muy fanático. El Abuna que el Patriarca de Alexandría envia á la Abisinia, debe hacer al principio de su entrada la profesion de fe, la qual debe ser conforme á una de las dos sectas de Monges Cismáticos que estan divididos entre sí sobre el misterio de la Encarnacion. El Rey debe tambien hacer su profesion de fe; y habien-

do sido contraria la del Abuna á la del Rey, este envió una partida de soldados Galas al Convento de los Monges de Debra Libanos, donde se habia celebrado la profesion del Abuna, y que eran contrarios á los Monges Eustatianos, cuya secta profesaba David, por haberse criado entre ellos. Los Galas pasaron á cuchillo á los Monges de Debra Libanos, y trayendo al Abuna á presencia del Rey, le obligó á abjurar. David murió poco despues envenenado.

Bacuffa, tio de David, fue elegido por Rey, aunque el Príncipe heredero se hallaba en edad de reynar. Este Rey se habia criado entre los Galas, y habia contrahido toda la ferocidad de esta nacion, por lo que fue muy cruel y sanguinario. Los Reyes de Abisinia tienen cerca de sí un oficial encargado de escribir su historia: quando el Rey muere, esta historia se presenta al tribunal supremo: borran y añaden lo que les parece. Como este empleo hubiera sido tan peligroso en el reynado de Bacuffa, nadie quiso encargarse de ser su historiador, y despues se ha temido llenar este vacío, porque creen que este tirano aun vive, y que volverá con toda su severidad. Esta opinion proviene de que Bacuffa fingió una enfermedad, y esparció la voz de haber muerto: juntáronse los Jueces y Príncipes para tratar de la eleccion del nuevo Rey. En esto se presentó Bacuffa, hizo

un razonamiento al pueblo, diciendo que habia resucitado, y concedió un perdon general.

Un hijo de este tirano heredó la corona por la sagacidad de la Reyna su madre, que le hizo coronar en edad muy tierna, y ella tuvo la regencia por espacio de treinta años. La formula de la proclamacion del Rey de Abisinia es esta: „Bacuffa, Rey de Reyes ha „muerto. Yasus, Rey de Reyes está vivo. „Llorad á los muertos. Regocijaos con los „vivos." El hijo de Bacuffa tomó el nombre de Adiam Segued. Para su coronacion, la Reyna madre estaba sentada en un trono separado, á la derecha del Rey, el qual fue coronado y ungido; su madre fue tambien coronada, pero no ungida, y despues se la hicieron los mismos honores que al Rey.

Sucedio á Yasus II. su hijo Joas, á quien tuvo en su muger Vobit, de nacion Gala, por lo que Joas favoreció mucho á estos bárbaros, y de su introduccion en la Corte se siguieron muchas disensiones y guerras civiles. Micael Suhul, General muy valeroso, ascendió por su habilidad al empleo de *Ras*, que es como un Gran Visir, y llegó á tanto el poder de este Ras, que Joas mas bien parecia su vasallo que su Soberano. La guerra que se encendió contra los Galas, aumentó el poder y reputacion del Ras Micael; y queriendo Joas proteger á Fasil con-

tra él, fue causa de que el Rey tratase de matar al Ras. Este, mas habil y poderoso, hizo asesinar á Joas en su mismo Palacio. El Ras puso en el Trono á Hanes II. hermano de Bacuffa, hombre muy debil, enfermo é incapaz de reynar. Quiso el Ras obligarle á que saliese á campaña contra Fasil, pero Hannes no hizo mas que llorar, y esconderse; últimamente protestó que mas bien dexaria la corona que salir á campaña. Viendo el Rey su obstinacion en no querer salir de Gondar, y el peligro que él corria dexando al Rey en la Corte, le hizo asesinar con veneno.

El Ras Micael puso en lugar de Hanes á su hijo Tecla Haimanut, príncipe de muy bella figura, alto, robusto y hermoso, de suerte que aun en Europa se hubiera hecho admirar. Su talento correspondia á su gallarda presencia, y su prudencia excedia á lo que debia esperarse de su edad juvenil. Se acomodó facilmente con todas las ideas del Ras Micael, y mostró tanto deseo de salir á campaña contra Fasil, como repugnancia habia tenido su padre. Llamaba padre al Ras, y en una enfermedad que este tuvo, no se apartó de su cabecera.

Como esta fue la época en que yo entré en Abisinia, me será preciso detenerme en contar con alguna mayor extension los sucesos de esta guerra, pues sin este preliminar no

se pueden entender los sucesos en que yo tuve grande parte.

Salió el exército de Gondar con el Rey y el Ras, y se dirigió á Azazo y á Dingleber. Fasil estaba en Buré, donde habia juntado un numeroso exército de Damotos, de Agous y de Maitsas: ademas Veleta Yasus, su lugar-teniente, le habia traido un gran número de aquellos Galas Salvages, que habitan á la otra parte del Nilo, aunque le habia costado mucho trabajo el persuadirlos por el temor que habian cobrado á las armas de fuego. Fasil para quitarles este miedo, hizo que disparasen muchos tiros sin bala, apuntando de cerca á los Galas, y despues hizo disparar con bala á un ganado que estaba distante. Como los tiros de pólvora sola no hicieron daño, y por otra parte vieron las reses heridas, hizo creer á los Galas que las armas de fuego solo eran peligrosas á lo léjos, pero que acercándose al enemigo no hacian daño.

Luego que el rebelde Fasil supo que el Ras marchaba contra él, se dirigió á salirle al encuentro para dar batalla al exército del Rey antes de que entrase en las ricas provincias de los Agous, de las quales él sacaba sus víveres, y queria imponerlas un tributo. Pero la conducta del Ras inutilizaba estos proyectos, pues apenas entró en una provincia del gobierno de Fasil, empezó á arra-

sarlo todo á sangre y fuego. Como Micael conocia perfectamente el pais, habia ya elegido en su idea el campo de batalla, y hacia todo lo posible para atraher á su enemigo.

Continuó talando por dos dias, despues de lo qual se dirigió á marchas forzadas á Fagita, donde llegó antes de lo que esperaba Fasil. El campo de batalla que el Ras habia resuelto tomar, era por un lado pedregoso, desigual, lleno de arrecifes; y por el otro llano y cubierto de hierba espesa. Entre estos terrenos tan diferentes corria un arroyo, cuyo cauce estaba lleno de piedras gruesas. Michael tenia el Nilo á su izquierda, y colocó sus lanzas y mosquetes en el terreno desigual, porque él contaba siempre poco con su caballeria.

La grande Iglesia de San Miguel y la de San Jorge distantes media legua una de otra, y rodeadas de un bosque espeso de cedros, se hallaban en sus dos flancos. Un valle profundo estaba detras del terreno llano, y descendia con alguna pendiente de las famosas fuentes del Nilo, que no distaban mas que una jornada del campo de batalla. El Ras formó su exército detras de las dos Iglesias, y colocó delante de cada una de ellas quinientos fusileros, emboscados entre los cedros. Su caballeria formaba el frente de la batalla, porque el Ras sabia que los Galas no la temian, y la aco-

meterian con ímpetu. Dió el mando de ella á Povusen, oficial valeroso y experimentado, con órden de que se adelantase con algunos piquetes.

Luego que salió el sol, los Galas empezaron á salir del valle, y se extendieron por la llanura, aunque todo el exército aun no habia llegado. Ya ocupaban la mayor parte de la llanura, quando Povusen fingiendo temor á su multitud, se puso en huida, atravesó el arroyo, y se unió con su caballeria formada en batalla delante de las dos Iglesias. Los Galas quisieron perseguirle, pero les embarazaban el paso las grandes piedras del arroyo, por lo que se detuvieron en el paso. Viendolos en esta disposicion, un Abisinio, criado del Ras, disparó un fusilazo contra ellos, y mató al caudillo de los Galas. Quedaron estos al pronto pasmados, pero despues levantando el grito de *zibib ali*, que quiere decir *trahen balas*, huyeron con la mayor precipitacion, esparciendo el terror y confusion en todos los que venian detras. Nadie sabia lo que habia dado motivo á aquel desorden: Veleta Yasus, que mandaba la vanguardia de Fasil, fue arrollado por su esquadron, y el mismo Fasil que aun no habia entrado en el valle con sus Agous y Damotos, preguntaba lo que habia sucedido, y nadie le daba razon.

Micael me ha contado varias veces, que él mismo montado en su mula, observaba desde una altura la huida y confusion de los Galas sin poder adivinar la causa; de suerte que aunque era el hombre de mas espíritu y presencia de animo que he conocido, permaneció por algun tiempo como pasmado sin dar ninguna órden. Sin embargo, los fusileros emboscados y Povussen que habian distinguido bien el efecto del fusilazo, no se detuvieron en acometer al enemigo en el valle. Fasil, desesperado al ver aquella derrota, cuya causa no podia adivinar, se metió en medio de los Galas, haciendo frente á los que le acometian, y procurando detener á los fugitivos. Pero los fusileros emboscados en vez de entrar en el valle, se subieron á las alturas que le dominaban, y desde allí á su salvo hicieron todo el fuego que pudieron contra los fugitivos.

Fasil perdió gran parte de su exército, pero observando un parage cómodo para trepar á la montaña, hizo le siguiese un destacamento de caballeria, ocupó la llanura detras de los fusileros del Ras, y mató unos trescientos de ellos. Contento con esta ventaja, y viendo su exército dispersado, pasó el Nilo por Geesh, y se acampó cerca del lago de Guderu, con la mira de pasar allí la noche, y recoger sus tropas.

Los soldados del Ras no prosiguieron el alcance: pero Povusen con un destacamento de caballeria escogida siguió á Fasil por el rastro, y le alcanzó junto al lago, poco antes de anochecer. La mortandad fue entonces muy grande: todos los heridos del exército de Fasil, y los que por el cansancio no pudieron escapar, fueron pasados á cuchillo. Fasil se puso en salvo, sin hacer la menor resistencia, y Povusen volvió al dia siguiente á los reales.



CARTA XCV.

Viage de Masuah á la Abisinia.

En este tiempo me hallaba yo en Masuah, adonde habia llegado, despues de haber adquirido un firman del Gran Señor, y las cartas de recomendacion mas poderosas.

Masuah es una isla pequeña del Mar Roxo, situada cerca de la costa de Abisinia con un buen puerto. La isla tendrá unos tres quartos de legua de largo, y una media legua de ancho: una tercera parte ocupan las casas, otra tercera las cisternas para recoger el agua llovediza, y lo de-

mas sirve de cementerio. Esta ciudad fue ocupada por los Turcos en tiempo del Sultan Selim, y á la sazon era un emporio muy floreciente. En Masuah se vendia oro, marfil, elefantes, pieles de búfalos, y sobre todo esclavos, que se compraban allí mas caros que en ninguna otra parte, porque los que allí se conducian, eran mucho mas apreciables por sus buenas qualidades, que los demas esclavos Africanos. Ademas Masuah suministraba perlas muy gruesas y de muy bello color, que se pescaban en aquellas costas: en fin, todas estas preciosas mercaderias y la comodidad del puerto atrahian allí á muchos comerciantes, á pesar del inconveniente de carecer de agua viva.

Mientras que floreció el comercio, Masuah fue muy freqüentada, pero fue bien pronto abandonada baxo la opresion de los Turcos, que acabaron de aniquilar en el mar Roxo el comercio de la India, el qual se habia disminuido mucho por el descubrimiento del Cabo de Buena Esperanza, y los establecimientos de los Portugueses en la India. Los Turcos pusieron al principio un Baxá en Masuah para su gobierno; pero viendo que habia descaecido tanto su comercio, no les pareció que merecia el gasto que les costaba. Quando estos conquistadores se apoderaron de esta Isla, su prin-

cipal auxîliar fue una tribu Mahometana, llamada Belavé: en recompensa de sus servicios, los Turcos cedieron á su Comandante el gobierno civil de esta Isla, y desde entonces este Gobernador tomó el títutulo de Naib de Masuah. Despues quando se quitó de allí al Baxá, el Naib quedó por único y verdadero Soberano de esta Isla, aunque para la formalidad se le daba la posesion por un firman del Gran Señor, mediante un tributo anual que pagaba á la puerta.

Los Genizaros que quedaron de guarnicion en esta Isla, prosiguieron cobrando su sueldo de Constantinopla, se casaron con mugeres del pais, y sus hijos heredaron sus empleos; pero con el tiempo no reconocieron mas Soberano que al Naib.

Este Gobernador considerando la decadencia de los Turcos en la Arabia, y por otra parte el poder del Rey de Abisinia, tan cercano, buscó su seguridad en la alianza de éste, prometiendo darle la mitad de los derechos que se cobrasen en Masuah, y con esta condicion el Rey de Abisinia se ofreció á no molestarle. Esta Isla, como ya he dicho, carece de agua, y no puede proveerse de viveres, sino de la Abisinia.

Casi lo mismo se puede decir de Arkeko, ciudad grande, situada en la bahia de Masuah; es verdad que tiene agua, pero

carece de todo género de provisiones. El Naib de Masuah con el discurso del tiempo no solo se eximió de pagar el tributo á la Puerta, sino que tambien se aprovechó de las turbulencias y debilidad del Rey de Abisinia para negarle la mitad de los derechos que debia pagarle. Esto era poco antes de mi llegada á Masuah: el Rey Hañes tenia mas de setenta años, y era incapaz de hacerse respetar; el Ras Micael tenia cerca de ochenta, y ademas se hallaba tan estropeado de una herida que habia recibido en una pierna, que no podia tenerse en pie. El Naib, que tendria unos quarenta y ochos años, juzgó que el poder de la Abisinia se hallaba en tal decadencia, que no podria tomar satisfaccion de él, pero se engañó.

El Ras envió á decirle, que quando saliese á campaña, dexaria á Masuah y Arkeko, tan desiertas como el Samhar; y sin embargo del temor que en todas partes se tenia á Micael, el Naib no quiso enviarle ningun dinero, ni tampoco al Baxá de Gidda. Este hizo un convenio con un oficial que tenia mucho influxo con el Sherif de la Meca, llamado Metical Aga, y era su Selictar, ó porta-espada. Metical Aga tenia un mando absoluto en todos los estados del Sherif, y estaba intimamente coligado con el Ras Micael á quien habia su-

ministrado las armas de fuego y municiones de guerra que necesitaba. El Baxá pues se sirvió de Metical Aga para informar al Ras de las quejas que tenia contra el Naib, suplicándole le obligase á pagarle el tributo debido. Juntamente envió al Naib el firman de Gran Señor repitiendo la demanda del tributo.

Mahomet Giberti, que estaba al servicio del Metical Aga, se habia embarcado conmigo; pero Abdelcader portador del firman y del mensage del Baxá, se habia embarcado en otro navio y llegó antes que yo á Masuah. Este, que habia sido testigo de los honores que me habia hecho el Baxá, y los oficiales de los navios Europeos que estaban en Gidda, ponderó al Naib, que yo era un Príncipe que llevaba las mas poderosas recomendaciones de la Puerta, del Baxá, del Patriarca de Alexandria, de Metical Aga, y que viajaba por curiosidad. Estos informes que debian haberme servido de salvaguardia, casi me pusieron á peligro de perder la vida.

El Naib juntó consejo para saber de que modo se habia de recibir al pretendido Príncipe: algunos de sus consejeros fueron de parecer, que siguiendo la costumbre ordinaria de Masuah en órden á los estrangeros, se matase al Viagero, y se distribuyese entre la guarnicion todo lo que traxese. Pero Achmet, sobrino del Naib,

y que era su heredero presuntivo, por no tener hijos el Naib, se opuso á esta bárbara resolucion, declarando que era su voluntad se me tratase con distincion hasta ver mis cartas de recomendacion; que si yo no era de aquellos *Gehennin*, ó Francos que solo venian á perturbar el país, no permitiria que se me hiciese el menor agravio. Ved aquí, Señora, como mi vida solo consistió en que se hallase en aquel consejo un hombre prudente y humano como era Achmet. Este jóven, que despues me hizo tambien otros servicios no menos importantes, debia suceder á su tio, el qual se hallaba ya perlático, y medio valdado, sin que le quedase vigor mas que para formar engaños y perfidias. Achmet era de un temperamento débil y enfermizo, pero muy vivo, agil, y valeroso: y en fin tenia tal predominio sobre el Naib, que consiguió se le confiase mi destino.

Llegamos á Masuah, y yo no tuve por conveniente desembarcar: Mahomet Giberti, de cuya fidelidad yo estaba bien asegurado, desembarcó al punto. Como era Abisinio, y tenia conocidos en Masuah, envió las cartas de recomendacion que traiamos para Janni, Griego confidente del Ras Micael, participándole que traiamos cartas de Metical Agá para el Ras, y otras para él de parte del Patriarca de Alexandría, cuyas copias le remití. Este Janni, que residia en Adoua, era un hombre muy distinguido por su honra-

dez, por lo que el Ras le habia nombrado por Intendente de la aduana de Adoua y de todas las rentas de la Provincia.

Mahomet Giberti, ademas de haber hecho esta diligencia con tanta prontitud y secreto, que el Naib no pudo tener la menor noticia, tuvo una conversacion particular con Achmet, confirmándole en la buena opinion que habia tenido de mí en el consejo de su tio. Al dia siguiente Mahomet Giberti envió una persona de su confianza para conducirme á tierra. El Naib se habia quedado en Arkeco, pero Achmet habia pasado á Masuah, para cobrar los derechos del navío en que habiamos venido. En medio de la plaza del mercado habia dos sillas de brazos, en una de ellas estaba sentado Achmet, y la otra estaba vacia. Luego que le descubrí aceleré el paso: quando estuve cerca de él, se levantó, y nos dimos las manos; despues cada uno de los dos tocamos nuestras bocas con las puntas de los dedos, como quien hace un besamanos; cruzamos luego los brazos sobre el pecho, y pronuncié la salutacion con que empieza siempre el inferior, diciendo: *Salam Alicum*, la paz sea entre nosotros; y él respondió: *Alicum Salam*, la paz es entre nosotros. Despues me señaló con el dedo la silla vacia que estaba á su lado, y aunque reusé sentarme, él me obligó á hacerlo.

En estos paises el hacer muchos honores al primer recibimiento es indicio de que

esperan del estrangero un gran regalo. Achmet hizo al punto señal para que nos traxesen café, porque quando ofrecen al estrangero de comer ó de beber, es señal de que su vida no corre peligro. Tuvimos una larga conversacion, y habiéndole entregado las cartas del Sherif y de Metical, me dixo, que entregase la del Sherif al Naib, y él se guardó la de Metical, que iba dirigida á él. Luego que acabamos de tomar el café, yo me levanté para despedirme, pero inmediatamente me ví bañado de pies á cabeza de agua de azar, con que me rociaron dos esclavos, que estaban á mi izquierda y derecha con dos jarrones de plata.

Me habian preparado de órden de Achmet una casa muy aseada, y apenas entré en ella con mi comitiva, recibimos una gran comida de parte de Achmet con muchos limones y agua fresca, que fue para nosotros la cosa mas preciosa y delicada. Poco despues nos remitió todo nuestro equipage sin que le hubiesen registrado, lo que me agradó en extremo, pues temia que aquellos bárbaros me maltratasen mi telescopio, quadrante, y demas instrumentos que llevaba.

Por la noche vino Achmet á hacerme una visita, en que conversamos largamente, y quedamos muy amigos. Al despedirnos le llamé aparte, y le dixe, que sabiendo habia encargado le buscasen en Gidda un par de pístolas, queria regalarle unas que yo traia

trabajadas con el mayor primor, y que le habia llamado aparte, por si acaso tenia reparo en llevarlas él mismo, ó si queria enviar á buscarlas con alguna persona de confianza, para que no lo supiese el Naib. "Guarda, me dixo, las pistolas, y no las muestres á nadie, hasta que yo te envie una persona de confianza. Nadie lo sabrá sino los dos, porque hay aquí gran número de personas que son mas bien diablos que hombres. Pero *Dios es grande*! La persona que te traxere dátiles secos en un pañuelo de Indias, con un cántaro de barro, me traerá las pistolas. Entre tanto duerme tranquílo, y nada temas; pero no te fies de los Cafres de Habesh que hay en Masuah."

Poco despues de haberse marchado Achmet, se me presentó una esclava jóven, trayéndome en un pañuelo de Indias dátiles secos, y un cantarillo de barro sin barniz en que se mantiene el agua muy fresca. Entregué las pistolas, y las llevó á Achmet, que al punto se embarcó para ver á su tio en Arkeko. Vino el Naib al dia siguiente á Masuah: acompañabanle tres ó quatro guardias montados en muy malos caballos, y unos quarenta Salvages medio desnudos y á pie, armados de lanzas y puñales. Un tambor que precedia al Naib fue tocando desde Arkeko hasta enfrente de Masuah, pero luego que el Naib entró en la barca, cesó este tambor, y empezaron á tocar los tambores de

lo que se llama el castillo de Masuah. Este edificio no es mas que una choza, donde hay un cañon sin cureña, el qual nunca se dispara sin estropear á algunos. Los tambores son unos barriles de loza, semejantes á los que se usan para transportar la manteca en Arabia, y como estan cubiertos con un pedazo de piel, parecen propiamente barriles de manteca tapados con un pergamino.

Toda la comitiva del Naib era por este tenor: él traia una especie de vestido Turco, que le venia muy corto, y tenia trazas de haber sido hecho en tiempo de Selim. En la cabeza traia un turbante muy alto, pero tan estrecho que no le cabia en la cabeza, y este fue el trage con que recibió la investidura del Gobierno de Masuah; desde aquel punto hizo que le llamasen Omar Agá, en calidad de Representante del Gran Señor.

Dirigióse primeramente á la mezquita, y despues se retiró á su casa. Presenteme á él, y le encontré sentado en un almohadon con su guardia formada en dos filas desde la puerta hasta su puesto. No tenia mas vestido que una camisa grosera de algodon, tan sucia queseria imposible limpiarla, y tan corta que no le llegaba á las rodillas. Este Naib era muy alto y delgado; su color era negro, la nariz muy larga, la boca grande y sin mas barba que un mechoncillo de pelos en la barbilla. Su fisonomía indicaba un hombre tan estúpido y brutal como malig-

no y traidor. Presentele mi firman : el primer Baxá del Imperio Turco se hubiera al punto levantado, hubiera besado la carta, y se la hubiera puesto sobre la frente; pero él ni aun quiso recibirle, y rechazándolo con desden me dixo que se lo leyese. Respondile que estaba en Turco, y que yo no entendia esta lengua: ni yo tampoco, replicó, y no pienso aprenderla en mi vida. Entreguéle las cartas de Metical Agá, del Sherif, del Baxá, y del Agá de los Genízaros del Cairo: tomólas con las dos manos, y dexándolas á un lado sin abrirlas, »debieras, me »dixo, haber traido contigo un Molah para »leer todas estas cartas. Pensarias tú, que »yo me habia de poner ahora á perder el »tiempo en leerlas: necesitaba para ello un »mes." Al mismo tiempo continuó mirándome con la boca abierta y con un aspecto tan bobo, que apenas podia yo contener la risa. La conversacion duró poco; y presenté al Naib un regalo, que parece no le desagradó, y con esto me despedí muy poco satisfecho del recibimiento de este bárbaro.

El Naib me envió á pedir un gran regalo, encargándome que lo repartiese en tres porciones, y se le presentase en tres dias diferentes, enviandome la lista de los géneros que mas lé agradaban; la una porcion era por ser Naib, la otra por ser Omar Agá, y la tercera por haber dexado pasar mi equipage sin registrarlo. Yo fiado en la

proteccion de Achmet le respondí, que yo no era mercader, y que no debia pagar ningun derecho. Envióme á llamar; le encontré muy encolerizado; nos diximos palabras muy pesadas, y últimamente le manifesté, que habia ya escrito al Rey de Abisinia y al Ras Micael, y que si no me dexaba continuar mi viage, veria lo que le sucederia. Entonces el Naib muy irritado, dixo en voz baxa: tambien á Micael! Pues bien, continúa tu viage, pero cuidado con los peligros que te esperan.

No quiero molestaros con la relacion de los medios infames que empleó el Naib para impedir mi viage á Abisinia; pero en fin atemorizado con las cartas que me envió Jenni de parte del Ras Micael, y por medio de Achmet logré al cabo de mas de dos meses me permitiese marchar dandome un guia, llamado Salomé, y otros quatro hombres de su confianza. Partimos en fin de Arkeko, y segun las instrucciones de Achmet nos dirigimos hácia el Sur, y despues de una hora de marcha, planté mi tienda junto á una cisterna. Desde allí las montañas de Abisinia, formando tres cordilleras una sobre otra, presentan una figura muy singular. Por encima de estas masas enormes se eleva el Taranta, que yo tengo por una de las montañas mas altas del mundo: su cima siempre cubierta de nubes solo se descubre en los dias muy serenos, y de ella

salen los relámpagos, rayos y tempestades. El Taranta está comprendido en aquella larga cordillera de montañas de la Abisinia, que sirven de linea de demarcacion á las dos estaciones opuestas. Al oriente de estas montañas, por el lado del mar Roxo, la estacion de las lluvias dura desde Octubre hasta Abril; y á la parte de occidente, esto es, mirando á la Abisinia, las nieblas, lluvias y frio duran desde Mayo hasta Octubre.

Aquel mismo dia vino un mensagero de parte del Naib á llamar á Salomé, sin duda para darle algunas órdenes para perderme; y al dia siguiente vino Achmet, el qual nos quitó los quatro hombres que nos habia dado el Naib, reemplazándolos con quatro criados suyos. Entró despues en mi tienda, pidió café, y mientras lo servian, me dixo: »bien persuadido estarás de mi amistad, y »sino lo estás, ya es tarde para convencerte. »Sin embargo, es preciso decirte el motívo »de lo que acabo de hacer. No pasarás por »Dobarva, aunque es muy buen camino, pe»ro conviene preferir el mas seguro al mas »cómodo. Salomé sabe el camino de Dixan »lo mismo que el otro. Tú quizá te enfadarás contra mí quando sudares al trepar por el Ta»ranta; pero vuestra fatiga será bien recom»pensada con la seguridad de que gozareis. »Dobarva pertenece al Naib, y yo no sé qué »órdenes puede haber dado á sus esclavos; »pero yo mando en Dixan, y no temo os

„suceda ningun peligro, aunque los habitan„tes son tan perversos como los de Dobarva. „Yo he escrito á mis oficiales y os tratarán „bien. Tu eres fuerte y robusto: creo pues „que el mayor favor que puedo hacerte, es „enviarte por un camino dificil pero sin em„boscadas."

Concluido este discurso, Achmet repitió sus órdenes á Salomé; despues de lo qual nos levantamos todos, y pronunciamos el *Fedtah* ó la oracion de paz. Acabada esta ceremonia, Achmet tomó un pedazo de muselina de manos de un esclavo, y me la ciñó á la cabeza del modo que se adornan los principales de Dixan. Despues se despidió de mí diciendo: „el que fuese enemigo tuyo, „lo será tambien mio: sabrás de mí por Ma„homet Giberti."

Confieso que á este buen amigo debo el haber salido con vida de Masuah, y el no haber muerto en el camino, si hubiera pasado por Dobarva. Continuamos nuestra marcha, y encontramos en el camino varias quadrillas de pastores Shihos con sus mugeres é hijos. Así baxan todos los años de las altas montañas de Habesh, y llevan sus ganados á las llanuras cercanas al mar, para aprovecharse de las yerbas que allí nacen en Octubre y Noviembre, despues que han apurado los pastos del otro lado de las montañas. Los Shihos son generalmente cobardes; pero la costumbre de mudar continuamente

de domicilio, los hace muy propensos al robo, por lo que hay un proverbio antiguo en Abisinia que dice, *guardate de hombres que beben de dos aguas.* Lo que prueba que esta costumbre de robar es muy antigua en estas naciones nómadas.

Los Shihos eran antiguamente muy numerosos, pero así como las demas naciones que tienen relacion con Masuah, han padecido mucho por los estragos de las viruelas. De todos los pastores que viven en las cercanias del mar Roxo, los Shihos son los mas negros. Todos van vestidos: las mugeres llevan camisas de algodon muy largas con las mangas muy anchas, que las llegan hasta los tobillos, y se ciñen con un cinto de cuero. Los hombres llevan calzones de coton, pero tan cortos que no les pasan de la mitad del muslo, y se cubren las espaldas con una piel de cabra. No tienen tiendas ni casas, pues unas veces habitan en las cavernas de los montañas, otras debaxo de los arboles, ó en unas chozas muy pequeñas fabricadas de una especie de juncos.

Los Shihos que encontramos eran unos cincuenta hombres y unas treinta mugeres, pues esta nacion no admite la poligamia. Cada hombre llevaba en la mano una lanza, y un cuchillo á la cintura. Observé que nuestro encuentro les causó sobresalto: yo saludé al capataz, y le dixe si queria venderme un cabrito: él no me correspondió, sea que no

entendiese el Arabe, ó que no quisiese contextarme.

No quiero molestaros con la enumeracion de las inmensas fatigas que pasamos al subir la montaña de Taranta: en fin llegamos á la cumbre, donde encontramos una gran villa llamada Halay, la primera que habiamos visto desde nuestra partida de Masuah. Esta villa está habitada principalmente por esclavos y pastores, que guardan los ganados de los ricos de Dixan. Los habitantes de Halay no son negros sino de un color de cobre: llevan la cabeza descubierta, sandalias en los pies, una piel de cabra á los hombros, y un pedazo de coton rodeado á la cintura. Sus cabellos son cortos y ensortijados, y se parecen á los de los Negros de la parte occidental del Africa, pero esto no es efecto de la naturaleza sino del arte, pues se los rizan rodeándolos á un palillo. Los hombres van siempre armados con dos lanzas, un gran escudo de piel de buey, y de un gran cuchillo, cuya hoja tiene diez y seis pulgadas de largo y tres de ancho. Llevan este cuchillo al lado derecho, asegurado en un cíngulo de coton que les da unas seis vueltas al cuerpo.

En Halay hay abundancia de todo género de ganados: los bueyes y las vacas son de extremada belleza, principalmente estas últimas; son por la mayor parte blancas, y tienen un pelo tan fino que parece seda. La papada las cuelga hasta las rodillas: su cabeza

es perfectamente formada; las piernas son muy delgadas, y las hastas muy bien torneadas y largas. Los carneros son muy grandes y todos negros: su cabeza es muy gruesa y las orejas muy pequeñas. En vez de lana tienen pelo, así como los demas carneros de entre los trópicos, y este pelo es muy notable por su lustre y finura, y no se ensortija como el de los carneros de Beja y de Senaar: pero no son tan gordos, ni su carne tiene el gusto tan delicado como los carneros de los climas mas calientes. Las cabras de Halay son tambien muy grandes y tienen el pelo corto y fino.

Sobre la cima del Taranta hay una llanura, en que habia muchos sembrados de trigo que estaban ya en sazon para segarlos. El grano es bueno y de muy bello color, pero no es tan grueso como el de Egypto. Las espigas no estan espesas, y ordinariamente la caña no pasa de catorce pulgadas de alto. El agua de Taranta es muy mala; pues no beben de otra que la que dexan las lluvias en los agugeros de los peñascos y en las cisternas.

Baxando del Taranta llegamos á Dixan, que es la primera ciudad que se encuentra entrando en Abisinia por el lado de Taranta. Dixan está construida sobre una montaña que tiene la figura de un pilon de azucar, y está rodeada de un valle profundo que la sirve de trinchera. Esta ciudad así como un gran distrito y varias aldeas obedecian anti-

guamente al Baharnagas, y era una de las plazas mas fuertes de su gobierno. Pero quando el Baharnagás se reveló contra el Rey de Abisinia en la guerra de los Turcos, la Corte de Abisinia no quiso tomar providencia contra las usurpaciones del Gobernador de la provincia de Tigré, y este se fue apropiando gran parte de la autoridad del Baharnagas. La ciudad de Dixan se atrevió á declararse independiente, y fue sostenida por el Naib, pero en el reynado de Yasús II. el Ras Micael la sitió con un exército numeroso; al cabo de tiempo se le entregó á discrecion por falta de agua, y Micael hizo en ella los mayores estragos pasando á cuchillo á todos los habitantes. Despues el Ras dió esta ciudad en arrendamiento al Naib, el qual volvió á poblarla.

Esta ciudad está dividida en dos partes, que llaman la ciudad alta y la baxa: en la baxa habitan los Christianos, y en la otra los Mahometanos del partido del Naib. Los Moros establecidos en la ciudad baxa obedecian á Achmet, y los Christianos no reconocian mas superior que á Janni, el Intendente de Adoua, y que cuidaba de todas las aduanas de Tigré y de Dixan. Salomé queria conducirnos á la ciudad alta, porque su padre era el que mandaba allí en nombre del Naib; pero yo temiendo alguna traicion, y aconsejado por un criado de Janni me quedé en casa de un amigo de Janni. Poco despues

vino Salomé acompañado de unos veinte hombres, reclamándonos en nombre del Naib; pero un amigo de Achmet, á quien este nos habia recomendado, acercandose á Salomé, le reprendió agriamente y levantó el baston para darle de palos, con lo que huyó toda su gente.

En Dixan sucede lo que en la mayor parte de las ciudades fronterizas, esto es, que se juntan en ella los hombres mas perversos de los dos Estados. La ciudad está bastante poblada, aunque no se hace en ella mas que una especie de comercio el mas cruel y bárbaro, que es vender niños. Los Abisinios conducen allí los que roban en su pais, los Moros los reciben, los revenden en Masuah, y de allí los pasan á la Arabia y á la India. Los Sacerdotes Cismáticos de la provincia de Tigré, y principalmente los de las cercanías de la montaña de Damo se emplean en este infame tráfico. El Ras Micael ha dado permiso á algunos de ellos para hacerlo, con la condicion de que le han de dar cierto número de fusiles por cada docena de esclavos exportados. Ninguna cosa puede daros mas clara idea del modo con que se hace este comercio, que un lance que sucedió estando yo en Abisinia, y que me contó el mismo Ras Micael; y este suceso os hará tambien conocer á que excesos no se arrojan los que han abandonado la verdadera Religion.

Dos Sacerdotes Cismáticos del Tigré, que habitaban cerca de la montaña de Damo, vi-

vian en la mas íntima amistad. El mas jóven se casó y tuvo dos hijos ; el otro no tenia hijos, y continuamente improperaba á su amigo el que tuviese á sus hijos ociosos en casa, sin darles una carrera para que ganasen la vida. El padre se excusaba con su pobreza, y con no tener parientes que le ayudasen; pero su amigo le ofreció colocar á su hijo mayor, que tendria unos diez años, en casa de un pariente suyo, que no tenia hijos, y que le proveeria de todo. Aceptó el padre la oferta con mucho agradecimiento, y entregó su hijo al falso amigo, que le llevó inmediatamente á Dixan y le vendió. A su vuelta hizo al padre una relacion magnífica del buen trato que daban á su hijo, y de las esperanzas de su acomodo, despues de lo qual le dió una pieza de coton, como un regalo del patron de su hijo.

El menor de los hijos que tenia ocho años, oyendo ponderar la buena fortuna de su hermano, hizo tantas instancias por verle, que sus padres consintieron. El pérfido viejo se hizo de rogar, afectando escrúpulos, y protestó que no se atrevia á encargarse de conducir á un niño de tan poca edad; si su madre no le acompañaba. Todo se dispuso á su gusto, y fue á Dixan á vender la muger y el segundo hijo de su amigo. A su vuelta, dixo á este, que su muger queria pasar algunos dias en casa del patron de su hijo mayor, y que le suplicaba fuese á traerla al

cabo de ciertos dias. Luego que llegó este término, los dos amigos partieron juntos para ir ver á la familia, y quando llegaron á Dixan ya el viejo habia vendido á su amigo á otro Moro distinto del que habia comprado á su familia. Debia recibir de los dos Moros quarenta piezas de coton que valdrán cómo unos mil reales, por el marido, la muger y los dos hijos.

El deseo de no verse precisados á pagar esta suma, y quiza tambien el de castigar á aquel malvado, hizo pensar á los dos Moros, que sin peligro ninguno podian llevarse al viejo con los otros; pero como habia venido á Dixân baxo la salvaguardia de la fe pública para hacer un comercio, en cuya conservacion tiene tanto interes toda la ciudad, no quisieron hacerle ninguna violencia mientras que permaneció dentro de la ciudad. Fingieron pues que se arrepentian de su contrato, afectando temor de ser presos si sacaban á sus esclavos de la ciudad, á no ser que él quisiese acompañarlos hasta cierta distancia, y le prometieron que si consentia en ello, le darian dos piezas mas de coton.

En iguales casos, la salida siempre es de noche: quando todos estaban durmiendo en Dixân, el vendedor, los compradores y sus esclavos salieron de la ciudad, pero á penas llegaron á la falda de la montaña, los Moros cogieron al viejo, le tendieron en tierra y le maniataron. La muger del amigo vendido pidió por favor á los Moros,

que la permitiesen arrancarle la barba pelo á pelo, para que pareciese mas jóven, y tuviese mejor salida. La proposicion, como tan justa, fue admitida sin reparo. La muger y los dos hijos fueron vendidos y conducidos á Arabia: los dos Sacerdotes no tuvieron tan pronta salida, y yo los vi en Masuah en casa del Naib, pero entonces ignoraba su historia. El Naib queriendo complacer al Ras Micael á poca costa, le dió cuenta de este suceso, y le ofreció remitirle los dos Sacerdotes; pero el Ras le respondió que los guardase para su diversion, ó los enviase á Arabia á acarrear leña y agua; que harto número de compañeros suyos quedaban en Damo para hacer el comercio de Dixân y Masuah.

Los Monges Cismaticos de Axûm y los del Monasterio de Abba Garima hacen el mismo infame tráfico que los de Damo, y son protegidos por el Ras Micael, porque proveen de armas de fuego á la provincia de Tigré, y por este medio este Ras, que es Gobernador de aquella provincia, tiene gran superioridad sobre toda la Abisinia. Este solo artículo de las armas de fuego cuesta anualmente quinientos esclavos, los trescientos idólatras, que se compran en los mercados de Gondar, y los otros doscientos son niños Christianos, robados á sus padres. Pero quando los fusiles están muy caros, es preciso quadruplicar este número

de esclavos. El Naib cobra seis patakas por cada esclavo.

Desde Dixân descubrimos una gran parte de la provincia de Tigré, llena de montañas escarpadas. Baxando de Dixân, proseguimos nuestro camino, y al cabo de once horas de marcha, hicimos alto baxo un *daró*, el arbol mas magnífico que he visto en la Abisinia; su tronco tenia á lo menos siete pies y medio de diámetro, con una elevacion y copa á proporcion de su grueso. El arroyo á cuya orilla descansamos, sirve de límites al territorio que el Naib tiene en administracion del Gobernador de Tigré.

Salomé vino tambien aquí sin duda con intencion de hacerme algun daño; pero los oficiales del Rey de Abisinia que nos acompañaban, viéndose en su territorio, le amenazaron, diciéndole, que si pasaba de una raya que uno de ellos hizo en el suelo con un cuchillo, le atarian de pies y manos, y le dexarian en un desierto expuesto á las fieras. Salomé sin replicar palabra, se volvió con los suyos, y con esto quedamos libres de la persecucion del Naib. Era evidente, que si hubiesemos tomado el camino de Dobarva, como el Naib nos aconsejaba, hubieramos sido asesinados.

Viendome ya en libertad, convoqué á toda la gente de mi caravana, para encargarles el buen órden; dixeles, que se marchasen solos, si no se resolvian á obe-

decerme, quando les mandase acampar, hacer la guardia por la noche, y marchar á la hora que yo señalase. Todos se conformaron con muchas señales de aprobacion; pronunciamos el *Fedtah*, jurando defendernos mutuamente hasta morir contra todos los que nos acometiesen.

En el camino descubrimos la aldea de Addiçota, situada sobre un peñasco, adonde se refugiaron los Misioneros Jesuitas, quando fueron perseguidos por Facilidas. Al fin de la jornada acampamos al pie de una montaña, en cuya cumbre está la aldea del Hadavi, que no contiene mas que ochenta casas, aunque es la residencia actual del Baharnagas. Micael Suhul, Gobernador del Tigré, se habia apropiado todo lo que le acomodó de los antiguos dominios del Baharnagas: habia vendido á éste la mitad del distrito en que mandaba, y lo demas lo habia dado en arrendamiento al Naib, como ya he dicho.

El Baharnagas vino á visitarme á mi tienda: venia acompañado de siete hombres á caballo, y unos doce á pie, todos mal armados y de un aspecto miserable. Era un hombre pequeño, de color bazo: tenia la cabeza rapada y cubierta con una capucha. Llevaba unos calzones cortos, los pies y piernas desnudas, con un cíngulo que le daba seis vueltas al cuerpo, y en él metido un cuchillo. Escusóse de no haberme enviado

provisiones, porque acababa de venir de una expedicion contra unos rebeldes.

Segun esta primera visita, formé muy baxo concepto del Baharnagas, pero pronto me desengañé. Aunque yo le ofrecí un regalo muy mezquino, él se dió por contento, y al punto nos envió una cabra y cincuenta panes. El caballo en que venia montado, aunque estaba flaco, me agradó mucho, y envié á decirle si queria vendermelo; al punto convino, y se efectuó la venta. Púsele por nombre Mirza, y con él me acredité en Abisinia del ginete mas diestro que habian conocido. Despues que hubimos marchado de Hadavi, el Baharnagas vino á visitarnos en la primer estacion que hicimos, y ademas de los regalos que antes nos habia hecho, nos trajo tres cabras, dos jarras de hydromiel, y una porcion de arina de trigo. En suma, este Baharnagas era un hombre muy sencillo, pero muy bondadoso, lo que es muy raro en los que tienen algun mando en estos paises. Dixome que estaba sumamente pobre, y que por esta causa no habia podido mostrarse mas liberal. Yo le cobré tanto cariño, que en adelante le serví de mucho, comprándole sus caballos, y recomendándole al Ras Micael y al Rey. Ademas de su sencillez, era muy valeroso; en la batalla de Serbraxos murió juntamente con su hijo menor, peleando por su Rey.

Al dia siguiente, quando nos pusimos en camino, se juntó con nosotros una tropa de veinte ginetes armados, que nos enviaba el Baharnagas, para que nos acompañasen en la llanura, donde suelen hacer sus incursiones los Sangalas, cuyo pais caia á la derecha. En el camino encontramos un agazan, recien muerto por un leon, pues le corria aun la sangre, y su enemigo habia huido espantado de un fusilazo que yo disparé. El agazan es un hermoso animal de la especie de las cabras salvages; este era del tamaño de un asno, y pesaria unas ciento setenta libras. Cada uno de mis compañeros cortó un pedazo de su carne para su provision; los Abisinios hicieron lo mismo, aunque es tal su aversion á todo animal que no hayan muerto ellos mismos con sus cuchillos, que quando cogen un ave muerta de un fusilazo, no se atreven á tocarla sino por las puntas de las alas. Pero no tienen esta misma repugnancia á los animales muertos por el leon, que es el único que exceptuan de todas las fieras: los Falasas hacen esta misma distincion á favor del leon.

Fuimos á acampar á la orilla del rio Balezat, donde esperamos dos dias por causa de un derecho de aduana que deben pagar todos los pasageros. Este derecho, aunque se cobra de un modo muy duro, se llama *avidas*, esto es, *los dones*. Se halla

establecido en varios parages del Imperio, y forma parte de las rentas del Rey. Los parages en que se cobra este impuesto, se llaman *Ber*, que significa paso, y se halla este nombre junto con los de varias comarcas de Abisinia, como Dingleber, Sankraber, &c. Para pasar desde Masuah hasta Adoua hay que pagar cinco *avidas*: estos portazgos se dan en arrendamiento, pagando cierta suma al Gobernador de la provincia. Las *avidas* se parecen mucho al *caphar* establecido en Levante, pero en Abisinia cobran este impuesto de un modo mas opresivo y arbitrario. No hay ninguna tarifa, ni regla: el arrendador aprecia á su antojo el valor de las mercaderias, y lo que deben pagar las caravanas. Algunos han sido detenidos por meses enteros: otros en los tiempos de revolucion han sido despojados de todo lo que llevaban, y se corre este peligro siempre que se hace la menor resistencia, porque entonces todas las aldeas de los contornos toman las armas, y en tales casos no solamente roban todo lo que llevan, sino que tambien los maltratan.

Como yo tenia recomendacion del Ras Micael, á cuyo gobierno pertenecia esta aduana, y era llamado por el Rey para que le curase de una enfermedad, afecté burlarme de los arrendadores, que me amenazaban con detenerme, declarándoles que mas bien dexaria en sus manos todo mi

equipage, que exponer la vida del Rey por mi tardanza. Quedaron sorprendidos al oir esto, y al ver el tono orgulloso con que les hablé; por lo que cediendo de sus desmedidas pretensiones se contentaron con cinco piezas de coton azul de Surate, y nos dexaron pasar al dia siguiente.

Quedé admirado al ver en la aldea de Zarrou muchas familias tan atezadas como los Negros, pero no tenian la nariz chata, ni el pelo lanudo. Pregunté si descendian de esclavos, y me dixeron que no. Esta raza y la de los habitantes de Sebou tienen el mismo color negro desde tiempo inmemorial, y el haberse mezclado con otras razas no ha alterado nada su color.

Pasamos por junto á la montaña de Damo, prision antigua de los Príncipes de la familia Real de Abisinia. En este pais vi por la primera vez que los techos de las casas tenian figura cónica, lo que prueba ciertamente que las lluvias del trópico son gradualmente mas abundantes hacia el Oueste.

Llegamos á la aldea de Kaibara, enteramente poblada de Mahometanos Gibertis, esto es, Abisinios que profesan el Mahometísmo. Kella, á media legua de esta, es un Ber, ó lugar de portazgo, y nos detuvimos allí tres dias por causa de las demandas exôrbitantes de los arrendadores, que no hicieron mas que reirse de nuestro tono arrogante. Viendo que no adelantabamos na-

da con razones ni amenazas, y que no querian vendernos viveres por dinero, sino en cambio de mercaderias, tuvimos que abrir nuestra tienda, extendiendo en el suelo algunas piezas de telas. Al punto nos vimos rodeados de una multitud de mozas, que venian de las aldeas inmediatas, porque este país está muy poblado á pesar de la mucha gente que habia seguido al Ras Micael á la guerra.

Las cuentas de vidrio son aquí un objeto de comercio, en que á veces se gana infinito, y á veces se pierde todo: la dificultad consiste en saber, qué colores y tamaños son de moda, pues las bellezas atezadas de este país son tan caprichosas como las nuestras. Luego que vieron las Abisinias nuestras mercaderías, y cuentas que no eran de moda, las despreciaron: por fortuna un Moro de la caravana, á quien yo habia hecho un favor en el camino, traia un paquete de cuentas de moda, y viéndonos en aquel aprieto, las presentó. Al punto se tiraron á ellas todas aquellas mozas, y cada qual queria llevarse las que podia, de suerte que fue menester emplear los palos para hacerlas soltar la presa. Los Abisinios que se hallaban presentes, en vez de tomar parte en la pendencia, ó de sosegarla, no hacian mas que reir á carcajadas. En fin, con nuestras cuentas compramos víveres, miel, manteca, harina, y cidras de un gusto excelente del tamaño de un melon.

Las mugeres solas son las que en este país se emplean en el tráfico, pues los hombres no tienen habilidad para comprar ni vender. Al dia siguiente de nuestra estancia en Keia vimos venir á nuestra tienda á los petimetres del país con una sarta de cuentas azules rodeada á los tobillos negros y sucios, y se mostraban tan orgullosos con este adorno, como nuestros aturdidos mozalvetes con un vestido de moda. Conocí facilmente que á poca costa podria sacar ventaja de estos mozos, tan pobres como orgullosos. Uno de ellos me suplicó, que le llevase á Gondar, y le recomendase al Ras, ofreciéndose á llevarme el fusil por el camino. Respondile que esto era muy facil, pero que para asegurarme de su fidelidad era preciso que llevase una carta mia á Janni, el Superintendente de las aduanas. En efecto se puso en camino, y al cabo de quatro dias volvió con un oficial de Janni, con una orden en nombre del Ras Micael, para que el arrendador nos dexase pasar sin pagar ningun tributo.

Saliendo de aquí, fuimos á acampar junto á un rio llamado Ribieraini, nombre que se dió á este rio por causa de los vandidos que se juntaban allí para robar á los pasageros. Quando la centinela descubria alguna caravana, gritaba *ribieraini*, que quiere decir, *por allí vienen*: entonces cada uno tomaba su lanza y escudo, y se ponian en em-

boscada para asaltar con ventaja á los pasageros. En la Abisinia se cuenta por cosa cierta, que el Ras Micael se exercitó en su juventud en este género de vida. A la derecha dexamos la montaña escarpada de Samayat, donde se atrincheró el mismo Ras quando se reveló contra el Rey Yasús.

Llegamos en fin á la ciudad de Adoua, antigua residencia del Ras Micael, quando era Gobernador del Tigré. El nombre de Adoua significa portazgo, ó lugar de paso, el qual se le dió por causa de su situacion, porque es el único camino para pasar de Gondar al mar Roxo, y me parece muy probable que la voz Española *aduana* se deriva de esta ciudad, y quizá tambien la costumbre de estos portazgos. Esta ciudad no tiene mas que unas trescientas casas, pero ocupa mucha extension, porque cada casa está rodeada de alamedas, y esta costumbre de adornar así las ciudades de Africa, las dá un aspecto muy pintoresco á lo lejos, pareciendo propiamente arboledas.

Adoua no era antiguamente la capital del Tigré, pero lo fue quando el Ras Micael fue nombrado Gobernador de esta provincia. La casa del Ras no se distingue de las demas sino en la extension: está situada sobre la cima de la montaña, y sirve de residencia al que manda en su ausencia. Al llegar á ella creí ver el calabozo mas horrible, porque habia mas de trescientos infe-

lices cargados de prisiones, algunos de los quales hacia veinte años que estaban allí, solo á fin de sacarles dinero. Lo mas cruel hera, que despues que aquellos infelices habian pagado el dinero que se les pedia, no les volvian su libertad. La mayor parte de ellos estaban encerrados en jaulas de hierro, y los trataban como á fieras.

Quedé admirado al ver á Janni, nuestro generoso amigo, que habia enviado á algunos de los suyos á nuestro encuentro, y él mismo salió á recibirnos á la puerta de su casa. No he visto aspecto mas venerable: sus cabellos cortos y blancos estaban cubiertos con un turbante de muselina, y la barba espesa y blanca como la nieve le llegaba á la cintura. Venia vestido á la Abisinia con una túnica de coton blanco, que le llegaba al tobillo, y una especie de manto roxo, bordado de oro, que no le pasaba de la cintura, y por calzado traia sandalias. Este buen anciano venia rodeado de gran número de criados y de esclavos de ambos sexôs, y me recibió con tanta humildad y sumision, que me causó mucha pena, por los grandes favores que le debia. Abracéle afectuosamente y le llamé padre, título que le lisonjeaba mucho, y que jamas cesé de darsele, quando la fortuna me favoreció tanto en Abisinia.

Janni nos hizo atravesar por un patio lleno de jazmines, y nos conduxo á un sa-

lon magnificamente adornado. Detuveme á la puerta del salon, porque tenia los pies llenos de lodo y de sangre, y es una grande grosería en Abisinia el mostrar los pies, quando estan lastimados, por lo que siempre los tienen cubiertos. Pero Janni advirtió bien pronto que yo los tenia estropeados por la aspereza del camino, y se conmovió tanto al oír que yo habia hecho el camino á pie, que empezó á llorar amargamente. Mandó al punto traer agua para lavarme los pies, y aun él mismo se empeñó en lavarmelos, siéndome preciso para evitarlo el salirme huyendo al patio. Despues empezó la misma altercacion con mis compañeros de viage y los criados de Janni, porque es costumbre en Abisinia el lavar los pies á los que vienen del Cairo, y que se cree han estado en Jerusalén.

Sirviéronnos despues una comida en que reynaban la abundancia y la delicadeza, y no pude conseguir con todas mis súplicas que se sentase Janni á la mesa conmigo, pues se obstinó en permanecer en pie con una servilleta en la mano mientras yo comí. Despues él comió aparte con algunos que habian acudido á verme por motivo de curiosidad. Por la tarde vino á visitarme el Gobernador, que acababa de llegar de una expedicion en que habia destruido algunas aldeas que no querian sujetarse al Ras Micael.

En Adua hay una manufactura de telas groseras de coton, que circula por toda la

Abisinia y sirven de moneda corriente. Todas las casas de esta ciudad son de piedra tosca unida con barro; la mezcla de cal y arena no se conoce sino en Gondar. Los techos son de figura cónica, y los hacen de carrizo: los Falasas ó Judios estan en posesion exclusiva de ser los albañiles para cubrir las casas.

En este pais se cogen tres cosechas al año; pero á pesar de esta cosecha triplicada, que no cuesta el trabajo de estercolar ni de barbechar, los labradores Abisinios son siempre pobres. Las tierras, como en Egypto, se dan en arrendamiento todos los años al que mas ofrece, y tambien se añade algo al precio del arrendamiento, como en Egypto, quando llueve mucho y los riegos son faciles. El propietario da la semilla con la condicion de recibir la mitad del producto, y ademas suele cobrar una quarta parte mas por los riesgos á que se expone; de suerte que ordinariamente la parte del labrador apenas le basta para alimentarse á sí y á su pobre familia. El mayor enemigo que tiene la labranza en este pais son las ratas, y los Abisinios no conocen otro medio para exterminarlas, que el quemar los rastrojos.

Los ganados pacen libremente por las montañas; los pastores pegan fuego á la yerba seca y matorrales antes de la estacion de las lluvias, y pronto se vuelve á cubrir la tierra de nueva yerba. Como las montañas del

Tigré son muy altas y escarpadas, se ven en ellas mas manadas de cabras que de otros ganados.

Se ha ponderado mucho la altura de las montañas del Tigré; pero no es la excesiva altura de ellas lo que asombra, sino su número y las formas extraordinarias que presentan á la vista. Algunas tienen la cima llana, y estan cortadas á plomo, delgadas, compuestas de piedra calcinada, y que parece no tienen suficiente basa para resistir al ímpetu de los vientos; otras parecen pirámides, otras obeliscos, otras en fin parecen pirámides inversas que estriban en su punta.

Fuí á ver las ruinas del magnífico Colegio que los Jesuitas construyeron en Fremona: está situado sobre una montaña muy alta, que está en medio de una llanura enfrente á la de Adoua. Esta montaña que se extiende de oriente á occidente forma por la parte de oriente un precipicio horrible, y está cortada á plomo igualmente por el lado del Norte, con una cuesta suave hácia el Sur. El Colegio tendrá una milla de circunferencia y está fabricado de mampostería: tiene torres en los costados y en los ángulos, y á pesar de los esfuerzos que se han hecho para destruirle, se mantienen aun las murallas hasta la altura de mas de veinte y cinco pies. Está dividido en tres partes, con murallas de separacion: una era el Colegio, el centro era la Iglesia, y la tercera seria como una es-

pecie de fortaleza. Todas las murallas tienen troneras para disparar con fusiles, y hasta ahora es la fortaleza que puede mejor defenderse en toda la Abisinia.

El afecto y hospitalidad de Janni se aumentaron cada dia mas, y se portó conmigo como un verdadero padre. Envió un informe muy favorable de mí á la *Iteghé*, esto es, á la Reyna Madre, á la qual habia servido por muchos años. Asimismo escribió en mi favor á Ozoro Ester, muger del Ras Micael, y con particularidad á este Ministro que tenia mucha confianza en Janni: en fin, todas las personas que podian serme útiles, fuesen Griegos, Abisinios ó Mahometanos, recibieron cartas de este respetable anciano, en que les hacia una pintura tan ventajosa de mí, que todos estaban deseosos de verme y obsequiarme.

Se hallaba el pais en una gran calma y tranquilidad, la qual era precursora de la tempestad. Los animos habian sido fatigados por mucho tiempo con la sucesion rapida de tantos sucesos impensados, y que habian concluido de un modo que no se esperaba. Los habitantes de Adoua, cansados de engañarse en sus conjeturas, parecia que ya habian abandonado todo cálculo político, y esperaban en silencio y con sosiego, que los sucesos del exército del Rey los sacasen de sus dudas é incertidumbre. Ninguno de ellos amaba al Ras Micael, pero ninguno estimaba

tan poco su vida que se atreviese á hacer ni decir nada contra él, y todos estaban en espectativa de que este General decidiese su fortuna, ganando ó perdiendo la batalla contra Fasil.

En vista de esta disposicion de los animos, resolví aprovecharme de este momento de tranquilidad para pasar inmediatamente á Gondar, que es la Corte del Imperio Abisinio. A esta razon se añadia otra muy poderosa: se acercaba el dia 17 de Enero, en el qual los Abisinios celebran la fiesta de la Epifanía con regocijos extraordinarios, y con unas ceremonias aun mas extraordinarias, si hemos de dar crédito à lo que algunos Viageros cuentan de su bautismo anual. Deseaba yo con mucha ansia ver estas ceremonias, las quales habia leido en la relacion de Alvarez, Capellan de la Embaxada que el Rey Don Manuel de Portugal envió á David III. Rey de Abisinia. En otra carta os insertaré un extracto de esta relacion, y juntamente lo que yo mismo ví en Gondar, y por el cotejo de las dos relaciones podreis formar juicio así de la verdad de estos hechos, como del abismo de errores y supersticiones en que se halla sumergido este infeliz imperio, por haberse separado del gremio de la Iglesia Católica.

Fin del quaderno XXIII.



EL VIAGERO UNIVERSAL.

QUADERNO XXIV.

CARTA XCVI.

Continuacion de la Abisinia.

Tomé pues, Señora, el camino de Gondar, que es la capital de la Abisinia, y al cabo de una jornada llegamos á Axûm, que lo fue antiguamente, segun algunos Autores. Sin embargo, yo pienso que Axûm fue la soberbia Metrópoli de aquella nacion comerciante, de aquellos Trogloditas Ethiopes, llamados con mas propiedad Cushitas, porque como ya os he dicho, los Abisinios no construian antiguamente ciudades, y no se encuentra ninguna ruina de ellas en toda la extension de su pais. Pero los Negros, los Trogloditas, á quienes la Escritura llama Cushitas, construyeron en muchos parages edificios muy grandés, magníficos y suntuosos.

Las ruinas de Axûm son muy extensas, pero á manera de las demas ciudades antiguas no presentan mas que los vestigios de los edificios públicos. En una gran plaza, que creo

estaria en el centro de la ciudad, se ven quarenta obeliscos, ninguno de los quales está adornado con geroglíficos: los dos mas bellos estan derribados, pero otro, un poco menor que estos dos, y mayor que todos los otros, está todavia en pie. Todos son de granito y de una sola pieza, y encima del mayor que está en pie, se vé una pátera soberbiamente esculpida por el gusto griego. Yo creo que el obelisco que está en pie, y los dos mayores que se han conservado, fueron hechos por orden de Ptolomeo Evergetes.

Despues de haber pasado el Convento del Abba Pantaleon, llamado en Abisinia Mantillas, y un obelisco que está situado sobre una montaña, seguimos un camino abierto en una montaña de mármol extremadamente roxo, y á la izquierda teniamos un parapeto de mármol de cinco pies de alto. De trecho en trecho se ven en esta muralla pedestales sólidos con muchas señales que indican que sirvieron para sostener las estatuas colosales del Sirio, del ladrador Anubis ó la canícula. Exîsten aun treinta y tres de estos pedestales con las señales que acabo de expresar, pero no permanecen mas que dos figuras de perros, que aunque muy mutilidos, muestran que estan esculpidas por el gusto egypcio. Axûm era la capital de la provincia de Siris ó Siré, y de aquí se infiere la

conexîon que habia entre esta ciudad y la constelacion del perro ó la canícula. Hay tambien pedestales que han servido para Esfinges : dos magníficas graderias de granito perfectamente trabajadas, y aun intactas son los únicos restos de un templo soberbio. En un ángulo de la plataforma en que estuvo este templo, se ve hoy la Iglesia de Axûm, la qual es pequeña, mezquina y llena de inmundicia. Los Abisinios creen que en ella se conserva el arca de la alianza, y la consideran como el paladion de este pais. Habia aquí otra reliquia que se libró de las manos de Grañé quando quemó esta Iglesia, porque la transportaron á otra Iglesia, y es un quadro que representa á nuestro Salvador coronado de espinas, y pintado, segun dicen, por San Lucas. En las ocasiones de mayor importancia, y en las guerras que tienen con los Mahometanos y los Gentiles, llevan este quadro al frente de los exércitos. En esta Iglesia hay una piedra sobre la qual pone el Rey los pies quando le coronan, y hay allí una inscripcion algo borrada en griego, que dice *á Ptolomeo Evergetes, Rey.*

La nueva ciudad de Axûm está construida al pie de una montaña, y contiene cerca de seiscientas casas. Hay en ella varias manufacturas de telas de coton groseras; y hacen tambien de pieles de cabrito el me-

jor pergamino del mundo, en lo qual se ocupan principalmente los Monges.

Poco despues de haber salido de Axûm encontramos tres caminantes, que conducian delante de sí una vaca: cada uno de ellos llevaba una piel de cabra negra sobre los hombros, y en las manos su lanza y escudo. La vaca no estaba muy gorda para que pudiesen matarla, y creimos que la habian robado, cosa nada estraña en un pais que estaba en guerra. Sentamos nuestro campo junto á un rio, y á poco rato vi que los tres caminantes cogieron la vaca y la tendieron en tierra: quando yo esperaba que iban á matarla, ví que el uno de ellos la abrió una nalga con un cuchillo. Acudí á ver lo que hacian, y observé que la habian sacado de la nalga dos pedazos de carne, yo no sé como, pero lo habian executado con mucha destreza. Volvieron á juntar el pellejo debaxo del qual habian sacado la carne, y le unieron con algunas puntas de madera que les sirvieron como de alfileres. Yo no sé si metieron alguna cosa entre el cuero y la carne, pero ellos embarraron todo el parage de la herida con lodo, despues de lo qual hicieron levantar á la vaca, y marcharon con ella adelante.

No pude menos de admirarme de un modo de comer tan digno de soldados, y de un arbitrio tan facil para conducir las

provisiones, cuya invencion atribuí á la necesidad de no llevar embarazos que los detengan en las marchas. Este hecho parecerá increible á los que de todo quieren juzgar sin haber salido de su gabinete; pero sin temor de estas ridiculas censuras no dudo repetir que los Abisinios comen carne viva, y yo mismo me he visto precisado á usar varias veces de este género de comida, por mas repugnante y horrible que me pareciese este modo de alimentarse.

Al dia siguiente encontramos junto á un arroyo, donde plantamos nuestras tiendas, á un labrador, que tenia allí un huerto muy bien cultivado con varias especies de legumbres. Ofreciónos un presente de los frutos de su huerto, y nos suplicó le librasemos de gran número de javalies, que le destruian su hortaliza. Un hombre tan industrioso y hospitalario era muy acreedor á que le hiciesemos este beneficio: y saliendo con mi gente, en menos de dos horas matamos cinco grandes javalies. El uno de ellos tenia seis pies y nueve pulgadas de largo: corrió dos leguas con tanta velocidad, que apenas podian alcanzarle nuestros caballos, y aunque iba atravesado con dos lanzas, nadie se atrevia á acercarse á él, y se defendió por mas de media hora. Lo peor del caso fue, que despues de una cazería tan feliz no pudimos aprovecharnos de la carne, porque los

Abisinios miran con el mayor horror la carne de cerdo, y yo no me atreví á ofenderlos, porque estabamos ya cerca de la capital.

Despues de haber atravesado un pais muy delicioso, cubierto por todas partes de jazmines de varias especies, acampamos junto á un arroyo. Quando yo estaba embebecido en dibujar un árbol muy bello de los muchos que habia en aquel parage, oí gritar á mi gente *ladrones*, *ladrones*. Monté al punto en mi mula, acudí al parage donde se oía el alboroto, y ví con la mayor admiracion parte de mi equipage tirado por tierra, algunos de mis criados que huian, y otros que andaban recogiendo el ganado, en fin todo estaba en confusion y desorden. Dí órden á los mios para que no hiciesen fuego, y acercándome á los salteadores que disparaban una lluvia de cidras sin madurar, y piedras, les grité que eramos amigos suyos y del Ras Micael, y que no queriamos hacerles ningun daño; pero no me dieron mas respuesta que dispararme de nuevo piedras y cidras. En fin saliendo del bosque dos de ellos, me dieron quejas de un Moro de mi caravana, que habia echado á su asno un poco de paja que les pertenecia. Poco despues habiendo entrado en conversacion con aquellos aldeanos, supimos que el hurto de la paja no habia sido mas que un vano pretexto, pero que el verdadero motivo de ha-

berse amotinado contra nosotros, era porque habia corrido la voz de que el Ras Micael habia sido vencido por Fasil, y los aldeanos, no temiendo ya la severidad del Ras, se abandonaban á sus excesos acostumbrados, habiendo intentado robarnos, creyendo que eramos una caravana de mercaderes.

Veleta Gabriel, nieto del Ras Micael, tenia el mando de esta parte de la provincia de Tigré, pero como solo tenia trece años, se mantenia en Gondar: solamente Ozoro Veleta Micael su madre se hallaba en la provincia, y su casa estaba precisamente en una montaña enfrente de nosotros. Uno de los oficiales del Rey de Abisinia, que venia acompañandome, marchó secretamente á dar cuenta á esta Señora de nuestra aventura, y aquella misma noche una partida de soldados vino á la aldea á prender á los principales sediciosos. Traxeronnos provisiones de parte de Ozoro Veleta Micael, excusándose acerca de lo que nos habia sucedido, y encargándonos que tuviesemos la mayor vigilancia para lo restante del viage: nos aseguraron positivamente que no habia habido ninguna batalla entre Fasil y el Ras Micael.

Prosiguiendo nuestro camino, poco despues pasamos por junto á una aldea, donde no vimos ninguna persona; pero á una media legua mas allá vimos como unos ochen-

ta hombres armados, los quales nos dixeron que no nos dexarian pasar si no les volvian á sus paisanos, que habian sido presos en la otra aldea. Las guias que me habia enviado Ozoro Veleta Micael, indignados por este insulto, me aconsejaron que me volviese á la casa de Ozoro Veleta, como lo executamos. Al llegar al pie de la montaña en que estaba situada la casa del Gobernador, vimos unos veinte de los amotinados que nos cortaban el paso: pero con un fusilazo que hice disparar al aire, se dispersaron y huyeron todos.

Dispersada aquella tropa, proseguimos nuestro camino y llegamos cerca de la ciudad de Siré. La provincia de este nombre se extiende desde Axûm hasta el rio Tacazé: la ciudad de Siré está situada cerca de un valle estrecho y profundo, por donde el camino es casi impracticable. Por medio de este valle corre un arroyo rodeado de palmas, muchas de las quales se elevan á una altura prodigiosa, pero no producen ningun fruto. Estos fueron los primeros árboles de esta especie que ví en Abisinia.

La ciudad de Siré es mas grande que la de Axûm: todas sus casas son de barro, y su techo de paja forma una figura cónica como en todo lo restante de la Abisinia. En Siré hay una manufactura de telas de coton, que sirven de moneda en la provincia de Ti-

gré: ademas de estas telas, las cuentas de vidrio, las agujas, el alcòhol, y á veces el incienso pasan tambien por moneda corriente. Los habitantes de esta ciudad no quisieron traficar con nosotros; estaban muy descontentos porque el Ras Micael aun vivia, y esperaban con impaciencia la confirmacion de la noticia de su derrota, para poder maltratar á su antojo á los infelices estrangeros que cayesen en sus manos. Como nosotros eramos los mas fuertes, y conociamos su mala intencion, nos portamos con ellos casi del mismo modo que ellos hubieran querido usar con nosotros. Aunque la ciudad de Siré está situada en una de las mas bellas regiones del mundo, está sujeta á varios inconvenientes, y entre otros casi siempre reynan allí enfermedades pútridas muy peligrosas. Aunque á la sazon que yo pase por allí, cada dia perecia gran número de habitantes de esta enfermedad, no quise detenerme en darles remedios para curarse, ya por la mala conducta que usaron conmigo, y principalmente por no contagiarme.

Mientras que estabamos en Siré, recibimos la feliz noticia de la batalla de Fagita, en que el Ras Micael habia derrotado á Fasil, como ya os referí en mi carta anterior. Esta noticia llenó de terror y consternacion á los malcontentos, y todos se mostraron muy humildes, porque sabian que el

Ras castigaria con el mayor rigor las menores faltas, y principalmente las de aquellos que no habian querido seguirle á la guerra.

Saliendo de Siré, al cabo de algunas jornadas llegamos al rio Tacazé, que es el Siris de los antiguos, el qual es el mas caudaloso de estos paises despues del Nilo, y sale tambien de madre como este, por causa de las lluvias del trópico. Aunque este rio es muy agradable por los bellos y magníficos árboles que adornan sus dos orillas, es muy peligroso su paso, porque todos los habitantes de la comarca, que son ladrones y asesinos, baxan de las montañas para robar á los pasageros que encuentran en sus orillas. No hay mes en la estacion de las lluvias, esto es, desde Marzo hasta Noviembre, en que no se cometan aquí muchas muertes y robos, á pesar de todo el cuidado que ha puesto el Ras Micael y su hijo para hacer seguro este paso.

Los muchos peces de que abunda el Tacazé atraen á muchos crocodilos, y estos animales son tan atrevidos y voraces, que quando el rio vá un poco crecido, no se le puede pasar sino en barcas ó maderos atados, pues los que se exponen á vadearlo, regularmente son devorados. Hay tambien muchos hipopótamos; y al mismo tiempo que estos monstruos pueblan el agua, los bosques estan llenos de leones y hienas.

Pasamos por algunas aldeas asoladas por el Ras Micael, lo que no sé si deba atribuirlo á crueldad ó á amor á la justicia, pues todos aquellos habitantes son muy inclinados al robo y asesinatos. Llegamos á Lamalmon, donde hay una aduana, y el xefe de ella nos hizo varias vexaciones. En estas montañas habitaban los Falasas ó Judíos, y aun se conservan algunas aldeas de esta nacion. Estos Falasas son los habitantes indígenas de estas montañas: conservan la religion, costumbres y lengua de sus mayores, y no se mezclan en matrimonio con las demas naciones. Su número se ha disminuido considerablemente, y su valor y poder han decaido á proporcion. Son labradores, leñadores, aguadores, y los únicos alfareros y albañiles de la Abisinia. Como son muy instruidos en la agricultura, y con su industria viven con mas comodidad que los demas Abisinios, estos atribuyen su buena vida á arte mágica. Las aldeas de los Falasas estan situadas fuera de los caminos que suelen seguir los exércitos, por cuyo medio se libran de las vexaciones y estragos que causarian en ellas los soldados, así por el odio que tienen á esta nacion como por sacarles dinero.

En fin, al cabo de un viage tan largo y penoso llegamos á vista de Gondar: estrañé mucho que Petros, hermano del buen Janni,

no hubiese enviado algunas personas á recibirnos, pero despues supimos que este buen Griego, atemorizado de las amenazas de los Sacerdotes Abisinios porque se permitia venir á Gondar á un *Franco*, habia marchado á Ibaba donde se hallaba el Ras Micael, para saber de que modo queria que se nos tratase. Es necesario advertir, que los Abisinios llaman *Francos* á todos los Católicos, y los miran con el mayor horror, preocupacion que les han infundido los Sacerdotes Cismáticos por la aversion con que miran á los Católicos. Halléme en el mayor embarazo, porque el Rey, el Ras, y todas las personas para quienes yo traia cartas de recomendacion, se hallaban ausentes de Gondar. Sin embargo, fuí á hospedarme en casa de un Moro para estar libre de las persecuciones de aquellos fanáticos, hasta que Petros volviese con las ordenes del Ras. La casa en que me alojé era cómoda y aseada, con gran provision de harina, miel y otros comestibles; pero aunque tenia abundancia de carne, no me atreví á tocarla porque habia sido muerta por los Mahometanos, y el comerla se tiene en Abisinia por una renunciacion del Christianismo.

El criado que me habia dado Janni para que me acompañase, llevaba una carta de su amo para Ayto Aylo, protector de todos los Griegos y Católicos que se habian

arriesgado á entrar en Abisinia, y era el defensor mas zeloso de todos los Européos, porque á pesar del gran crédito que tenia en Abisinia, estaba muy deseoso de marcharse á Jerusalén ó á Roma para acabar en paz el resto de sus dias.

Ayto vino á visitarme con las mayores demostraciones de respeto, y despues de una larga conversacion me dixo, que Velet Havariat, hijo de Ras Micael habia venido de los reales, y que se temia traia viruelas. Añadió, que como Janni le habia escrito que yo habia curado á muchas personas en Adua de esta enfermedad por un nuevo método, la Iteghé ó Reyna Madre deseaba que yo fuese al dia siguiente á ver al enfermo. Díxele que estaba pronto á seguirle, pero que los temores de Petros me causaban mucho sobresalto. Respondióme que Petros era un cobarde, que se habia asustado por una conversacion que habia tenido en el palacio de Koscam con el Abba Salama, en que este Prelado, hablando de mí, le habia manifestado que estrañaba mucho se permitiese á un Franco el venir á Gondar. »Pero, añadió, dentro de dos dias sabremos lo que »se ha de hacer: el Ras y el Abba Salama no »son amigos, si podeis curar al hijo del »Ras, yo salgo por fiador; una sola palabra suya basta para confundir á cien Salamas."

Este Abba Salama, de quien tendré motivo para hablar muchas veces, tenia el empleo de Acab-Saat ó guarda del fuego, que es la tercera dignidad de aquella Iglesia, y el primer Eclesiástico de la Corte, cuya dignidad le da mucha renta y crédito. Como tenia mucha osadia y descaro era uno de los favoritos de la Iteghé, tenia parte en todos sus consejos, y al mismo tiempo era enemigo mortal de todos los Européos, á quienes llamaba *Francos* por oprobio.

Al dia siguiente marché con Ayto Aylo á palacio: luego que le descubrimos nos quitamos los turbantes, y caminamos con la cabeza descubierta y á paso lento. Apeamonos á la entrada, y Ayto que era muy querido de la Reyna, entró á hablarla, durando su conversacion unas dos horas, al cabo de las quales salió y nos dixo: que Veled Havariat se hallaba mejor por un medicamento que le habia dado un Santon del Convento de Valduba. El medicamento consistia en algunos caractéres escritos con tinta ordinaria en un plato de estaño, los quales se deshacian y borraban en el agua que echaban en él, y la daban á beber al enfermo. Veled Havariat tenia viruelas, y el efecto que le habia hecho la medicina era haberle dado apetito para hacerle comer gran porcion de carne cruda de buey. Ayto me dixo, que el

se quedaba en palacio hasta la noche, y me rogó le fuese á buscar á su casa.

Petros volvió y le encontré en mi casa: díxome que habiendo dado cuenta al Ras de la conducta de Salama, y de haberme yo hospedado en el arrabal de los Moros, habia respondido: »el Abba Salama es un as»no, y los que le temen son aun peores. »No mando yo en Gondar sino quando es»toy allí? Mi perro debe ser mas respetado »que el Abba Salama. Y despues de una bre»ve pausa añadió: que el *Tagubé*, esto es el »*Médico*, permanezca en el arrabal Moro: »Salech, su huesped, no permitirá que los »Sacerdotes le inquieten.” Fuí en compañía de Petros á ver á Ayto, y éste me dixo, que Veled Havariat estaba mucho peor, y que la Iteghé, así como Ozoro Altash, muger del enfermo, y Ozoro Ester su madre deseaban que yo fuese á verle al dia siguiente. Pero yo le advertí, que era inútil el que yo le visitase, pues con la ridícula curacion del fanático Santon, y la mucha carne que habia comido, era muy posible que muriese antes de que yo pudiese verle.

Quando al dia siguiente volví con Ayto al palacio, encontramos una gran procesion de Monges Cismáticos; y se me intimó que no me mezclase en la curacion del enfermo, porque así lo habian exîgido tres Santones de Valduba, que no habian comido en vein-

te años, y se habian ofrecido á curarle como tambien á una hija suya, enferma tambien de viruelas. Tuve pues por mas conveniente dexar que los dos enfermos pereciesen, que mezclarme en disputas con aquellos impostores. Entré despues á ver á la Iteghé, y segun la costumbre, me postré delante de aquella Princesa; tuvimos una larga conversacion, y por mas que dixe acerca del peligro que corrian los enfermos por fiarse de aquellos fanáticos, nada adelanté, y haciéndo la una profunda inclinacion me retiré. Aquel mismo dia murieron los dos enfermos: otra hija de Ozoro Altash, llamada Ozoro Ayabdar habia caido enferma, y una fiebre violenta desolaba el palacio de Koscam.

Ayto fue á verme muy de mañana, y me dixo que despues de la muerte de Veled Havariat y de su hija, ya se desconfiaba de los Santones que no comian en veinte años; y que la Reyna y Ozoro Ester me suplicaban fuese al palacio de Koscam, donde vivia la Iteghé con todos sus hijos y nietos. Vestíme en trage Abisinio, y fuí á palacio: advertí que si habia de curar á los enfermos, era preciso que se sujetasen á todo lo que yo mandase, y que no habian de tomar mas alimento que el que yo les prescribiese. Puse en movimiento á todos los criados: hice abrir todas las puertas y ventanas, fregar el suelo con agua y vinagre, y sahumar todo el pa-

lacio con gran cantidad de incienso y mirra, como me lo habia advertido aquel sábio Médico con quien viagé al principio, y que me dió algunas lecciones de medicina. Por una costumbre fatal se practíca generalmente en la Abisinia y en todo el Oriente, el privar á los enfermos de respirar todo ayre puro. Se les hace beber muy caliente, ponen braseros en los quartos de los enfermos, los cargan de ropa, cierran todas las puertas y ventanas sin dexar siquiera entrar la luz, de suerte que es preciso alumbrarse con luz artificial. Esta bárbara costumbre, que sin duda fue traida á España por los Arabes, dura aun en muchas de nuestras provincias, y causa los estragos que facilmente se pueden presumir.

No quiero molestaros con la enumeracion de las personas de la familia Real, que fueron acometidas de las viruelas, y curadas con mi método, por lo qual no estrañareis el mucho crédito que me grangeé en palacio, y el favor á que en breve me ví elevado. El sobresalto y temor de Ozoro Ester fueron extremados mientras vió en peligro á sus hijos, y me prometia sin cesar el favor del Ras, y los mayores empleos y riquezas, si los curaba. Ayto Confu el mas querido de todos los parientes de la Reyna, tuvo síntomas muy terribles: el cuidado que puse en la curacion de este jóven, al qual se me

mostró tan agradecido en lo sucesivo, fué efecto del grande afecto que le cobré á primera vista. La política y la humanidad me excitaban á cuidar con esmero de la salud de todos mis enfermos; pero la Divina Providencia, que velaba en mi conservacion, me inspiró sin duda este afecto tan particular á Confu.

Al cabo de algunos dias fuí á ver al Ras Micael, á quien encontré en Azazo: era un viejo seco, tenia los ojos enfermos, y el aspecto de un hombre muy fatigado. Al acercarme á él, le tomé la mano y se la besé: me estuvo mirando un rato y despues correspondió á mi saludo, señalándome con el dedo el lugar en que debia sentarme. Entonces llegaron infinitos á pedir justicia; él dió varias órdenes, sin hacer caso de mí ni preguntarme por su familia. Algunos minutos despues, el Rey pasó por nuestra izquierda: el Ras se levantó, se quitó un pañuelo que tenia rodeado á la cabeza, se hizo sostener á la puerta de su tienda hasta que el Rey hubo pasado, y despues volvió á ocupar su puesto.

Poco despues vino un jóven, que por su modo de llevar la túnica rodeada á los riñones manifestaba que traia un mensage del Rey; y se reducia á pedir al Ras de parte del Rey su licencia para conducirme á que me viese este Monarca, sin que me dixesen

nada, ni me presentasen. El Ras respondió: „yo no le conozco: pero un hombre como „él lo llevará á bien? Y por qué el Rey no „le ha de hacer acercarse, y no le habla? „El trae cartas para él como para mí, y se „verá precisado á verle mañana." Yo me volví á Koscam poco satisfecho del modo con que me habian recibido: toda la ciudad estaba en la mayor confusion: treinta mil hombres estaban acampados junto al rio; y la primera escena de horror que dió el Ras Micael fue hacer sacar los ojos á doce caudillos de los Galas que habian cogido prisioneros, y abandonarlos despues en el campo para que fuesen devorados por las hienas. Yo cogí tres de estos infelices, los curé, y los salvé las vidas; y de ellos supe muchas cosas acerca de los usos y costumbres de su pais.

Al dia siguiente, el exército entró en triunfo en la ciudad: el Ras venia á caballo al frente de las tropas del Tigré: llevaba la cabeza descubierta, y un manto de terciopelo negro con galon de plata. Un niño marchaba á su derecha, y llevaba una vara de cinco pies y medio de largo. Inmediatamente detras del Ras venian los soldados que habian muerto á algun enemigo ó cogido despojos; en sus lanzas y fusiles llevaban tantos pedazos de escarlata como enemigos habian muerto. Una de las cosas singulares que ob-

servé en este triunfo, fue el adorno de cabeza de los Gobernadores de provincia: llevaban una vanda en la frente, que se ataba por detras de la cabeza, y en medio de ella se elevaba un corazon de plata dorada de unas quatro pulgadas de alto, que tenia la figura de un apagador de velas. Este adorno se llama en su lengua *Kirn*, esto es, el cuerno, y solamente se lleva en las grandes ceremonias que siguen á las victorias. Yo presumo que esta costumbre, así como otras muchas de los Abisinios, les viene de los Hebreos, pues vemos en la Sagrada Escritura, y principalmente en los Salmos, muchos pasages que aluden á esta costumbre.

Detras de los Gobernadores de provincia venia el Rey, ceñida la frente con una vanda de muselina de unas tres pulgadas de ancho que se ataba atras con dos nudos, y sus puntas pendian por los hombros como unas dos quartas. Al rededor de este Príncipe venian los principales oficiales de Estado, y todos los jóvenes nobles, que no tenian mando: detras venian las tropas de su casa. Algo mas lejos venia el Kanit Kitzera, esto es, el verdugo del exército, acompañado de sus ministros. Al llegar el Rey y el Ras, todos los Grandes se apresuraron á ir á cumplimentarlos. Ozoro Ester fue á vivir á Gondar, pero dexó sus hijos en Koscam por mi consejo.

Pasaron muchos dias sin que nadie se acordase de mí, pero en fin el Ras envió á llamarme. Encontré á este anciano sentado en un sofá: tenia rizados sus cabellos blancos, y formaban varios bucles. Su aspecto era de un hombre pensativo, pero estaba alegre: tenia un ayre suelto y desembarazado, aunque estaba tan estropeado que no podia tenerse en pie, y hallé que así en la fisonomía como en lo restante de su persona tenia una perfecta semejanza con mi digno y sábio amigo el Conde de Buffon. Su fisonomía era muy expresiva, y en sus ojos y semblante se leia todo lo que pensaba. Quise, segun la costumbre, postrarme delante de él, y besar la tierra, pero él no lo permitió, y alargándome la mano, me hizo levantar.

Sentéme con Ayto Aylo, tres, ó quatro Umbares ó jueces supremos, Petros y Ayto Heikel, Mayordomo de la Reyna. Un criado del Rey vino á dar un recado al Ras al oido, lo que me impidió el hablar, como tenia preparado, y ofrecer el regalo que un hombre tenia detras de mí. El Ras tomó la palabra, y me dixo: »Yagubé, escuchad lo »que voy á deciros, y no os olvideis de lo »que voy á encargaros. Me han dicho que »sois un hombre, cuya principal ocupacion »es andar por los campos y parages mas so»litarios, buscando árboles y plantas, y pa»sar las noches observando los astros. Los

»demas paises no se parecen á este; el qual »sin embargo jamas ha sido tan peligroso co- »mo al presente: Los desgraciados habitan- »tes de estos paises son enemigos naturales »de todos los estrangeros: si os ven solo en »vuestra casa, su primer pensamiento será »buscar los medios de quitaros de en medio; »y aunque de esto no saquen ningun prove- »cho, sin embargo querran asesinaros por »solo el placer de hacer mal. Por tanto, des- »pues de una larga conversacion con vues- »tro amigo Aylo, he pensado poneros en »una situacion donde podreis seguir vues- »tra inclinacion, sin ser inquietado por los »Monges por causa de vuestra religion, y »sin temor de que os quiten la vida por ro- »baros el dinero. El Rey os ha nombrado »por Baalomaal y Comandante de la caba- »lleria negra, empleo que tenia intencion »de dar á uno de mis soldados viejos, pero »es pobre, y este empleo es muy honorífico, »pero poco lucroso. Id pues á dar gracias al »Rey por este empleo: postraos delante de »él, supuesto que ya estais instruido en esta »ceremonia. Aylo y Heikel os acompañarán. »El Rey me manifestó ayer que estrañaba »no os hubieseis aun presentado." Despues llamó á uno de sus oficiales y le mandó me acompañase.

Pasé á ver al Rey: postréme delante de él: cinco jóvenes estaban en pie junto al

trono: uno de ellos me asió de la mano, y me colocó junto á sí, y observando que yo no llevaba cuchillo en la cintura, sacó el suyo y me le dió. Luego que estuve asi colocado, besé de nuevo la tierra. El trono del Rey estaba en una especie de alcoba: todos los que estaban fuera de la vista del Monarca, se sentaron. Empezaron á hacerme las preguntas acostumbradas acerca de Jerusalen y la tierra santa: preguntáronme en donde estaba mi pais; lo que me era imposible hacerles comprehender, porque los Abisinios no conocen mas pais que el suyo. Preguntáronme por qué venia de tan léjos, y si las estrellas y la luna de mi pais eran como las suyas, con otras preguntas tan absurdas como estas. Yo quise varias veces tomar el regalo de manos del hombre que le llevaba, para presentarlo al Monarca y retirarme; pero él se opuso siempre, haciendo una señal con la mano, y en fin me cansé tanto de estar en pie, que tuve que apoyarme en la pared. El Rey, como despues supimos, se divertia en probarnos la paciencia: cada qual de los asistentes se fue escapando ocultamente, y solamente los que me habian acompañado, tuvieron que esperar, muertos de sed y hambre. Un Secretario del Rey tomó el partido de acercarse á su oido, y decirle que yo me habia puesto malo; pero el Rey no hizo caso, y eran yá las diez de la no-

che sin que el Rey pensase en retirarse.

Mientras que hubo en la sala espectadores que no eran de ceremonia, el Rey habló por el órgano de un oficial llamado Kal-Hatze, esto es, la voz ó palabra del Rey; pero quando quedamos solos, descubrió la boca que tenia tapada y todo el rostro, y habló por sí mismo. Hízome mil preguntas impertinentes: yo estaba desesperado, y maldecia el empleo que me obligaba á esta esclavitud. Sin embargo, los Griegos que me habian acompañado, no pudiendo aguantar mas, se presentaron delante del trono, diciendo al Rey que querian retirarse conmigo; pero el Monarca les respondió, que esto no era posible, porque una de las obligaciones de mi empleo era guardar la puerta del quarto en que habia de dormir aquella noche. Ayto Heikel acercándose á él, le dixo, que el Ras llevaria esto muy á mal: entonces el Rey echó á reir, diciendo que creia que ya habiamos cenado, y con esto nos despidió.

Salimos de la audiencia del Rey con la impaciencia que podeis imaginar de unos hombres cansados y hambrientos, y fuimos á cenar en compañia de tres de mis compañeros Baalomales, entre los quales habia uno llamado Guebra Mascal. Este era un oficial lleno de presuncion y arrogancia, y se preciaba tanto de su habilidad en el uso

de las armas de fuego, que se atribuia todas las victorias del Ras Micael. Durante la cena no cesó de jactarse de su destreza en el fusil: Petros le dixo en tono de chanza: ahora que está aquí el Yagubé os enseñará cosas en este género, que os admirarán. Guebra Mascal habia bebido mucho, y oí que dixo algunas palabras de desprecio á mi persona. "Mascal, le dixe, por "vuestro discurso conozco que no entendeis "de hombres ni de fusiles: cada uno de "los mios en manos de mis criados haria "doble estrago que los vuestros. Por lo que "hace al mio, no necesito de cargarle con "bala para apostar con vosotros, pues cargado solamente con un cabo de bela de "sebo, haria mas efecto que los vuestros "con balas." Guebra Mascal me respondió que yo era un Franco y mentiroso: levantéme al punto, y él me dió un puntapie, por lo que me tiré á él furioso, y le tendí en tierra. Como los Abisinios no saben luchar, Mascal tiró de su cuchillo, y quiso herirme en la cara; pero como no tenia el brazo libre, no hizo mas que herirme ligeramente en lo alto de la cabeza. Luego que me sentí el rostro bañado en sangre, le quité el cuchillo, y con el puño le dí mil golpes en la cara, conteniendome para no matarle.

Este suceso trágico causó el mayor so-

bresalto á mis compañeros, porque como estabamos en el recinto de palacio, habia pena de la vida contra el que levantase la mano contra otro. El Ras Micael, quando lo supo, se puso furioso contra Mascal, y fue menester toda mi persuasion, y el empeño de Ozoro Ester, para que no le quitase la vida; pues aunque Mascal era sobrino suyo, le tenia muy agraviado, por las sospechas de amancebamiento con la primera muger del Ras, lo que obligó á éste á repudiarla. En fin, todo se compuso amigablemente: pero en los dias que duró esta disension, pasé la mayor melancolía, pues por todas partes no veia mas que peligros.

Lo que mas contribuyó á disipar mi tristeza, fue el regocijo que reynaba en toda la ciudad. La jóven Ozoro Ayabdar á quien yo habia curado de las viruelas, se habia casado con Povusen, Gobernador de Begender, á quien se debió la victoria de Fagita. El Rey concedió á la novia grandes dominios en esta provincia, y el Ras Micael su abuelo la dió en dote mucho oro, fusiles, caballos y bueyes. Todos los habitantes de la capital, que deseaban complacer á la familia de Ayabdar, vinieron á ofrecer en particular regalos muy considerables, á proporcion de su fortuna. El Ras, Ozoro Ester, y Ozoro Altash dieron grandes banquetes: todos los dias se mataba gran nú-

mero de bueyes, terneras, carneros y cabras: toda la ciudad parecia un mercado continuo. El Ras me obligaba todos los dias á comer con él, y estaba seguro de sacar siempre un gran dolor de cabeza, á fuerza de hacerme beber hydromiel, bebida á que jamas he podido acostumbrarme.

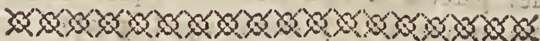
Despues de comer pasabamos á visitar á las Señoras de la Corte, donde reynaba tanto desorden como en casa del Ras. Todas las mugeres casadas comian, bebian, y fumaban con tanto exceso como los hombres. No es posible dar idea de estos bacanales, sin ofender el pudor. No me quedaba otro recurso para evitar mil excesos, que el escaparme ocultamente á respirar el ayre del campo: no podreis, Señora, formar idea de estos desordenes, que se veian igualmente en palacio que en las casas particulares.

Aunque el favor del Monarca y la proteccion del Ras, juntamente con mi atencion y urbanidad con todo el mundo, me habian conciliado la benevolencia de los habitantes de Gondar, observé que aun no se habia olvidado mi pendencia con Guebra Mascal. Un dia me preguntó el Rey, si yo estaba beodo quando habia dicho á Mascal, que con un cabo de vela de sebo haria yo con mi fusil tanto efecto, como él con una bala? Respondíle que estaba pronto á

hacer la experiencia, ofreciendome á atravesar la mesa en que comia, y que tenia tres dedos de grueso, disparando desde el extremo de la sala. Ah, Yagubé, Yagubé, »replicó el Rey, mira lo que dices: tú no »conoces á la gente de este pais: todo el »dia no hacen mas que mentir; toda su »vida es una pura mentira, y se alegra»rian mucho de hallar que tú mientes mas »que ellos." Insisti en la palabra que habia dado: se dispuso hacer la prueba con tres escudos de piel de búfalo muy gruesa: juntélos, y atándolos á un palo, disparé y los atravesé todos á vista del Rey, y de muchos espectadores que quedaron pasmados. Llevaron los tres escudos al Rey, el qual arrebatado de alegria, exclamó: »yo »lo tenia por imposible, y aun viendolo, »apenas puedo creerlo. ¿Qué es ahora de »la presuncion de Guebra?" Pero qué sabe »él, ni nosotros tampoco? Observé, que al decir esto, el jóven Monarca se puso algo avergonzado. Repetí la experiencia con la mesa, y tambien la traspasé. Algunos Sacerdotes Cismáticos que se hallaban presentes, al pronto se pasmaron; pero despues creyendo que era contra su dignidad el admirarse de nada, empezaron á hablar con desprecio, diciendo que esto era facil hacerlo por magica. La opinion de estos ignorantes se hizo despues general, porque

les pareció la mas razonable ; pero el Rey no pensó así, y desde aquel punto, en afirmando yo una cosa, la creia sin la menor duda. El Ras quiso tambien ver como traspasaba una tabla, y quedó no menos contento que el Rey.

Como estuve tan introducido en la Corte de Abisinia, y tuve las mejores proporciones para conocer las costumbres, y gobierno de esta nacion, voy á referiros aquí todo lo que observé en este particular, antes de entrar en la relacion de una guerra, en que siempre estuvimos rodeados de peligros.



CARTA XCVII.

Gobierno y usos de Abisinia.

La Corona de Abisinia es y ha sido siempre hereditaria en una familia particular, que desciende, segun dicen, en la linea recta de Salomon, y de la Reyna de Saba, *Negesta Azab*, que quiere decir, *reyna del Mediodia.* Sin embargo, esta corona es electiva en esta misma familia, y no hay ley ni costumbre que obligue á darla con preferencia al primogénito del Rey. La primogenitura, pues, no es un derecho, y el uso casi siempre la ha sido contrario. Quando un Rey muere, si sus hijos están en edad de reynar, y no han sido desterrados á la montaña, el mayor ó el menor de los hijos, favorecido por los amigos de su padre, se apodera ordinariamente del trono: pero si los herederos están en la montaña, el Ras ó primer Ministro elige solo al Rey, y pasa como si hubiera sido elegido por toda la nacion. Como el interes de este Ministro es conservar su poder por todo el tiempo posible, jamas dexa de elegir á un niño, en cuyo nombre puede gobernar el Reyno

á su arbitrio, y regularmente prolonga su menor edad por toda la vida.

Todos los desastres de este infeliz reyno proceden de este absurdo principio, que ha arruinado varias veces la Abisinia, y há expuesto el trono á su total perdicion. Quando coronan al Rey, le ungen con aceite, derramándolo sobre su cabeza, y para que se esparza por todos los cabellos, se frota con las dos manos con bastante indecencia. La corona del Rey de Abisinia parece una mitra de Obispo, y les cubre la frente, las mexillas y el cuello: está forrada de tafetan azul, y la parte superior es de oro y plata de filigrana, muy bien trabajada. Encima de la corona hay un globo de vidrio roxo, en el qual hay muchas campanillas de varios colores.

Algunos que han escrito de la Abisinia, dicen entre otras fábulas, que en la coronacion del Rey le ponen pendientes de oro en las orejas, y una espada desnuda en la mano, y que todo el pueblo le adora de rodillas; pero yo puedo asegurar, que no hay nada de esto, ni esta costumbre es análoga con el genio de este pueblo. Antiguamente no se veia jamas el rostro del Rey, ni parte ninguna de su cuerpo, á excepcion del pie que descubria de quando en quando. Se sienta en una especie de alcoba, ó de balcon, cuya delantera está cu-

bierta de zelosias ó cortinas, y ademas se cubre el rostro, siempre que da audiencia pública, ó hace justicia. Quando teme alguna traicion, su balcon está enteramente cerrado, y habla por un agugero, que está á un lado, al Kal-Hatzé, ó *voz del Rey*, el qual va á llevar las ordenes del Monarca á los Jueces, que están sentados al rededor de la mesa del Consejo.

El Rey va regularmente todos los dias á la Iglesia: entonces sus guardias ocupan todas las avenidas de las calles, y las puertas por donde debe pasar, y como va á pie, nadie puede acompañarle sino dos Camareros, sobre los quales va apoyado. Besa el umbral, y los linteles de la puerta de la Iglesia como tambien las gradas del altar, despues de lo qual se vuelve al punto á su palacio, ya estén celebrando ó no en la Iglesia. Sube las escaleras de la sala de audiencia montado en una mula, y no desmonta hasta llegar á una alfombra de Persia que hay delante del trono, sobre la qual he visto varias veces estercolar á la mula.

Todas las mañanas antes de amanecer, un oficial llamado Serach Maseri coge un gran látigo, y da grandes chasquidos con él á la puerta del palacio: con este ruido ahuyenta á las hienas, y á las demas fieras, que infestan la ciudad por la noche;

y al mismo tiempo sirve de señal de levantarse el Rey. El Monarca se sienta en ayunas en el trono para hacer justicia hasta las ocho, y á esta hora va á almorzar.

El Rey escoge por sí mismo seis nobles, á los quales dá el título de Baalomaal, que literalmente quiere decir guardaropa de los géneros ó mercaderías del Rey, y son como unos camareros, quatro de los quales deben estar siempre junto á su persona. Otro de ellos, que es el xefe de estos seis, se llama el servidor de la túnica, y es el xefe de guardaropa y primer oficial de la Cámara. Estos siete oficiales, los esclavos Negros, y algunos otros sirven al Monarca en lo interior de palacio, y tienen con él una familiaridad, á la qual no puede aspirar ninguno de sus vasallos.

Quando el Rey junta su Consejo para tratar algun asunto de importancia, se mantiene en una especie de jaula cerrada á la extremidad de la mesa del Consejo. Los Consejeros estan colocados al rededor de la mesa segun su clase, y votan empezando por el mas joven ó el mas inferior. Los primeros que hablan son los Salacas ó Coroneles de las tropas de casa Real, y despues siguen varios oficiales de palacio.

En la guerra el Lica-Maguas, que es un oficial encargado de apartar la gente, lleva la espada y el escudo del Rey, y gira

al rededor de él á cierta distancia, pero en mi tiempo no era así. El Rey llevaba él mismo su escudo negro sin adornos, hecho de una gruesa piel de búfalo, y una espada de azero en vez de que antiguamente la llevaban de plata. Sus armas de plata no aparecen sino al fin de la campaña, y entonces las lleva el Liça-Maguas. Antiguamente los Reyes de Abisinia eran respetados del enemigo en medio de las guerras mas sangrientas, aun quando peleaban contra sus enemigos rebelados.

Jamás ningun Monarca Abisinio ha perdido la vida en las batallas, antes de la entrada de los Européos, época en que se introduxeron los asesinatos en este imperio. En mi tiempo se han visto dos exemplares de este respeto de los Abisinios á su Soberano: el primero fue en la batalla de Limjur, quando Fasil antes de acometer al exército del Ras Micael, hizo suplicar al Rey que se pusiese las insignias de Soberano, no fuese que los Galas le matasen por no conocerle. El segundo exemplar fue en la batalla de Serbraxos, en donde el Rey se vió por tres veces rodeado de las tropas enemigas.

Las insignias del Rey son un caballo blanco, cuya cabeza va adornada de campanillas de plata, un escudo de plata, y una vanda de seda blanca, ó lo mas comun de muselina, que le cubre la frente, se ata

con dos nudos por detras, y las puntas le cuelgan por los hombros.

Algunos han escrito que el Acab Saat ó guarda del fuego, que es el primer Eclesiástico de Palacio, se mantiene al lado del Rey mientras come, y que tenia la comision de hacer retirar el plato y la bebida del Monarca, quando veia que el Rey se excedia en comer y beber. No sé si tiene estas facultades, pero jamás se las he visto exercer, y segun me informaron, no se usaba en tiempo de los predecesores de este Monarca. Además, el Rey jamas come en público, y solamente le sirven sus esclavos; pero si alguno de sus vasallos tuviese derecho para irle á la mano en la comida, lo que no creo, es muy probable que escogeria otras horas para abandonarse á sus excesos.

He hallado en Abisinia varios usos que son comunes á los Persas en los tiempos antiguos, de los quales os referiré algunos. Los Reyes de Persia así como los de Abisinia no podian ser elegidos sino en una sola familia, que era la de los Arsácidas, y extinguida ésta, sucedió la de Darío. El título de los Monarcas de Abisinia es *Rey de Reyes*, y el mismo título usaban los Reyes de Persia. Los Persas daban una especie de preferencia á los hijos legítimos de sus Reyes sobre los bastardos; pero hay muchos exemplares que prueban que estos últimos á veces eran pre-

feridos á los otros: Dario, aunque hijo natural de Xerxes, fue preferido por el pueblo á su hermano Isogias, que era legítimo. Lo mismo se ha verificado muchas veces en Abisinia: varios de sus Reyes han tenido hijos de adulterio, y otros naturales, los quales fueron preferidos á los legítimos.

Aunque los Reyes de Persia tenian varios palacios, donde residian en varias estaciones del año, Pasagarda, capital de sus primeros Soberanos, era considerada como el único parage en que podia hacerse la coronacion. El mismo privilegio tuvo antiguamente en la Abisinia la ciudad de Axûm.

Otra ceremonia notable y comun á estas dos naciones, es la de la adoracion, que aun en estos tiempos se observa rigurosamente en Abisinia, siempre que se ha de ir á la presencia del Monarca. No basta doblar la rodilla, es preciso postrarse: lo primero que se hace es arrodillarse, despues apoyarse sobre las manos, y últimamente se inclina la cabeza y el cuerpo hasta tocar con la frente en el suelo; y si se espera respuesta, es preciso permanecer en esta postura hasta que el Rey mande levantarse. Esta misma era la costumbre de los Persas, que segun Arriano, fue establecida por Ciro. Aunque el resistirse á hacer esta ceremonia se ha considerado en Abisinia y en Persia como una especie de rebeldia y un insulto hecho al Mo-

narca, siendo vasallo el rebelde, sin embargo parece que en Abisinia se ha permitido algunas veces á los estrangeros el dispensarse de esta adoracion. Acuérdome de haber visto un Mahometano enviado dos veces por el Sherif de la Meca á Abisinia, que no quiso hacer mas adoracion al Rey que cruzar las manos sobre el pecho inclinando un poco la cabeza, y en la Corte de Gondar no se tuvo esto por falta de respeto, porque este Enviado no hacia mas ceremonia con su propio Soberano. Pero en Persia á nadie se dispensaba de esta adoracion.

Ya he dicho que el Rey de Abisinia no se dexa ver quando asiste al Consejo; y Justino nos dice que los Reyes de Persia se ocultaban para dar mas alta idea de su magestad, y que en tiempo de Deyocés, Rey de los Medos, se publicó una ley, en que se prohibia mirar al Rey. Lo mismo sucedia antiguamente en Abisinia; pero las guerras continuas que han desolado este imperio, despues que los Mahometanos se apoderaron del reyno de Adel, han hecho se abandone esta costumbre, la qual no se usa sino en las grandes ceremonias, y quando el Rey junta su Consejo. Vemos en la historia que muchas veces el exército y la nacion entera han debido únicamente su conservacion al valor de sus Monarcas, y al modo con que se exponian en las batallas, lo que no hubiera po-

dido ser, si los Reyes se hubiesen mantenido invisibles. Sin embargo, quando estos Príncipes montan á caballo, ó dan alguna audiencia en su palacio, tienen la cabeza y la frente enteramente cubiertas, y tapada la boca con una mano, de suerte que no se le vé sino los ojos: tambien tiene los pies cubiertos. Por Apuleyo sabemos, que esta misma costumbre se hallaba establecida entre los Persas, y que dió motivo á los Magos para poner en el trono de Cambyses é Oropastes su hermano, en vez de Smerdis que debia sucederle. Como el Rey tenia el rostro cubierto, no se pudo por el pronto conocer la supercheria.

Hay una costumbre muy singular en Abisinia, y es que precisamente las puertas y las ventanas del Rey han de estar continuamente ocupadas por gentes que lloran, se lamentan y piden justicia á grandes gritos en todos los diferentes idiomas del imperio para ser admitidos á la presencia del Monarca, y que les desagravie de las pretendidas injusticias de que se quejan. En un pais tan mal gobernado y expuesto continuamente á todas las calamidades de la guerra, nunca deben faltar muchas personas que tengan justos motivos para quejarse; pero si acaso no se hallan bastantes de estos, como por exemplo, en la estacion de las lluvias, en que es muy dificil acercarse á la capital, hay una

tropa de pobres, á quienes se paga para que griten y se lamenten, como si estuvieran verdaderamente oprimidos. Dicen que esta costumbre se estableció en honor de la magestad Real, y para que el Monarca no se vea solitariamente abandonado en su palacio á una tranquilidad ociosa. Yo de mí confieso, que de todas las costumbres de Abisinia ninguna me parecia mas absurda é intolerable, por lo que el Rey que conocia mi modo de pensar en esta parte, quando estaba solo, se divertia á mi costa de un modo muy extravagante.

Durante la estacion de las lluvias, yo me encerraba muchas veces en mi quarto para trabajar con mas sosiego; y entonces oía de repente quatro ó cinco personas, que echaban á llorar, gemir y gritar implorando mi proteccion, como si estuviesen padeciendo el mayor dolor ó cerca de espirar; y este horrible concierto estaba tan bien executado, que parecia que sus sollozos, llantos y gemidos eran la expresion de un verdadero dolor. Entónces yo mandaba á las centinelas que estaban á mi puerta, que hiciesen entrar á algunos de aquellos infelices, presumiendo que vendrian de muy léjos para implorar mi proteccion. Pero figuraos qual seria mi indignacion, al ver que eran criados mios ó algunos palaciegos, y si habia entre ellos algun estraño, y le preguntaba

qué era lo que le afligia, me respondia con mucha frialdad, que no era nada, que habia dormido en el establo, y que al dispertar, sabiendo de mis soldados que estaba retirado en mi quarto, habia venido con sus compañeros á gritar á mis ventanas, *pará hacerme honor á los ojos del pueblo*, y para impedir que me entregase á la melancolia, por lo que esperaba que yo tuviese la bondad de mandar le diesen de beber, para que pudiese proseguir gritando con mas vigor. Yo hacia entonces varios extremos de cólera, y al punto iban á contarselo al Rey, el qual lo reia á mas no poder. A veces el mismo Monarca se mantenia escondido cerca de mi quarto, durante esta escena, para ser testigo de mi rabia y despecho. Estos lamentos, sean verdaderos ó fingidos, siempre son con este estribillo: *rete ó Janhoy*, lo que repetido rapidamente suena *prete Janni*, por lo que en Europa se dió el nombre de *Preste Juan* al Rey de Abisinia, por ignorar la significacion de estas voces, que quieren decir, *Rey, hazme justicia.* Por lo que hace á esta costumbre entre los Persas, Herodoto cuenta que en Persia el pueblo acudia de tropel á las puertas del palacio á gritar y lamentarse.

He hablado ya del Consejo que se tiene en Abisinia en tiempos de revolucion, en el qual el Rey siempre invisible y presente, dá su voto por el órgano de un oficial, que

se llama Kal-Hatzé ó voz del Rey. Quando este oficial pronuncia las palabras del Rey, todo el Consejo se levanta para oirlas, y si el Rey asistiese descubiertamente, todos estarian obligados á mantenerse en pie durante toda la sesion. En estos Consejos el Rey se inclina ya á la pluralidad de los votos, ya al partido de los menos; pero quando la pluralidad es contra él, castiga freqüentemente á los que la componen, enviándolos á la carcel al salir del Consejo. Aunque hay quien dice, que el Rey se atiene á la pluralidad de los votos, lo cierto es, que tiene el derecho de dar siempre la preponderancia al partido á que se inclina. Lo mismo sucedia entre los Persas.

Voy ahora á comparar los adornos de los Reyes de estas dos naciones. El Monarca de Abisinia lleva los cabellos largos, y lo mismo hacian los antiguos Reyes de Persia. Durante la guerra de los Romanos contra los Persas, apareció un cometa, que los supersticiosos siempre han tenido por mal agüero; pero Vespasiano se burló de ellos »diciendo: si el cometa anuncia alguna des»gracia, será para el Rey de los Persas, »porque tiene el cabello largo como él."

La diadema, atributo de los Reyes de Persia así como de los de Abisinia, era exâctamente de la misma materia en unos que en otros, y tambien el modo de llevarla. El

Rey de Abisinia, quando va de camino, la lleva no solamente como una insignia de su dignidad, sino tambien porque le defiende del calor en los paises ardientes. Esta vanda le ciñe la frente, y le dexa la cabeza descubierta. Los Abisinios no pueden ponerse nada sobre la cabeza, y principalmente cosa blanca, sin que se tenga por un grande ultrage hecho al Rey: solamente los Sacerdotes pueden llevar turbantes de muselina, y los Mahometanos usan bonetes y turbantes blancos encima. Los Historiadores nos refieren varios hechos de esta misma costumbre en los Reyes de Persia.

El trono de los Reyes de Abisinia era antiguamente de oro: este trono era un quadrilongo, semejante á un sofá, el qual se cubria con alfombras de Persia, damasco, y otras telas bordadas de oro. Habia una graderia delante del trono. Actualmente está ricamente adornado, aunque las guerras han hecho disminuir mucho de la antigua magnificencia. Habia otro trono portatil, semejante á las sillas curúles que vemos representadas en las monedas Romanas. Xerxes quando se halló en un combate naval, estaba sentado en una silla de oro.

En Abisinia es un delito de lesa magestad el sentarse en la silla del Rey, y el que lo hiciese, al punto le harian pedazos,

á no haber evidencia de que estaba loco. La misma ley exîstia entre los Persas, pues Alexandro la reprendió. Un dia que hacia mucho frio, éste Príncipe se habia sentado cerca del fuego para calentarse, quando vió á un soldado que sin duda era Persa, á quien el frio habia privado de sentido. Alexandro se levantó, y mandó poner al soldado en su silla. El soldado, quando volvió en su acuerdo, quedó pasmado de terror, al verse sentado en la silla del Rey. Entonces le dixo Alexandro: »mira quanto »mejor es mi gobierno que el de los Per- »sas: sentándote en mi silla has recobrado »la vida, y si lo hubieras hecho en Persia, »la hubieras perdido infaliblemente."

Por una ley fundamental del Estado, ningun Príncipe de la familia Real de Abisinia, que tenga alguna deformidad ó defecto corporal, puede ocupar el trono; por lo que, quando se escapa alguno de los Príncipes desterrados á la montaña de Vechné, y le prenden, ordinariamente le hacen mutilar algun miembro, para que se le tenga por incapaz de reynar. Los Persas tenian la misma ley.

Los Reyes de Abisinia muy rara vez se dexan ver de sus vasallos, como tambien sucedia en Persia, la qual costumbre asciende hasta los tiempos de Semiramis, pues su hijo Ninias envegeció en el palacio,

sin haber sido jamas visto ni conocido de sus vasallos. Esta costumbre absurda ha sido el origen de una infinidad de desordenes. Entre los Persas habia dos oficiales llamados *el ojo del Rey*, *y la oreja del Rey*, que estaban encargados de ver y oir por su Monarca. Ya he dicho que en Abisinia hay un oficial llamado *voz del Rey*, que habla siempre en su nombre en tercera persona. Siempre empieza diciendo : *escuchad lo que el Rey dice*, y lo que sigue á este preambulo, tiene siempre fuerza de ley. Los edictos de los Reyes de Persia siempre empezaban con la fórmula, *el Rey dice.*

Asi los Persas como los Abisinios siempre han acostumbrado á hacer grandes cacerias, como ya he dicho en otras cartas; y antiguamente fue tenido por un gran delito el herir la caza antes que el Rey, hasta que posteriormente se ha abolido esta ley.

Los Reyes de Abisinia son superiores á todas las leyes, y gozan de una autoridad ilimitada así en lo civil como en lo eclesiástico. Todas las tierras del Imperio y las personas de sus vasallos le pertenecen en propiedad, porque todo Abisinio nace esclavo de su Príncipe ; y si despues obtiene alguna elevacion en la sociedad, solo es por pura gracia del Soberano, no por causa de su nacimiento. Lo mismo era entre los Persas.

Los Soberanos de Abisinia han acostum-

brado siempre tener todas las mugeres que han querido, pero sola una es propiamente Reyna, lleva la corona, y tiene el título de *Itegué*; así como vemos que en Persia, Ester habiendo hallado gracia en los ojos de Asuero, fue preferida á todas las doncellas de sus estados, y la puso una corona de oro en la cabeza. Pero no sabemos, si en Persia la corona colocada sobre la cabeza de una Reyna, la aseguraba la regencia del Reyno, como sucede en Abisinia.

El Rey de Abisinia quando sale de su palacio, jamas pone los pies en tierra, y quando ha de desmontar del caballo, uno de sus criados viene á ponerle debaxo un banquillo, que lleva prevenido. Pasa á caballo desde su quarto á la sala de audiencia, y como ya he dicho, desmonta sobre una alfombra al pie del trono. De los Reyes de Persia sabemos, que jamas ponian los pies en tierra fuera de su palacio.

El Monarca Abisinio juzga regularmente por sí mismo las causas capitales: jamas el Rey condena á un hombre á muerte por el primer delito, á no ser que sea parricida ó sacrílego. Generalmente hablando, la conducta y el mérito del reo se ponen en balanza con su delito, de suerte, que si ha sido mas útil al estado por su conducta pasada, que el daño que le ha hecho con

su delito, puede estar seguro de ser absuelto, quando el Rey le juzga solo. Herodoto alaba la misma conducta en los Reyes de Persia.

El Rey de Abisinia va acompañado siempre que va á la guerra, de seis jueces, y todos los rebeldes á quienes se coge con las armas en la mano, son sentenciados al punto. En los dos reynos que voy comparando, las personas favorecidas del Monarca, ó que se distinguen por alguna accion ilustre, han sido condecoradas con cadenas de oro, espadas y brazaletes. En Abisinia estos distintivos se dan por las acciones brillantes en la guerra. En la batalla de Serbraxos el Rey me condecoró con una cadena de oro, despues de mi reconciliacion con Guebra Mascal, á quien se dió una gran renta, y un espacioso territorio, en que se comprendian varias aldeas, en premio de lo bien que se portó aquel dia. El seguramente merecia una gran recompensa, y sabian bien que esta le seria mas agradable.

Un estrangero de distincion, y recomendado como yo lo habia sido, es proveido ordinariamente en Abisinia de algunas aldeas que le suministran las cosas necesarias, sin que tenga que recurrir al Rey, ni á sus Ministros á cada paso. Por consiguiente quando yo fui admitido entre los oficiales del Rey, se me señalaron varias

aldeas correspondientes á mis empleos para que me surtiesen de todo lo necesario, y en particular pedí al Rey una llamada Geesh, donde tiene su nacimiento el Nilo, para que me suministrase miel. Igualmente sabemos que quando Themistocles se estableció en Persia, Artaxerxes le señaló quatro ciudades para su manutencion. Pero esto se entiende de los estrangeros distinguidos y bien recomendados que van Abisinia, pues los Griegos que se introducen en este pais, son tratados como vagos, y mendígos.

En este Imperio quando alguno es condenado á muerte por un delito capital, no le vuelven á la carcel, porque esta dilacion se tendria por mucha crueldad, sino que le conducen inmediatamente al suplicio, y se executa la sentencia. De esto he visto muchos exemplares en Abisinia: quando el Rey volviendo del Tigré, entró en Gondar, condenó por sí mismo á muerte al Abba Salama, el qual fue al punto ahorcado de un árbol con sus vestidos sacerdotales delante de la puerta del palacio, con otros muchos rebeldes. La misma costumbre habia en Persia.

El principal suplicio en Abisinia es la cruz. Otro suplicio aun mas atroz es el desollar vivo al reo, y esta costumbre bárbara se observa todavia en Abisinia; yo mismo vi entrar en triunfo en Gondar la piel

de Voosheca, llena de paja, á quien el Ras Micael mandó desollar vivo por complacer á la bella Ozoro Ester, su muger, la qual no quiso perdonar á aquel valeroso General el haber sido el instrumento de la muerte de su primer marido. En la historia de Persia vemos varios castigos de este género.

Los Abisinios tambien matan á pedradas á los reos, y en particular á los estrangeros, quando los tienen por reos de religion. Unos Sacerdotes Católicos que fueron descubiertos pocos años antes de ir yo á Abisinia, murieron apedreados, y sus cuerpos permanecen aún sepultados en las calles de Gondar baxo unos grandes montones de piedras: estos Sacerdotes eran Religiosos de San Francisco. Igual suplicio se usaba tambien en Persia.

Entre los castigos usados en la Abisinia podemos contar el sacar los ojos, costumbre bárbara que yo mismo he visto practicar varias veces, y es el castigo ordinario de los rebeldes; y por Xenofonte sabemos que Cyro usaba de este mismo castigo.

Los cadáveres de los reos de lesa magestad, de homicidio ó de violencia son arrojados comunmente á las plazas y caminos públicos, y rara vez se les entierra. Las calles de Gondar están llenas de miembros y esqueletos de estos infelices, los quales atrahen por la noche tantas fieras, que es

peligroso salir por las calles. Los perros se apoderan al punto de algunos miembros, los quales llevan á los patios de las casas para devorarlos á su placer, lo qual me causaba el mayor horror; pero estos espectáculos son allí tan comunes y freqüentes, que me fue preciso aparentar indiferencia.

Aunque los Abisinios han tenido siempre mucho comercio con los Egypcios, jamas han tomado de ellos la costumbre de escribir en papel, pues siempre han usado de pergamino, y lo mismo observaban los Persas.

Segun estas y otras muchas conformidades entre los Abisinios y los Persas se pudiera presumir que la Abisinia fue poblada por alguna Colonia Persiana, pero no es así. Las costumbres que los Historiadores atribuyen á solos los Persas, eran comunes á todas las naciones del Oriente, y no fueron abolidas hasta que los conquistadores Bárbaros fueron apoderándose de estas regiones, é introduxeron sus usos y costumbres.

Recapitulando ahora otras costumbres de los Abisinios, que tambien eran comunes en todo el Oriente, los habitantes de este imperio no comen ni beben jamás con los estrangeros. Rompen ó laban con mucho esmero las vasijas en que han bebido ó comido los estrangeros. Las mugeres de Abisinia viven como si fueran comunes á todo el mundo; y

Herodoto nos dice que en su tiempo hacian lo mismo las Egypcias.

Los hijos siguen en Abisinia la condicion del padre, sin hacer caso de la madre: el hijo de un Rey y de una esclava Negra tiene el mismo derecho á la corona, que los que tiene el Monarca en las mugeres mas nobles del imperio.

Los Abisinios tienen por infamia el ir á comprar qualquier cosa al mercado, por lo que las mugeres son las únicas que se emplean en comprar y vender. Tampoco pueden los hombres ocuparse en acarrear agua ni amasar el pan; pero deben lavar sus vestidos y los de sus mugeres, sin que estas puedan ayudarles. Los Abisinios quando acarrean algun fardo ú otra carga, la ponen sobre la cabeza, y las mugeres sobre los hombros.

En Abisinia no se puede comer ternera, costumbre que se deriva de los Egypcios: tampoco pueden comer aves silvestres, ni aquátiles. Tienen tambien la mayor aversion á la carne de cerdo, y jamas se atreven á tocar á los perros.

No debo omitir aquí una costumbre bárbara, de que ya he hecho mencion. Os he dicho ya que en el camino de Axûm á Gondar encontré tres soldados que llevaban una vaca, á la qual cortaron algunos pedazos de carne de las ancas, y despues la hi-

cieron marchar delante de ellos. Como mi principal objeto es describir las costumbres buenas ó malas, que he observado en varias naciones, no puedo menos de pintar aquí los banquetes de los Abisinios, semejantes á los de Polifemo, evitando todo aquello que puede provocaros á naúsea.

En la capital, donde todos estan defendidos en todo tiempo de sorpresas, y en las aldeas quando las grandes y continuas lluvias inundan de tal suerte los valles, que es imposible atravesarlos aun á caballo sin peligro de ser arrebatado por los torrentes; en fin, quando los habitantes se tienen por seguros en sus casas, se juntan los amigos y familias para celebrar sus banquetes. Se coloca en una gran sala una mesa muy larga, rodeada de bancos en que se sientan los convidados. El uso de las mesas y de los bancos fue introducido en Abisinia por los Portugueses, pues antiguamente no se servian en las casas sino de pellejos de bueyes que tendian en el suelo, y sobre los quales se recostaban, como aun lo hacen en los campos y en los exércitos. Llevan á la puerta de la sala una vaca ó un toro, segun el número de los convidados, y despues de atar bien de pies y manos al animal, le abren la piel que le cuelga debaxo del cuello, pero la abren de modo que no pase de la parte crasa de esta papada, contentándose con rom-

per algunas venas sutiles, de la qual herida dexan derramar en tierra solamente unas cinco ó seis gotas de sangre. Los crueles asesinos no tienen piedra ni banco para apoyar la cabeza del pobre animal: los llamo asesinos, porque no tienen bastante humanidad para matarle de una vez, antes procuran mantenerle vivo hasta que le han acabado de devorar. Quando creen haber cumplido con la ley, derramando en tierra algunas gotas de sangre, dos ó tres de la compañía prosiguen la horrible carniceria. Empiezan levantando la piel de las costillas; despues metiendo la mano entre cuero y carne, desuellan toda la piel hasta la mitad de las costillas y de las ancas, cortando la piel en los parages donde no pueden separarla de la carne. Hecho esto, van cortando pedazos de la carne sin tocar á los huesos, y los bramidos del pobre animal son la señal de sentarse á la mesa.

En vez de platos ponen á cada convidado una torta redonda de medio dedo de grueso, las quales tortas se hacen de masa sin levadura, de un gusto algo agrio, pero agradable y de facil digestion. Delante de cada convidado hay dos ó tres de estas tortas, con quatro ó cinco panes ordinarios, de los quales se sirven los amos para limpiarse los dedos en la mesa, y despues se los comen los esclavos.

Luego que se sientan los convidados, llegan tres ó quatro criados trayendo cada qual un pedazo de carne cruda y sangrienta, los quales van poniendo sobre las tortas, que sirven á un mismo tiempo de platos y de manteles. Todos los hombres usan en la mesa de los cuchillos que llevan á la guerra, y las mugeres tienen unos cuchillos pequeños muy ordinarios, como las navajas de cachas negras de á quatro quartos, que nos traen los Ingleses de Birmingham. Los convidados se colocan siempre de modo que un hombre esté sentado entre dos mugeres. Los hombres cortan un pedazo de carne del tamaño de una chuleta, y en estos pedazos de carne aun caliente se vé el movimiento de las fibras y de los espíritus vitales. Los Abisinios de la clase superior no tocan jamás con sus manos á la comida: las mugeres cogen la carne, la cortan en tiras largas de un dedo de grueso, y despues las dividen en pedacitos quadrados, los quales polvorean con sal fosil y pimienta negra, y los envuelven en un pedazo de pan. Entónces los hombres embaynando sus grandes cuchillos, apoyan sus manos sobre la rodilla de cada una de las dos mugeres que tienen al lado, inclinan el cuerpo, y alargan el cuello y la cabeza con la boca abierta brutalmente, volviéndola sin cesar ya á un lado ya á otro para devorar los bocados que les van

presentando alternativamente las mugeres de al lado, las quales los empanan tanto que á veces corren peligro de ahogarse. Esta es una señal de grandeza: el que traga los bocados mas gruesos, y hace mas ruido al mascarlos, es tenido por el hombre mas bien criado y urbano. De aquí proviene un proverbio que corre entre la gente principal, que dice: *los mendigos y los ladrones no tragan mas que bocados pequeños sin hacer ruido.*

Quando un hombre ha devorado el bocado presentado por una de sus colaterales, lo que ordinariamente executan muy pronto, se vuelve hácia la otra para que repita la misma operacion, y prosigue así alternativamente hásta concluir su racion. Jamás bebe hasta haber acabado de comer, y antes de beber, envuelve dos ó tres bocados de carne semejantes á los que le han dado, y los presenta con las dos manos á las dos compañeras que le han servido, las quales abren la boca y los tragan á un mismo tiempo: esta es una señal de su agradecimiento. Empieza á beber en un cuerno grande y bello mientras las mugeres continúan comiendo, y quando ellas han concluido, todos beben á la redonda, cantando: *viva la alegría y la juventud.* Despues se entregan á un regocijo muy ruidoso, y á los juegos que rara vez acaban sin riña.

Entre tanto la infeliz víctima que han

despedazado, y devorado en parte, prosigue desangrándose á la puerta del banquete, porque mientras que pueden arrancar carne sin tocar á los huesos, no le cortan los quartos traseros, ni parte alguna en que haya arterias. Pero en fin llega este caso, y poco despues que el animal se ha desangrado enteramente, su carne se pone tan dura, que estos canibales se ven precisados á arrancarla con los dientes como perros.

Despues de estos banquetes no hay exceso ni disolucion á que no se abandonen públicamente, cuya descripcion omito por no ofender á vuestro pudor. Aunque algunos historiadores de la Abisinia han hablado mucho acerca de los casamientos y poligamia de los Abisinios, lo cierto es que en este imperio no se conoce lo que nosotros entendemos por matrimonio. Quando dos se convienen, se juntan sin ninguna ceremonia, y con la misma facilidad se separan y vuelven á juntarse. Acuérdome de haber visto en Koscam en el quarto de la Iteghé una Señora de la primera calidad, que habia tenido siete maridos, todos los quales estaban presentes, y ninguno lo era en propiedad actualmente. Quando las costumbres han llegado en una nacion á tal estado de depravacion como éste en que se desconocen los sagrados derechos del matrimonio, no estrañeis, Señora, que en todo lo demas sean

los hombres civilizados mas brutales que los Salvages.

Quando dos esposos se separan, reparten los hijos: el hijo mayor se vá con la madre, y la hija mayor con el padre. Si no hay mas que una hija, y los demas hijos son varones, el padre se lleva tambien á la hija, y lo mismo si no hay mas que un solo varon, y las demas son hijas, aquel sigue á la madre. Quando el número de hijos es desigual, despues que han escogido los dos hijos mayores, los demas se sortean. Desde el Rey hasta el último de los vasallos no hay distincion entre los hijos legítimos y bastardos.

Un dia me preguntó el Ras Micael en presencia del fanático Salama, qué juicio hacia de estos casamientos y divorcios; yo quise eludir la pregunta, pero insistiendo él le respondí, que aun quando nuestra Religion no nos prohibiese estas abominaciones, aquellas costumbres eran tan repugnantes á la razon, y tan contrarias al bien de la sociedad, que no se pueden tolerar sin trastornar todo el órden, y ser un seminario continuo de todos los vicios y excesos.

He aquí las ceremonias que practica el Rey quando escoge una muger. La envia un oficial de palacio á decirla, que el Rey desea que vaya al punto á habitar á su palacio. Inmediatamente se adorna ella con el mayor

luxo que puede, y obedece á las órdenes del Monarca, el qual no solo la dá un quarto en palacio, sino que tambien la concede una casa en el parage en que ella señala. Quando el Rey declara á una de sus mugeres por Iteghé, que equivale á lo que en Turquía se llama la Sultana favorita, esta ceremonia se parece algo mas á un casamiento. Ya se halle el Rey en su capital ó en los reales, manda á uno de sus Jueces pronunciar en su presencia, que el Rey ha elegido á su sierva fulana por Reyna, y entonces la coronan, pero sin ungirla.

Como la corona es electiva en una sola familia, y la poligamia es permitida, los herederos se han multiplicado mucho; las disputas sobre el trono han sido tan freqüentes, que ha sido preciso buscar un medio para evitar la anarquía y la efusion de sangre Real, que sin esto serian inevitables. Este medio es suave y humano: envian á todos los Principes de la familia Real á una montaña muy elevada, cuyo temperamento es saludable. Se les enseña á leer y á escribir, pero su educacion no pasa de esto. El Estado paga los gastos de su manutencion, y en conseqüencia les estan destinadas 750 piezas de telas, y 300 onzas de oro.

Sin embargo, estos Príncipes son tratados á veces con mucho rigor, y en los tiempos de guerra civil los matan por la menor

sospecha. Quando yo estaba en Abisinia, sus alimentos se hallaban tan acortados por el avaro y duro Ras Micael, que algunos de ellos perecieron de hambre y sed. El mismo Rey, segun lo que pude comprehender, jamás manifestó hacia ellos aquella compasion que se debia esperar de un Príncipe que habia experimentado la misma suerte; pero quizá ocultaria su modo de pensar por temor á su despótico Ministro.

Como quiera que sea, la suerte de estos Príncipes se puede llamar feliz comparándola con la de los Príncipes de la Nubia, sus vecinos. Estos no son enviados en prision á una montaña, pero quando muere el Rey su padre, todos son degollados por órden del que asciende al Trono, y si tiene hijos, son tambien muertos con sus padres. La misma costumbre se practíca en todos los Estados Negros, que hay al Mediodia del Senaar, como los de Donfour, de Selé y de Bargina.

Los escritores que han hablado hasta aquí de las fuerzas militares de Abisinia, las han exâgerado mucho. Los exércitos mas numerosos que se han puesto en campaña, segun me dixeron los oficiales mas antiguos, fueron los que pelearon en la batalla de Serbraxos; y creo que quando estos exércitos se acamparon junto á las orillas del lago Tzana, las tropas del Rey juntamente con las

de los rebeldes no ascendian mas que hasta unos 50∪ hombres. En el término de quince dias gran parte de este número habia desertado, y quando el Rey salió de Gondar, no quedaban mas que unos 30∪ combatientes. Pero debo advertir, que esto no lo sé sino por noticias.

Despues que se juntaron las fuerzas del Gojam, como se creia que el Ras Micael y sus partidarios quedarian prisioneros, el exército de los rebeldes se aumentó hasta el número de 60∪ hombres entre jóvenes y viejos, valerosos y cobardes, todos los quales querian ser testigos de un suceso tan deseado, y que todos desesperaban de ver verificado. El exército Real, segun creo, jamás pasó de 26∪ hombres, y quando se retiró á Gondar, apenas ascendia á 16∪, la mayor parte del Tigré. Realmente Fasil no se habia juntado con el Rey, pero el número de sus soldados no pasaba de 12∪ sin contar los Galas de la otra parte del Nilo. Juzgo pues que en ninguna ocasion un Rey de Abisinia haya mandado mas de 40∪ hombres efectivos, prescindiendo de las tropas de su casa.

Los estandartes de Abisinia son unos grandes bastones, que atraviesan una especie de tubo, sobre el qual hay una bola agujereada, de la qual cuelga una vanderola de seda, que vá tremolando al ayre. En la guerra de Begender se vieron por la prime-

ra vez vanderas como las de navío, tremolar en honor del Rey: eran roxas de cerca de ocho pies de largo, y tres de ancho, pero no duraron mas que dos dias, y no tuvieron bastante aceptacion para hacerse de moda.

La infantería lleva estandartes de dos colores en bandas cruzadas, amarillas y blancas, ó roxas y verdes; pero los estandartes de la caballeria llevan un leon de color verde, roxo ó blanco, costumbre que tomaron de los Portugueses. Solamente la caballeria negra se distingue por un estandarte roxo, en que hay pintado un leon amarillo, y encima de él una estrella blanca. Se habia dexado esta costumbre de los estandartes por falta de telas para hacerlos, pero en la guerra de Begender, se encontró una gran pieza de tela entre los despojos, y de ella se hicieron todos los estandartes.

La tropa de casa Real se compone de cerca de ocho mil hombres de infantería, dos mil de ellos armados de fusiles. El arco ya no se usa de unos cien años á esta parte, y solamente los Sangalas y algunas otras naciones bárbaras hacen uso de ellos. Los dos mil fusileros estan divididos en quatro cuerpos, cada uno de los quales está mandado por un Salaca, que equivale á Coronel. Hay un oficial que manda en veinte hombres, y otro para cada cincuenta, de suerte que cin-

cuenta hombres son mandados por tres oficiales, ciento por seis, y quinientos por treinta, los quales obedecen á un Salaca. Estos cuerpos se llaman *Bet*, palabra que significa casa ó habitacion, y cada uno tiene el nombre de las habitaciones del Rey. Por exemplo, hay una habitacion llamada Anzaba-Bet ó quarto del leon, y el cuerpo de este mismo nombre tiene obligacion de hacer en él la guardia.

Hay otros quatro cuerpos que deben formar el número de mil seiscientos hombres, mandados por el Rey en persona, los quales se componen de estrangeros, á lo menos los oficiales, y guardan al Monarca quando está en campaña. En el tiempo en que el Rey se aparta de la costumbre ordinaria, estos cuerpos suelen componerse de quatro ó cinco mil hombres que oprimen el pais, porque sus privilegios son muy extensos: pero quando el Príncipe es debil, los tiene incompletos, porque inspiran mucho temor y recelo: á lo menos esto sucedia en mi tiempo.

Quando el Rey quiere entrar en campaña, manda hacer tres proclamaciones, la primera está concebida en estos términos. "Preparad vuestras mulas, tened prontas "vuestras provisiones, porque despues de tal "dia los que me buscaren aquí, no me en-"contrarán." La segunda se publíca una se-

mana despues, si el caso lo exîge, y dice así. „Arrancad el kantuffa en las quatro par„tes del mundo, porque yo no sé adonde „voy." El kantuffa es un arbusto terrible, que embaraza mucho en sus marchas al Rey y á la caballería, cuyos cabellos largos y vestidos talares se asen á sus espinas. La última proclamacion dice así: „Yo estoy acam„pado á las orillas del Angrab ó del Kahha: „el que no viniere á juntarse conmigo, será „castigado por siete años." Yo no entendia que significaba este término de siete años, hasta que me acordé de que los Judíos tenian cada siete años un jubileo, en que perdonaban las deudas y faltas de toda especie.

Las lluvias cesan ordinariamente el ocho de Septiembre, y las enfermedades hacen muchos estragos hasta mediado Octubre, que empieza á llover continuamente, pero con moderacion hasta primeros de Noviembre en que cesan. Con las últimas lluvias desaparecen todas las epidemias: ésta es la época en que los exércitos salen á campaña.



CARTA XCVIII.

Religion de los Abisinios.

No hay pais en el mundo donde se hayan construido tantas Iglesias como en la Abisinia. Aunque el terreno es muy montuoso, y por consiguiente no se puede extender la vista á largo trecho, raro es el parage en que no se descubran cinco ó seis Iglesias á un tiempo; pero mirando desde un parage elevado, son infinitas las que se descubren por todas partes. No hay persona algo rica que no mande fabricar una despues de su muerte: el Rey siempre hace construir muchas: quando se consigue una victoria, al punto se manda erigir una Iglesia en medio del campo de batalla. Antiguamente no se hacia esto, sino quando los vencidos eran Mahometanos ó idólatras; pero ahora se erigen Iglesias aun quando los vencidos sean Christianos.

Los Abisinios cuidan mucho de fabricar las Iglesias junto á los rios, porque observan rigurosamente las leyes Judaicas en órden á las abluciones y purificaciones. Eligen tambien para este efecto, en quanto es posible, las cumbres de las montañas,

cuya forma es mas elegante, y donde haya abundancia de aquellos cedros magníficos, que llamamos *cedros de Virginia*, y que en la lengua Ethiopica se llaman *arce*. No hay cosa que dé á la Abisinia un aspecto mas agradable y pintoresco, que estas Iglesias fabricadas en las alturas, y rodeadas de bosques de cedros.

Todas las Iglesias son redondas, y están cubiertas de un techo de paja de figura cónica: al rededor un gran número de cedros, cuyas cabezas están cortadas á la altura de unos ocho pies, y sobre las quales se apoya el techo, forman un peristilo, en que se puede pasear al abrigo del calor y de la lluvia. Lo interior de la Iglesia está distribuido en varias divisiones: primeramente hay una balaustrada á la redonda, dentro de la qual se sientan para hacer oracion: despues hay un espacio quadrado, cerrado con cortinas, y en medio de éste hay otro aun mas estrecho, donde solamente pueden caber los Sacerdotes. Siempre que se entra en la Iglesia, ha de ser con los pies descalzos, y de este modo se puede entrar hasta el último recinto, con tal que estén puros, esto es, que en veinte y quatro horas no hayan tenido comercio carnal, y no hayan tocado ningun cuerpo muerto de hombre ni de animal. Los que no están puros, no pue-

den entrar en la Iglesia, y tienen que quedarse junto á los cedros, desde los quales hacen su oracion.

Las demas personas de ambos sexôs, á quienes los otros ritos Judaicos prohiben la entrada en el templo, se quedan igualmente á cierta distancia, y excepto en el tiempo de quaresma, hay mucha mas gente fuera de la Iglesia que dentro. Pero como para esto no hay mas testimonio que el de la propia conciencia, cada qual puede entrar, ó quedarse fuera, segun le parezca.

Quando entran en la Iglesia, se quitan los zapatos; pero es menester que un criado ú otra persona los guarde, porque sino, los hurtan los Monges ó Sacerdotes. Besan el umbral de la puerta y los dos linteles; despues entran, y haciendo su oracion creen han cumplido con todas las obligaciones de la Religion.

Lo interior de las Iglesias está cubierto de pinturas en pergamino, clavadas en las paredes: esta especie de pinturas ha estado siempre á cargo de los Escribas, y no se acercan con mucho á las peores estampas de nuestras tabernas. A veces hacen traer del Cairo de estos pergaminos pintados, pero son tan malos como los que ellos hacen.

Jamás se ven en las Iglesias de Abisinia estátuas de escultura, porque esto lo tienen

aquellos Cismáticos por idolatria. Qué estraña confusion de ideas! Y son tan ridiculamente escrupulosos en este absurdo, que no quieren llevar una cruz que se hizo para ponerla sobre el globo del estandarte Real.

Los Abisinios consideran al Abuna como á su Patriarca, porque hacen muy poco caso del de Alexandría. Este Abuna debe ser siempre estrangero, lo qual dicen se estableció, para que los Abisinios no llegasen al estado supremo de ignorancia en materia de Religion; pero ha sucedido todo lo contrario, pues estos Abunas ignorantes y fanáticos, no solo han propagado en Abisinia todos los errores de los Cismáticos Griegos, sino que han sido los mas acérrimos perseguidores de los Católicos. De aquí ha procedido el abismo de ignorancias, supersticiones, y heregías que tienen inundado á este miserable Imperio.

Como el Abuna regularmente no entiende la lengua Abisinia, no tiene ninguna parte en el gobierno: no va á palacio sino en los dias de ceremonia, ó quando va á pretender alguna cosa, ó á dar alguna queja. Al presente tienen mucha menor veneracion á este Prelado que antiguamente, lo qual procede de su profunda avaricia, de su ignorancia, y de los grandes vicios que en ellos se observan. La principal ocupacion del Abuna es ordenar: muchos hombres y

niños se presentan á un tiempo delante de él, y se mantienen de pie á cierta distancia. Les pregunta, ¿quienes son? y ellos responden que quieren ser diáconos. Entonces él hace algunos signos con una crucecita de hierro que tiene en la mano, sopla dos ó tres veces sobre ellos, y les dice: *sed diáconos.* En una ocasion ví á todas las tropas de Begender recibir este ridículo diaconado al volver de una batalla en que habian muerto 10@ hombres. El Abuna estaba en pie delante de la Iglesia de San Rafael, y el exército estaba formado en batalla á un quarto de legua de él en una llanura. Habia ademas en este exército á lo menos mil mugeres, que en virtud de los soplos del Abuna quedaron tan diáconas como los hombres diáconos.

De este mismo modo hace el Abuna Monges. Quando pasa á caballo, una tropa de gentes se para á cierta distancia de él, y entonan un cántico melancólico. Pregunta, ¿quién es aquella gente con barbas? y responden, *que quieren ser Monges*: él hace las mismas ceremonias que para hacer diáconos, y les dice, *sed Monges.* Mas para ordenar á los Sacerdotes es menester que se hallen en estado de poder leer un capítulo de San Marcos, y ellos lo leen en una lengua de que el Abuna no entiende palabra. Despues le dan un ladrillo de sal, que valdrá como

una peseta, y por esta razon declamaron tan justamente los Misioneros Católicos contra esta simonia, por lo que estos fanáticos concibieron el mayor odio contra ellos.

El Itchegüe es el superior de todos los Monges, y especialmente de los de Debra Libanos: á pesar de esto, los Monges de San Eustathio tienen un superior particular. Estos Monges se tratan unos á otros de hereges, porque se distinguen en la explicacion del misterio de la Encarnacion, y unos y otros lo entienden tan perversamente, que causa compasion. Su ignorancia es extremada, y no dudo que con el tiempo llegarán á no conocer las letras; pero no por eso dexan de ser los enemigos mas sangrientos de los Católicos, sin embargo de que no saben en que artículos nos distinguimos de ellos, ni ellos mismos saben dar razon de su creencia.

El Itchegüe es consagrado por dos Sacerdotes con unas ceremonias muy ridículas; pero en tiempos de revolucion este Prelado hace un papel mucho mas importante que el Abuna. Despues de estos dos Prelados hay otros Sacerdotes principales, y Escribas como en la ley Judaica, y estos Escribas son los mas ignorantes y descuidados copiantes de la Sagrada Escritura.

Los Monges Abisinios no viven en Conventos al modo de los de Europa, sino en

casillas particulares que fabrican al rededor de sus Iglesias, y cada uno de ellos cultiva un pequeño campo que le dan para su manutencion. Los Sacerdotes tienen una pension que les paga el Rey, para lo qual el Monarca cobra todas las rentas de las Iglesias.

Ya os he dicho que el Obispo Frumencio fue el que convirtió al Christianismo á los Abisinios. Mientras que vivió este Santo Obispo, la Iglesia de Abisinia estuvo libre de heregías; pero poco despues de su muerte el Arrianismo y otros mil errores se fueron introduciendo poco á poco. Se conservaron sin embargo algunos Católicos, pero las persecuciones de los Reyes, estimulados por los Monges y Sacerdotes, han sumergido á estos pueblos en la mas lastimosa ignorancia, y han hecho en extremo dificil la entrada de misioneros en aquel reyno. En vista de esto no hay ya que estrañar la abominable depravacion de costumbres de los Abisinios, y los excesos increibles de estos supuestos Monges y Sacerdotes.

Una de las absurdas ceremonias de este Imperio es el bautismo anual, la qual yo mismo he visto practicar, y voy á describirla con la brevedad posible. El arroyo que pasa entre la ciudad de Adoua y la Iglesia, habia sido atajado con presas algunos dias antes. Como tenia poca agua, solamen-

te llegaba á unos tres ó quatro pies el rebalso. La víspera de la fiesta de la Epifania plantaron tres grandes tiendas, que se comunicaban por el lado del norte, para que los Sacerdotes descansasen durante el intervalo de la ceremonia, y tenian otra puerta por el lado del Sur, destinada para los Sacerdotes y Monges de otra Iglesia. A la media noche en punto todos los Sacerdotes y Monges fueron á la orilla del arroyo, y dividiéndose en dos quadrillas, empezaron á rezar sus oraciones y á entonar sus cánticos á coros. Al amanecer, el Gobernador Veleta Micael pasó á aquel parage con sus soldados á reclutar gente para el exército de su tio el Ras Micael, que se disponia á marchar contra Fasil; y fue á colocarse sobre una altura, al mismo tiempo que sus soldados daban vueltas al rededor de él.

Luego que salió el sol, los Sacerdotes revestidos con sus hábitos sacerdotales, y llevando tres grandes cruces de madera, marcharon hasta la orilla del agua y metieron en ellas sus cruces. Despues la procesion se dirigió hácia la montaña, y uno de los Sacerdotes llevaba un gran vaso lleno de agua que habia cogido en el arroyo. Luego que llegó á unos cincuenta pasos del Gobernador, éste se levantó, y el Sacerdote cogiendo con las manos una porcion de agua, la arrojó con toda su fuerza hácia el Gobernador, como

para rociarle; despues se acercó el Gobernador, y le presentó el vaso; el Gobernador se lo aplicó á los labios, y se lo volvió al Sacerdote. Este volviendo á tomar su vaso, le dixo: *Dios os bendiga.* Seguidamente presentaron las tres cruces al Gobernador, y las fue besando una tras otra. Rociaron con agua á todos los principales de la comitiva del Gobernador, que estaban adornados con la mayor magnificencia, y muchos de ellos no contentos con la aspersion, cogieron agua con sus manos y la bebieron. Quando se apuró el gran vaso, los Sacerdotes enviaron por mas agua al arroyo, y despues que hubieron rociado á toda la gente que acompañaba al Gobernador, volvió la procesion al arroyo, y empezaron de nuevo los cánticos, las descargas de fusilería, y los torneos de la caballería.

Mi amigo Janni me habia recomendado al Sacerdote de Adoua, y Veleta Micael tuvo la bondad de colocarme junto á sí, de suerte que á mí tambien me tocó su ridícula rociada. El Sacerdote me echó tambien sus bendiciones, pero yo no quise beber del vaso, porque sé que los Abisinios tienen horror á beber despues de los estrangeros, y principalmente por no participar de aquella supersticion. Luego que metieron las cruces en el agua, y se llenó el vaso destinado para el Gobernador, doscientos ó trescientos jóve-

nes de los que se llaman diáconos, sin mas vestido que un pedazo de tela al rededor de la cintura se metieron en el arroyo, y todos sus parientes y amigos con toda la demas gente se acercaron al agua, y fueron rociados por los tales diáconos. Esta ceremonia empezó con alguna seriedad, pero bien pronto paró en una farsa indecente. Despues que hubo pasado la gente algo formal, la canalla de los diáconos empezó á revolver el agua y á arrojar lodo contra todos los que se acercaban, y principalmente á los que llevaban vestidos decentes. El Gobernador se retiró; los Sacerdotes y los Monges se marcharon tambien con sus cruces, y quedó el campo cubierto de niños y de canalla que estuvieron divirtiéndose brutalmente hasta las dos de la tarde.

Conviene advertir, que despues que rociaron con agua al Gobernador, vinieron á bañar en el arroyo dos caballos y dos mulas de las caballerizas del Ras Micael y de Ozoro Ester. Los soldados hicieron tambien bañar sus caballos, y mojar sus fusiles en el agua: los que tenian llagas se las lavaron tambien. Habia mugeres metidas en el agua, pero estaban bien cubiertas. No ví ninguna persona de distincion entrar en el agua, sino los que pasaron á caballo. Despues llevaron muchos platos y vasijas, de que se habian servido los Mahometanos y Judíos, los quales fueron

purificados en el agua, y con esto concluyó la ceremonia.

Ví executar esta misma farsa en el rio Kaha cerca de Gondar. Yo acompañaba al Rey, el qual fue rociado por los Sacerdotes, y bebió del agua, despues de lo qual derramó lo restante del vaso sobre la cabeza del Príncipe de Shoa Amba Yasus, diciéndole: *yo quiero ser vuestro diácono.* Estas palabras fueron consideradas como un favor extraordinario, y los Sacerdotes al punto le echaron la bendicion, sin ofrecerle mas agua.

Voy ahora á copiar la relacion que hace de esta ceremonia del bautismo anual de los Abisinios, Alvarez, que fue por Capellan de Don Rodrigo de Lima en la embaxada del Rey de Portugal á la Abisinia; por ella podreis hacer juicio de lo mucho que ha variado esta nacion en este punto.

„El Rey de Abisinia, dice Alvarez, habia convidado á Don Rodrigo á asistir á la celebracion de la Epifanía. Los Portugueses se colocaron á distancia de legua y media del campo, á la orilla del estanque destinado para la ceremonia. Por la noche acudió gran número de Sacerdotes al rededor del estanque, los quales empezaron á cantar, ó mas bien á ahullar para bendecir el agua. Despues de media noche empezó el bautismo: el Abuna, el Rey y la Reyna fueron los primeros que entraron en el estanque: cada uno

de ellos tenia un pedazo de coton rodeado á la cintura; pero los demas no iban tan cubiertos. Al salir el sol, la ceremonia estaba casi concluida, y en el estanque habian derramado mucho aceyte.

„Habian construido un anfiteatro en que el Rey estaba sentado mirando al estanque: tenia el rostro cubierto con un velo de tafetan azul, y un viejo, que era el ayo del Rey, estaba metido en el estanque con el agua hasta los hombros, medio muerto de frio, porque habia helado aquella noche, y cogiendo por la cabeza á todos los que se acercaban á él, los metia en el agua, y les decia en lengua Abisinia la fórmula del bautismo. El númemero de los bautizados pasaria de 40@ personas, y las mugeres estaban mezcladas con los hombres, enteramente desnudas."

Los Abisinios comulgan con las dos especies de pan y vino: el pan es sin levadura, y el vino se reduce á una especie de arrope que hacen con pasas machacadas, del qual van dando á cada qual una cucharada. No hacen esto porque en Abisinia no haya vino, como algunos han escrito, pues lo hay excelente en Dreedra á treinta leguas de Gondar; pero prefieren su arrope, hecho de pasas machacadas, porque no les gusta el vino, sino en el parage mencionado. Los pedazos del pan con que comulgan, son de un tamaño proporcionado á la calidad de los que

han de comulgar. He visto personas distinguidas que abrian la boca todo lo que podian, y el Sacerdote en muestra de su respeto les metia unos zoquetes de pan tan gruesos, que les hacian saltar las lágrimas, y los mascaban con tanto estruendo, y con tanta indecencia como en sus banquetes.

Despues de comulgar, se dá á cada uno un trago de agua en un jarro, y esto se hace preciso para pasar tanto pan, como les hacen tragar, y separándose despues del comulgatorio, rezan ciertas oraciones. Es necesario advertir, que la fórmula de que usan los Sacerdotes Abisinios para la consagracion, es enteramente distinta de la Católica, y que su consagracion no puede ser válida.

En los demas artículos de la creencia de los Abisinios se notan igualmente los mayores errores, y lo que prueba mas su estado de ignorancia es que usan de la circuncision. Los Agaazis, que desde las montañas de Habab vinieron á establecerse en el Tigré, eran una nacion de pastores errantes de las riberas del mar Roxo, y todos ellos practicaban la circuncision así hombres como mugeres. Por lo que hace á la circuncision de los hombres, es cosa bien sabida de todos los que tienen alguna noticia de la ley Judaica; pero la circuncision de las mugeres es, segun lo que yo he podido saber, una práctica de los Gentiles, mucho mas espar-

cida que la primera en esta parte del Africa, limitrofe del Egypto y de la Arabia. Llamaré á esta circuncision de las mugeres *excision*, para expresar con una palabra decente una operacion harto singular é indecente.

La excision se practíca igualmente entre los Falasas ó Judíos que entre los Agazis, como tambien la circuncision de los hombres. Sin embargo, aunque estas naciones estan de acuerdo acerca de la necesidad de esta operacion, pero difieren sobre la época en que fue adoptada, y sobre el modo de practicarla. Los habitantes del Tigré pretenden haberla recibido de los descendientes de Ismael, con los quales, segun ellos dicen, tuvieron trato con motivo de su comercio. Los Falasas dicen, que la excision se usaba en Jerusalén en tiempo de Salomon, y que ellos la practicaban quando salieron de Palestina para venir á la Abisinia.

Los Abisinios para la circuncision usan de un cuchillo muy afilado: no despedazan nada con la uña, ni pronuncian ninguna palabra, ni hacen ninguna ceremonia religiosa durante la operacion, para la qual no hay edad determinada, y regularmente la executa una muger. Por lo que hace á los Falasas, unas veces hacen la operacion con un pedazo de piedra ó un pedernal muy cortante, ya con un cuchillo afilado, ó con las uñas de los dedos pequeños que dexan crecer

para este efecto. Durante la operacion el Sacerdote canta estas palabras: *gloria sea á tí, ó mi Dios, que has mandado la circuncision.* La época de la circuncision para los Falasas está señalada para el dia octavo del nacimiento de la criatura, y la consideran como un rito religioso. Pero los Abisinios piensan de diferente modo: creen que la circuncision nada tiene de ceremonia religiosa, y quando les preguntan, por qué se circuncidan, responden, que porque Jesu-Christo y los Apóstoles fueron circuncidados, pero que no la tienen por necesaria para salvarse. Por otra parte, quando se les pregunta por qué tienen tanta repugnancia á comer ó beber con los estrangeros, responden, que porque no estan circuncidados. Ved, Señora, que confusion tan absurda de ideas! En el tiempo en que los fanáticos Monges y Sacerdotes lograron inducir al Rey á que desterrase á los Jesuitas, y mandase restablecer la Religion Cismática, mandaron hacer en toda la Abisinia una circuncision general, y llenando de furor fanático al pueblo le hicieron asesinar á muchos Católicos, repitiendo las palabras: *bendito sea el Señor, que ha mandado la circuncision.*

Esta nacion tiene tambien otra costumbre que es peculiar de las mugeres, á la qual llamaré *incision.* Quando las Abisinias pierden un marido ó un amante, se hacen en

cada una de las sienes una incision del tamaño de un ochavo con la uña del dedo meñique, que dexan crecer para este efecto, de suerte que las mugeres de Abisinia siempre tienen alguna cicatriz en el rostro, y quando los exércitos estan en campaña, rara vez tienen tiempo para que se cicatricen sus continuas incisiones.

Los Abisinios, así como los antiguos Egypcios, que fueron su primera colonia, han continuado en computar el tiempo por el año solar. Didoro Siculo, hablando de los Egypcios, dice: "no calculan el tiempo por "las revoluciones de la luna, sino por el cur- "so del Sol. Hacen el mes de treinta dias, "y al mes duodécimo añaden cinco dias y " un quarto de dia, lo que completa su "año." Estos cinco dias eran llamados por los Griegos *Epagomenoi*: esto es, *complementarios*. Los Abisinios tienen tambien sus cinco dias sobrantes, los quales añaden al mes de Agosto. Cada quatro años añaden un dia mas al año, y comienzan su año, como todos los demas pueblos de Oriente, el 29 ó 30 de Agosto.

Dividen los Abisinios el dia de un modo muy irregular y arbitrario. El crepúsculo, como ya he dicho, es tan corto en Gondar, que apenas se puede percibir, y en Shoa, donde la Corte ha residido por mucho tiempo, es aun mas imperceptible: luego que el

disco solar desaparece del horizonte, es absolutamente noche, y las estrellas empiezan desde luego á brillar. Los Abisinios escogen el momento despues del crepúsculo para empezar á contar el dia, y le llaman *Nagé* hasta el momento despues del crepúsculo de la mañana. Llaman *Mesèt* al instante en que el sol empieza á desaparecer hasta que aparecen las estrellas: al mediodia llaman *kater*, y quando hablan de algun suceso acaecido en el discurso del dia, señalan con el dedo el sitio en que estaba el sol.



CARTA XCIX.

Continuacion de la Abisinia.

Habia pensado, Señora, en formar un breve resumen de las costumbres de los Abisinios; pero son tan varias, irregulares, y multiplicadas en los varios paises de este imperio, que seria casi imposible daros una idea clara de ellas. Por esta razon me ha parecido mas conveniente referiros la série de mi viage, por la qual vereis el trastorno de este gobierno, la barbarie de sus costumbres, y la total falta de todo principio de humanidad y justicia. Conocereis por esta relacion quanto mas seguro es vivir y viajar por entre Caribes que por estos paises, que se dicen civilizados, y que reunen todos los vicios de la sociedad civil con toda la brutalidad de los Salvages mas sanguinarios é inhumanos.

Ayto Confu, aquel Príncipe á quien yo curé de las viruelas, no tardó en darme pruebas de su amistad y agradecimiento de un modo que me fue muy agradable. Al mediodia de la Abisinia hácia las fronteras del Senaar, hay un pais caliente y mal sano, enteramente poblado de Mahometanos, divi-

dido en varios distritos, todos los quales se comprehenden baxo el nombre de Maitsa. Ayto Confu tenia en estos paises grandes posesiones, que habia heredado de Kasmati Netcho su padre, y otras que le habia dado Ozoro Ester su madre. Deseando este Príncipe hacerme algun favor en agradecimiento de la salud que habia recobrado por mi medio, me alcanzó del Rey el título de Gobernador de aquella provincia.

Quando yo me disponia para ir á dar gracias al Rey por mi nuevo empleo, supe por uno de mis amigos que se habia suscitado una gran disputa de religion entre un Sacerdote muy favorecido de la Iteghé, y el Abba Salama, en conseqüencia de la qual este Prelado habia sido excomulgado por el Sacerdote. El objeto de la qüestion era averiguar, si Nabucodonosor habia sido santo: no os reis, Señora, de las extravagancias que tratan como dogmas de religion los que se apartan de la verdadera creencia? Esto me hace acordar de la ridícula disputa que se agitaba en un concilio del palacio de Constantinopla, quando los Turcos se apoderaron de ella, y se reducia á saber, si la luz que habia aparecido en el monte Tábor en la Transfiguracion de nuestro Salvador, era material ó inmaterial. Fui en fin al palacio, y encontré al Rey que oia con la mayor atencion un pleyto

importante, que se trataba en su presencia. Una de las partes acababa de hacer su discurso, y la otra respondió con no menor gracia que energia, porque los Abisinios son naturalmente oradores. Los dos de éste pleyto estaban desnudos hasta la cintura, y parecia que estaban dispuestos no solo para disputar sino tambien para luchar. Luego que el Rey pronunció la sentencia, y se retiraron todos, yo me postré ante el trono, y al punto me preguntó el Rey: „Nabucodonosor es santo, ó no? Yo procuré „eludir la pregunta, pero me hizo tantas „instancias, que hube de responderle „que „segun la Sagrada Escritura Nabucodonosor habia sido un tirano, y un azote de „la ira de Dios. Pero, añadí, no quiero „mezclarme en estos asuntos, no sea que „me excomulgue el Abba Salama." Esta respuesta causó mucha risa al Rey.

Esta absurda contextacion sobre la pretendida santidad de Nabucodonosor habia causado tanto alboroto en Gondar, que los Monges discurrian por la ciudad en tropas, causando los mayores excesos. Esto dió motivo para una proclamacion, en que se amenazaba con los mayores castigos á los que causasen algun desorden en Gondar ó en sus cercanias. Los fanaticos, sabiendo que estas amenazas se llevarian á efecto, tuvieron á bien el ocultarse, y desistir de sus tumultos.

A este mismo tiempo se esparcieron por Gondar muy funestas noticias : decian, que Fasil habia derrotado á un Teniente del Ras Micael, y que juntaba un poderoso exército de Galas. Como los Abisinios son tan mentirosos, no quise dar crédito á esta noticia hasta que me la confirmó uno de los principales personages de la Corte. Esto me causó la mayor pesadumbre, porque me era un obstáculo insuperable para verificar mi proyecto de visitar las fuentes de donde nace el Nilo, proyecto intentado por Sesostris, por los Tolomeos, por Alexandro, por Cesar, y por muchos modernos, sin que ninguno hubiese tenido la fortuna de descubrir estas famosas fuentes.

Fasil, despues de la batalla de Fagita, habia juntado un exército numeroso de Galas, y acometiendo á los Agous, que eran del partido del Rey, los destrozó en una batalla sangrienta. Esta noticia causó el mayor sentimiento al Ras Micael, y aunque estabamos en la estacion en que iban á empezar las lluvias, mandó hacer todos los preparativos para marchar contra Fasil. Mandó que los Generales Gusho y Povusen marchasen al dia siguiente, y él se dispuso á marchar con el Rey por otro camino : pero estos Generales formaron el proyecto de unirse con Fasil, y hacer causa comun con este rebelde hasta quitar la vida al Ras Mi-

cael. Ved aquí, Señora, las conseqüencias de un gobierno anarquico, en que todos mandan menos el Rey. La intencion de estos dos rebeldes era coger en medio al exército Real, quando marchase contra Fasil, y pasar á cuchillo á todos los partidarios del Ras Micael. Aunque habia muchos cómplices en esta conspiracion, se guardó el secreto con la mayor fidelidad, y todos se prepararon á acompañar al Rey, como si no tuviesen otro designio, porque los Abisinios son tan disimulados como mentirosos. Yo tambien me dispuse á seguir al Rey, porque como el teatro de la guerra habia de ser en las cercanias del pais de los Agous, en que están las fuentes del Nilo, crei que jamas podria hacer este viage con mas seguridad y comodidad que con un exército tan numeroso.

Antes de salir de Gondar, quiero daros alguna idea de esta capital de la Abisinia, la qual está construida sobre una montaña muy alta, cuya cumbre es bastante llana. Esta ciudad tendrá unas diez mil familias en tiempo de paz: la mayor parte de las casas son de barro, con un techado de paja de figura cónica, como se acostumbra en todos los pueblos que están sujetos á las lluvias del trópico. Al poniente de la ciudad se distingue el palacio del Rey, que antiguamente era mas suntuoso de lo que es ahora, pues era un grande edificio, qua-

drado de quatro altos, con una torre redonda en cada uno de los quatro ángulos; pero este edificio, que se ha quemado varias veces, no parece ya sino un monton de ruinas. Solamente se habitan los dos primeros pisos, donde hay una sala de audiencia de mas de ciento y veinte pies de largo.

Varios Reyes han hecho construir habitaciones al rededor del palacio, todas de barro segun la costumbre del pais, lo qual forma un contraste singular con el principal edificio, que fue construido en el reynado de Facilidas por algunos Indianos y Abisinios que habian aprendido de los Jesuitas.

La montaña sobre la qual está construida Gondar, está rodeada de un valle profundo, de donde se sale por tres partes. El rio de Kahha baxa de la montaña del sol, atraviesa el valle, y pasa al Mediodia de Gondar; y el rio de Angrab la rodea por el Nordeste; despues estos dos rios se reunen al pie de la montaña á un quarto de legua de la ciudad.

Quando el Rey sale á campaña, preceden quarenta y cinco timbales, los quales van tocando continuamente; pero la marcha de los exércitos Abisinios mas parece un saqueo de enemigos, que el tránsito de sus defensores. La parte de Gondar, que se llama la ciudad Mora, fue saqueado en un

instante. Lo mismo se practica en todos los pueblos por donde pasan los exércitos, por lo que los habitantes recogen todo lo mas precioso de sus alhajas, y se escapan á las montañas: lo peor es que despues de saquear las poblaciones, pegan fuego á las casas. Que os parece, Señora, de esta subordinacion de las tropas, y de un gobierno que permite y autoriza sean desoladores del pais los que debian ser los defensores de la patria? Qué mayor daño podrian hacer á estos pueblos sus mayores enemigos?

El Ras Micael permitió al Rey que fuese al frente de la vanguardia, favor á que se mostró muy agradecido el jóven Monarca. Con este motivo envió delante á su Fit Auraris: este es un oficial, que solo depende de su General, y cada General tiene su Fit Auraris. Se elige siempre para estos empleos á los hombres mas valerosos y experimentados, porque es preciso que conozcan con exâctitud la distancia de los lugares, la profundidad de los rios, los vados, en una palabra, todas las circunstancias de los parages por donde ha de pasar el exército. Por esta causa siempre precede como una jornada al exército, y le acompaña un destacamento ya de infantería ya de caballería, segun la naturaleza del pais por donde ha de pasar, y regularmente se compone su destacamento de infantería mez-

clada con la caballería, y su número es á proporcion del peligro de la guerra.

Como este empleo exîge mucho zelo y conocimientos, siempre es de mucho honor, y tiene una renta considerable. El Fit Auraris del Rey tiene por todas las provincias de paso tierras destinadas á suministrarle todo lo necesario, y el del Ras goza del mismo privilegio, quando el Ras manda en xefe. Su comision es muy penosa: siempre precede á la vanguardia: planta una lanza, á cuya punta tremola una vandera, para señalar los parages en que el Rey debe hacer alto á mediodia, y acampar por la noche. Tiene cierto número de mensageros, que le sirven para mantener una correspondencia continua con el General; y luego que descubre al enemigo, debe acometerle, ó pasa adelante, segun las órdenes que recibe del General.

Despues de haber caminado algunas jornadas, el Ras Michael empezó á comprehender la traicion de Gusho y de Povusen, al ver que no venian á juntarse con el exército Real; por lo qual irritado en extremo mandó asolar á fuego y sangre todo el pais hasta el Nilo. Yo me dirigí á juntarme con el Rey, y en el camino encontré junto al rio Reb una aldea de idólatras, llamados Uaitos: los Abisinios los miran con tanto horror, que se tienen por man-

chados por todo el dia, quando tocan á un Uaito, ó cosa que le pertenezca. No pueden acercarse á sus amigos, ni á su familia, ni entrar en la Iglesia, ni asistir á los oficios, quando están poluidos por este contacto, y creen que es necesario labarse y purificarse al dia siguiente, para proseguir sus funciones ordinarias. Yo presumo que esta aversion de los Abisinios á los Uaitos proviene del modo con que éstos se alimentan, pues regularmente no comen mas que carne de crocodilos é hipopótamos, y ya os he dicho que esta nacion es tan supersticiosa como los Judios en punto de los alimentos. Los Uaitos están siempre muy flacos y lánguidos, y dicen que regularmente mueren de piojos.

La lengua de los Uaitos es enteramente distinta de todas las que se usan en la Abisinia; pero por mas pesquisas que hice para averiguar la religion, usos y costumbres de esta nacion, casi nada pude averiguar. En una ocasion pedi al Rey que hiciese traerme un Uaito á Gondar, para informarme de lo que deseaba saber: traxeronme dos, pero no quisieron responder á ninguna de las preguntas que les hice. El Rey, visto esto, se irritó tanto, que mandó ahorcarlos, de lo qual parecia que no se les daba ningun cuidado; pero yo intercedí por ellos, y no quise hacer mas

tentativas. Los Abisinios creen que los Uaitos son hechiceros, que pueden hechizar y matar á larga distancia: pero que disparate no son capaces de creer unos hombres tan ignorantes y supersticiosos?

Llevaba yo en mi comitiva á un Griego, llamado Estrates, que era un verdadero Sancho Panza, el qual continuamente iba disuadiendome de mi viage, y censurando todas mis investigaciones de historia natural y de botánica. En el discurso de mi viage, estando un dia comiendo, vimos con la mayor admiracion á mis criados venir corriendo, y al pobre Estrates desnudo y sin mas ropa que un gorro en la cabeza. Dixeronnos que Gusho y Povusen se habian revelado contra el Rey, y se habian coligado con Fasil; que marchaban á cortar la retirada al exército del Rey; y que Guebra Mehedin, Fit Auraris de Povusen, habiendo encontrado mi vagage, le habia robado, como cosa del Rey. Mientras estabamos discurriendo sobre este suceso impensado, Guebra Mehedin se presentó á la orilla del rio, que estaba entre él y nosotros, de donde envió un mensagero á Ayto que me acompañaba, improperándole porque protegia á un Franco, próscrito por las leyes del pais, y porque iba en socorro del Ras Micael, asesino de su Rey. Al mismo tiempo le ofrecia repartir con él mis des-

pojos, si queria entregarme en su poder con toda mi gente. Es costumbre en Abisinia que los criados, esclavos, bufones ó enanos, que en tiempo de guerra son enviados por heraldos al enemigo, son tan respetados como entre nosotros un rey de armas. Estos hombres despreciables vienen á decir injurias al enemigo, y á desafiarle con las expresiones mas ignominiosas, sin que nadie les haga el menor daño.

Sin embargo, Ayto no quiso seguir esta ridícula costumbre, y mandó maltratar al mensagero, desquitándose muy bien mis criados en su persona de los malos tratamientos que habian recibido; despues de lo qual le remangaron la ropa, y revolviéndosela al cuello, le remitieron muy mal parado á Guebra Mehedin. Este se adelantó algunos pasos, viendo el mal trato que se daba á su mensagero: nosotros pasamos el rio, y yo adelantándome á todos, disparé un balazo á Guebra Mehedin, que despues supe le habia herido en la cabeza, y murió de las resultas de esta herida. Rodearonle dos ó tres de los suyos, y echando á huir desaparecieron en un instante.

Lo que mas compasion me causaba era el pobre Estrates en cueros y con su gorro: como no teniamos vestidos hice le colocasen entre los tercios de un mulo, y que se cubriese con un tapiz que yo llevaba. El

pobre iba muy amohinado, y no me hablaba palabra, muy contra su costumbre: de quando en quando me echaba una mirada colérica, y repetia mil maldiciones en Griego contra el padre de Mehedin, segun acostumbran los Griegos, quando maldicen á alguno. Yo por divertir la molestia del camino, le dixe por picarle: "enhorabuena que "maldigas á Mehedin y á su hermano; pero "por qué has de maldecir á su padre que "murió mas hace de veinte años?—Yo quie- "ro maldecir á quien me dé la gana, re- "plicó él muy colérico; y reniego de su "padre, de su madre, de su hermano, de "él mismo, del Rey, del Ras, y de todos "los que tienen la culpa de que me haya "sucedido una aventura tan desventurada "como esta. Me han robado todo lo que "tenia en mi cuerpo; no ha faltado un tris "para que me cortasen la cabeza, y lo que era "peor, para que me castrasen: y os reis "todavia? Si hubierais visto á aquellos mal- "ditos ladrones con aquellas manazas ne- "gras levantadas, armados de cuchillos, y "apostando á quien mas pronto me haria la "operacion, seguramente no os hubiera dado "risa. Para mitigar su cólera, prometí dar- "le un buen vestido y un cinturon, con "cuya promesa aplacado un poco, me dixo: "Señor, ya que se os ha pasado el enfa- "do, podemos platicar un poco. No os pa-

»rece que es tentar á Dios el venir tan lejos de vuestra tierra á buscar estos diablos de hierbas y vichos, con peligro de »que á cada instante os corten el cuello, »y lo que seria mucho peor, que me lo cortasen á mi tambien, y á mas á mas que »me castrasen? Qué teneis que ver con ese »maldito Nilo? que tenga su nacimiento »donde quiera ó que no le tenga, qué diablos puede importaros? De qué os servirán todas esas hojas, flores y vichos que »recogeis con tanto cuidado y afan, quando estos malvados de Negros os hayan hecho la operacion que han estado tan cerca de hacerme? Acompañó estas palabras »con una señal de mano tan expresiva, »que no me dexó duda de lo que queria expresar. O Nilo, exclamó, maldita sea la »cabeza de tu padre desde el mismo punto en que nasciste!—Buen Estrates, respondí yo con mucha gravedad, el Nilo no »tiene padre, ni jamas ha nacido: *fertur* »*sine teste creatus*, dice el Poeta.—Dale vola »con vuestro latin, replicó Estrates: ese poeta debia de ser un tonto, y sea quien »fuere; y mas que os enfadeis, digo, que »en Stanchio y en Scio hay mejores árboles que los que podeis encontrar en Abisinia; y sobre todo hay uno que cincuenta hombres no podrian abarcar: pero miento, que no es mas que la mitad de un

„árbol, y es mas viejo que Matusalen."

Por esta conversacion podeis comprehender el caracter de mi buen Sancho, cuyas razones se dirigian siempre á persuadirme que me volviese á mi aldea, y me dexase de andar buscando aventuras. A cada ruido que oia, ya le parecia que los Galas estaban sobre nosotros y que iban á hacernos la operacion que acostumbran. En fin, llegamos á Dara, donde fuimos muy bien recibidos del Comandante de esta Ciudad, que era Mahometano, y yo cumplí mi palabra á Estrates. Los Abisinios que me acompañaban no quisieron comer de la carne muerta por los Mahometanos, pero Estrates no quiso ser escrupuloso, y retirándose en secreto, se desquitó del susto que le habian dado los Galas. El Comandante de Dara me habló de la famosa catarata de Alata que estaba allí cerca, y propuse ir á verla al dia siguiente: Estrates, que despues de haber satisfecho su glotoneria, habia estado escuchando á parte la conversacion, quiso disuadirme de mi intento, repitiendo sus diarios argumentos; pero no hice caso, como siempre, y por la mañana monté á caballo para ver aquella famosa catarata, acompañado de cinco hombres, armados con fusiles y pistolas.

Atravesamos una llanura cubierta de bellos árboles, unos en flor, otros cargados

de frutas, todos los quales me eran desconocidos, y eran no menos bellos por su variedad de colores que por sus formas. Al cabo de la llanura encontramos un rio rápido: poco mas allá se descubre la ciudad de Alata sobre la pendiente de una montaña cubierta de árboles. Alata es una poblacion considerable, al rededor de la qual hay otras aldeas pequeñas. Sus habitantes salieron á recibirnos con demostraciones de amistad, llevando al frente á su Gobernador.

Ya hacia largo rato que oiamos el ruido de la catarata, lo qual me aumentaba el deseo de verla. Las guias que nos dieron, nos conduxeron á un puente, que es de un solo arco de cerca de veinte y cinco pies, cuyos extremos están sólidamente apoyados sobre peña viva. Este puente es muy cómodo: el Nilo se halla en este parage estrechado entre dos peñascos, que ha roto profundamente, y su corriente es impetuosa y ruidosa. Aseguraronme que los crocodilos jamas suben hasta allí. Despues de haber exâminado el puente, subimos como una media legua para ver la catarata. Las orillas del rio están cubiertas de los mismos árboles y arbustos que habiamos observado junto á Dara.

La catarata presentó á nuestra vista un espectáculo de los mas bellos que jamas he visto: los Misioneros Jesuitas han escrito,

que tiene cincuenta pies de caida ; yo no pude medirla exâctamente, y solamente hallé midiendo con un baston los peñascos, que tenia unos quarenta pies de altura. El Nilo aumentado considerablemente con las lluvias formaba al caer por la catarata una sabana de agua de un pie de grueso á lo menos, y de mas de media legua de largo, y su caida causaba tanto estruendo, que me dexó aturdido como si tuviese vértigos. Una espesa niebla cubria la catarata, y se dilataba á lo lejos siguiendo la corriente del rio. Las aguas, aunque aumentadas con las lluvias, conservaban toda su diafanidad, y cayendo sobre un vasto estanque formado de peñascos, se dividian en varias olas opuestas ; parte de ellas retrocedia con violencia, y azotando en los peñascos de atras, giraban por el estanque é iban á mezclarse con la espumosa corriente del rio. La vista de esta cascada me pareció tan magestuosa y sublime, que jamas se borrará de mi memoria la profunda impresion que me causó. Al principio me dexó absorto y lleno de un asombro que me tenia fuera de mí. La naturaleza no puede ofrecer á la vista de los hombres un objeto mas asombroso, y me pareció una de las obras mas maravillosas de la creacion.

Las preguntas impertinentes de los que me acompañaban, me sacaron del arrobo en

que me habia sumergido la cascada: entonces intenté medir su altura, pero confieso que jamas me he hallado menos capaz de hacer una cosa con exâctitud. Mi imaginacion se hallaba preocupada en tales términos que mientras mas contemplaba la catarata, mas se aumentaba mi asombro: pareciame que se habia quebrantado el equilibrio de los elementos, y que la masa enorme de agua que se precipitaba con tan horrible estruendo, iba á anegar todo el globo terrestre.

Despues de haber contemplado á mi placer esta magnífica catarata, nos volvimos á Dara, y al dia siguiente proseguimos nuestro camino, para juntarnos con el exército del Rey. Por el camino vimos las terribles señales de la cólera del Ras: todas las aldeas habian sido quemadas, y no se habia perdonado ni á los sembrados, ni á los árboles y hierbas silvestres; todo habia sido consumido por el fuego, y el hierro de los crueles soldados del implacable Ras. Quando llegamos al exército, supimos que ya era pública la rebelion de Gusho y Povusen, los quales de acuerdo con Fasil intentaban cortar la retirada al exército Real. Esta noticia precisó al Ras á dar la vuelta hácia Gondar sin perder tiempo, antes que sus enemigos le atajasen el paso; y por este contratiempo me ví privado del fruto de tan

largo y penoso viage. No os podré ponderar, Señora, el sentimiento y despecho que me causó el verme de repente separado de las deseadas fuentes del Nilo, cuyo descubrimiento tanto me habia lisonjeado: pareciame en medio de mi delirio, que alguna fuerza superior se oponia á mis designios, y apartaba de mi vista un objeto tan deseado, que habia excitado toda la ambicion de un Alexandro y de un Cesar. Poseido de la mas negra melancolia me fue preciso ceder á la necesidad de la suerte, y volver con el exérto hácia Gondar. Al pasar el Nilo la vanguardia en que iba yo con el Rey y el Ras Micael, estuvimos á pique de perecer todos, porque se escogió un vado muy peligroso en que pereció mucha gente. Lo peor era que Fasil noticioso de todos nuestros movimientos por las espias que tenia en nuestro exército, nos esperaba al otro lado del rio, en donde pensaba acabar con todas nuestras tropas. Por fortuna, el General que mandaba la retaguardia, pasó el Nilo por otro vado mas cómodo y seguro, y desbarató todas las medidas de Fasil.

Sin embargo, este General se presentó con unos tres mil caballos: hizo abanzar una partida de ellos que empezaron á escaramuzar con los nuestros, los que se retiraron á nuestro cuerpo de batalla, cubriendo su retirada la fusilería, y algunos soldados de Fa-

sil quedaron muertos. En este choque no perdimos mas que un hombre de cuenta, que fue Veleta Micael, sobrino del Ras, el qual habiendo caido su caballo, fue hecho prisionero por los enemigos.

Al cabo de algunos minutos, Fasil envió un mensagero, el qual era un enano, llamado Doho, á quien solia emplear en semejantes comisiones, como ya he dicho en otro lugar. Dixo al Ras, que se dispusiese para la batalla, porque Fasil se preparaba para atacarle, luego que llegase su infantería. Despues añadió que Fasil creia propio de su obligacion el suplicar al Rey, que no se quitase sus insignias Reales, porque si mudaba de vestido, y caia en manos de los Galas que no le conocian, corria mucho peligro su vida. El Ras solamente le respondió riendo: »dí á Fasil que espere aun algunos mi»nutos en el parage donde está, y yo le pro»meto que el Rey se adornará como él desea."

Luego que el Ras hubo despedido al enano, todo el exército abanzó á paso acelerado dando horribles alaridos, como acostumbra esta nacion siempre que embiste; pero Fasil que no tenia intencion de dar batalla, se retiró al trote con su caballería. Este rebelde solamente habia venido á observar el estado de nuestro exército, y estaba sumamente irritado contra Gusho y Povusen, porque no habian acudido á su socorro, segun lo te-

nian concertado. Esta escaramuza se llama la batalla de Limjur por una aldea de este nombre que estaba cerca de aquel sitio, y que habia sido quemada por el Ras Micael.

El exército ya reunido y sin temor de ser acometido por Fasil, prosiguió su retirada hácia Gondar: en una de las mansiones que hicimos, sucedió un accidente que causó el mayor sobresalto en los ánimos supersticiosos de los Abisinios. Una aguila negra, perseguida por algunas aves de rapiña, vino á refugiarse á la tienda del Rey: los Abisinios, que son tan agoreros como los antiguos Romanos, adivinaron al punto que el Rey seria destronado por un hombre de baxo nacimiento. Todos dixeron que este seria Fasil, Gala de nacion; pero aunque no se verificó el agüero, no por eso se desengañaron los fanáticos.

Al dia siguiente llegaron á los reales dos hombres á caballo con vestidos de paz y sin armas; al punto fueron reconocidos por dos criados principales de Fasil: uno y otro eran personas graves de muy buenos modales, y que nada tenian del caracter bufon del enano Doho. Luego que llegaron tuvieron una conferencia con el Ras, y despues pasaron á la audiencia del Rey. Su embaxada tenia por objeto advertir al Ras, que no fatigase su exército apresurándose demasiado hácia Gondar, pues podia estar seguro de que no le

acometeria Fasil, el qual se habia vuelto á Buré. Descubrieron al Ras toda la conjuracion de Gusho y Povusen, y le dixeron que Fasil estaba muy irritado contra estos dos traidores, porque le habian dexado marchar solo contra el Rey, exponiéndole á ser destruido si el Ras hubiera pasado el rio por otra parte. Los enviados de Fasil declararon, que estaba resuelto á no volver á tomar las armas contra el Rey, sino á mantenerse tranquilo en su gobierno y pagar exâctamente el tributo. Ademas prometia renunciar de toda alianza con Gusho y Povusen, y aun marchar contra ellos al año siguiente, si el Rey se lo mandaba. Concluyeron pidiendo al Ras diese á Veleta Selasé su nieta por muger á Fasil, asegurando que si así lo hacia, iria con toda confianza á Gondar. Esto dixeron al Ras, pero al Rey le hablaron en diferentes términos. Dixeronle que el Ras Micael habia faltado tantas veces á su palabra, y sabia tantos remedios para eludirla, que Fasil no podia fiarse de sus promesas.

Sin embargo, aunque el Ras no dió credito á todo lo que dixeron los mensageros, continuó en sus demandas: prometió darle por muger á su nieta, y para manifestar que no dudaba de la sinceridad de las promesas de Fasil, hizo venir á los timbales á la puerta de su tienda, y con gran admiracion

de todo el exército se oyó esta proclamacion: „Fasil es Gobernador del pais de los Agous, „de Maistsa, de Dojan, y de Damot. Ojalá „sea feliz, y viva por largo tiempo siendo „vasallo fiel del Rey nuestro amo."

Una mudanza tan repentina debe causar la mayor admiracion á los que no tengan idea de la falta de principios y de órden en este imperio. Apenas habia quarenta dias que Fasil habia formado el proyecto de hacer anegar en el Nilo la mayor parte del exército Real, y exterminar lo restante: no habian pasado mas que veinte y quatro horas desde que habia venido á combatir contra el Rey su amo; y en castigo de esta rebeldia se le hace de repente Virey de las quatro provincias mas opulentas del Reyno. Pero tal es la constitucion de la Abisinia: esto no era mas que el efecto necesario de las circunstancias: por ambas partes no se tiraba mas que á engañarse del mejor modo posible. Y la dignidad y autoridad del Monarca? Por este hecho solo podeis formar idea de lo que es un *Rey de Reyes* de Abisinia. Los mensageros de Fasil fueron adornados con vestidos magníficos: se pensó al principio en remitirlos al punto á su amo, pero despues se tuvo por mas acertado enviarle otro mensagero con la investidura de sus nuevos gobiernos, y quedarse con sus criados en rehenes

Todo el exército con esta noticia se aban-

donó al regocijo. Ozoro Ester vino á dar gracias al Rey porque la habia regalado una porcion de bueyes para que festejase á su familia y amigos. Como habia padecido mucho en la penosa marcha del exército, tenia un aspecto de languidez que la hacia mas amable: venia toda vestida de blanco: jamas creo haber visto muger mas bella. Yo habia creido hasta entonces, que el Rey era insensible á su gran mérito; pero en esta ocasion me convencí de que tenian inteligencias secretas.

Al dia siguiente tomamos el camino de Gondar, adonde llegamos bien pronto. Quando estabamos acampados junto al rio Kemom, llegaron dos mensageros de parte de Gusho y de Povusen excusándose de no haber podido juntarse con el exército Real. El Ras los recibió muy mal, y no se les permitió hablar al Rey. Es costumbre regalar algunos vestidos nuevos á esta especie de mensageros; pero á estos se les hizo la afrenta de no darles mas que una pieza de coton azul de Surate de muy poco valor, y sin dexarlos descansar en los reales, los remitieron á Fasil, á quien tambien se dirigian.

El Rey habia sido informado, que Gusho y Povusen con otros parciales suyos intentaban sitiarle en su capital, luego que las lluvias hubiesen hecho salir de madre al rio Tacazé, y le impidiesen el paso á la pro-

vincia de Tigré. No se dudaba que executarian este proyecto, porque los habia irritado mucho la paz que el Rey habia hecho con Fasil, y los gobiernos que le habia dado. Para asegurarse el Rey de la amistad de Fasil, luego que entró en Gondar, hizo publicar los nuevos empleos que le habia conferido, y dando nuevos vestidos magníficos á sus dos mensageros, se los remitieron con mucho honor.

Como yo no habia desesperado de ir á ver las fuentes del Nilo, no omitia medio alguno de los que podian proporcionarme algun dia esta empresa, por lo que hice todo lo posible por obsequiar á los mensageros de Fasil, mientras permanecieron en los reales. Les hablé con mucho elogio de su amo, y quando se marcharon, les dí un regalo para él, y otro para cada uno de ellos. Quando se despidieron del Rey, hicieron grandes elogios de mí, y con este motivo pedí al Rey me hiciese un favor que debia ratificar Fasil. Dándome el Rey su palabra, le pedí por premio de mis servicios la aldea de Geesh, en cuyo término nace el Nilo, y que quando yo fuese á ver estas fuentes, Fasil me favoreciese para conseguirlo, sin exigir ninguna recompensa. Otorgómelo el Rey, y encargó á los mensageros me recomendasen á Fasil: ellos se obligaron en nombre de su amo, para lo qual haciendo la cruz con los

dos primeros dedos de la mano los pusieron sobre los mios, y besaron la cruz: este es el modo de jurar en estos paises entre los que se llaman Christianos.

El Ras no perdió un momento en disponer la marcha del exército para la provincia de Tigré antes que sus enemigos viniesen á sitiarle en la capital. Al dia siguiente todo el exército se puso en marcha, y el dia antes yo me habia despedido del Rey: confieso que uno de los momentos mas tristes de mi vida fue quando me despedí de este buen Príncipe, digno ciertamente de mandar á una nacion mejor. Pero yo me hallaba enfermo, y no podia perder de vista el principal objeto que me habia traido á Abisinia, que era descubrir las fuentes del Nilo. Esperaba que Fasil por respeto al Rey me facilitaria los medios para conseguir mi intento, y si acaso no lo conseguia por este medio, el Rey quando volviese, me lo proporcionaria por algun otro camino. En fin yo creia que si iba al Tigré, no tendria ánimo para volver á Gondar. El Rey al despedirse de mí, me habló con la mayor ternura, y me confió las sospechas que tenia de que no volveria á Gondar. Preguntóme si yo podria averiguar esto por los astros, con quienes consultaba por la noche: desengáñele de este error, y le animé lo mejor que pude, haciéndole poner sus esperanzas no en la vana

astrología sino en la Divina Providencia. El Rey se mostró muy conmovido y persuadido de mis razones, y me encargó que viviese en Koscam con la Iteghé, á no ser que Fasil viniese á Gondar, y sobre todo, que le avisase del modo con que me trataban; con lo qual nos separamos igualmente afligidos.

Luego que el Rey marchó, la Iteghé mandó que cerrasen las puertas de su palacio de Koscam: un poco antes que el Ras Micael montase en su mula, Ozoro Ester se habia refugiado con toda su famila en este palacio de su madre la Iteghé. A este tiempo Gondar parecia una ciudad tomada por el enemigo: todos los que tenian armas, se valian de ellas, para abandonarse á los mayores excesos.

Dixeron que la noche antes de la marcha del exército, sucedieron dos cosas notables. Micael pretendia que siempre que estaba á la víspera de alguna grande empresa, se le aparecia una persona ó un espíritu que le anunciaba todo lo que habia de sucederle, y estaba muy orgulloso por estas fantasticas y supuestas visiones. En una junta que tuvo con sus mas íntimos amigos les dixo, que algunas noches antes se le habia aparecido el espíritu, ó duende, y le habia aconsejado que pasase por la montaña de Vechné, y degollase á todos los

Principes que estaban allí presos, ó los llevase consigo al Tigré. Algunos de los presentes, que habian tenido parte en la muerte del Rey Joas, le aconsejaron que lo executase; pero todos los demas y el mismo Micael reprobaron esta cruel resolucion.

El Ras dixo despues que su espíritu ó su duende le habia aconsejado que pegase fuego á Gondar, y la destruyese hasta los cimientos, pues si no lo hacia, le abandonaria la fortuna. Este proyecto mereció la aprobacion de la junta, pero quando se lo participaron al Rey, dixo que de ningun modo lo consentiria, y protestó que queria mas quedarse en Gondar, y caer en manos de sus enemigos, que el vencerlos á costa de una crueldad tan enorme. Esta respuesta del Rey se publicó al punto, causando la mayor satisfaccion á todos, y sus efectos se conocieroa, quando al volver á Gondar fue vencido y hecho prisionero juntamente con el Ras Micael.

Habia muchos traidores que estaban de acuerdo con los enemigos del Rey, pero la sagacidad del Ras desconcertó todas sus ideas, y pasó el rió Tacazé con la mayor felicidad. Luego que el Ras se vió en su gobierno, se ocupó en reducir toda aquella provincia á su obediencia, sujetando á todos los que le habian faltado á la fidelidad. La montaña de Aromata le hizo la ma-

yor resistencia, y se creyó que ocuparia por mucho tiempo al Ras: la guarnicion se componia de soldados veteranos, y los Comandantes estaban resueltos á defenderse hasta morir. El Ras puso sitio á la montaña, logró apoderarse de ella á traicion, y pasó á cuchillo á los Generales.

Volviendo ahora á Gondar, cinco dias despues que el Rey se marchó, Gusho y Povusen entraron en la ciudad como vencedores. Al dia siguiente visitaron á la Iteghé, y la aconsejaron que saliese de Koscam y fuese á vivir á Gondar para encargarse del gobierno. Ella se resistió, á no ser que los que la aconsejaban esto, hiciesen la paz con Fasil: que éste habia sido el único que habia intentado vengar la muerte del Rey Joas, para lo qual habia tomado las armas; y que no se encargaria del gobierno hasta que se hiciese la paz con él.

Al mismo tiempo Fasil la envió un mensagero advirtiéndola que no se fiase de Gusho y Povusen, porque habian faltado á su palabra de perseguir al Ras Micael, y despues habian pasado á Gondar sin su consentimiento. Pasaronse varios dias en esta negociacion, prometiendo siempre Fasil venir á Gondar, ya con estas, ya con aquellas condiciones, y sin embargo no salió de su campo de Buré. Como yo no queria indisponerme con ningun partido, fui á Gon-

dar á hacer una visita á Gusho y Povusen, los quales al principio me recibieron con mucha sequedad, pero logré que me restituyesen el equipage que me habia robado Guebra Mehedin. A pocos dias despues Gusho y Povusen salieron de Gondar y se retiraron á sus respectivos gobiernos.

Luego que estos marcharon, la Iteghé pasó á Gondar, y estuvo sentada en el trono un dia entero: hacia tres años que no habia puesto los pies en la capital, y aquel dia fue con mucha repugnancia. Se trataba de elegir un nuevo Rey: la Iteghé fue presentada al consejo que se tenia para este efecto, y su intencion era hacer recayese la corona en un sobrino del Rey Joas, el qual era aún niño. Todos los que temian al Ras Micael, que eran los mas, se oponian á que se diese la corona á un niño en un tiempo tan crítico; pero la Iteghé, aunque muy vieja, deseaba todavia reynar.

Quando esta Princesa se volvió á Koscam, se juntaron los principales oficiales que habian quedado en Gondar, y resolvieron coronar á un tal Veleta Girgis, jóven de unos veinte y quatro años, que pasaba por hijo del Rey Yasus. La madre de Girgis era tan pobre, que se mantenia de acarrear cantaros de agua; pero juraba que Yasus la habia hecho este hijo, y como se sabia que este Rey no habia sido delicado en este pun-

to, se creyó que era padre de Girgis.

Este tomó el nombre de Socinios: al dia siguiente fue á Koscam acompañado de sus parciales con guardias y todas las insignias Reales. Echosé á los pies de la Iteghé pidiéndola perdon por haber recobrado los derechos de su nacimiento sin su participacion: prometióla, que se gobernaria por sus consejos, y la exhortó á ir á Gondar para encargarse del gobierno. Os refiero, Señora, por menor todas estas circunstancias, para que podais inferir por aquí el estado en que se halla este reyno, y el modo con que se dá la corona.

Sucedió á este tiempo en Gondar que riñendo un Gala con su muger, ésta le echó en cara el haber asesinado al Rey Joas. Prendieronle, y declaró, que el Ras Micael le habia enviado á buscar, le habia dado dinero, y hecho grandes promesas, para que fuese á asesinar al Rey. Dixo que habia temido no le matase, si se negaba á executar este delito, para sepultar su secreto: que los que le solicitaban para aquel delito, le habian hecho beber hasta embriagarle, y que despues le acompañaron todos á palacio, entregandole las llaves del quarto del Rey. Que entró con otros compañeros, y encontraron al infeliz Rey solo y paseándose con ayre pensativo, vestido todavia aunque ya era media noche: que dos de sus com-

pañeros habian intentado echarle un lazo al cuello, pero que el Rey como jóven y valeroso se habia defendido; que entonces este Gala le habia dado un golpe en la cabeza con que le derribó en tierra aturdido, y los otros le ahorcaron con el lazo: que despues le habian llevado inmediatamente á la Iglesia de San Rafael, en donde habia una sepultura abierta para este efecto, y le habian enterrado con sus propios vestidos. Luego que el Gala hizo esta declaracion, le ahorcaron al punto de un arbol que hay enfrente de la puerta del palacio del Rey. Algunos censuraron esta execucion tan pronta, pero otros la aprobaron, porque el asesino habia nombrado á muchos de la familia de la Iteghé por cómplices de la muerte del Rey su hijo. Quando el Gala estuvo debaxo del arbol en que le habian de ahorcar, volvió á confesar su delito con la mayor indiferencia, sin pedir le perdonasen, ni mostrar ningun temor á la muerte.

El cuerpo del Rey Joas fue desenterrado: le encontraron con sus vestiduras Reales; y le expusieron en la Iglesia sobre un poco de paja. Era facil de distinguir aun sus facciones, aunque alguna fiera le habia ya comido parte de una mexilla. Al dia siguiente pasé de Koscam á Gondar sin decir nada á la Iteghé, en compañia de un Griego llamado Petros que habia sido ca-

marero de Joas: creimos encontrar la Iglesia llena de gente, pero sea por horror á este enorme delito, ó por temor al Ras Micael, no habia en la Iglesia mas persona que un Monge que guardaba las llaves. Apenas Petros vió el rostro del Rey se retiró gritando, *el es*, y se marchó con la mayor prontitud: yo sentí no menor indignacion por la atrocidad de aquel delito, que por el modo indecente de haber expuesto su cadáver: estaba tirado en tierra con los brazos y las piernas descompuestas, y le habian dexado descubierto un muslo con parte de la cadera. Rogué al Monge viniese conmigo cerrando las puertas, y llevándole á mi casa, le dí una alfombra para que colocase sobre ella el cadáver, y una pieza de muselina para que le cubriese.

Poco tiempo despues la Iteghé recibió un mensage de parte del Rey, en que la decia con mucho laconismo: »enterrad á »vuestro hijo, supuesto que le habeis en»contrado; de no, quando yo vuelva, le »enterraré, y juntamente á algunos de sus »parientes." Entonces enterraron secretamente el cuerpo de Joas.

Este mensagero del Rey, que era muy conocido mio, me contó que el Ras Micael y Fasil habian hecho la paz por medio de Veleta Micael, que habia sido hecho prisionero en la batalla de Limjur: que el Rey

y Micael habian sosegado y restablecido el buen órden en el Tigré, y que esta provincia en premio de su fidelidad habia quedado libre de tributos por espacio de un año: que el Ras habia declarado, que se encargaba de todos los gastos de la guerra hasta haber restablecido al Rey en su trono en la capital, y que todos los Tigrenos llenos de entusiasmo querian seguir al Rey. Preguntele, si se habia sabido que yo habia dado una alfombra para poner sobre ella el cuerpo del Rey Joas, y si esto se habia tomado á mal. Respondióme, que lejos de parecer mal, el Rey habia alabado mucho mi conducta, y que el Ras Micael habia dicho: »Yagubé aunque estrangero, se ha »ofendido de ver que se saque de tierra el »cadáver de un hombre, y se le arroje como »si fuera un perro." La Iteghé y toda la nobleza habian alabado mi accion mas de lo que merecia, pues no llevé otro fin que la humanidad. Yo temia que Ozoro Esther por odio al Rey Joas lo hubiese llevado á mal; pero habiéndola encontrado en el quarto de la Iteghé, me dixo: »Yagubé, »Dios os ha elevado sobre todas las perso»nas de este imperio, quando os ha inspi»rado el mostrar vuestra caridad para con el »Rey." Por aquí conocereis, Señora, que una buena accion es aprobada aun por las personas que mas interés tienen en no executarla.

Encarguele al mensagero dixese de mi parte al Rey, que estaba resuelto á intentar de nuevo descubrir las fuentes del Nilo; que creia tenia tiempo suficiente para ir y volver á Gondar antes que el Tacazé estuviese en estado de poderse vadear para volver á Gondar, y que entonces vendria á juntarme con él. Luego que hube formado esta resolucion, fui á hablar á la Iteghé: repugnó mucho el que yo marchase, procurando disuadirme con todas las razones que alcanzó, y representándome todos los peligros á que me exponia. Todo lo que me decia era cierto; pero muchas razones que yo habia pesado maduramente, me hacian creer, que este momento era el único que yo podia escoger para executar mi intento, pues no dudaba que quando el Rey volviese á Gondar, no tardaria en suscitarse alguna nueva guerra civil, que imposibilitase para siempre mi empresa.

Aunque la Iteghé sintió mucho verme partir, no me lo impidió; y yo para evitar nuevas contradicciones, me puse en camino para buscar las tan deseadas fuentes del Nilo. Procuré persuadir á Estrates me acompañase á ver la cabeza del Nilo, pero él acordándose de los trabajos que pasó en el otro viage, juró, que no queria ver ni la cabeza ni la cola del tal rio; y así partí con una moderada comitiva que me llevaba

los instrumentos astronómicos para hacer mis observaciones.

No quiero molestaros con la relacion de los paises que atravesé: solo haré mencion de los parages mas dignos de atencion. Uno de los sitios mas amenos que he encontrado en mis viages, es la peninsula de Gorgora, que se introduce mucho en el lago Tzana. Aquí fue donde los Jesuitas Portugueses construyeron su primero y mas magnifico Colegio, quando emprendieron la conversion de la Abisinia: Socinios que reynaba á la sazon, les dió este terreno, como ya os dixe en otra carta, y dinero para la fábrica de este edificio, el qual construyeron con sus propias manos. El Monarca, que era muy apasionado á la Religion Católica, los protegió eficazmente, y quiso le hiciesen un palacio en el mismo parage. Los Jesuitas se lo fabricaron, y el Rey los recompensó magnificamente. El país es de los mas amenos y deliciosos del mundo: el lago en las cercanías de Gorgora abunda en peces, pero nunca me he podido acostumbrar á comerlos por causa del cebo con que los pescan. Este se hace de una especie de nuez que muelen en un mortero, y le echan al lago: los peces son muy aficionados á ella, pero los embriaga, y de este modo los cogen facilmente. Pero yo no creo que este cebo sea la causa de que estos peces no hagan mal

á la Reyna y á los Grandes que comen de ellos toda la quaresma.

La elevacion de la peninsula de Gorgora la hace uno de los parages mas sanos de la Abisinia, al paso que en las llanuras de al rededor reynan por todo el año enfermedades muy peligrosas. Aquí supimos que Fasil se acercaba con su exército, y me aconsejaron que evitase encontrarme con su vanguardia, y procurase buscar el cuerpo de su Fit Auraris. En efecto fuí á encontrarle: le hice algunas preguntas sobre Fasil; y me respondió con la mayor franqueza é ingenuidad. Al despedirme de este oficial le presenté un regalo de poca consideracion, lo qual estrañó mucho, y lo que yo mas estrañé fue la gran repugnancia que hizo para admitirlo, protestando que no tenia que darme en retorno; que él no era mas que un soldado, que no tenia mas haberes que la lanza en la mano y la piel de cabra que le cubria los hombros, y que aun esto no estaba seguro de poseerlo por veinte y quatro horas. Dixonos que Fasil estaba acampado en Bamba, y nos dió un soldado que nos acompañase, exhortándonos á que no nos separasemos de él hasta llegar á la presencia de Fasil. Luego que nos separamos mutuamente satisfechos, vimos que despachó un mensagero á Fasil para participarle mi ida.

Bamba es un grupo de aldeas situadas en un valle que hallamos lleno de soldados: nuestra guia nos conduxo al lado izquierdo del valle, y nos alojamos en una casa cómoda, cuya puerta habian arrancado. La tienda de Fasil, plantada un poco mas abaxo, era mas grande que todas las otras, pero poco diferente. Se la reconocia facilmente por la gran cantidad de hachones encendidos que la rodeaban, y por el timbal que tocaban á la puerta. Fasil se apeaba entonces de su caballo: inmediatamente envié á un criado mio para que le cumplimentase, y le advirtiese que iba á visitarle. Entonces creí que ya no me quedaban mas obstáculos que vencer para visitar las fuentes del Nilo, porque yo sabia que Fasil podia hacer me conduxesen con seguridad, y sus mensageros en Gondar me habian prometido la proteccion de este General.

A las ocho de la noche recibi aviso por un mensagero de Fasil, para que me presentase: pasé inmediatamente á su tienda, y me hizo esperar un quarto de hora. Fasil estaba sentado sobre un almohadon cubierto con una piel de leon, y tenia extendida á sus pies otra piel semejante. Al rededor de la cabeza tenia atado un pedazo de coton sucio, y estaba embozado en su manto de manera que le cubria todo el cuerpo. Inclinéme y procuré besarle la ma-

no, pero como la tenia tapada, no pude besarle mas que el manto. No habia en la tienda ni alfombra ni coxin, y solamente habian esparcido en el suelo un poco de paja sobre la qual me senté. Miróme con atencion, y me saludó, contextando yo en el mismo estilo. Tomando yo entonces la palabra, le dixe que en virtud de su promesa y con beneplacito del Rey habia ido á suplicarle me favoreciese para registrar las fuentes del Abay ó del Nilo. »¡Las fuentes »del Nilo! replicó Fasil con admiracion »afectada: ¿sabeis bien lo que decis? Dios »sabe donde estan, allá en el país de los »Galas, nacion salvage y terrible. ¡Qué te»meridad! Toda la Abisinia no os podria »conducir á ellas. Bien sé, le repliqué, que »si os oponeis, esto es imposible; pero yo »sé que si vos quereis, es empresa muy fa»cil. Sí, Yagubé, me respondió; es cierto »que puedo hacer lo que decís, y lo haré »en atencion al Rey que me lo ha recomen»dado. Pero el Abba Salama me ha envia»do un mensagero, suplicándome que no os »dexe pasar adelante; porque dice que es »contra nuestras leyes el dexar pasar á un »Franco como vos, y que ha tenido reve»lacion de que si os dexo pasar, me suce»derá alguna desgracia." Al oir estas palabras no pude contenerme, y lleno de indignacion contra el fanático Salama, le dixe:

»¿es posible que aun estamos en el tiempo »de los impostores y fanáticos ?—Ya os en»tiendo, dixo Fasil riendo: yo hago el mis»mo caso que Micael de estos impostores. »Pero considerad que las gentes de aquel »país no se parecen á las del vuestro. Un »muchacho Gala no creeria hacer ningun »mal matando á un hombre como vos. Vos»otros los Blancos sois muy delicados, y »sois como mugeres, incapaces en fin de »viajar por una provincia que está en guer»ra, y cuyos habitantes no respiran mas »que muertes y sangre desde la cuna.»

Bien conocí que Fasil intentaba irritarme, y lo consiguió completamente, porque mi genio colérico é indómito no estaba acostumbrado á sufrir semejantes insultos. »Señor, le dixe, yo he viajado entre las na»ciones mas bárbaras del mundo, y en to»das ellas he visto que se respeta á un Via»gero indefenso que no lleva mas objeto »que instruirse. Yo no soy un soldado, pe»ro armado y montado en mi caballo no »temeré pelear con los dos mejores soldados »de los vuestros.» Este modo tan imprudente de hablar no era propio para conciliarme el favor de Fasil, y confieso que este bárbaro se portó con mas moderacion que yo. Por fortuna empecé á arrojar sangre por las narices, y Fasil mandó que me retirasen. Las reflexiones que hice despues, me

hicieron comprender toda mi imprudencia, efecto de mi genio colérico y violento, cuyas conseqüencias en todas las naciones son siempre funestas.

Mil consideraciones melancólicas me afligian, pues veia en un momento disipadas todas mis esperanzas de llegar á las fuentes del Nilo; de suerte que estaba para desesperarme. En esto vino á verme Veleta Micael, aquel nieto del Ras, que fue hecho prisionero en la batalla de Limjur, y que aunque libre, permanecia todavia en los reales de Fasil. Procuró consolarme lo mejor que pudo: maldixo á Fasil, abominando de la conducta que habia usado conmigo. Al mismo tiempo me dixo, que Fasil deseaba que yo le hiciese un regalo, y que me habia recibido mal, porque presumia, que fiado en la recomendacion del Rey, intentaba yo pasar sin darle nada. Añadió, que si le hacia el regalo, podia estar seguro de que me favoreceria para mi empresa, pues quando yo salia de su tienda, habia él oido que daba ordenes para este efecto.

A media noche vinieron á dispertarme dos criados de Fasil, que me traian dos carneros de parte de su amo, con orden de informarse de mi salud, y de velar toda la noche á la puerta de mi tienda para que no me robasen. Al mismo tiempo me par-

ticiparon que Fasil deseaba verme por la mañana, porque tenia dispuesto hacerme partir á las fuentes del Nilo, antes de que se marchasen los Galas, á quienes remitia á su país.

Al dia siguiente fuí á ver á Fasil: encontré que habia dado orden se preparasen unos doce caballos para que escogiese entre ellos. El palafrenero por malicia me convidó á que montase en uno de ellos: éste era tan indómito, que apenas monté en él, escapó dando botes y saltos por aquellos campos, de suerte que á no estar yo tan exercitado en la equitacion, me hubiera tirado. Yo le dexé correr libremente, y quando le tuve algo cansado, le apreté tanto la espuela, metiéndole por un sembrado, que le dexé rendido y tan manso como un cordero.

Luego que desmonté, Fasil envió á llamarme: contele la aventura del caballo, y sumamente irritado dixó algunas palabras en lengua Gala á su Fit Auraris, el qual al punto salió de la tienda. Dixeronme despues, que habia ido á buscar al palafrenero, y encontrándole le derribó de un palo en el suelo, y repitiendo otros muchos, le hizo poner preso. Fasil viéndome mis calzones largos llenos de sangre por los espolazos que habia dado al caballo, creyó que estaba herido de peligro, y levantando las

manos al Cielo con un ademan de compasion, que nada tenia de afectado, protestó con juramento que no tenia la menor parte en aquel suceso. Dixome que no tenia caballos dignos de mí, excepto el que él mismo montaba; pero uno de sus caballos, que llevarian delante de mí, me sirviria de pasaporte y me acarrearia el respeto de todos los pueblos salvages por donde pasase. Para probarme que no habia tenido parte en la maldad del palafrenero, me prometió que iba á mandar le ahorcasen. Pedíle por favor me entregase á mi disposicion el reo, para que hiciese de él lo que me pareciese. „Enhora„buena, Yagubé, me dixo, toma á ese pí„caro, hazle pezados, y arroja su cuerpo á „las fieras. —Muy bien, le respondí: yo soy „christiano: el único modo que me enseña „mi Religion de vengarme de mis enemigos, „es volverles bien por mal. Y así en cum„plimiento de vuestra palabra, os pido que „se ponga en libertad al palafrenero, y se le „restituya su empleo."

Todos los circunstantes aplaudieron con entusiasmo mi accion, y el mismo Fasil dixo en voz baxa: „un hombre que obra de esta mane„ra, puede viajar seguro por todos los paises „del mundo." Por aquí conocereis, Señora, que las maxîmas Evangélicas merecen la aprobacion aun de los hombres mas bárbaros, y que mas se apartan de ellas. Despues Fasil

hizo traer un abundante almuerzo: todos los convidados estaban muy alegres: se habló mucho de los Agous y del Nilo: Fasil me protestó, que si hubieramos estado en tiempo de paz, él mismo me hubiera conducido á ver su pais al otro lado del Nilo y hasta el Reyno de Narea. Díle gracias, diciéndole: » vos estais en paz con el Rey y »con el Ras, y vais á veros con ellos en Gon»dar. — En Gondar? no, respondió: yo creo »que no será por ahora. El Ras tiene bas»tante que hacer hasta el fin de sus dias.— »Qué obra es esa? — La montaña. — La »montaña de Aromata? —Esa misma: vos no »la habeis visto, es mas escarpada que la de »Lamalmon, y le costó al Ras en su juven»tud quince años en tomarla. — Pues ahora »ha sido mas feliz, pues en pocos dias la ha »tomado. — Como es eso? — Perdonad, Fa»sil, si os doy una noticia poco gustosa: la »montaña de Aromata ha sido tomada, la »guarnicion pasada á cuchillo, el General Za »Menfus ha sido muerto por Guebra Mas»cal.» Fasil tenia en la mano un vaso de cristal, y le tiró á tierra haciéndole mil pedazos. »Cuidado, Yagubé, con lo que dices, »añadió: cuidado no sea mentira: vuelve»melo á contar.» Referíle muy por menor todo el suceso, contándole como habian sorprehendido á la guarnicion dormida, mientras que tenian entretenido á Za Menfus con

esperanza de un convenio por medio de los Monges y de los Ermitaños. Fasil dixo, que el Ras se habia valido del mismo medio para tomarla la primera vez, y mordiéndose un dedo con mucha fuerza, exclamó: loco, loco! no estaba ya bien avisado? Entonces nos rogó que le dexasemos solo en su tienda, y al punto nos retiramos.

Quando volví á su presencia, le presenté un regalo: observé que mudó de estilo conmigo, y afectando reusarlo, me dixo: »un regalo para mí, Yagubé? Es escusado: »sabeis que me os han recomendado el Rey »y Micael, que sabeis son mis amigos, y sin »esta recomendacion yo deseo serviros en to»do lo que pueda." No me costó trabajo vencer la afectada repugnancia de Fasil: á pocas instancias que le hice, recogió el regalo, y lo entregó á uno de sus oficiales. Despues de esto hizo retirar á todos los que no eran de su consejo, y dió sus ordenes á una persona de su confianza para que me acompañase en mi viage.

Al dia siguiente volvió á llamarme: recibióme con las mayores demostraciones de amistad, queriendo que me sentase en su mismo almohadon, lo que reusé. »Amigo »Yagubé, me dixo, siento mucho que no me »hayais encontrado antes de mi partida de »Buré, porque os hubiera recibido de un mo»do mas digno: pero me he visto atormen-

„tado por una infinidad de bárbaros, que „me han trastornado la cabeza, y voy á despedirlos. Voy á Gondar para mantener allí „la paz, porque el Rey no tiene mejor amigo que yo. Nada tengo que ofreceros en „recompensa de vuestro regalo, pero pronto „estareis de vuelta, y nos veremos en Gondar de un modo mas agradable. Las fuentes del Nilo no estan lejos de aquí: un „hombre á caballo puede llegar en un dia. „Os he señalado una buena guia, bien conocido en aquel pais por criado mio, el „qual os acompañará á Geesh. No temais nada: yo respondo de vos. Quitaos esos calzones llenos de sangre; debo daros otros „nuevos, pues sois mi vasallo. El Rey os ha „concedido la aldea de Geesh, adonde vais; „pero yo debo daros la investidura."

Entónces algunos esclavos de Fasil me sacaron de la tienda: quitéme mis calzones largos, y todos los demas vestidos, sin conservar mas que una chaqueta: pusiéronme una camisa de muselina que llegaba hasta el suelo, y de este modo volvieron á introducirme en la tienda de Fasil, el qual me adornó con una pieza de coton que él se habia puesto por la mañana, y al mismo tiempo sus esclavos le pusieron otra. Al hacer esto dixo volviéndose á los circunstantes: „sed testigos: yo os doy, Yagubé, el Agou „Geesh tan plena y francamente como el

»Rey me le ha dado." Incliméme y le besé la mano, segun el uso de los feudatarios, y Fasil me hizo señal para que me sentase.

Entónces tomando la palabra, me dixo: »no temais nada, Yagubé. Veis estos siete »hombres? Todos son capitanes de los Galas, »salvages sí, pero hermanos vuestros. Podeis »viajar por su pais, como si estuvierais en »el vuestro, sin que nadie se atreva á ha»ceros daño." Despues dixo á aquellos Galas no sé qué en su lengua, y todos ellos correspondieron con un grito salvage, dándose un golpe en el pecho como aprobando lo que Fasil habia dicho. »Sé bien, prosi»guió Fasil, que quando el Ras volvió vic»torioso de Fagita, hizo sacar los ojos á »quarenta Galas, hermanos de los que veis »presentes. Vos recogisteis á tres de aquellos »infelices en vuestra casa, los alimentasteis y »los tratasteis como á hermanos. En virtud »de esta accion tan generosa todos los Ga»las son vuestros hermanos: ellos se dexarán »antes matar, que permitir se os haga el »menor agravio." Volvió Fasil á hablarles en su lengua, y ellos aplaudieron á su modo, haciendo ademan de besarme la mano. »Ade»más, prosiguió Fasil, tratasteis bien á mis »mensageros mientras estuvieron en Gondar: »hablasteis al Rey con mucho honor de mí: »me enviasteis un regalo: aun hicisteis mas. »Quando desenterraron el cuerpo del Rey

„Joas mi amo, quando nadie se atrevió á „dar ninguna muestra de respeto á este Prín„cipe, vos estrangero, y que no le habiais „conocido, hicisteis por él lo que debieran ha„ber hecho los habitantes de Gondar, y lo „que yo mismo hubiera hecho si me hubiera „hallado allí. Ahora, pues, pedid lo que qui„siereis, y al punto os lo otorgo."

Fasil pronunció este discurso con el tono mas noble y con una gracia muy superior á todo quanto yo habia oido hasta entónces, aunque los pueblos bárbaros todos son eloqüentes oradores. Díle muchas gracias, y por único favor le pedí me proporcionase hacer mi viage á las fuentes del Nilo. Prometiómelo de nuevo, y volviéndose á los siete capitanes Galas, nos levantamos todos, y asiéndonos de las manos formamos un círculo en tanto que Fasil y los Galas pronunciaron una oracion que duraria un minuto. „Ahora, di„xo Fasil, id en paz: ya sois Gala: estos „acaban de pronunciar una maldicion contra „sí, sus hijos, sus ganados, sus sembrados y „pastos, si jamas levantan las manos contra „vos, ó si no os defienden con todo su poder „de qualquier peligro."

Salimos todos de la tienda, y á la puerta encontré un buen caballo ensillado. „Reci„bid este caballo, dixo Fasil, como un re„galo mio. Pero no le monteis; hacedle con„ducir delante de vos en el mismo estado en

„que le veis. No hay habitante alguno de „Maitsa, que en viendo este caballo, se atre„va á haceros la menor ofensa. Si hay algu„nos á quienes debais temer en este pais, son „aquellos cuyas casas Micael ha quemado, „pero no á vuestros amigos los Galas."

En fin me despedí de este General del modo mas respetuoso: tambien me despedí de mis nuevos amigos los Galas, pero deseando en mi corazon no volverlos á ver mas, porque no he visto hombres de aspecto mas feroz y sanguinario. Me recomendé á Veleta Micael, y despues volviéndome á Fasil, le pedí permiso para montar á caballo, como se acostumbra siempre que se está en presencia de un superior. El Salaca Voldo, á quien Fasil habia encargado me sirviese de guia, no partió al mismo punto que yo, porque estaba ocupado, pero poco despues me siguió haciendo llevar delante el caballo de Fasil.

Ya me teneis, Señora, en camino para uno de los mas celebres descubrimientos, y que mas han interesado la curiosidad de los hombres desde la mas remota antigüedad. En las cartas siguientes os describiré los medios por donde logré registrar las fuentes del Nilo, y todo lo particular que observé en este viage.

Fin del Quaderno XXIV.



ÍNDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO VIII.

QUADERNO VEINTE Y DOS.

CARTA LXXXVIII.

Continuacion de los Kabiboqueses.

CARTA LXXXIX.

Los Huzuanas.

CARTA XC.

Continuacion de los Hotentotes.

CARTA XCI.

Continuacion de los Hotentotes.

QUADERNO VEINTE Y TRES.

CARTA XCII.

Historia de la Abisinia.

CARTA XCIII.

La nacion de los Galas

CARTA XCIV.

Nacion de los Sangalas.

CARTA XCV.

Viage de Masuah á la Abisinia.

QUADERNO XXIV.

CARTA XCVI.

Continuacion de la Abisinia.

CARTA XCVII.

Gobierno y usos de Abisinia.

CARTA XCVIII.

Religion de los Abisinios.

CARTA CXIX.

Continuacion de la Abisinia.

FIN.